



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera Época (1942-1985). México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>*

Datos de la revista:

Año V, Vol. XXVII, Núm. 3 (mayo-junio de 1946).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C. P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

M E X I C O

3

CUADERNOS
AMERICANOS
(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Ave. Rep. de Guatemala N^o 42
Apartado Postal 965
Teléfono 12-31-46

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

SECRETARIO
JUAN LARREA

AÑO V

3

MAYO-JUNIO
1946

INDICE
Pág. IX

a LA HABANA...



*sólo por
Mexicana*

Una vez más la Mexicana de Aviación une dos naciones hermanas. Y las une en un rapidísimo vuelo en que sólo se hace una corta escala en Mérida. Aborda usted el Clipper CMA en México, desayuna y come a bordo, como cortesía de la Mexicana y llega a La Habana al empezar la tarde.

A Mérida 4:30 horas \$ 225.50

A La Habana . . 7:30 „ Ds. 85.00

Precios y horarios desde México, D. F.

Oficina de Boletos: Madero y Filomeno Mata.

Teléfonos: L-81-05 y 18-12-60





INVITACION

A los hombres de empresa del país:

- * Si desea usted colocar su capital con rendimientos seguros.
- * Si necesita dinero a largo plazo para intensificar su producción industrial.
- * Si su empresa requiere una reorganización, transformación o fusión.
- * Si tiene algún proyecto para la creación de empresas, bien sea que no cuente con dinero o le falte capital.
- * Si desea aprovechar determinado recurso natural por medio de concesión federal.
- * Si pretende lanzar al mercado acciones, bonos, obligaciones u otra clase de valores véanos o escribanos; tendremos gusto en escuchar su problema y buscarle una solución adecuada.

NACIONAL FINANCIERA, S. A.

VENUSTIANO CARRANZA N° 45
MEXICO, D. F.

Tel. Ericsson: 18-11-60.

Tel. Mexicana: J-49-07.

Servicio por nombre: 01.



OFRECEMOS A LA INDUSTRIA MEXICANA TODA NUESTRA COOPERACION

SERVIR A MEXICO, coadyuvando al desenvolvimiento de la Industria, es la meta final de esta Empresa. De ahí nuestro firme propósito de COOPERAR durante el año de 1945 con todas aquellas industrias que para su desarrollo dependen de los productos básicos manufacturados por Altos Hornos de México, S. A.

Durante el año de 1944 se terminó la instalación de nuestros departamentos fundamentales, y durante el mismo año iniciamos nuestra producción de TUBO DE FIERRO VACIADO CENTRIFUGADO AHMSA-SUPER DE LAVAJUD, y de PLANCHAS Y PLACAS DE ACERO. Estos productos se han distribuido ya a los consumidores de la República Mexicana, y desde luego estamos en posibilidad de satisfacer nuevos pedidos.

Durante el año de 1945 nos proponemos terminar la instalación de nuestros Departamentos para la producción de LAMINA NEGRA Y HOJALATA y además cola-

borar con todas aquellas empresas establecidas, o por establecerse, para las cuales nuestra producción es necesaria, ofreciéndoles colaboración técnica constante y desinteresada, para la resolución de sus problemas de transformación y mejor aprovechamiento de nuestros productos.

Nos proponemos igualmente auxiliar a la industria nacional, poniendo a su disposición una producción suficiente para abastecer la creciente demanda de productos básicos técnicamente elaborados, por procedimientos que hacen que nuestros productos sean de intachable calidad.

Esperamos confiados en que nuestro servicio gratuito de consulta técnica sobre procedimientos y usos de nuestros productos, y estos mismos, será continuamente aprovechado por todos aquellos industriales que, al igual que Altos Hornos de México, S. A., desean servir a México, desarrollando la capacidad productiva de nuestro País, y satisficamos en este forma uno de los más letrados anhelos de toda la Nación.

ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A.

EX MONCLOVA COAH.,

Apertura 1925

EN MEXICO D.F. V. CARRANZA 25APO. 177
TELS. 12-80-90 12-91-42 MEX. L. 50-78



Lo único igual a "Coca-Cola" es

Coca-Cola



REG. N.º 4598 "A" D. S. P. PROP. N.º B-16 S. S. A.

Embotellada bajo contrato con "Coca-Cola de México", por:
INDUSTRIA EMBOTELLADORA DE MEXICO, S. A.

Calle del Cedro 387

Tel. Mex. Q-06-74 Q-21-47 Eric. 16-18-08 16-28-33

MEXICO, D. F.

Propiedad Intelectual y Artística Reservada

Copyright 1945, The Coca-Cola Company



La Giralda...

es tradicional.

Gestos únicos, de razas múltiples, que engrandecieron a un país; heroísmos que perpetuados por la tradición son hoy emblema de toda una raza.

BRITISH CLUB es herencia de refinamiento, tradición perpetuada en una marca.

BRITISH CLUB está hecho con tabacos de gusto peculiar europeo

Es un Producto
de
"EL AGUILA"

British
Club



EL CIGARRO CON TRADICION

La cerveza renueva las energías gastadas, porque nutre, al mismo tiempo que refresca.

La cerveza contiene 90% de agua, de la más pura que es dable obtener y 10% de alimento líquido, cereales también, como el pan. Al beberla usted, toma cierta cantidad de cebada, malta y lúpulo, donde existe latente la vitalidad de los campos oxigenados, que fertiliza el sol...



*Asociación Nacional de
Fabricantes de Cerveza*

Para conservar

SU HOGAR

LIMPIO



productos NUEVO

PEMEX



RIP

INSECTICIDA LIQUIDO PEMEX

de veras mata!

DE VENTA EN GASOLINERAS TLAPALERIAS Y EXPENDIOS DE PETROLEO PEMEX

LUSTRADOR

PARA LA LIMPIEZA DE
SUS MUEBLES



CEROL

DA BRILLO Y NUEVA
VIDA A SUS PISOS



MILUSOS

LUBRICANTE DE USO EN
EL HOGAR. LA OFICINA
Y EL TALLER



NITEX

LIMPIA SU COCINA. SU
CUCHILLERIA Y PISOS
DE MOSAICO



El Apogeo del Capitalismo

Por Werner Sombart

2 Vol., 1,068 pp.; \$26.00

Introducción al Estudio de Grecia

Por A. Petrie

200 pp., \$5.50



COLECCION TIERRA FIRME

*El Movimiento Obrero
Latinoamericano*

Por Moisés Poblete Troncoso

300 pp., \$6.00

La Alimentación en los Trópicos

Por Josué de Castro

206 pp., \$6.00



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

PANUCO 63.

MEXICO, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 3

Mayo-Junio de 1946

Vol. XXVII

INDICE

	Págs.
NUESTRO TIEMPO	
SERGIO BAGÚ. Argentina, una realidad revolucionaria	7
JAVIER MÁRQUEZ. Conveniencia y peligros de la industrialización	42
<i>El problema contemporáneo de la libertad</i> , por EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA	69
AVENTURA DEL PENSAMIENTO	
JOAQUÍN XIRAU. Tres actitudes: Poderío, Magia e Intelecto	79
FRANCISCO ROMERO. El feminismo trascendental de Ernst Bergmann	104
ALFONSO REYES. En memoria de Antonio Caso	119
SAMUEL RAMOS. La filosofía de Antonio Caso	122
<i>Tres Notas de historia del pensamiento hispanoamericano</i> , por JOSÉ GAOS	134
<i>Francisco Romero y "Papeles para una Filosofía"</i> , por NORBERTO RODRÍGUEZ BUSTAMANTE	144
PRESENCIA DEL PASADO	
SILVIO ZAVALA. Sobre la política lingüística del Imperio español en América	159
JOSÉ FERRER. Hostos humano	167
MARIANO PICÓN-SALAS. El Quijote en la nueva Caballería	180
EUGENIO IMAZ. Historia, y lo demás son cuentos	193

	Págs.
<i>Historia de la cultura hispanoamericana</i> , por JULIO CAI- LET-BOIS.	210
<i>Universidad, universalidad</i> , por LUIS SANTULLANO	217
<i>Arte precolombino del Occidente de México</i> , por SALVADOR TOSCANO	223

DIMENSION IMAGINARIA

JUAN GIL-ALBERT. La edificación del alba	229
HÉCTOR VELARDE. Analogías entre la arqui- tectura y la música	237
ARTURO USLAR PIETRI. La tentativa desespera- da de James Joyce	258
JORGE ROMERO BREST. Víctor Rebuffo y el destino de la xilografía en Argentina	267
FRANCISCO ROJAS GONZÁLEZ. La isla del Pelí- cano	290

EDICIONES

CUADERNOS AMERICANOS

LA COLECCION DE LIBROS EN CASTELLANO QUE
MEJOR CORRESPONDE A LA PRESENTE HORA,
HORA DEL NUEVO MUNDO

- 1.—GANARÁS LA LUZ, *Poesía, Biografía y Destino*, por León Felipe.
- 2.—JUAN RUIZ DE ALARCÓN, *su Vida y su Obra*, por Antonio Castro Leal.
- 3 y 4.—RENDICIÓN DE ESPÍRITU (*Introducción a un Mundo Nuevo*), por Juan Larrea.
- 5.—LOS ORÍGENES DEL HOMBRE AMERICANO, por Paul Rivet.
- 6.—VIAJE POR SURAMÉRICA, Por Waldo Frank.
- 7.—EL HOMBRE DEL BUHO, por Enrique González Martínez.
- 8.—ENSAYOS INTERAMERICANOS, por Eduardo Villaseñor.
- 9.—MARTÍ, ESCRITOR, por Andrés Iduarte.

VIDRIO PLANO, S. A.

FABRICANTES Y EXPORTADORES DE

Vidrios transparentes para ventanas,
aparadores, vitrinas,
cubiertas de mesa, etc.

Vidrios cilindrados para cancelos.

Silicato de Sodio.

Apartado Postal No. 372

Monterrey, N. L. México

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA, PREPARA-
TORIA Y COMERCIO

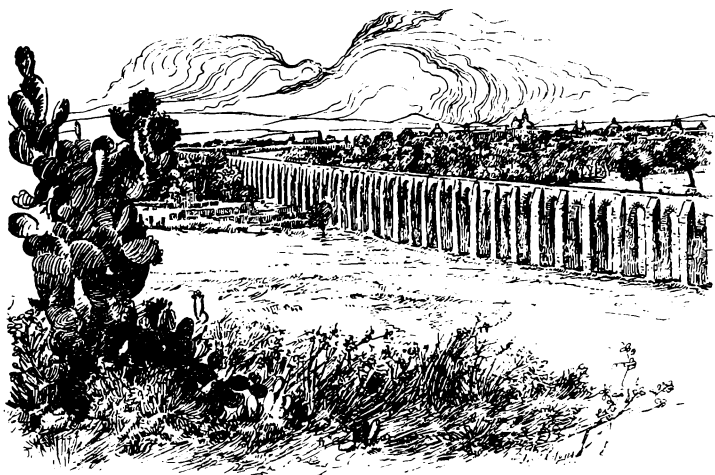
Externos

PASEO DE LA REFORMA 80
TELS. 13-03-52 L-51-95

KINDER - PRIMARIA
Medio Internado - Externos

REFORMA 835 (LOMAS)
TEL. 15-82-97

MEXICO, D. F.



QUERETARO,

ES una de las ciudades mexicanas que más ha conservado su sabor colonial, no obstante la destrucción que sufrió con las leyes de Reforma.

Fué un centro artístico de importancia por estar al centro del país.

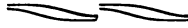
Cuenta con monumentos de gran valor y que revelan un estilo arquitectónico muy especial queretano.

Uno de estos monumentos es el acueducto que conduce el agua a la ciudad, construido a principios del siglo XVIII por don Juan Antonio de Urrutia y Arana, Marqués de la Villa del Villar del Aguila, y que puede compararse a aquellos acueductos construidos por los romanos, como el de Segovia.

Visite usted esta ciudad que también es un remanso de paz y lugar de estudio y meditación hacia las épocas pasadas.

FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO

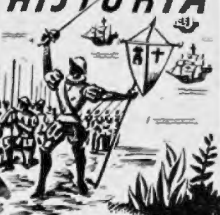
¡A sus órdenes!



RESERVADO PARA LA
UNION NACIONAL
DE PRODUCTORES
DE AZUCAR



ARTE LITERATURA HISTORIA



LA OBRA MAS PORTENTOSA DE TODOS LOS TIEMPOS

La obra de SANTIAGO PRAMPOLINI ha sido considerada ya por el publico como la OBRA MAS PORTENTOSA DE TODOS LOS TIEMPOS... Lo es por la gigantesca labor intelectual realizada por su autor y por el enorme esfuerzo editorial que supone su publicacion.

LA HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA rebasa los limites de cuantas obras haya podido conocer el lector hasta ahora. Es la primera 'Y LA UNICA' que presenta al publico de lengua española el más extenso y documentado estudio de todas las culturas. En sus trece volúmenes se recoge la HISTORIA, el ARTE y la LITERATURA de cada época.

La obra monumental de SANTIAGO PRAMPOLINI constituye, por si sola, una verdadera biblioteca. En la que han intervenido bajo la sabia e ilustre dirección de JOSE PIJOAN, las figuras más preclaras de la intelectualidad Hispano Americana. Usted no puede privarse de ella, para deleite de su propio espíritu, ni puede privar tampoco al resto de sus familiares.

Envíenos ¡HOY MISMO! el cupón que aparece en este anuncio y recibirá un Lujoso FOLLETO DESCRIPTIVO

EXPOSICION PERMANENTE DE LA OBRA EDITORIAL GONZALEZ PORTO

AV. INDEPENDENCIA 8. - APDO. 140 DLS. MEXICO, D. F.



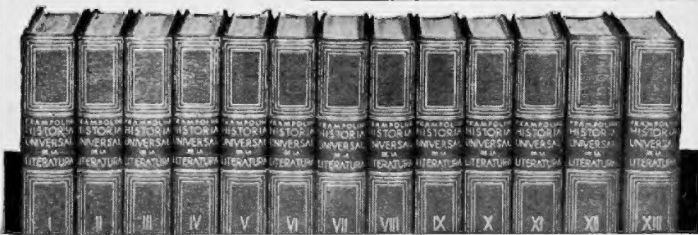
EDITORIAL GONZALEZ PORTO
AVENIDA INDEPENDENCIA 8.
APDO. 140 DLS. MEXICO, D. F.

Tengo verdadero interés en recibir, sin compromiso alguno, el folleto descriptivo de la HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA y amplios informes sobre facilidades de pago.

Nombre y apellidos

Profesión y ocupación

Dirección



CORTESIA

DE

CERVECERIA TECATE,
S. DE R. L.

CIA. MEXICANA DE MALTA,
S. A.

ACEITES VEGETALES DE
TECATE,
S. A.

ALBERTO V. ALDRETE E HIJOS,
S. DE R. L.

Tecate,
Baja California, México

Los equipos de acero ^{DM} Nacional y la industrialización de México



Nuestro mensaje a todos los sectores del país

Una de las finalidades principales que debemos perseguir en la industrialización de México es la de elevar el nivel de vida de nuestra población, a fin de convertir a la mayoría de los mexicanos en productores y consumidores.

Cada sector del país tiene una tarea que realizar para que sea un éxito la industrialización nacional, en que estamos empeñados todos los mexicanos de responsabilidad.

EL GOBIERNO, extendiendo facilidades de crédito, protegiendo arancelariamente la producción nacional y continuando su política de estímulos justificados a las industrias.

LAS INDUSTRIAS, aprovechando estas medidas para aumentar y mejorar su producción, perfeccionar su equipo y proporcionar a sus trabajadores salarios y prestaciones de orden social

que eleven su condición humana y estimulen sus aspiraciones.

EL MOVIMIENTO OBRERO, estimulando el sentido de responsabilidad de los obreros y empleados en el trabajo.

EL COMERCIO ORGANIZADO, desechando los métodos anticuados y puramente especulativos, para dar preferencia a los artículos de producción nacional, aun cuando el tráfico de estos productos le deje un rendimiento inferior por unidad, lo que será compensado con creces al aumentar el número de obreros y empleados industriales y su capacidad de consumo.

EL PUBLICO CONSUMIDOR, que, en última instancia, debe dar absoluta preferencia a los artículos de manufactura mexicana, a fin de que la industrialización nacional pueda realizarse y produzca al país los beneficios que todos esperamos de ella fundadamente.

OFICINAS EN LA
CIUDAD INDUSTRIAL
D M NACIONAL
CALZADA SN. JUAN
DE ARAGON 528
ERIC. 17-23-00
17-23-60, 17-23-81
17 24 00
MEX. X-02-00
X-02-07 X-02-08
X-02-09.

DISTRIBUIDORA



MEXICANA, S. A.

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS DE LOS PRESTIGIADOS EQUIPOS DE ACERO

OFICINAS GENERALES
BOLIVAR N° 21
ERICSSON 1810-47
MEXICANA L-49-91
AFOO 2471

DIRECTOR GENERAL ANTONIO RUIZ GALINDO
UNA ORGANIZACION DE MEXICANOS

SALAS DE VENTAS Y
EXPOSICION BOLIVAR
25 Y MADERO 22
MEXICO D.F.

COMPANIA FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

CAPITAL SOCIAL: \$ 50.000,000.00

FABRICANTES DE TODA CLASE DE MATERIALES
DE FIERRO Y ACERO:

Fierro Comercial y Fierro Corrugado, de todas medidas,
para construcción; Aceros para Muelles; para Herra-
mientas; Octagonal para Minas y Hornos, etc.

Placas, Viguetas "I" y "H", Canales "U".

Rieles de Diversas Secciones y Pesos.

Alambres y Alambrón.

Tornillos Máquina,

Coche y Arado;

Estoperoles

Pijas

Tuercas y Remaches

Arandelas

y

Clavos y Tornillos para Vía, etc., etc.



Domicilio Social

y

Oficina General de Ventas:

BALDERAS N° 68.

Apartado 1336.

MEXICO, D. F.

FABRICAS

en

MONTERREY, N. L.

Apartado 206.

*LA SUERTE ES DEL
QUE LA SIGUE*



LA LOTERIA ES SU OPORTUNIDAD
JUEGUE EN SUS SORTEOS LUNES,
MIERCOLES Y VIERNES



LOTERIA
NACIONAL

PARA LA ASISTENCIA PUBLICA

Conciencia Nacional e Internacional

Mucho alabamos en los pueblos antiguos, como flor de civilización, el culto a la hospitalidad que ha dado nacimiento a muy diversas y originales costumbres. El huésped fué considerado siempre como algo sagrado, merecedor de toda suerte de exquisitas atenciones.

Los tiempos no son ya los mismos, ciertamente, y la vida actual, con sus urgencias terribles, no es propicia —salvo para unos pocos— al desarrollo de las individuales formas hospitalarias. Mas ello no quiere decir que los impulsos que determinaron esas sabias costumbres hayan sido descartados para siempre, sino que atraviesan una crisis de adaptación a las nuevas circunstancias hasta que consigan tomar adecuadas formas de vida. La conciencia tiende en nuestro tiempo a hacerse menos individual para atenerse cada vez más a los ámbitos colectivos de las naciones y a las relaciones entre éstas. Así la hospitalidad ha dejado en cierto modo de ser una virtud individual en la mente de los pueblos civilizados, para manifestarse en el cuidado que éstos, globalmente, ponen en atender y halagar al visitante de otros países, considerándolo huésped nacional, huésped de todos. Cosa a todas luces justificada, moral y materialmente. Por que a fin de cuentas más es el ambiente agradable y acogedor, con la sensación de bienestar que procura, lo que atrae y seduce al viajero, que la simple exhibición de un acervo de objetos fotografiables y hermosos: paisajes, monumentos, etc., puro esqueleto del verdadero cuerpo turístico que es la calurosa, por humana, presencia viva.

Debemos decir que así lo ha comprendido el pueblo mexicano que cada día muestra mayor inclinación a desvivirse en beneficio del visitante con objeto de hacerle su estancia entre nosotros grata. Ya no son quienes viven de la industria del turismo los únicos que hacen gala de su amabilidad profesional, sino todas las clases sociales representadas en el hombre de la calle, las que han comprendido sus deberes de solidaridad para quienes llegan a veces de muy lejos atraídos, como en los viejos relatos, por la fama de nuestras bellezas nacionales. México es bello, sin duda, es deleitoso, pintoresco y lleno de colorido, de porvenir, pero es también un pueblo que ha dado ya grandes pasos en el camino de una civilización nueva y sabe rodear de humanas consideraciones, con la hidalguía heredada de su doble stirpe, a quienes le honran visitándole.

F. L. S.

Para informes sobre cuanto se refiere al turismo nacional y extranjero dirigirse a:

ASOCIACION



MEXICANA

DE TURISMO

AVENIDA JUAREZ 76

MEXICO, D. F.

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO V

VOL. XXVII

3.

MAYO-JUNIO

1 9 4 6

MÉXICO, 1º DE MAYO DE 1946

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.

CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA, ex Rector de la Universidad de Barcelona;
Alfonso CASO, ex Rector de la Universidad Nacional de México;
Daniel COSIO VILLEGAS, Director General, del Fondo de Cultura
Económica;

Mario DE LA CUEVA, ex Rector de la Universidad Nacional de Mé-
xico;

Eugenio IMAZ, escritor;

Juan LARREA, ex Secretario del Archivo Histórico Nacional de
Madrid;

Manuel MARQUEZ, ex Decano de la Universidad de Madrid, Acadé-
mico;

Manuel MARTINEZ BAEZ, ex Presidente de la Academia de Medicina
de México;

Agustín MILLARES, Catedrático de la Universidad de Madrid, Aca-
démico;

Alfonso REYES, Presidente del Colegio de México, Académico.

Jesús SILVA HERZOG, ex Director de la Escuela Nacional de Eco-
nomía de México.

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Secretario
JUAN LARREA

Se prohíbe reproducir los artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Sergio Bagú* Argentina, realidad revolucionaria.
Javier Márquez Conveniencia y peligros de la industrialización.

Nota, por Ezequiel Martínez Estrada.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Joaquín Xirau* Tres actitudes: Poderío, Magia e Intelecto.
Francisco Romero El feminismo trascendental de E. Bergmann.
Alfonso Reyes En memoria de Antonio Caso.
Samuel Ramos La filosofía de Antonio Caso.

Notas, por José Gaos y Norberto Rodríguez Bustamante.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Silvio Zavala* Sobre la política lingüística del imperio español en América.
José Ferrer Hostos humano.
Mariano Picón-Salas El Quijote en la nueva Caballería.
Eugenio Imaz Historia, y lo demás son cuentos.

Notas, por Julio Caillet-Bois, Luis Santullano y Salvador Toscano.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Juan Gil-Albert* La edificación del alba.
Héctor Velarde Analogías entre la arquitectura y la música.
Arturo Uslar Pietri La tentativa desesperada de James Joyce.
Jorge Romero Brest Víctor Rebuffo y el destino de la xilografía en Argentina.
F. Rojas González La isla del Pelicano.

INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
Descartes y su obra. (1596-1650)	118
Casa donde nació René Descartes hace 350 años.	”
Primera edición del <i>Discurso del Método</i> .	”
Una página de la edición príncipe del <i>Discurso del Método</i> .	119
ARTE DEL OCCIDENTE DE MÉXICO	
Nayarit. Guerrero. (Col. Diego Rivera)	224
” Personaje. (Col. Diego Rivera)	”
” Personaje. (Col. Diego Rivera)	”
” Mujer desnuda. (Col. Diego Rivera)	”
” Mujer sentada. (Col. Diego Rivera)	”
Colima. Personajes sentados. (Cols. Diego Rivera, Museo Nacional de México, Museo Regional de Jalisco)	”
” Personaje tumbado. (Col. Diego Rivera)	”
” Alfarero. (Col. Diego Rivera)	”
” Portador de cántaro. (Col. Diego Rivera)	”
” Personaje con la mano abierta en forma de vasija. (Col. Diego Rivera)	”
” Cabeza de personaje. (Museo Regional de Jalisco)	”
” Cargador. (Col. Diego Rivera)	”
” Cargador. (Col. Diego Rivera)	”
” Mujer con escudilla en las manos. (Col. Diego Rivera)	”
” Personaje. (Col. Diego Rivera)	”
” Perros. (Col. Diego Rivera)	”
” Aves. (Col. Diego Rivera)	”
” Vasija. (Col. Diego Rivera)	”
” Jorobado. (Col. Diego Rivera)	”
Michoacán. Estatuilla femenina. (Museo Regional de Michoacán)	225
... el Partenón era como una inmensa arpa de mármol.	248
Templo de Afaia en Egina.	249
Sylvia Beach y James Joyce	258
Pruebas de imprenta del <i>Ulysses</i> corregidas por James Joyce.	259

Fotograbados de

FOTOGRAFADORES Y ROTOGRAFADORES UNIDOS, S. DE R. L.
Bucareli 24. - México, D. F.

Nuestro Tiempo

ARGENTINA UNA REALIDAD REVOLUCIONARIA

Por *Sergio BAGU*

SE preguntaba Alejandro Korn si las nupcias de la Argentina con la democracia, larga y accidentadamente tramitadas, se producirían recién cuando ésta se encontrara ya en la senectud. Pensaba el filósofo, al abrir el escéptico interrogante, en esa forma de la democracia política que se manifiesta en la pureza del sufragio y en el juego de la institución parlamentaria. Comicios legales y no objetados acaba de haber en la Argentina. Un parlamento libremente elegido comenzará a sesionar en breve y un presidente constitucional leerá ante él, periódicamente, los mensajes que ordena la ley. Las nupcias se han consumado. Pero el filósofo —escucho su apagado, aunque enérgico, acento de los últimos años— advertiría lo mucho de caduco que hay en la ceremonia.

De todos los políticos argentinos de los últimos decenios, nadie ha creído menos en la democracia que el que acaba de ser elegido presidente de la república. Nadie cree menos, sin duda, en ella. Y cuando la hora llegue de demostrarlo, nadie mantendrá más inalterado su descreimiento.

No diríamos todo si afirmáramos que sólo una crisis muy honda puede explicar esta dramática paradoja. En crisis casi permanente de búsqueda de la democracia ha vivido el país durante medio siglo y el episodio de hoy tendrá la virtud —una, al menos— de cerrar el ciclo.

Por más que medien explicaciones circunstanciales minuciosas, persistirá el estupor que el escrutinio desparramó por América durante varias semanas. Por ser, precisamente, el capítulo final de un período, hay que observarlo en su proyección histórica para que el estupor ceda el paso a esa lógica nunca ausente, aunque a menudo enmarañada, de los acontecimientos humanos.

I. MEDIO SIGLO DE BUSQUEDA DE LA DEMOCRACIA

EL ciclo se inicia con la revolución de 1890, que fué de protesta contra la violación sistemática del comicio. Era la primera revuelta armada de hondo contenido social.

Un proceso de la más vasta trascendencia se estaba operando en el país. En los últimos lustros del siglo, la inmigración ocasionó una revolución demográfica, cuyas consecuencias económicas, sociales y políticas se manifestaron muy pronto. La agricultura cobró rápido incremento. La ganadería se refinó, volcando sus productos en el mercado europeo, principalmente en el inglés. El comercio se activó febrilmente.

En las ciudades, una nueva clase media hizo su aparición. En los aledaños urbanos se fué aglomerando la mano de obra proletaria. El alzamiento del 90 anunció el ingreso en la actividad pública de una inorgánica clase media de origen inmigratorio, que formó la Unión Cívica Radical. El proletariado, disperso y sin conciencia de clase, osciló entre las ofertas de los caudillos políticos y sólo un pequeño sector fundó y alimentó el Partido Socialista.

El radicalismo nació envuelto en una nebulosa ideológica de la cual jamás acertó a salir. Su origen social e histórico explica esta característica. Su objetivo primordial fué la conquista del sufragio por las grandes masas ciudadanas. Su programa, algo tan indefinido como puede ser el leal cumplimiento de la Constitución Nacional. Su fuerza popular, la promesa —elemental individualismo— de ayudar a los pobres.

Esta indefinición básica le rodeó de graves peligros desde su concepción. El radicalismo nacía para oponerse a los gobiernos de la oligarquía terrateniente, en cuyas filas se contaban algunos de los cerebros más despejados y progresistas con que contaba el país. Una oligarquía liberal que estaba presidiendo —y no a ciegas— la reorganización económica, educacional y jurídica.

La causa del sufragio honesto contó con el apoyo de algunos oligarcas esclarecidos. Pellegrini la defendió en el Senado en 1902 y el Presidente Sáenz Peña sacrificó los intereses políticos de su clase otorgando la ley electoral que lleva su nombre, con la cual el radicalismo llegó al poder en 1916.

Irigoyen, primer presidente radical, pudo haber obrado desde el poder una amplia transformación. Pero el radicalismo ignoraba cuáles eran los problemas del país. No hirió los intereses fundamentales de la clase enemiga. El país siguió conservando las dos cosas que han marcado, hasta hoy, su destino: su estructura económica basada en la gran propiedad territorial y la subordinación al sistema imperial británico.

El segundo gobierno de Irigoyen iniciado en 1928, estuvo tan sostenido por la esperanza popular como el primero. Aquello fué la fatiga de una vejez prematura. Aun sin programa y sin ideas todo se diluyó en una oratoria sin emoción, mientras una densa atmósfera de desorganización y corrupción administrativas proporcionaba a las fuerzas conservadoras la excusa para el golpe militar que estaban preparando.

El 6 de septiembre de 1930, arrojado Irigoyen del poder por el general Uriburu, finalizó la experiencia radical y la oligarquía inició la segunda etapa de sus gobiernos.

El país, al conservar la estructura económica y social que le habían dado los gobiernos del siglo 19, no contaba aún con los grupos sociales capaces de trazarle un rumbo esencialmente distinto. La clase media urbana seguía siendo, en 1930, un conglomerado inorgánico y su proletariado carecía de cohesión y conciencia, precisamente por la falta de una industria desarrollada. La juventud estudiantil—clase media con un fervor nuevo, de amplia proyección continental—había iniciado en 1918 un vasto movimiento renovador. Entre desmayos y victorias, la Reforma Universitaria iba mucho más allá que el radicalismo en su impulso creador, pero no podía ser, por sí, más que grupo de choque en las agitaciones populares y escuelas de voluntades juveniles.

La oligarquía, más homogénea, tenía una enorme ventaja. Sabía lo que quería y, después del 30, se mostró decidida a obtenerlo por los medios más seguros.

Cuarenta años habían corrido desde que se inició la búsqueda de una democracia política multitudinaria. Fracaso por completo el interregno radical, el país viviría aún trece años más persiguiendo el mismo designio no realizado.

II. EL ESTADO OLIGARQUICO Y LA TRANSFORMACION ECONOMICA

DESDE 1930 una nueva intensa transformación planteó sobre otros términos los problemas argentinos. Como a fines del siglo 19, la realidad social sufrió cambios sustanciales.

Dos procesos paralelos, aunque no directamente relacionados, se produjeron: la reorganización del Estado y la industrialización.

1. *La reorganización del Estado*

La oligarquía que regresó al poder en el 30 no tenía el brillo de la que había gobernado en el 80, ni sus intereses de clase coincidían con los intereses generales del país, como pudo decirse en aquella época. Para defenderse no podía impulsar el progreso de la nación, como lo hacía Roca, sino que tendría que recluirse en la disciplina férrea de la secta minoritaria que se propone, lo primero, defender sus intereses.

El instrumento político fué el fraude, organizado sistemáticamente en varias provincias. La institución parlamentaria se mantuvo, pero desvirtuada. Un marcado escepticismo alejó a la masa del pueblo del comicio.

En lo económico, se produjeron transformaciones extraordinarias. Al modificarse las condiciones económicas en todo el mundo, después de la gran crisis iniciada en 1929, se quebrantó el sistema de intercambio colonial que la Argentina había sostenido con Inglaterra a lo largo de muchos decenios. Los pactos de Ottawa modificaron las corrientes comerciales de los países del imperio británico y los oligarcas argentinos encontraron cerradas, de pronto, puertas que habían creído abiertas hasta la eternidad. El tratado Roca-Runciman solucionó a medias el problema.

El planteo de la economía liberal, en sus términos originales, resultó inadecuado para las nuevas circunstancias. Los productores agropecuarios necesitaban un Estado que les protegiese directamente, dentro y fuera de las fronteras. Lo obtuvieron. Desde 1931 se fueron creando todos los organismos oficiales necesarios para controlar el proceso económico en su totalidad.

Un poderoso instrumento de política comercial e ingreso fiscal, el control de cambios, fué usado desde 1931 y reorganizado en 1933. En 1935 surgieron dos importantes instituciones de política financiera: el Banco Central de la República Argentina y el Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias. La unificación de los impuestos internos, sancionada en 1934, obligó a las provincias a entregar a la Nación, en buena parte, el control de sus finanzas.

Se creó la subvención a los productores ganaderos. Desde 1935 hasta 1941, el subsidio oficial fué de \$60.000.000. "La intervención estadual sólo ha actuado, en la historia económica del país, para amparar a la ganadería", reconocía en 1942, en la Cámara de Diputados, el representante conservador José Aguirre Cámara.

Antes que el New Deal, la oligarquía argentina comenzó a organizar su propia economía dirigida, pero su propósito —a la inversa que en el plan de Roosevelt— consistía en diluir sobre la población total del país las pérdidas que sufría en los años de crisis y en reajustar todo el proceso económico para mantener artificialmente el predominio de sus intereses. El liberalismo económico murió en la Argentina al caer del poder Hipólito Irigoyen.

Los otros órganos del Estado oligárquico tendían a alcanzar el mismo propósito en otros terrenos. La policía se amplió y se modernizó, transformándose en un verdadero ejército por su equipo y su organización. La prensa fué controlada indirectamente, mediante la distribución del papel y el crédito bancario. La radio quedó sujeta a la censura estricta de la Dirección Nacional de Radiocomunicaciones. Se agudizó notablemente el espíritu de casta del ejército.

2. *La transformación económica y social*

Varios factores, entre los que se cuenta la política de autarquía económica practicada por las grandes potencias después de 1929, favorecieron el rápido desarrollo de la industria ligera a partir de 1932. Durante dos lustros, los grandes centros urbanos vivieron el proceso con características semejantes a las que ha tenido en la historia de otros países. Se produce una migración en masa de campesinos que abandonan el interior y se dirigen a los centros industriales. Buenos Aires,

que en 1914 contaba con 1.500,000, tenía más de 2.500,000 en 1942. Sus alrededores adquieren vitalidad asombrosa y se pueblan con tanta rapidez que, en 1940, suman con la capital más de 3.600,000 habitantes. Alejandro Bunge calculaba —tal vez con optimismo— que en 1940 las industrias y las manufacturas ocupaban 2.770,000 personas. El 48.3% del total de la población laboriosa en el país tradicionalmente agrícola ganadero.

La industrialización y su consecuencia demográfica —el rápido crecimiento de la población urbana— fueron los hechos salientes del período, pero no los únicos que contribuyeron a transformar el país en un plazo breve. El empobrecimiento del agro se agudizó en forma notable en algunas zonas. La reducción de las exportaciones en los años en que la crisis mundial se hizo sentir con mayor agudeza, transformó muchas tierras labrantías en tierras de pastoreo, decapitó la pequeña propiedad agraria en muchas regiones y acentuó la concentración de la gran propiedad territorial.

Desgraciadamente, en trece años el Estado oligárquico no organizó un solo censo nacional de la población. Hasta hoy, el último es el levantado en 1914. Censos parciales, estudios demográficos y estadísticas económicas nos permiten, después de engorroso estudio comparado, aproximarnos a la realidad. Una realidad integrada por transcendentales modificaciones en la estructura social.

La industrialización formó grupos de industriales y comerciantes que, aunque más fuertes que nunca, no llegaron a tener, sin embargo, influencia decisiva en el manejo de las cuestiones públicas. A la vez, frutos de ella fueron una clase media y un proletariado que transformaron de raíz el ritmo de la existencia urbana.

La clase media, con un sector fronterizo de la indigencia obrera, alcanzó también, en otros sectores, capacidad económica y hábitos de existencia que se le semejan notablemente a la clase media de las grandes ciudades estadounidenses. Pero aun los grupos más favorecidos no dejaron nunca —precisamente por ser clase media— de estar expuestos a las graves eventualidades de un cambio de fortuna.

El proletariado, si bien alcanzó salarios buenos en ciertas actividades técnicas, se vió sumido en el permanente problema

de la indigencia, con desgano afrontado por un Estado que dejaba violar todas las leyes de tutela a los trabajadores.

Las grandes ciudades vieron multiplicarse las chimeneas de las fábricas y los establecimientos comerciales en ritmo afiebrado. Jamás el país había vivido bajo el apremio de una transformación semejante. Dentro del recinto urbano y en la cintura de pueblos que le aprieta se acumuló una numerosa población trabajadora —proletarios y clase media de limitados recursos— con problemas y modalidades que nunca habían pesado, hasta entonces, en las luchas políticas.

Esta nueva población urbana, así como muchos distritos rurales, comenzó a enfrentar sus problemas económicos con criterio más orgánico que la incoherente clase media que había alimentado al radicalismo a principios del siglo. Formó organizaciones por centenares para combatir algunas empresas extranjeras concesionarias de servicios públicos, como la electricidad, el agua corriente, los transportes, la construcción de pavimentos. Organizó cooperativas de consumo y aún de producción en gran número. Defendió sus intereses gestionando con inquebrantable ahinco ante los poderes públicos y enfrentando con valentía las furias policiales.

Lo que progresó lenta y accidentalmente fué la organización gremial proletaria. La nueva industria ligera no había adquirido todavía el grado de concentración que favorece la aparición de los grandes sindicatos de trabajadores. Pero el factor que perturbó directa y agudamente el proceso de agremiación fué la acción del Estado. Especialmente bajo la presidencia de Justo (1932-38), la policía persiguió y torturó, encarceló y deportó, intrigó dentro de los gremios y desorganizó en toda forma su funcionamiento.

3. *El imperialismo británico*

Desde el siglo 18, el imperio británico miró hacia el Río de la Plata como zona de expansión. En 1806 y 1807, Inglaterra invadió militarmente el territorio. Fué derrotada. Pocos lustros después comenzó a invadirlo financieramente.

Al descubrirse nuevos procedimientos para el transporte de carnes a largas distancias y mejorarse notablemente la calidad del ganado, Inglaterra se transformó en el mejor comprador de la carne argentina. La agricultura, enriquecida por

el brazo del colono extranjero, comenzó a exportar sus productos en grandes cantidades a los puertos británicos. El capital inglés, mientras tanto, se invertía en ferrocarriles, tranvías, electricidad y gas, frigoríficos, estancias, títulos de la deuda pública.

El capital británico invertido en el país supera, según cálculos hechos en Londres, las £500.000.000. Ese es el monto mayor de capital británico fuera del imperio, así como la colonia inglesa en la Argentina es la más numerosa de todas las que habitan en territorio no imperial.

Toda la economía argentina —básicamente agrícola ganadera— se estructuró y se mantuvo, durante decenios, como complementaria de Inglaterra. El tratado Roca-Runciman, firmado en Londres en 1933, acentuó la sujeción económica del país a la metrópoli.

Mediante este tratado se aseguraron amplios privilegios a los capitales invertidos en ferrocarriles y tranvías, poniéndoles a cubierto de la competencia de otros medios de transporte más modernos. Para eso surgieron la Comisión Nacional de Coordinación de Transportes y la Corporación de Transportes de la Ciudad de Buenos Aires. El proyecto de ley que creó esta última fué redactado en inglés.

Los años de la guerra trajeron para el imperio británico múltiples sinsabores, aún en tierra argentina. Pero la City pudo decir con justicia, que era ésta "la asociación económica de mayor éxito en la historia".¹ Once años atrás, mientras se celebraba en un banquete, en Londres, la firma del tratado aludido, un diplomático argentino había declarado, con torpe sinceridad, que su país era, "en su economía, parte integrante del imperio británico".

La conciencia de que los intereses británicos estrangulaban la economía y corrompían la vida política despertó en el pueblo un arraigado sentimiento anti-imperialista. La guerra civil española, que fué intensamente vivida, agudizó el sentimiento de repudio por el imperio que abrió las puertas de España a la invasión nazi.

¹ *La Prensa* de Buenos Aires. Información de Reuter, desde Londres. 17 de agosto de 1944.

4. *Los partidos políticos ante la nueva realidad*

Por lo menos en uno de sus aspectos, la política es el arte de encontrar soluciones prácticas a los problemas inmediatos. El partido que no es capaz de ello a lo largo de muchos años pierde su impulso, su cohesión y su prestigio.

El fraude fué para los partidos una valla imposible de salvar. Les indignó primero y les desorientó después. Pronunciaron sus dirigentes elocuentes discursos. Invocaron con patética entonación el espíritu de los constituyentes del 53. La oligarquía siguió haciendo el fraude. Así transcurrió la existencia política desde 1931 hasta 1943.

No fueron más allá. El radicalismo vivía asido a la oratoria castelariana que aprendió en el 90. Alimentaban sus dirigentes la esperanza de un pacto salvador con algunos grupos de la oligarquía que les permitiera retornar al poder pacíficamente. El presidente Justo y algunos ministros del presidente Castillo sustentaron hábilmente esta esperanza, que les permitió neutralizar a sus enemigos en el momento decisivo.

El socialismo, elevado a categoría de partido nacional en 1932, dejó escapar lamentablemente de sus manos la excepcional oportunidad que se le brindó, con su bloque de más de cuarenta diputados, para ponerse a la cabeza de una oposición combativa e inteligente. Volvió después al recinto metropolitano donde siguió desgastando su prestigio de otrora en un prolongado no saber qué hacer.

Una figura excepcional resurgió en aquella oscura época. Lisandro de la Torre, a pesar de sus setenta años, con apenas un pequeño partido detrás de sí, señaló el método de lucha. Combate sin tregua y sin compromiso contra la oligarquía; combate despiadado, directo, físico cuando fuera necesario; combate inteligente, denunciando a diario sus trapisondas económicas y su complicidad con el imperio británico. Y unidad de todos los partidos democráticos. Su voz resonó en la emoción popular pero no penetró en los oídos de los dirigentes de los otros partidos. Su suicidio, en enero de 1938, fué un acto simbólico.

Más allá de esta incapacidad política, —lenta agonía de dos partidos populares— estaba la incapacidad para medir las

hondas transformaciones económicas y sociales que se venían operando en el país. En la misma sede del socialismo, la ciudad de Buenos Aires, surgía un proletario aún sin suficiente organización ni conciencia política, cuya presencia y cuyos problemas no fueron nunca, realmente, auscultados por aquél.

La indefinición ideológica del radicalismo cobró caracteres de verdadera impotencia frente a un país que buscaba a diario una nueva orientación económica.

Para su mayor desgracia, varios de sus representantes en los cuerpos colegiados aparecieron envueltos en escándalos administrativos. Otro motivo de quebrantamiento de la confianza popular.

En el 90 y en el 16 —aun en el 28—pudo decirse que el radicalismo era la expresión fiel de grupos sociales sin suficiente cohesión, sin conciencia política bien definida. En vísperas de la revolución de 1943 la verdad era que los dirigentes de los partidos —muy especialmente, del radicalismo— estaban intelectual y políticamente muy por debajo de la mentalidad media.

5. *Una síntesis necesaria*

Sin este examen crítico retrospectivo es imposible comprender en su integridad qué ha ocurrido y qué ocurre en la Argentina. El Estado oligárquico pretendió regular su economía y su política por tiempo indefinido. A su despecho, se operó una honda transformación económica y social que abrió una nueva época en la historia del país. Los principales partidos políticos democráticos ignoraron esa transformación y, obsesionados por las dificultades del problema electoral, se fueron consumiendo en la impotencia. Para ellos, el tiempo se había detenido. Para el país, había corrido vertiginosamente.

El Estado oligárquico había tendido un manto de censura y confusión sobre esa realidad en rápido cambio. Todos —acaso sin excepción— nos sorprendimos de ella cuando pudimos verla en su plenitud.

III. HISTORIA DEL FASCISMO

LA historia del fascismo civil no es más que un apéndice en la historia de la resurrección política de la oligarquía. El fenómeno se repite en toda la América Latina, donde los pri-

meros partidarios de Mussolini surgieron de las catacumbas de la extrema derecha.

El único ensayo de comicios honestos que realizó la dictadura de Uriburu —en abril de 1931, en la provincia de Buenos Aires— le significó una derrota aplastadora. Los viejos caudillos de los partidos conservadores optaron, desde entonces, por el fraude sistemático sin reformar la estructura jurídica del Estado. La juventud dorada se hizo fascista.

El tronco originario de ambos sectores era uno mismo. Mas en ocasiones sería tan exaltada la polémica que llegarían a mostrarse los puños. La sangre nunca llegó al río, porque las disputas terminaron siempre en abrazo fraternal.

Jefes y teóricos del fascismo fueron, a la vez, abogados de empresas británicas y consorcios donde predomina el capital del mismo origen. Su anti-imperialismo fué siempre anti-yanqui y sólo episódicamente anti-británico.

La guerra trazó una línea divisoria en esta conmixción de tendencias. Todo lo británico fué enemigo, a la vez que lo alemán resultó numen inspirador. El divorcio con la oligarquía vinculada a Gran Bretaña se pronunció y la pugna se tradujo en el tono insultante de los periódicos fascistas.

Las victorias alemanas convencieron a ciertos sectores oligárquicos de la conveniencia de extremar la neutralidad y, a la vez, tender puentes hacia el posible triunfador en Europa. En los últimos meses del gobierno de Castillo el fascismo pareció regresar, una vez más, al redil. No se trataba ya de derrocar a la oligarquía, sino de "asegurar su continuidad por todos los medios".

En víspera del golpe militar de 1943, el fascismo civil, después de más de un decenio de existencia, había fracasado por completo. Seguía siendo un pequeño grupo aristocrático, dividido en numerosas agrupaciones, sin otro programa que las frases más conocidas de la propaganda fascista europea. Así lo reconocían algunos de sus periódicos.

Mucho más peligrosa fué la organización nazigermana. Dos instituciones actuaban paralelamente: el Partido Nacional Socialista, que llegó a tener 64,319 asociados, y el Frente del Trabajo. Ambas dependían de la Embajada de Alemania. La Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas de la Cá-

mara de Diputados reveló, en varios informes, cómo estaba organizada y cómo trabajaba la quinta columna.

Las sumas invertidas en propaganda y sobornos fueron cuantiosas. Entre el 1º de julio de 1940 y el 30 junio de 1941 se destinaron a esos fines \$5.983,100. "En seis semanas, comprendidas entre el 1º de julio y el 13 de agosto de 1941, la Embajada de Alemania despachó desde Buenos Aires, con destino a otras naciones del continente cuatro toneladas y media de impresos".²

La propaganda nazi, originada en esas fuentes, no conquistó tampoco a las masas. Actuaba sobre grupos sociales bien definidos: profesionales universitarios, hijos de oligarcas, militares, gente de iglesia.

Pero fué en las fuerzas armadas donde el nazismo hizo sus conquistas más preciosas. El terreno resultaba altamente propicio para la siembra, y las victorias militares de Alemania terminaron por allanar el camino. Después de la caída de Francia, el golpe militar de tendencia nazi apareció como posible en cualquier momento. El Congreso y aun el Poder Ejecutivo —con su duplicidad cómplice— sabían que sobre su existencia, pendía, hora tras hora, la amenaza mortal.

IV. LA DICTADURA. PROGRAMA Y REALIDAD

UBICADA dentro de ese período que se inicia con la resurrección política de la oligarquía, en 1930, la revolución militar de 1943 no ofrece mayores inconvenientes para su examen. Pero no basta decir que fué fascista por su origen y por la mentalidad de sus hombres.

Un régimen fascista, implantado en un país americano en momentos en que el poderío militar del Eje declina, tiene características que deben ser estudiadas minuciosamente. El asiento de ese régimen fascista es, no lo olvidemos, un país de grandes recursos naturales; con un Estado moderno y casi omnipotente, reorganizado por la oligarquía; con una economía vinculada al imperio británico; con ciertos compromisos pan-americanos; con una posición privilegiada desde la cual puede

² *Campo minado*, por Adolfo Lanús. Pág. 41. El autor de este libro era miembro de la citada comisión parlamentaria.

ejercer poderosa influencia económica y política sobre los países vecinos.

Sin analizar la obra de la dictadura, su trayectoria y sus características, no será posible prever el desarrollo de los acontecimientos en el futuro próximo. No es sólo un afán retrospectivo, pues, lo que nos mueve a hacerlo.

1. *Programa*

El G.O.U.—Grupo de Oficiales Unidos— fué el núcleo de la conspiración. Poco antes del golpe, el G.O.U. exponía su programa en una circular dirigida a los oficiales adictos. Las etapas eran las mismas realizadas en Alemania, cuyo ejemplo se invocaba. Dominio de la Nación, primero; después, de Sud América. "Nuestra misión es hacer posible e indiscutible nuestro tutelaje". La justificación imperial estaba dada por muchos años de propaganda dentro de las filas fascistas. Una propaganda que reivindica las supuestas glorias virreinales, la Inquisición, la tiranía de Rosas, la superioridad de la raza blanca que puebla el territorio argentino. En cuanto al pueblo, conquistado el poder, sería catequizado rápidamente. "Siguiendo el ejemplo alemán, a través de la radio, la prensa controlada, las películas, los libros, la Iglesia, y de la educación, el pueblo debe ser inculcado con el espíritu que se necesita para recorrer el camino heroico que se le hará atravesar". Un año después, la revolución triunfante se celebraba en los colegios bajo esta consigna: "Somos una Nación libertadora e institutora. Por eso tenemos el derecho inalienable de desempeñar una función rectora en Latino América".

Nada nuevo hay en estas ideas que no conozcamos hasta en los menores detalles de su argumentación. El fatalismo malthusiano, que conduce a bendecir las pestes y a considerar a las guerras como fenómeno biológico saludable: "La naturaleza comienza por brindar la primera ayuda con la supresión biológica de la peste, del hambre y de la guerra", afirma Perón, explicando cómo se resuelven los problemas de la superpoblación (Discurso pronunciado en Buenos Aires, el 29 de julio de 1944). La inevitabilidad de la guerra. "Los humanos de barro fuimos amasados y siendo célula constituyente de la sociedad de las naciones, no podremos hallar jamás la solución ideal de los complejos problemas de todo orden, so-

ciales, económicos, financieros, políticos, etc., que asegure una ininterrumpida paz universal" (Discurso pronunciado por Perón en la Universidad de la Plata, el 11 de junio de 1944). Y su corolario, el armamentismo incesante: "El concepto de la 'nación en armas' o guerra total", emitido por el mariscal von der Golts, en 1883, es, en cierto modo, la teoría más moderna de la defensa nacional, por el cual las naciones buscan encauzar en la paz y utilizar en la guerra hasta la última fuerza viva del Estado para conseguir su objetivo político". (Del mismo discurso).

Este era el programa elaborado con antelación. ¿Tuvo el golpe militar, además, un programa de aplicación inmediata? El coronel González, uno de sus jefes, lo dijo: "La revolución no ha tenido otros postulados que la recuperación nacional y el afianzamiento de la soberanía argentina". La revolución lucharía, entonces, por la recuperación nacional, es decir, contra los capitales extranjeros no alemanes, principalmente los británicos; y por defender la soberanía, es decir, contra el imperialismo yanqui. Hacía muchos años que esas frases se repetían en la propaganda fascista.

2. *Gestación*

En la tarea conspirativa, el G.O.U. había comprometido al general Ramírez, ministro entonces de la guerra. Era un mascarón de proa. Meses antes de junio de 1943, algunos dirigentes radicales —inefables, como siempre— habían propuesto a Ramírez levantar su candidatura presidencial para los comicios que debían realizarse en octubre. La oligarquía no podría hacer el fraude a un jefe del ejército, aunque fuera el candidato radical. El radicalismo volvería al poder. Solución admirable. Ramírez, que deseaba olvidar su pasado fascista, la había aceptado. El presidente Castillo le pidió la renuncia. El G.O.U. resolvió anticipar en varios meses el movimiento y se lanzó a la calle en la madrugada del 4 de junio.

Otras circunstancias empujaron a la logia fascista. Después de interminables dilaciones, los partidos democráticos habían resuelto presentarse a los comicios presidenciales con candidato único. La Concordancia —coalición de los partidos oligárquicos— estaba notablemente debilitada después de tantos años de abuso del poder. Por primera vez parecía muy

posible que la oligarquía, a pesar del fraude, no pudiera evitar la victoria democrática.

Causa fué también la alarma profesional que despertó la ayuda en armamentos que Estados Unidos dispensaban a otros países sudamericanos. Y, en fin, la guerra. Stalingrado había sellado el destino militar del nazismo. Los hombres del G.O.U. siguieron aún creyendo en la victoria. Pero el nazismo alemán intensificó la emigración en masa de capitales y de técnicos industriales y políticos. América pasaba al primer plano de sus preocupaciones.

3. *Realidad*

El nazismo fué en Alemania una vasta tentativa del gran capital financiero e industrial y de la aristocracia terrateniente para determinar el proceso revolucionario. Su odio contra las más nobles ideas del liberalismo burgués está condicionado por la necesidad de suprimir las condiciones políticas e ideológicas que permiten el normal desarrollo de los acontecimientos históricos. No había en la Argentina un proceso revolucionario como en Alemania en 1933, pero el fascismo puede alterar las etapas cuando varían las circunstancias. Su esencia, su faena histórica, son las mismas.

El gran capital y los terratenientes subvencionaron a Hitler antes de que éste alcanzara el poder. No ocurrió lo mismo en la Argentina, donde el capital industrial y financiero y la oligarquía no han creído necesario, hasta ahora, lanzarse a la riesgosa aventura. Pero no olvidemos que la experiencia argentina recién se inicia.

El análisis de lo hecho en dos años y medio nos ayudan para prever el rumbo de los acontecimientos en los años venideros.

a. *Recuperación nacional*

La dictadura anunció que expropiaría el capital extranjero, libertaría la economía de todo yugo exterior y castigaría a los que se hubieran complicado con aquél.

En 1943 y 1944 se incautó de varias pequeñas empresas extranjeras que actuaban en provincias. Financiera y administrativamente, las operaciones resultaron insignificantes. El programa de la recuperación nacional se iba a poner a prueba en terrenos más vitales para la economía.

En 1944 expropió la Compañía Primitiva de Gas, propiedad británica, que actúa en Buenos Aires. Desde hace mucho, el negocio del gas había dejado de interesar al capital británico, que deseaba desprenderse de esta empresa. Las sucesivas tramitaciones habidas en los años anteriores giraban alrededor del precio. El 13 de abril la dictadura resolvió pagar \$3.758,740. Suma equitativa, aunque tal vez pudiera demostrarse que la amortización de la propiedad física se ha realizado por completo. La situación diplomática se complicó y el 30 de septiembre de 1944 la dictadura revaluó los bienes de la empresa ofreciéndole la suma de \$17.147,731. Se habían producido ligeros errores técnicos en la primera valuación... Las acciones de la empresa repuntaron en la bolsa de Londres, de un chelín y 6 peniques a once chelines y 6 peniques.

Desde hace muchos años el país clama por la nacionalización de los ferrocarriles. Las empresas británicas, que se han mostrado incapaces de modernizar el servicio y enfrentar la competencia, han querido venderlos en varias ocasiones. La actitud de la dictadura ante el agudo problema ferroviario tiene varias etapas aparentemente contradictorias.

En diciembre de 1943, fué designada una comisión de estudio, que debería planear medidas drásticas en materia ferroviaria. En julio de 1944, el interventor de la Dirección Nacional de Ferrocarriles, después de comprobar que la alegada mala situación financiera de las empresas no pasaba de ser una frase, ordenó a ésta devolver \$64.205,512 en concepto de retención ilegítima de sueldos y jornales. El 30 de noviembre de 1944, sin embargo, un decreto otorgó a las empresas dos beneficios extraordinarios: el 10% de aumento en las tarifas de mercaderías y encomiendas y un beneficio especial en el cambio.

Nunca se sabrán con exactitud las cifras en que se traducen ambas ventajas. La Unión Obrera Local calculaba, en enero de 1946, que el aumento de tarifas había otorgado a las empresas, hasta esa fecha, \$42.000,000. El beneficio cambiario disminuyó la suma debida en concepto de retención de salarios, de \$64 a \$23.000,000. La ganancia sería de \$41.000,000. Según las empresas, sus ganancias pasaron, de £3.959,393 en 1944, a £5.331,965 en 1945.³

³ *The South American Journal*. Londres, 26 de enero de 1946.

¿Y la expropiación? Durante la guerra, la Argentina acumuló en Londres una abultada suma de libras congeladas. A fines de 1945, se calculaba en esta ciudad que esa suma alcanzaba a £100.000.000. El exceso de libras congeladas había obligado a la dictadura a emplearlas en la repatriación de la deuda externa. Pero nada se hizo entonces, respecto de los ferrocarriles. Los círculos financieros londinenses opinan que el gobierno perdió una excelente oportunidad, que no se volverá a presentar cuando Gran Bretaña reciba el préstamo que ha solicitado de Estados Unidos.⁴

No olvidemos, con todo, que las empresas están siempre dispuestas a vender, aunque ahora puedan exigir mejores condiciones que antes. O, si es posible, a continuar la explotación con mayores ingresos. Un periódico oficialista acaba de anunciar en Buenos Aires que el gobierno gestiona la formación de una empresa mixta para explotar los ferrocarriles. Enérgica iniciativa. Pero ya en septiembre de 1945, el embajador británico proponía públicamente en Buenos Aires que se constituyera una empresa mixta, con capital británico y del Estado, con el propósito de asegurar un rendimiento más alto para aquél.⁵

La nacionalización del servicio de teléfonos, cuyo estudio se encomendó a una comisión especial en diciembre de 1943, no ha adelantado ningún paso. Se trata de una empresa próspera. En cambio, los capitales invertidos en el transporte urbano se encuentran, desde hace muchos años, en un grave intrínquilis financiero y técnico. La Corporación de Transportes de la ciudad de Buenos Aires, empresa monopolista, ha resultado hasta ahora un fracaso en todos los órdenes.

Un informe técnico reveló que su capital ha sido abultado en \$156,947.380 y en marzo de 1944 la empresa debía a la Caja de Jubilaciones de sus empleados \$73.843,571. La dictadura intervino la empresa, pero no alteró su "status quo".

El caso más escandaloso es el de las empresas de electricidad. Actúan en el país tres poderosos "trusts", que se han dividido el territorio en un contrato de cartelización: la Compañía Argentina de Electricidad (CADE), filial de la SOFINA,

⁴ *La Nación* de Buenos Aires, 23 de diciembre de 1945. Información de A. P.

⁵ *The South American Journal*. 15 de septiembre de 1945.

donde predomina el capital británico; la Compañía Italo Argentina de Electricidad (CIAE), filial del consorcio MOTOR-COLUMBUS, con residencia en Suiza; y el grupo ANSEC (Compañías de los Andes, del Norte, del Sud, del Este y Central), filial de la Electric Bond and Share Co. (EBASCO), estadounidense.

En 1943, fué designada una Comisión Investigadora de los Servicios Públicos de Electricidad. El informe de esta comisión, que abarca seis volúmenes, revela que los tres "trusts" citados han cometido múltiples y graves delitos, han defraudado al público y al fisco en sumas fabulosas, han sobornado gran cantidad de políticos y han logrado, por medios ilícitos, la prolongación de las concesiones que explotan. La Comisión aconsejó al gobierno retirar la personería jurídica a estas empresas, lo que significa su incautación y castigar a los delincuentes.

En favor de la CADE, la empresa con capital predominantemente británico, gestionó en mayo de 1944, "un diplomático extranjero", con tanto éxito que la dictadura no adoptó medida alguna. Ni siquiera han logrado los miembros de la comisión que su informe sea publicado. Poco después, uno de los directores del grupo ANSEC, M. Herlitzca, fué designado por el gobierno miembro del Consejo Nacional de Postguerra.

Aun tendríamos que hablar, para completar el panorama de la recuperación nacional, del traspaso de las empresas alemanas a manos argentinas, decretado por la dictadura. Un organismo existe que representa la farsa. Es la Junta de Vigilancia y Disposición Final de la Propaganda Enemiga. Sólo el primer grupo de empresas "argentinizadas" involucra un activo de poco menos de \$100.000.000.

b. *Lucha contra la oligarquía y división de la tierra*

Durante más de dos años de dictadura, la oligarquía terrateniente ha sido uno de los blancos principales de la campaña oratoria. Para destruir su base económica, —el latifundio— el gobierno militar tenía en sus manos un instrumento constitucional: la ley de colonización sancionada en 1942, que crea el Consejo Agrario Nacional.

Sin embargo, hasta junio de 1945 sólo habían sido colonizadas poco más de 23,000 hectáreas y apenas 129 colonos

ubicados en los lotes ofrecidos en venta. Algo ocurrió, sin embargo, en enero de 1946. El coronel Perón, en jira de candidato, llegó a la provincia de Jujuy y anunció allí la expropiación de dos feudos de propiedad de Patrón Costa, el ex candidato presidencial del conservadurismo. Era un acto simbólico de redención. Pero ocurre que esas tierras —ubicadas a más de dos días de tren del Río de la Plata y el litoral,— no son aptas para colonizar por la falta de agua.

No hay todavía ningún peligro a la vista para los oligarcas terratenientes. Aún el 70% de las chacras son cultivadas por arrendatarios. Y las compañías británicas propietarias de estancias y explotaciones forestales acaban de anunciar en Londres que las perspectivas son realmente excelentes.⁶

c. Política obrera y social

Hay definiciones que no necesitan comentarios. El 25 de agosto de 1944, a los miembros de la Bolsa de Comercio dijo Perón: "No se asusten de mi sindicalismo. Nunca mejor que ahora estarán seguros los capitalistas, ya que yo también lo soy, porque tengo estancia y en ella operarios. Lo que quiero es organizar estadalmente a los trabajadores para que el Estado los dirija y les marque rumbos y de esta manera se neutralizarán en su seno las corrientes ideológicas y revolucionarias que pueden poner en peligro nuestra sociedad capitalista en la postguerra. A los obreros hay que darles algunas mejoras y serán una fuerza fácilmente manejable".⁷

Paso a paso puede seguirse el cumplimiento de esta política. En sus grandes líneas, se ha ejecutado a través de la Confederación General del Trabajo y mediante aumentos de salarios y otras ventajas de menor importancia. La policía realiza, paralelamente, una persecución sistemática de los gremios no adictos y una tarea de intimidación de obreros y campesinos.

En esta primera etapa, los aumentos de salarios —conquista primaria y la más visible para el obrero— se hicieron desorganizadamente, bajo el apremio de las necesidades electorales. Las soluciones financieras ofrecidas en algunos casos revelan

⁶ *The South American Journal*, 29 de diciembre de 1945.

⁷ *La Nación*. 3 de septiembre de 1944.

su inconsistencia y transitoriedad. Los aumentos prometidos a los obreros tranviarios y de los frigoríficos, por ejemplo, no los abonaron las empresas, sino el propio Estado. De más está decir que el dinero que reciben los obreros en tal concepto es el mismo que ellos pagan en impuestos y que el Estado les extrae a consecuencia de la constante desvalorización de la moneda.

Podríamos examinar, además, las conquistas logradas por los mismos obreros y sus sindicatos independientes, que fueron escamoteadas por el Estado omnipotente para ser utilizadas como motivo de propaganda.

Una inflación vertiginosa ha anulado hasta ahora todos los aumentos logrados. En base de las estadísticas del Banco Central, los sindicatos libres calculan que el aumento en el costo de la vida ha sido del 78% durante la dictadura. Aun cuando la apreciación resulte exagerada, es incuestionable que las mejoras de salarios otorgadas no cubren ni el 50% del aumento positivo en los precios de los alimentos, el vestido y la vivienda.

En material de política social, todo lo hecho tiene dos características: la fiel imitación de la política social del fascismo europeo —en Alemania, Italia, España y Portugal— y el afiebrado apresuramiento de su organización, que ha desvirtuado rápidamente los únicos beneficios que otorgó.

Un decreto que promete jubilaciones a todos los asalariados, con excepción de los trabajadores rurales, dió nacimiento a la Caja de Jubilaciones del Personal de Comercio, Actividades Afines y Civiles. Como todos los organismos oficiales, funciona en la clandestinidad y es imposible saber cómo se dispone de sus fondos. Sólo se ha informado que en 1945 éstos han alcanzado a \$210.000.000. El monto es absolutamente inadecuado para afrontar sus enormes obligaciones. Pero los trabajadores deben contribuir con aportes que alcanzan hasta el 20% de sus salarios.

Imposible resulta, asimismo, conocer con fidelidad el grado de solvencia que tienen hoy las instituciones sociales existentes antes de la dictadura, pero hay síntomas que anuncian una próxima y grave crisis, debido a la discrecionalidad en el manejo de sus fondos. Baste mencionar que el presupuesto administrativo de la Caja de Jubilaciones y Pensiones Ferroviarias

que era de \$2.192,475 en 1943, ha aumentado a \$5.025,877 en 1945.

En diciembre de 1945 se decretaron un aumento general de sueldos, un otorgamiento de aguinaldo y la creación del Instituto Nacional de Remuneraciones. La medida tuvo gran repercusión y favoreció, sin duda, en forma muy eficaz la campaña electoral del candidato oficial. La universalidad de sus beneficios, anunciada con estruendo, admite serias excepciones, entre las que se cuentan el personal de las grandes empresas extranjeras que explotan servicios públicos y numerosos gremios que habían obtenido aumentos en el último año y medio.

El Instituto Nacional de las Remuneraciones, el decreto que organiza las Corporaciones Argentinas de Productores Agrarios (2 de octubre de 1944), el decreto sobre constitución de asociaciones profesionales (2 de octubre de 1945), la vasta organización de la Secretaría de Trabajo y la Confederación General del Trabajo completan la estructura de un sistema paralelo al Frente Alemán del Trabajo. La financiación de este sistema resulta, hasta ahora, absolutamente insostenible. Pero ello no obsta para que —siguiendo el ejemplo alemán— se reduzcan en el futuro los gastos administrativos, cese la descomunal malversación de fondos y se otorgue a obreros y empleados algunos beneficios, mucho más modestos que los prometidos.

d. *Economía, finanzas y armamentismo*

La clandestinidad dictatorial ha permitido, apenas, conocer algunos datos globales del vértigo económico-financiero de los primeros dos años y medio de régimen. Según el Ministerio de Hacienda, en 1944 los gastos nacionales ascendieron a \$2,411.700,000, mientras los ingresos sólo cubrían la cantidad de \$1,404.600,000. El déficit fué, como se ve, de \$1,007.100,000.

En 1945 los gastos fueron de \$2,849.400,000 según la misma fuente. Pero el Banco Central opina que el Estado nacional, gastó, en realidad, \$3,286.000,000. Se ignora cuál es el déficit. La deuda pública —que en 1942 era de..... \$7,222.700,000— alcanzó en 1945 a \$10,379.200,000.

Sería engorroso comparar estas cifras con las de años anteriores. Baste decir que jamás el país se ha visto abocado a tan asombroso desequilibrio financiero ni a tan desorbitada

dilapidación. Un rápido análisis de algunas cifras nos descubrirá la índole política del fenómeno. Las fuerzas armadas insumieron en 1945 la suma de \$1,400.000,000, es decir, poco menos de la mitad de los gastos reconocidos oficialmente. La verdad quedará sin saberse, porque es muy posible que los gastos militares sean aún mucho mayores. La Secretaría de Trabajo, órgano del sometimiento obrero y primera herramienta en la campaña electoral, necesitó \$51.550,716 para gastos administrativos.

Al cabo de dos años, las consecuencias se dejan sentir con toda intensidad. La reducción de las importaciones, que produce gran escasez de muchos productos, a pesar de la expansión industrial; la carestía de numerosos materiales, absorbidos por el Estado para las construcciones militares; el incesante aumento de impuestos; las sucesivas emisiones de papel moneda y de títulos producen la inflación en vasta escala. El mercado de títulos hace ya varios meses que se muestra saturado para absorber las constantes emisiones oficiales.

Al depreciarse la moneda, la población contribuye a estos gastos mediante verdaderos empréstitos forzosos y los precios, sobre los cuales no se ejerce control oficial, ascienden sin cesar. La suspensión de los pagos en efectivo a sus proveedores, anunciada por el Ministerio de Guerra y la incautación del Banco Central, hasta entonces organismo mixto, por el Poder Ejecutivo nacional, son síntomas de la aguda crisis financiera.

4. *Algunos factores internacionales*

Es menester hacer un estudio minucioso—al margen de las crónicas periodísticas superficiales y las declaraciones diplomáticas—de los factores internacionales que han jugado, en todos los sentidos, en el caso argentino. Será excepcionalmente útil para América Latina. Aquí, nos reducimos a señalar la presencia de algunas fuerzas, lo que nos servirá en seguida para prever lo que ha de ocurrir en los años próximos.

Desde luego, el capital alemán constituye el elemento dominante de la situación. Pero los servicios prestados por el imperio británico han sido de inestimable valor. Comentando la revaluación de los bienes de la Compañía Primitiva de Gas, una "fuente próxima al Ministerio de Relaciones Exteriores

de Gran Bretaña" declaró, dos días después, que "en el fondo, la Argentina quizá tenga la idea de usar a Gran Bretaña contra Estados Unidos".⁸

No se necesitaba mucha sutileza para comprender lo que estaba ocurriendo. La dictadura pagó los \$13.000,000 de diferencia entre ambas valuaciones, no por lo que valieran las inservibles instalaciones de la empresa, sino por lo que valían ciertas gestiones diplomáticas. No sería difícil averiguar, aunque no se llegara al conocimiento del detalle, qué gestión tuvo como precio el silencio sepulcral que se tendió sobre la investigación de las concesiones de electricidad.

No se trata sólo de gestiones aisladas. Se trata de toda una política, destinada a fortalecer la posición imperial en el sur de América, sin reparos políticos, económicos ni diplomáticos.

La parte que los sectores reaccionarios de la Iglesia Católica juegan es de excepcional importancia. La preparación del golpe se remonta a varios años atrás. Ya durante la guerra civil española se advirtió la llegada al país de sacerdotes falangistas, pero esa inmigración—dirigida también a otros países latinoamericanos—se intensificó en los últimos años. Con la guerra europea, se han unido a ella sacerdotes alemanes, italianos, polacos y de otras nacionalidades. En ciertas partes del país, el número de los sacerdotes europeos en actividad es mayor que el de los argentinos. Hay congregaciones dedicadas a la enseñanza que están formadas íntegramente por extranjeros. Un episodio revelador de esta invasión de elementos políticos europeos podría citarse. La dictadura dió un decreto en 1943 obligando a todos los institutos educativos a tener en sus comisiones directivas, por lo menos, la mitad más uno de argentinos nativos. En enero de 1944, fueron exceptuados de cumplirlo los institutos constituídos por religiosos católicos.

⁸ *La Prensa*, 3 de octubre de 1944. Información de U. P., desde Londres.

V. LA ELECCION PRESIDENCIAL

1. *La candidatura oficial*

NO es la primera vez, ni será la última, que un candidato presidencial cuenta con el apoyo del gobierno nacional. Pero jamás en América Latina ni en los Estados Unidos se han volcado a favor de una candidatura una maquinaria tan abrumadora ni una fortuna tan cuantiosa en una campaña electoral cuyo comienzo se remonta a más de un año. Sólo con una organización como la que tiene el Estado argentino puede producirse tal fenómeno.

a. *El fondo electoral*

La clandestinidad con que la dictadura maneja el dinero público impide conocer cifras precisas, pero hay algunos datos que nos permiten aproximarnos a la verdad.

La Secretaría del Trabajo, dedicada primero a la organización de los gremios oficiales, se transformó casi exclusivamente durante 1945 en oficina de propaganda electoral. Según el presupuesto de este año, insumió más de \$51.000.000. Pero es seguro que la cifra real sea superior.

Este es el dato más concreto de que disponemos. Pero si consideramos que, incluyendo la policía federal, toda una extensa red de organismos nacionales, provinciales y municipales, estuvieron dedicados a la campaña electoral, —y a veces fueron creados especialmente para ellos— es fácil suponer que el verdadero fondo electoral alcanzó proporciones de leyenda.

Cuando nos informamos, casi por accidente, que en enero de 1946 el Banco Central "adelantó" al gobierno nacional —operación excepcional en las finanzas argentinas— la suma de \$40.701.636; y que la colecta popular para reconstruir la ciudad de San Juan, destruida por un sismo dos años atrás, alcanzó la suma de \$42.053,278, de la cual se han invertido sólo \$13.837,336 —y éstos en "gastos de ayuda", cuyo detalle ignoran por completo el país y los donantes— no podemos menos que pensar que la más urgente necesidad de la dictadura, ganar las elecciones, insumió dinero en proporción directa de su importancia.

Si agregamos el aporte de las empresas extranjeras, especialmente británicas, podemos afirmar que el fondo electoral que sostuvo la campaña del coronel Perón fué, por lo menos, cien veces superior al fondo electoral normal del que dispone un candidato del radicalismo.

b. *La maquinaria electoral*

En diciembre de 1945 el doctor Repetto pronunció una de las frases más realistas de toda la campaña. "Hemos sido vencidos a medias, —dijo— al no lograr imponer a Perón el retiro de su candidatura". Detrás de esta candidatura actuaba un Estado casi omnipotente.

Durante 1944 los partidos políticos, disueltos por decreto y perseguidos constantemente, no tuvieron prácticamente existencia legal, ni se les concedió siquiera la oportunidad de contestar las diarias acusaciones que la dictadura lanzaba contra ellos y sus hombres por la prensa y la radio. En 1945 el sistemático entorpecimiento cesó sólo a medias. Recién en octubre, por ejemplo, fué derogado el decreto que les imponía una nueva organización, bajo el control del Estado.

El estado de sitio y el reducido plazo dentro del cual se realizó la campaña electoral fueron parte del sistema obstruccionista. En todo el país, simultáneamente, los representantes de la Secretaría del Trabajo organizaron sindicatos obreros y campesinos, a cuyos miembros se les ofreció —y a veces se les otorgó— alguna mejora inmediata y que fueron parte activa de la campaña.

Los caudillos políticos, base incuestionable de los dos grandes partidos nacionales —radicales y conservadores— fueron terreno altamente propicio para la conquista. Verdaderos "condottieri", gobiernan pequeños —y a veces grandes— ejércitos electorales, con alto grado de autonomía. Su fidelidad a las autoridades centrales del partido no van más allá de las conveniencias materiales que obtienen de ellas. A esos caudillos, llegó la oferta sin límites y, aunque sólo conocemos algunos casos concretos —como el del "cantonismo" en la provincia de San Juan y el "lencinismo" en la provincia de Mendoza— es seguro que la siembra debe haber sido de gran eficacia.

Un capítulo más tiene esta táctica en vasta escala, que utiliza todos los procedimientos. Lo explica "Tribuna", órgano demócrata progresista:⁹ "Por otra parte, la retención del poder permitió realizar todos los manejos, que quizá podrán documentarse y denunciarse, en la confección de los padrones, cuyo crecimiento sorprendente no guarda relación con el crecimiento demográfico del país. Residentes en los territorios (que no sufragan en el comicio presidencial), fallecidos, etc., votaron con las libretas flamantes confeccionadas precipitadamente por una conocida imprenta".

Entre los organismos que integraron esta vasta maquinaria electoral está la Iglesia Católica. El episcopado nacional dirigió al clero el 16 de noviembre de 1945 una carta pastoral, advirtiendo que "ningún católico puede afiliarse o votar a candidatos que inscriban en sus programas los siguientes principios: la separación de la Iglesia y del Estado; ... el laicismo escolar, el divorcio legal". Había dos candidatos. El que reunía las condiciones especificadas en la pastoral era el de la Unión Democrática.

Para aclarar aún más las conciencias, el obispado de Paraná advirtió públicamente que se trataba de una orden, no de un consejo y que los católicos no debían votar ni por comunistas, ni por socialistas, ni por quienes se aliaran con ellos.

c. *Propaganda*

La inescrupulosidad concede al fascismo, en todos los climas, ventajas estratégicas temibles. Sobre todo cuando se enfrenta con la timidez del enemigo democrático. En la campaña electoral argentina bien podemos agrupar las consignas levantadas por el candidato oficial en dos sectores: las que remedaban las voceadas por la Unión Democrática y las que habían sido abandonadas por los partidos de ésta.

Como los candidatos enemigos, los de la dictadura reclamaron régimen democrático y constitucional, persecución del fascismo y el racismo, respeto de las leyes y todas las libertades que se pueden mencionar en las conferencias diplomáticas de nuestros días. Pero, a diferencia de ellos, se apoderaron de las consignas abandonadas por el Partido Socialista a lo largo de su historia y transitoriamente olvidadas, algunas de ellas,

⁹ Rosario, 22 de marzo de 1946.

por el Partido Comunista. Renegaron del "concepto capitalista de los gremios obreros apolíticos". Plantearon el anti-imperialismo en sus más enérgicos términos. Loaron a Irigoyen, como enemigo de la oligarquía y a Rivadavia, como propulsor de la división del latifundio. Anunciaron que seguirían el ejemplo del New Deal rooseveltiano. Del laborismo, que está socializando la economía británica. De la revolución mexicana. De la revolución rusa. Proclamaron, en fin, la conquista del poder por el proletariado.

Más sincera fué la propaganda de la Alianza Libertadora Nacionalista, única voz declaradamente nazi que se alzó en la campaña. Pero en el acto de proclamación de sus candidatos, realizado al grito convencional de "Mueran los judíos", no alcanzaron los concurrentes a ocupar todos los asientos del estadio. Sus listas obtuvieron una mínima cantidad de sufragios.

2. *La Unión Democrática*

Gano mis batallas, decía Napoleón, no por mis aciertos sino por los errores de mis enemigos. Reconozcamos, en justicia, que no fueron sólo los errores de la Unión Democrática los que provocaron su derrota. Pero la facilitaron notablemente.

La coalición electoral fué precedida por un movimiento de resistencia que nació al día siguiente del golpe militar y que no cesó un solo instante. Los primeros en iniciarlo fueron los comunistas. Los gremios obreros de más conciencia política lo engrosaron muy pronto y pocas semanas después del 4 de junio se inició lo que probablemente sea el mejor organizado y más heroico movimiento estudiantil por un ideal democrático que se conozca en el continente americano.

Veinte periódicos clandestinos nutrieron incesantemente el movimiento, que creció a medida que aumentaba la violentísima represión policial. Las mujeres formaron parte de él con excepcional entereza. Muchos católicos se batieron con la misma disciplina y abnegación. Conforta pensar en ellos, que defienden la limpieza política de su fe religiosa aun en las circunstancias más graves.

Hay testimonios y documentos en abundancia para escribir la historia de la resistencia argentina. Ha sido el verdadero

factor que apuraba la marcha de los acontecimientos, mucho más real que cualquier diplomacia contradictoria. Mucho más real y honesto —¡qué duda cabe!— que la vacilante y vacua conducta de varias decenas de dirigentes de los viejos partidos políticos.

En el seno de la resistencia se formaron fuerzas nuevas. Confraternizaron los que hasta entonces se creían enemigos. Aprendieron todos a organizarse en la legalidad y en la ilegalidad para lo que fuere necesario: el sufragio o la violencia.

Una generación se ha formado en esta lucha que ha roto antiguos prejuicios y salvado barreras que se creían invencibles. En medio del más violento clima de agitación política, el acto de confraternización de los estudiantes con los cadetes de la Escuela Naval, que tuvo lugar el 3 de diciembre de 1945, fué el más claro anuncio de lo que ha ocurrido y lo que ocurrirá en la Argentina.

Jamás ha visto el país manifestaciones populares más numerosas que las que precedieron a la elección. La jira de los candidatos de la Unión Democrática por las provincias reunió multitudes mucho más numerosas que las de la fórmula enemiga. Son éstos, síntomas que no debemos olvidar ni aun en presencia de la derrota electoral.

De todos los partidos populares, el radicalismo era el que mayores responsabilidades tenía sobre sus hombros, por ser el más importante en cuanto a su volumen nacional. Peor no pudo ser su actuación. En su obstinada ingenuidad, prefirió creer durante varios meses que los militares habían hecho la revolución para entregarle el poder. En diciembre de 1943, su mesa directiva habló, elogiando a la dictadura en un confuso comunicado. Se supo después que el documento era apócrifo y que había sido redactado en la Casa de Gobierno. Pero el mutismo radical autorizaba ese juego. Recién en febrero de 1944 apareció el primer repudio público de la dictadura, suscrito no por el partido, sino por un numeroso grupo de prominentes afiliados.

Fué el radicalismo, como entidad, el último grupo político en plegarse a la resistencia y el más poderoso e insalvable obstáculo para consolidar la unidad de las fuerzas populares.

La gestación de la Unión Democrática fué lenta y accidental. Recién en diciembre de 1945 pudo anunciarse definiti-

vamente. Pero nunca fué completa ni efectiva. Sus candidatos actuaban como candidatos de la Unión Cívica Radical que recibían el apoyo de los otros partidos. La coincidencia, además, sólo se produjo para la fórmula presidencial. Cada partido eligió sus propios candidatos para las gobernaciones de provincias, las legislaturas provinciales y el Congreso Nacional. La atomización fué completa. En la capital federal se presentaron cuatro listas de los grupos de la Unión Democrática frente a una lista única de los candidatos de los grupos oficiales.

El Partido Socialista, con su negativa de formar listas mixtas en la Capital Federal, agudizó la anarquía. Fueron los demócratas progresistas y los comunistas los que sostuvieron la necesidad de la fusión completa.

Al no invitar a los partidos de la derecha, la Unión Democrática se echó contra sí un enemigo temible. Se consideró necesario hacerlo por razones de moral política, pero la verdad es que ni las circunstancias permitían semejante exclusión ni era posible plantear una cuestión de esta índole que hubiera obligado al propio radicalismo a una depuración interna de graves repercusiones.

Cierto es que el conservadorismo está desprestigiado, pero su maquinaria electoral es poderosa. No mayor prestigio, pero mucho menos votos, tienen las llamadas fuerzas económicas —industriales, comerciantes, ganaderos—, aliado temible para una lucha de esta índole y cuyo apoyo, sin embargo, aceptó la Unión Democrática.

Por otra parte, en la rígida organización de partidos que fué la Unión Democrática no tuvieron cabida ni las mejores fuerzas de la resistencia no enroladas en ellos, ni muchos ciudadanos de mayor capacidad política y más indiscutible prestigio que los que formaron las listas de candidatos. Fué ésta una coalición casi invisible, poco representativa y excluyente.

3. *Significado de las cifras*

El escrutinio puntualizó crudamente todos los errores cometidos. La Unión Cívica Radical, que ha excusado siempre su intransigencia en su condición de mayoría indiscutible del electorado, reunió sólo el 20% de los sufragios. El Partido Socialista, olvidado de su antiguo empuje de clase, vió alejarse a sus votantes en favor del enemigo demagogo.

Los 91,000 sufragantes conservadores que tuvo la Capital Federal en 1942 desaparecieron de los cómputos. Los 152,000 que tuvieron en la provincia de Santa Fé en 1940 se transformaron en 6,000. Algo semejante ocurrió en la provincia de Buenos Aires. ¿Cuál es la explicación del misterio? Los caudillos conservadores y algunos dirigentes nacionales podrían explicar, entre sonrisas, en qué consistió el birlibirloque electoral, que tan decisivamente enriqueció el haber del candidato de violentos desplantantes antioligárquicos.

Perón será presidente por seis años. Tendrá gran mayoría en el colegio electoral, en el Congreso Nacional y en casi todas las provincias. Pero el cómputo de sufragios no traduce esa gran ventaja. El candidato oficial obtuvo, según las cifras definitivas, 1.474,447 votos y Tamborini, 1.207,359. Poco menos del 10% de diferencia.

VI. UNA REALIDAD REVOLUCIONARIA

TODOS los hechos que hemos citado han sido factores importantes en el resultado electoral. Pero hay una realidad mucho más honda y decisiva. Una gran multitud de asalariados, que hasta ayer sufragaba por el socialismo y el radicalismo, lo ha hecho hoy por Perón.

No es una masa fascista. Ha votado por un candidato que ha hecho público repudio del fascismo pero, muy especialmente, por quien le dió aumentos de sueldos y prometió grandes reformas económicas y sociales.

Este es el hecho decisivo. Ningún otro factor ha jugado tan importante papel. Ni, por supuesto, la prolongada disputa diplomática.

1. *Las perspectivas del nuevo gobierno*

Cerrada, aunque a medias, la etapa europea del fascismo, disponemos de antecedentes abundantes y recientes para prever su evolución en el continente americano.

El nuevo gobierno argentino finalizará la tarea iniciada de transformación del Estado e intentará controlar el proceso económico y la actividad política en forma similar a lo ocurrido

en Alemania. El armamentismo seguirá su línea ascendente. La política exterior no tendrá, en relación con la ya conocida del nazismo, otras diferencias que las que impongan las circunstancias.

El fascismo tiene la suficiente plasticidad para adaptarse a las nuevas necesidades y ofrecerá en América todos los perfiles que sea menester. Preparémonos a no sorprendernos de sus apariciones. Lo que no perderá jamás será su esencia, su destino reaccionario y trágico.

Tiene el nuevo gobierno por delante graves problemas financieros que enfrentar y no menos graves problemas económicos. Pero no le hundirán. La Argentina es país de enormes recursos naturales. Muchos de ellos inexplorados e insospechables. Puede un gobierno de este tipo—acaso mejor que un gobierno radical—salvar el abismo de la crisis, después de haber llegado a su borde; reorganizar el proceso de la producción, aprovechando muchas energías y explotando muchos recursos; ofrecer en los primeros años ciertas ventajas a los obreros, aunque tenga—como lo tendrá—que cumplir sólo a medias las promesas anunciadas.

Finalizará el conflicto entre el Estado y el capital privado. Los términos de la reconciliación serán dictados por el gobierno. Pero el capital privado no se dañará con el nuevo sistema. La experiencia nazi indica que bajo la cruz gammada se produce una división en el seno de los capitalistas: los pequeños sucumben, los grandes se enriquecen hasta el infinito. Es posible que en la Argentina las distintas condiciones económicas resulten más favorables para el pequeño industrial y el pequeño comerciante. Pero el que más se beneficiará será el gran capital.

No podemos hablar de reconciliación con el capital británico. Podemos hablar, sí, de una segunda etapa en las relaciones cordiales. De una nueva época en la "asociación económica de mayor éxito en la historia".

Si hubiere desvíos por parte de la metrópoli, el nuevo gobierno tendrá armas eficaces para hacerla entrar en razón: la renovación del tratado Roca-Runciman y del convenio de las carnes, el problema de los ferrocarriles, la revaluación de los bienes de la Corporación de Transportes de la Ciudad de

Buenos Aires, el escándalo de las compañías de electricidad. Un "pacto de caballeros" será la mejor solución.

En el orden continental, la acción extranacional, ya iniciada, se organizará sobre bases permanentes y con una estrategia reforzada por las primeras experiencias. Todo le favorece para que, en el primer tiempo, esa estrategia obtenga éxitos sorprendentes.

La reforma de la Constitución, que no se hará esperar, removerá algunos obstáculos, como la Suprema Corte y abrirá las puertas para el régimen de 60 años que el nuevo presidente considera necesario, según declaración expresa.

Pero el fascismo no solucionó en los países europeos en forma permanente ningún problema. Ni económico, ni político, ni racial. Su propio sino estuvo trazado de antemano para buscar en la conquista militar la solución que no podía encontrar dentro de las fronteras nacionales. Fracásó en la aventura internacional. Pero fracasó también en su aventura nacional.

Después de un primer período, insolucionables problemas de todo orden se levantarán ante el régimen argentino. La crisis se agudizará entonces notablemente por la convergencia de los nuevos factores que han entrado a actuar en el escenario nacional.

Para conquistar una masa, el candidato oficial ha tenido que plantear el problema político en términos clasistas, tomando en sus manos la táctica abandonada por los partidos obreros. Ha removido una conciencia revolucionaria, que se agita aún en el terreno de las consignas primarias. Ese germen puede ser constructivo si los partidos democráticos lo saben encauzar. Si no lo hacen, por incapacidad o miedo, otra posibilidad se presenta. En sus distintas etapas de evolución, el fascismo ofrece siempre a las masas una solución absoluta, rotunda. Primero, ha sido el aumento de sueldos y la expropiación de las estancias y las compañías extranjeras. Cuando el programa no se cumpla, aparecerá el chivo emisario sobre el cual se cargarán las culpas. Y se ofrecerá a la masa nuevas soluciones: el odio de razas, el odio de pueblos, la guerra.

Para deformar la mentalidad popular existe un instrumento temible: la propaganda. En la Argentina no tendrá que crearse, sino que perfeccionarse.

2. *Un nuevo movimiento popular*

La otra enorme multitud, la que se opuso al candidato oficial, tiene experiencia revolucionaria, práctica de la organización e idea del proceso económico y político cada vez más clara y cierta. Tal vez en los meses próximos el impulso se desmaye. La derrota crea una fatiga, vencida la cual reverdecerá la pujanza.

Habrà que ponerse de frente a la nueva realidad. Los tres partidos tradicionales de la Argentina han caducado. El conservadorismo se irá diluyendo en las fuentes que eligió el 24 de febrero para su inmersión fatal. Pero el radicalismo y el socialismo no pueden morir sin gloria.

Durante cincuenta años el radicalismo fué una esperanza para centenares de miles de ciudadanos de honesta creencia democrática. Queda hoy sólo un partido pequeño, anarquizado, sin programa, sin dirigentes. Pero dentro del radicalismo hay hombres de méritos, jóvenes de empuje, políticos honestos y combativos.

El socialismo puede ofrecer dirigentes capaces de sentir el ritmo cambiante de la lucha. Especialmente, le dará una juventud aguerrida que no cabe dentro de sus moldes rutinarios de hoy, ni puede estar adscrita mucho tiempo a su táctica tradicionalmente tímida y por completo ausente de imaginación.

Hay que quebrar, pues, el esquema tradicional de la política argentina. O, mejor dicho, hay que reconocer el hecho de que ya está quebrado. Las fuerzas capaces de comprender y dirigir el proceso revolucionario que se está operando en el país deben unirse y buscar, así unidas, los mejores medios de lucha.

Un nuevo partido popular tiene que surgir cuanto antes en la Argentina. A él le corresponderá doble tarea: salvar todo lo constructivo que tiene la democracia política y propugnar una transformación sustancial de la estructura económica y social. Frente a un enemigo que ya está unido, hay que uni-

ficar, en la forma más coherente y disciplinada, las energías democráticas. En el nuevo organismo deben converger radicales, demócratas progresistas, socialistas y comunistas, pero deben también estar en él todos los ciudadanos que hasta hoy no han encontrado ubicación dentro de esas cuatro agrupaciones.

Acaso parezca una solución audaz. Sin audacia no hay soluciones en nuestro tiempo. Pero aún sin partido único, lo indiscutible es que un nuevo movimiento popular de gran pujanza surgirá en la Argentina. Y no pasado mañana, sino antes. Si el nuevo gobierno mantiene, bajo la presión de las circunstancias, ciertas libertades públicas, este proceso se desarrollará a la luz del día. Si se desata otra vez la persecución, el nuevo partido será obra de los hechos. Frente a esta realidad ya no interesarán los rótulos fantasmas.

3. *América es una*

El drama argentino se representa para toda América. Los que estén dispuestos a aprender la lección observarán cómo se desvirtúan los conceptos que veneraron los fundadores de nuestras Repúblicas: la soberanía, el respeto de las leyes, la majestad del comicio. El fascismo está cumpliendo en América Latina la tarea que ya cumplió en Europa: quitar sentido a las palabras.

Mientras no aprendamos a mirar la realidad social que corre debajo de esos conceptos, seguiremos en la adoración de viejos mitos, asombrándonos a cada paso de lo que ocurre y cayendo, finalmente, en la desesperación. Que es lo que el fascismo quiere.

El fascismo no es en América Latina, como no lo fué en Alemania ni lo es en España, una fuerza única pugnando por la hegemonía. Danza a su alrededor todo un contubernio de fuerzas internacionales, que disimulan sus propósitos con denominaciones religiosas y financieras.

Ya tenemos actuando en América Latina una nueva Santa Alianza, que se propone transformar a nuestro continente en la reserva de la reacción mundial. Está hoy en su hora de triunfo y, como ocurrió en Europa también, le surgen aliados en todas partes.

Pero ni la ignorancia ni el escepticismo deben abatirnos. Conocimientos abundantes tenemos del fascismo, de su táctica y su evolución. Para vencerle necesitamos unirnos en todo el continente y presentarle batalla en todos los terrenos. Y recordar siempre que el éxito no es algo misterioso que se nos viene o se nos va, sino que es eso que nosotros podemos construir con nuestras propias manos cuando tenemos la fiera voluntad de vencer.

CONVENIENCIA Y PELIGROS DE LA INDUSTRIALIZACION

Por Javier MARQUEZ

I

POR lo general, cuando se dice que en un país "hay poca industria", que "conviene industrializar", se manifiestan tanto hechos como sentimientos. Los hechos son las *industrias de transformación que se encuentran más allá de las primeras etapas de elaboración de las materias primas*, y los sentimientos podríamos reducirlos al *deseo de occidentalización* y a la sensación de opresión, de inferioridad respecto de los países que han recorrido un trecho mayor del camino industrial. Hay también las esperanzas de mejoramiento material y espiritual del individuo o del estado obtenibles con la industria y la occidentalización, y podríamos decir que quienes mayor entusiasmo manifiestan por la industrialización piensan más en los sentimientos y juegan en ellos más las consideraciones de tipo social y de poderío nacional que las estrictamente económicas.

¿Qué virtudes se atribuyen, con o sin razón, al progreso de la industria? El argumento económico decisivo en su favor sería el de que permite un nivel de vida más alto, un ingreso real más elevado. Si esto es cierto no cabe duda de que el economista debe interesarse por ella, considerarla como deseable. Pero ¿da la industria, *per se*, un mayor ingreso real? En teoría, al menos, no hay ninguna razón para que así sea. *En equilibrio*, los ingresos de todas las ocupaciones son iguales y, *en equilibrio*, los ingresos de todos los países son iguales. Pero, desde luego, el equilibrio es una abstracción tremenda, y el hecho de que nos guste la situación de equilibrio es un consuelo muy pobre y una guía inaceptable para la política. Entonces, si dejamos la idea de equilibrio y echamos

una ojeada a la historia y a la situación auténtica de los países agrícolas y los industriales nos encontramos con una serie de hechos que parecen favorables a la tesis de que las industrias sí proporcionan un nivel de vida más alto.

No creo que sean precisos muchos esfuerzos para convencer del hecho, conocido por todos, de que el nivel de vida en Estados Unidos, país industrializado, es superior al de cualquier país de América Latina. Una pregunta que no se han hecho todos los entusiastas de la industrialización es la de si esta mayor riqueza se debe a la industria, o si se deberá a alguna otra circunstancia. No sería simple juego de palabras hacer estas preguntas gemelas: ¿Es Estados Unidos rico por estar industrializado? ¿Está Estados Unidos industrializado porque es rico?

Además, Estados Unidos, Inglaterra y Alemania no agotan la lista de las naciones que gozan o gozaban de una situación económica capaz de servirnos de modelo al cual deberíamos aspirar parecernos. También encontramos en esa lista los nombres de Dinamarca, de Holanda, etc. Nadie llamará industriales a estas naciones, y nadie dirá que las industrias primarias no les han dado un nivel de vida envidiable comparado con los niveles de América Latina. Sobre si es preferible la vida del obrero de Detroit o de Manchester a la del campesino holandés o danés habría mucho que hablar, y posiblemente más de un obrero industrial estaría dispuesto a cambiar su suerte por la de este último.

Claro que se pueden dar muchos ejemplos de las ventajas de la vida industrial para la mejora del nivel de existencia y los ingresos reales, pero quizá no fueran menos los que pudieran hallarse de bienestar económico con una economía agrícola o extractiva. Lo que sucede es que los ejemplos de progreso industrial son mucho más espectaculares y tienen mayor difusión.

Se desea la industria porque permite mejoramiento social e intelectual, un nivel de cultura más alto. También se podrían dar ejemplos de altos niveles culturales en economías agrícolas, pero es evidente que junto con los muchos inconvenientes de la vida urbana en comparación con la rural, el ambiente, las condiciones y tiempo de trabajo en un medio industrial son más favorables al progreso intelectual que en

un medio rural y agrícola, aunque sólo sea porque la dispersión de las personas en este último no permita tantas facilidades educativas.

Se desea la industria porque da prestigio y fuerza al estado. Tampoco pueden ponerse objeciones a la veracidad de esta afirmación. Es un hecho innegable que un país con una industria fuerte tiene, por ese solo hecho, la aureola de prestigio que implica la civilización y el progreso y, además, inspira a sus vecinos un respeto superior al que inspiraría si solamente dispusiera de actividades primarias. Un país con industria es potencialmente más fuerte en el aspecto militar que uno que haya de fiar en las importaciones para proveerse de medios de defensa.

La experiencia de las últimas depresiones no es un factor menos fuerte para desear la industrialización. La baja de los precios de las materias primas y productos alimenticios que exportan nuestros países, mayor que la baja de los precios de los productos industriales que importan, los coloca en una situación especialmente difícil en esos momentos de depresión. Sus economías poco diversificadas, que han de pagar una gran variedad de productos de importación manufacturados con las materias primas y productos alimenticios poco variados que exportan, sufren de un modo especial con la baja del precio de estos últimos, superior al de los productos industriales, con el empeoramiento de la relación de intercambio. Los peligros a que expone el monocultivo, en general, son una de las razones que los economistas aducen con mayor frecuencia para defender la industrialización de nuestros países y que harían bien en usar quienes la desean y defienden con argumentos pasados de moda y desprestigiados hasta la saciedad. Pero adviértase que en estos casos industrialización es sinónimo de diversificación, pues cabe concebir una nación "monoindustrial" (¿no lo es Cuba?) expuesta a los mismos o mayores peligros que una nación "monocultivadora", pues habrá de sumar a los peligros del monocultivo un peligro mayor de depresiones ocasionadas por cambios en la técnica.

En economía las posiciones extremas, radicales, adquieren casi siempre un tinte de demagogia y de primitivismo o puerilidad económica. El argumento de los aranceles de importación mal empleado, o llevado a sus extremos, como forma

de promover la industria es más falaz aún que la tesis favorable al libre comercio a ultranza. No hay inconveniente en abogar por los aranceles de importación como forma de fomentar la industrialización de un país joven (sobre todo), pero produce irritación el empleo de tal tesis sin sospechar siquiera, como parece en muchos casos, las consecuencias de corto y largo plazo que en otros órdenes pueden producir los aranceles. Por ejemplo, escuchamos con respeto una tesis muy proteccionista, proteccionista en un grado muy superior a aquel que desearíamos, pero siempre a condición de que quien la defiende haya medido, hasta donde esto es posible, las consecuencias de ese proteccionismo, siempre que de un modo explícito se diga que los inconvenientes de tal proteccionismo son éste y aquél y el de más allá, pero que sus ventajas, que son éstas y las otras, se juzgan superiores. No hay inconveniente tampoco en aceptar, por ejemplo, una tesis proteccionista, que reconozca sus inconvenientes, con objeto de alcanzar finalidades extraeconómicas, una tesis según la cual el mayor bienestar, el mayor ingreso real, sea un objetivo que deba subordinarse a otros fines considerados más urgentes o más nobles: ganar una guerra, conseguir una distribución más igual del ingreso (más igual aunque la suma total sea menor), etc., pero sí debe pedirse que los defensores de esas posiciones se den cuenta de las consecuencias de la opinión que adoptan. La economía, ya lo han dicho muchos, trata de la aplicación a ciertos fines de medios escasos; el concepto de coste de sustitución, o de oportunidad, nos dice que para conseguir una cosa hay que privarse de otra. Los medios de que disponemos (incluido el tiempo) no son ilimitados; por tanto, si queremos dedicar nuestras energías, nuestros recursos naturales, nuestro capital, a la producción de la mercancía A, esas energías, esos recursos y ese capital no estarán disponibles para procurarse la mercancía B. Si establecemos un derecho de importación sobre un producto que deseamos fabricar en el país, y efectivamente lo fabricamos, esto no quiere decir que se haya conseguido plenamente la finalidad perseguida, salvo en casos muy excepcionales, pues para producir esa mercancía nos habremos privado o habremos privado a alguien, de cierta suma de satisfacciones. El economista considerará que la protección arancelaria es costeable cuando

la suma de satisfacciones (o el ingreso real) obtenido con la fabricación es superior a la suma de las "des-satisfacciones" provocadas por ella. El político, el moralista, etc., considerará que es costeable cuando el objetivo político, moral, etc., alcanzado con la fabricación ocupe en su escala de valores un lugar superior que el total de "des-satisfacciones" ocasionadas. Y es fácil comprender que caben infinitas posiciones diferentes cuando se trata de escalas de valores individuales, y todas ellas son respetables.

Desde luego, no podemos pretender que las opiniones o los sentimientos de todo el mundo tengan un grado perfecto de racionalidad, que todo el mundo haya medido absolutamente todos los pros y contras de sus opiniones económicas (o de otro orden), pero sí deberíamos pedir que quienes manifiestan ideas económicas públicamente lleven su análisis de pros y contras, en cuestiones de política al menos, tan lejos como los libros elementales de texto.

Si sólo interesara la economía, el mayor bienestar económico, si nadie tuviera sentimientos nacionales, regionales, raciales o familiares, no parece que pueda discutirse que el *mayor ingreso real total* se lograría con la distribución de la industria por todo el globo según el módulo de localización óptima de cada actividad, módulo que iría variando con el agotamiento de ciertos recursos naturales, el descubrimiento de otros nuevos, los cambios en la técnica, los distintos coeficientes de natalidad de diferentes lugares, etc., etc., todos los factores que entran en juego en la localización de la actividad económica. Y si suponemos que esa localización óptima de las actividades económicas se alcanzara de alguna forma, sea por el libre juego de las fuerzas del mercado o como consecuencia de una planificación deliberada, consciente, de la economía universal, nada nos asegura que los países o regiones que más desean la industrialización tuvieran una sola industria o un solo habitante, y a pesar de ello el ingreso real de todos y cada uno de los habitantes del globo sería el máximo posible con las condiciones de la técnica existente. (Desde luego, la falta de sentimientos afectivos no es la única condición para lograr la localización óptima de las actividades económicas, sino que la condición decisiva sería una movilidad perfecta de todos los factores productivos distintos de los naturales, pero sí sería la condi-

ción decisiva para desealarla, e intentar producir esa movilidad. Esa situación abstracta (y absurda si se quiere) no supondría en modo alguno que carecerían de industrias las regiones o lugares que no estuvieran en condiciones de competir con las industrias ya existentes, pues si pensamos que en tal sociedad universal rigen las condiciones señaladas de ausencia de sentimientos nacionales, regionales, familiares, sociales, etc. y que también rige el deseo de máximo ingreso real, entonces las sedes de industrias *potencialmente* costeables serían ocupadas inmediatamente por éstas a iniciativa de los capitalistas o del organismo planificador. Dadas esas circunstancias tan favorables, ¿por qué no suponer que México, pongamos por caso, estaría desierto y sus habitantes actuales distribuidos por Canadá, Noruega, China, y el Estado de Alabama, en Estados Unidos, gozando de un ingreso real tres, cuatro o veinte veces superior al que hoy tienen? Su situación económica habría mejorado notablemente, sería tan buena como la de los habitantes más afortunados del mundo. ¿Le gusta al lector la solución? . . . A mí tampoco. Y sin embargo, es la solución ideal del "hombre económico".

Entonces, si rechazamos incluso en el terreno de la especulación esa solución, ¿quiere esto decir que debemos abandonar la economía? No. Sólo significa que debemos buscar una solución que satisfaga aquellas aspiraciones que ocupan un lugar más alto dentro de nuestra escala total de valores, dentro de nuestras posibilidades y con el menor sacrificio posible de ingreso real, presente y *futuro*.

Así, pues, si admitimos que lo que hay en nosotros de "hombre anti-económico" nos obliga a no desear el máximo ingreso real a cualquier precio, y nos impone sacrificios, debemos también decidirnos por cuáles sean las aspiraciones que más alto lugar ocupan en nuestra escala de valores. Hay valores indudables: el estado como tal, el país o la nación como sentimiento, nuestros compatriotas y nuestra familia. Fuera de estos grupos de seres tenemos sus límites: el individuo y la humanidad, aunque quizá debiéramos tener en cuenta unidades superiores al conjunto de nuestros compatriotas e inferiores a la humanidad: el Imperio Británico, América Latina, etc., que pueden ocupar un lugar de la escala superior a la humanidad aunque inferior al de nuestros conciudadanos. Si el individuo,

nosotros mismos, ocupamos el lugar más alto de nuestra escala de valores, seríamos el "hombre económico", el hombre movido exclusivamente por la prosecución del máximo ingreso real, y ya hemos rechazado la solución óptima que se impondría en tal eventualidad. La humanidad es algo demasiado vago, demasiado grande para que ocupe en nuestra escala de valores un lugar superior a los otros citados y, además, si ocupara el primero, la solución económica deseable volvería a ser la misma ideal ya desechada. Si la humanidad es lo único que nos interesa, la frontera política deja de tener sentido.

Entonces, si rechazamos la solución ideal ha de ser *forzosamente* porque en nuestra escala de valores nuestra patria o un grupo superior o inferior a ella, que viva dentro, o dentro y fuera, de sus fronteras ocupa, u ocupan, en nuestra escala de valores un lugar superior al individuo y a la humanidad.

El elemento "patria" o "superpatria" (conglomerado de naciones, de patrias) ha de ocupar irremediablemente su lugar, porque si no lo ocupara volveríamos a la solución ideal, universal, pues si sólo tuviéramos interés por el máximo bienestar de ciertos individuos, lo desearíamos desligado de un territorio, de una patria. Como ésta no es concebible sin individuos, resulta que lo que ocupa el lugar más alto de nuestra escala de valores es *un grupo de individuos dentro de una patria y la patria en sí.*

Los grandes dilemas vienen ahora, y con esto estamos ya acercándonos a la médula de nuestro problema. ¿En qué consiste la felicidad de la patria? Es ésta una pregunta muy difícil de contestar. ¿Cualidades morales por encima de todo? ¿Altura intelectual más que nada? ¿Fuerza militar? etc., etc. Posiblemente todo ello, sin lugar fijo en el "sector" patria de la escala de valores. Al economista como tal lo que le interesa es cómo conseguir el máximo ingreso real de los individuos que integran la patria, o, quizá, cómo conseguir el máximo poderío material de ésta con el mínimo esfuerzo, y tal vez piense que si logra el mayor ingreso real también alcanzará las demás finalidades en el máximo obtenible dentro de las circunstancias de cada caso.

La digresión anterior ha parecido necesaria porque con frecuencia se habla entre nosotros de la industria como si ésta fuera deseable *per se*, en abstracto, sin pensar cuál es la finali-

dad que con ella se quiere conseguir y, desde luego, es absurdo lanzarse por un camino sin saber a dónde conduce, y también lo es empezar a recorrer uno sin saber si hay otros que lleguen al mismo lugar y tengan menos baches.

¿Se pueden alcanzar con la industria las finalidades que ocupan un lugar más alto de nuestra escala de valores? *Cuando la industria es viable, sí.* ¿Se pueden alcanzar sin industria esas mismas finalidades? *También.* ¿Cuál de los dos métodos es mejor? *Depende de las condiciones del país, de sus recursos naturales y humanos, pero el ideal cuando se temen fuertes altibajos de actividad económica, guerras, etc. es una economía equilibrada.* Ese es, sin duda, el ideal, en tales circunstancias y no parece que se necesiten grandes esfuerzos para convencer de ello. Si salimos del terreno estrictamente económico, todo el mundo se da cuenta de que la diversificación es deseable por razones morales, políticas, sociales, militares, culturales, etc., etc. En el campo económico la situación no es menos clara. No diversificación es sinónimo de monocultivo, es sinónimo de dependencia de los altibajos de la actividad económica en otros lugares, y de penalidades en los momentos malos, etc.

No hay ningún país que no *pueda* tener industrias, y tampoco parece concebible en un país en que no haya posibilidad de industrias *costeables*, pues algunas sólo exigen materiales ubicuos y otras obtienen productos que por las dificultades de transporte pueden competir con ventaja con la producción extranjera a coste más bajo.

De modo que el *quid* está en saber *hasta qué punto* se debe llevar la industrialización. Cuándo la "desutilidad" de la actividad industrial, desutilidad *para el país*, empieza a ser mayor que la "utilidad". Sin duda, la industria que surge espontáneamente y se mantiene sin apoyo extraño al libre juego del mercado no nos interesa aquí, pues se tratará de una industria a la que nadie puede oponerse, salvo, quizá, por motivos morales o, en caso de ocupación plena, porque robe factores productivos a actividades consideradas más esenciales. Pero vamos a pasar por alto estos motivos y centrar la atención en la industria como actividad buscada de modo deliberado, ya se trate de una iniciativa oficial o de apoyo del estado a las iniciativas de los empresarios.

Hay actividades económicas que no son costeables en todos los países en condiciones de competencia perfecta y que, sin embargo, el estado puede considerar indispensable para su tranquilidad. Es el caso de la fabricación de armamentos, si se prevé tensión internacional, y de otros del mismo tipo. Pero se trata aquí de situaciones muy obvias si sólo tomamos los casos límites. Aquí no hay problema. Mucho más interesante y complicada es la diversificación de las actividades económicas por razones más sutiles. Tenemos, por ejemplo, el deseo de diversificar para ponerse al cubierto de los altibajos de los precios extranjeros y, sobre todo, para evitar los inconvenientes que puede ocasionar una baja pronunciada del precio de un artículo de exportación que sea básico para sostener nivelada la balanza de pagos. Aquí, las complicaciones, las dudas, adquieren proporciones colosales.

Es muy frecuente pedirle al economista que concrete sus opiniones, y que en vez de decir, por ejemplo, que un país necesita industrias, diga qué industrias necesita y cuál sea la dimensión de las unidades industriales más conveniente en las circunstancias de que se trate. Esto no tiene pies ni cabeza. El economista no puede contestar a esas preguntas, no puede ser concreto más allá de su campo, y aun dentro de él, salvo si es un irresponsable, tiene conciencia de las limitaciones que le imponen sus conocimientos y el progreso de una ciencia social, que ha de habérselas con seres humanos, no con máquinas. Es una lástima que los no economistas no se hayan dado cuenta de hasta qué punto somos modestos en nuestras pretensiones y nos atribuyan una fatuidad de la que carecemos en absoluto.

El economista puede opinar, muchos opinan, que los países monocultores, los que tienen su economía basada en uno o pocos productos, se encuentran en una posición delicada, insegura, están expuestos en cualquier momento a sufrir trastornos muy graves por circunstancias ajenas a ellos mismos, y que, en estas condiciones está justificada la diversificación de la producción; pero no se puede pretender que nos diga el grado preciso a que debe llevarse esa diversificación, o qué parte de la diversificación debe consistir en industrias y qué parte en agricultura, etc., etc. Pero sí puede ser algo más concreto *en sus generalidades*. En primer lugar, tenemos que saber cuál es el fin que se pretende conseguir, contra qué queremos asegurar-

nos. Será frecuente que queramos asegurarnos contra la eventualidad de no poder importar determinadas mercancías consideradas esenciales o muy convenientes; tememos que al bajar el precio o la demanda de nuestros pocos productos de exportación no tengamos divisas para comprarlas, y queremos evitarlo. Desde luego hay varios procedimientos para alcanzar ese fin: podemos restringir las importaciones de los artículos considerados menos esenciales para que así queden más divisas disponibles para los que nos interesan; podemos fomentar la producción de nuevos productos de exportación, de manera que aumenten nuestras ventas al exterior, subvencionando esas nuevas exportaciones, si fuera preciso, o dándoles el monopolio del mercado nacional para que puedan luego exportar el excedente a un precio bajo (dumping); o se puede fomentar la producción de los artículos previamente importados susceptibles de obtenerse en el país a una diferencia de precio menor respecto de los extranjeros para dejar divisas libres; o se puede uno asegurar la producción misma de los artículos (industriales o no) considerados esenciales, si las condiciones del país son favorables para ello. Qué política será mejor entre las señaladas es, en parte, una cuestión de costes y, en parte, un problema que en cierta medida se sale del campo económico. Se sale del campo económico, cuando por motivos políticos, de seguridad nacional, etc., se decida adoptar alguna de las soluciones; pero si sólo debieran privar las consideraciones de coste, entonces la adopción de una u otra de esas posibilidades debería depender de cuál de ellas supone una pérdida menor de ingreso real. No siempre se puede decidir con precisión cuál sea esa posibilidad, y además quedará en muchos casos la duda de si lo que es mejor hoy no lo será mañana. A veces resultará más económico dejar el importe y privar al país de ciertas mercancías; otras será preferible producir mercancías nuevas distintas o iguales a las que se importan, según el caso; pero vale la pena hacer hincapié en este punto: no siempre es la mejor solución de una situación como la supuesta producir en el interior las mercancías que se vienen importando, sino que puede ser una solución más costeable producir otras distintas (industriales o no) que encuentren mercado en el exterior, y conseguir en esta forma las divisas necesarias para pagar las importaciones. El que ésta sea la for-

ma más barata de conseguir los productos que se necesitan o lo sea obtenerlos en el mismo país, dependerá del mayor o menor sacrificio económico que se imponga a la población por uno u otro procedimiento: ¿qué es mayor, la prima que debe darse a la industria de exportación, o el precio adicional que es preciso pagar por los productos de fabricación nacional que sustituyan a los importados? Esta es la pregunta que debemos hacernos para decidir. Desde luego, esta es la pregunta cuando se nos presenta la oportunidad de hacérsola, pues no siempre se nos planteará el problema en forma de alternativas, sino que sólo podremos tener que decidir entre prescindir de ciertas mercancías importadas o fabricar algunas de ellas en el interior. También entonces la decisión vendrá dada por la ley del mínimo esfuerzo o del mínimo coste real para la comunidad. Además, el establecimiento de industrias productoras de artículos que se venían importando tiene siempre en su favor el hecho innegable de que se sabe que va a obtenerse la mercancía en cuestión, mientras que cualquiera de las otras posibilidades puede ser de resultados aleatorios; pero no se olvide que con frecuencia el mal ocasionado con el establecimiento de una industria antieconómica es mayor que el bien que se intenta conseguir con su creación (puede ser lo mismo que desvestir un santo para vestir a otro). Y esta es una posibilidad muy importante y de la que habremos de ocuparnos.

No hay inconveniente en llegar todavía más lejos. Por ejemplo, el Ing. Gonzalo Robles, que es seguramente el latinoamericano que ha dicho en los últimos tiempos, cosas más inteligentes y ponderadas sobre la industrialización de nuestros países, afirma (*Jornada No. 10. "La postguerra"*, pp. 74-75), que algunos de ellos, como Brasil y México, parecen contar con elementos para desarrollar... estructuras industriales más o menos completas y articuladas, incluyendo las industrias pesadas. Otros países, especialmente los que cuentan con un mercado suficientemente vigoroso (Argentina), tienen campo abierto para el desarrollo de un sistema industrial menos completo, que no quiere decir menos importante cuantitativamente, de preferencia fomentando aquellas industrias orientadas hacia el mercado, como los textiles, y otras ligeras, o que por su naturaleza económica tienden a ser locales, como la del cemento y, finalmente, aquellas en que, aunque dependiendo

de materias primas extranjeras (como el hule), en las condiciones actuales no existe una ventaja decisiva para que se practiquen en Akron y no en Buenos Aires, si se destinan al abastecimiento de los mercados sudamericanos. Otros países sin materias primas básicas para la industria, con mercados de exportación controlados por intereses extraños, apenas si podrán pensar en mejorar técnicamente su agricultura o su minería y en el establecimiento de industrias de transformación de primera mano. . . ”

Es posible activar el proceso de industrialización favoreciendo aquellas actividades para las que la población y el capital se encuentran más preparados. Es decir, aquellas industrias para las que ya existe una predisposición, bien porque haya elementos humanos que sólo necesiten un pequeño esfuerzo de adaptación para entrar en el proceso industrial moderno de que se trate, bien porque el capitalista conozca la existencia de un mercado. Esta es la línea de menor resistencia, es la que seguiría el progreso económico dejado a sí mismo. El estado puede darle un ritmo más acelerado, y al desarrollar las actividades de más fácil adaptación se van creando condiciones favorables para el desarrollo de otras más. Puede convenir forzar la actividad económica por caminos antinaturales, pero esto ya no es un problema económico.

Otra generalidad, se refiere al problema de las posibilidades de competencia con las naciones que llevan la delantera en el campo industrial, y al mismo tiempo es una indicación del camino que podría seguir nuestro progreso. Las grandes potencias industriales tendrán por mucho tiempo aún, una ventaja evidente en aquellas actividades destinadas a la elaboración de productos sujetos a rápidos cambios técnicos. En estos productos tendrán ventaja porque disponen de medios de investigación, humanos y materiales, de una cuantía que para nosotros resulta abrumadora. Pero en cambio existen productos (los textiles son un ejemplo muy destacado) en que los progresos técnicos son hoy muy secundarios, no son ya revolucionarios, y entonces, una vez adquirida la técnica existente en determinado momento no hay razón para que la eficacia del trabajo de nuestros países sea menor que en los colosos industriales, o para que, si lo fuera, no estuviera más que com-

pensada por su baratura. Tampoco hay, pues, razón para que no arraigue en América Latina este tipo de industrias, si no existe una desventaja en la adquisición de las materias primas.

Si profundizamos en las formas de lograr la industrialización llegamos, en último término, a la educación del pueblo, como la más segura y la que puede darle una base más sólida, más permanente. Y esto sobre todo si damos a la palabra industrialización el sentido que le atribuye el político y el reformador social de América Latina, de occidentalización, de progreso espiritual, de aumento del nivel de vida, de igualdad de ingresos haciendo subir los bajos y no rebajando los altos. Por eso Preston James ha dicho, con razón, que cualquiera que sea el número de industrias que puedan exhibir algunos países latinoamericanos, no se les podrá llamar industrializados mientras el ambiente, el medio, etc. no cambien radicalmente.

Esa educación, que nos parece básica, puede ser también una consecuencia del avance de la industria, pero si el movimiento educativo interno estuviera reforzado por uno externo se estaría contribuyendo de la mejor manera posible a crear las condiciones *generales* necesarias para el progreso de la industrialización, pues la educación del pueblo promueve el espíritu, el ambiente que la industria necesita.

II

EL industrial tiene por la industria, en especial la propia, un gran respeto. Pretende que contribuye al engrandecimiento del país, a su fuerza, a su cultura, a su bienestar. Reclama la protección del estado, y casi siempre la consigue, contra la competencia extranjera, pues no se atreve a pedirla contra el competidor nacional, y tacha de perversa e imperialista, de dumping, etc., toda importación de artículos similares a los propios. Hay en estas palabras cierta ironía; y es posible que las pretensiones del industrial estén justificadas, que merezca el agradecimiento de la patria y que sean ciertas sus acusaciones contra el extranjero. Ante este industrial nos descubrimos. Pero también es muy frecuente que en sus palabras no haya sino demagogia barata, que no sean sino una forma de disimular sus ga-

nancias o de darles una justificación social o patriótica de la que carecen en absoluto.

Acusar de "dumping" a las importaciones extranjeras de artículos similares a los producidos en el interior del país por el hecho de que sean más baratas que la producción nacional es algo tan frecuente como descorazonador para quien ha leído fuera de los periódicos qué quiere decir la palabra "dumping", o "competencia desleal". No hay motivo para hacerse cruces ante los procedimientos normales de lucha comercial por los mercados y tratar de atribuir un significado de perversidad excepcional a prácticas que podrán ser criticables, pero que no tienen nada de nuevo o de desleal dentro del régimen capitalista. Quizá tenga una justificación que quienes desean la muerte del sistema económico que impera en la mayor parte del mundo vean las *prácticas* o los procedimientos de competencia capitalista como una de las razones por las que éste debe desaparecer, pero suena tremendamente extraño que los industriales que rechazan, cuando creen que puede perjudicarles personalmente, toda ingerencia del estado, hagan aspavientos ante prácticas que ellos mismos desearían poder realizar, y alegar una maldad que, de existir, está más en el fondo de la estructura social que en las prácticas que esa estructura impone. Se pueden considerar sensatas (compártanse o no) las críticas del sistema capitalista precisamente porque permite y exige, pongamos por caso, la competencia de los industriales de un país "contra" los de otro y porque como consecuencia de esa competencia los obreros de un país quedan sin trabajo, porque la competencia de los centros más industrializados puede hacer fracasar el establecimiento de industrias en lugares menos adelantados y esto dificulta el progreso social y espiritual de los últimos; pero estas son críticas al sistema mismo, y no es admisible criticar las prácticas de la competencia al mismo tiempo que se defiende el sistema capitalista.

El industrial que obtiene ganancias produciendo una mercancía tiene, por ese solo hecho, en su favor tres tantos. Uno es que produce una mercancía que se halla en el mercado para la venta, otro lo constituyen los salarios que paga a sus obreros, dándoles poder adquisitivo, y el tercero es la ganancia misma. Son tres tantos en su favor, cuando menos. Pero si sólo pudiera apuntarse éstos no habría demostrado en modo

alguno que está contribuyendo al bienestar económico del país. Para demostrar tal cosa tendría que apuntarse algunos tantos más, tiene que llenar otros requisitos. ¿Ha proporcionado a la nación satisfacciones de las que carecía? ¿Está proporcionando la mercancía que produce al precio más bajo a que ésta podría obtenerse si no hubiera restricciones al comercio?

En el terreno económico la respuesta afirmativa a estas preguntas sería la prueba definitiva de que merece todos nuestros respetos. Pero también puede merecerlos aunque no cumpla esas condiciones y esto sucederá aun cuando la industria sea deseable por razones extraeconómicas, si los precios cargados no proporcionan una ganancia excesiva y si los costes de producción son buenos por razones de la técnica adoptada teniendo en cuenta la dimensión del mercado, oferta de trabajo, etc.

El hecho de que las mercancías de producción nacional obtenidas por empresas que viven al amparo de la protección oficial (aranceles, subsidios, etc.) se vendan realmente, no atestiguan, como es natural, la bondad de la industria, sino sólo que existe una demanda. Antes de juzgar por el criterio de que la mercancía se vende deberíamos preguntarnos: ¿Cuánto se vendería si los precios fueran los que en condiciones de competencia regirían si hubiera libertad de importaciones? Si a un precio *más alto* se vendiera una cantidad *igual*, estaríamos en presencia de una demanda inelástica. Querría decir que los consumidores tienen una necesidad apremiante de la mercancía y que pagan por ella el precio que la industria nacional les exige (este podría ser el caso de ciertos medicamentos insustituibles). Pero entonces al consumidor le queda menos para gastar en otras mercancías, su ingreso real disminuye, y esto tiene consecuencias perjudiciales no sólo para él, sino para los otros productores. Veamos un caso arbitrario y en extremo exagerado para mayor claridad. Una persona con un ingreso de \$1.000 mensuales tiene una enfermedad que le obliga a gastar \$10 al mes en cierta medicina importada, de manera que le quedan \$990 para sus otros gastos. Si una industria nacional produce ahora esa mercancía y se vende a \$100, a nuestro enfermo sólo le quedarán disponibles para otros gastos \$900, en vez de \$990. Necesitará economizar \$90 mensuales, dejar de comprar otras mercancías por ese valor, y en vez de hacerse, por ejemplo, dos trajes al año sólo se podrá

hacer uno. Entonces su ingreso real habrá disminuído en un traje. Pero las consecuencias, evidentemente, no se detienen ahí, pues el fabricante de paños venderá tres metros menos de tela al año y los sastres fabricarán un traje menos, y podemos seguir por este camino la cadena de repercusiones secundarias iniciada por el aumento del precio de la medicina. Pero el industrial puede alegar que éste no es sino un aspecto del problema y que sería injusto no ver los otros. ¿En qué consisten?

Un argumento es el de la balanza comercial y quiero presentárselo desde ahora para dejarlo de lado. Si admitimos (no creo que nadie lo niegue) que las importaciones se pagan con exportaciones y que, a la larga, éstas deben estar en equilibrio, los \$10 en cuestión dejan de recibirlos quienes exportaban por esa cantidad para pagar la medicina importada. Se han atribuído a Abraham Lincoln las siguientes palabras: "No sé mucho de aranceles, pero sí sé lo siguiente: cuando compramos mercancías manufacturadas en el extranjero, nosotros recibimos las mercancías y el extranjero recibe el dinero. Cuando compramos las mercancías fabricadas en el país, nosotros recibimos tanto el dinero como las mercancías", y éste puede ser un argumento empleado por los industriales que producen artículos protegidos por el arancel. Pero no quiero hacer al lector la ofensa de explicarle lo que tiene de absurdo esa tesis. Como ha dicho un conocido economista, lo único que hay de sensato en el pasaje (con toda seguridad apócrifo) de Lincoln es la primera frase: "No sé mucho de aranceles".

Tenemos el hecho de que los \$100 no se han perdido, sino que están provocando, a su vez, otra cadena de repercusiones secundarias. Parte de esos \$100 va a pagar las materias primas empleadas en producir la mercancía, parte va a pagar salarios a los obreros, parte va a pagar intereses del capital, parte a propaganda, parte a ganancias, etc., y entonces es cuando llegamos a la médula de la cuestión. ¿Ganan los que reciben esos \$100 más de lo que pierde quien los paga? Si ganan igual o más, ¿tiene esto alguna consecuencia ulterior para el país?

Para que ganasen más se preciaría, en primer lugar, que antes de fabricarse en el país la mercancía ganaran menos, y es posible que, en efecto, su salario sea mayor, pero tal cosa sólo demuestra que se ha producido una redistribución de los

ingresos, que quienes consumen la mercancía en cuestión tienen menos dinero y que quienes la producen tienen más, y esto no es ninguna ganancia para el país (salvo, quizá, si quienes compran la mercancía no hubieran gastado de otra forma la cantidad de que se trate; el ingreso real de la nación no ha aumentado nada. Es decir, por mucho más que ganen los productores de la mercancía protegida, *el país* no se beneficia en todos los casos.

La consecuencia ulterior para el país *puede* ser la siguiente. Si como resultado del aumento de los precios han de subir los salarios, por alza del coste de la vida, también subirán los precios de los productos de exportación, y en esa misma medida disminuirán las posibilidades de competencia en los mercados extranjeros. La industrialización de un país no acarrea una disminución de las importaciones, sino quizá, por el contrario, exija su aumento. Si las exportaciones disminuyen también se reducen las posibilidades de importar.

Y esto no es teoría, sino una realidad tremendamente punzante. Muchas veces, cuando los industriales sostienen la conveniencia de las industrias y solicitan la protección oficial para sus empresas, confunden el interés que éstas tienen para ellos mismos y, quizá, para sus obreros, con la conveniencia para la nación. Nadie pone en duda que a los industriales les conviene (si no les conviniera no pedirían la protección), pero éste no es más que uno de los elementos de la bondad para el país. La protección a la industria también la desean los obreros interesados, ocupados en las industrias, pues cuanto más protegidas están más altos pueden ser sus salarios, y entonces el obrero se convierte en aliado del empresario, un aliado lanzado a explotar a otros sectores de la nación menos afortunados.

En resumen, y para concluir con esta parte, la protección de actividades industriales para que sean capaces de competir en el mercado nacional con industrias extranjeras puede perfectamente ser legítima por varios motivos, pero hay que darse cuenta de que, *al menos a la corta*, esa protección significa una disminución del ingreso real, y si se decide que esa disminución es irremediable y hay que someterse a ella, también sería justo que la protección no llegara demasiado lejos, que sólo fuera *suficiente* para que la industria subsistiera, que no provocara una redistribución del ingreso en favor de las industrias prote-

gidas, y que perjudicara lo menos posible las actividades más sanas de la economía, es decir, las que producen para la exportación.

Hay disminución al menos a la corta, porque a la larga puede no ser así. De este modo cubrimos el caso de la protección a las industrias incipientes, a las que no pueden competir durante los primeros años de vida con la mercancía similar extranjera. Ningún librecambista ha negado nunca que esas industrias deban protegerse. Es el argumento de Hamilton, recogido y popularizado por List, e incorporado a los escritos más librecambistas después que J. S. Mill le dió el espaldarazo.

Mas hay que tener sumo cuidado de no hacer de ese argumento un empleo abusivo. No debe llegarse a los excesos de muchos librecambistas que después de admitir la validez de esa excepción al librecambio, la rechazan por la imposibilidad de comprobar por anticipado cuándo una industria protegida durante sus primeros tiempos de vida llegará a poder subsistir sin ayuda, y entonces afirmar que los perjuicios causados por las industrias que resultaron incosteables a la larga, son excesivos para que se haga el experimento. Esta es una posición demasiado académica para que sirva de guía a la política; no debe huirse del experimento, pero también debe pedirse que sólo se experimente con aquellas industrias con un mínimo de posibilidades de competencia después de transcurrido un período prudente y, desde luego, como habrá quedado de manifiesto, no se debe abogar por la protección a *todas* las industrias.

Otro motivo para ser enemigo de esa protección indiscriminada es que al proteger actividades ineficaces se obstaculiza la creación de otras que podrían ser sanas. Esto es una ampliación de la tesis de que la creación de empresas ineficaces perjudica a las industrias de exportación. Los recursos productivos de cualquier país no son ilimitados, y menos los de los nuestros. Si pensamos en los recursos humanos, por ejemplo, la situación es por demás evidente. En nuestros países no hay desocupación y la oferta de mano de obra calificada para actividades industriales es inelástica, al menos a corto plazo. En los últimos años hemos presenciado una competencia muy clara por la mano de obra calificada y semicali-

ficada; quizá esa situación de los últimos tiempos se dulcificará algo en el futuro, pero no podemos prever por ahora, salvo en épocas de crisis agudas, un exceso de mano de obra calificada y técnica. En estas circunstancias vamos a imaginar de nuevo, un caso algo exagerado, pero no absurdo, y que bastará con recortar un poco para ajustar a la posible realidad. Supongamos una situación de ocupación plena de los recursos industriales humanos del país; supongamos un grupo de industrias que paga a sus obreros un salario medio y trabaja sin protección oficial (arancelaria y de otras clases), y que abastecen el mercado nacional y aun exportan a países contiguos excedentes de ciertas mercancías, y supongamos que pueden abastecer el mercado nacional sin protección precisamente porque la exportación les permite aprovechar las ventajas de la producción en gran escala; supongamos que en estas circunstancias se fundan varias empresas que solicitan y consiguen, alegando la tesis de la industria incipiente, una protección contra las importaciones extranjeras, y que esa protección es lo bastante fuerte para que las empresas en cuestión paguen salarios más altos que el nivel medio. Entonces podría ocurrir que las nuevas industrias quitaran mano de obra a las ya establecidas impidiéndoles producir tanto como antes, o que estas últimas tuvieran que pagar salarios mayores para poder conservar su personal. En cualquiera de los dos casos pierden un mercado de exportación, por no poder competir con el extranjero en precio o por falta de productos suficientes, y en ambos casos esas industrias pierden el mercado nacional por la competencia extranjera, ya que la disminución de la producción exige el alza de precios. Y de esta manera una industria incipiente, que *no* ha demostrado su viabilidad, destruye una industria ya establecida que *sí* la había demostrado.

No se pretende que de hecho las cosas hayan de tomar un giro tan trágico, pero el caso imaginado no es sino una exageración de lo que puede ocurrir. Quítese lo que sobre, recórtese a gusto del consumidor y siempre queda un tanto por ciento de verdad; un tanto por ciento que no debería olvidarse. Cuando no hay medios ilimitados tampoco se pueden perseguir impunemente fines ilimitados.

Parece como si con lo que acabamos de decir y con lo anterior hubiera, o se pretende que hay, un círculo vicioso que

nos condenara a la inactividad, a esperar que desaparezca una actividad para lanzarnos a buscar otra perfectamente costeable. Ya se ha dicho que los móviles económicos no son los únicos que deben prevalecer y, además, hay otros caminos abiertos a la política práctica. Primero, el de la prudencia, del buen juicio. Segundo, el de no conceder una protección excesiva, perjudicial para otras actividades. Tercero, el de fomentar la movilidad de la mano de obra mediante facilidades educativas. Cuarto, y difícil de recorrer, la política monetaria en el aspecto del valor exterior de la moneda, etc.

Se ha dicho que América Latina pretende hacer de golpe y con menos medios lo que los países industriales hicieron en muchos años y antes de que existiera competencia. Que el camino de la industrialización debe recorrerse en etapas prefijadas y que querer oponerse a esto es ir casi contra una ley natural y tal cosa ha de acarrear, además del fracaso, trastornos de otras índoles. Desde luego, es muy difícil convencer a una nación, a los dirigentes de una nación, que se sienten jóvenes, bríosos, con capacidad para las mayores empresas, que es preciso avanzar, como decía Goethe, "sin prisa y sin pausa, como la estrella". Pero también sería cosa de pensar qué es mejor, avanzar de prisa y alocadamente, a empujones, o bien avanzar, no con la lentitud que llevarían las cosas dejadas a sí mismas, pero sí a paso más seguro y firme, sin pretender hacer las cosas de repente y sin preparación. Estamos expuestos a sufrir todos los males que se atribuyen a la competencia sin gozar ninguna de sus ventajas.

También se han señalado las condiciones de explotación obrera en que otras naciones alcanzaron su actual poderío industrial. Ese sistema de explotación abierta, de falta absoluta de consideración por la miseria que acarreaban los ajustes exigidos por la Revolución Industrial, permitía la acumulación de capital con un ritmo inadmisibles hoy; y, en efecto, los intereses obreros, que tanto dejan sentir su influencia en la industria mexicana, reclaman una parte creciente en las ganancias de la industria. En estas circunstancias, se dice, no es posible la industrialización rápida por dos motivos: el primero, que el capital se retrae (tanto el extranjero como el nacional) y, el segundo, que si se merman las ganancias del empresario hay una desproporción entre el dinero disponible para inversión y el dis-

ponible para consumo en favor de este último. El método más rápido de lograr la industrialización sin explotación de la clase trabajadora es la implantación de un régimen de tipo socialista. La situación de la clase trabajadora no mejoraría, a la corta al menos, y si el ritmo que se le quisiera imprimir fuera muy intenso incluso empeoraría, también a la corta, pues sería preciso pedirle al obrero que intensificara su trabajo, que trabajara más horas, o que consumiese menos, que dedicara más tiempo a la producción de bienes de capital (o de los artículos de exportación necesarios para comprarlos) y menos a la de artículos de consumo, o las tres cosas al mismo tiempo. Es evidente que de este modo puede alcanzarse la industrialización en menos tiempo, y que si no hay particulares que se lucren con ese trabajo, sino que el único beneficiado, a la larga, es la sociedad, los productores mismos, no hay explotación. Pero si queremos conservar el sistema capitalista, porque nos interese más por otras causas, entonces es evidente que una política obrera destinada a recabar una participación creciente en las ganancias de las empresas, también ha de ser a costa, no de la paralización, pero sí de un ritmo menor de progreso de la actividad industrial. No se pueden tener las dos cosas a la vez y, dentro del régimen capitalista, la mejor política obrera sería la de conseguir un mejoramiento mediante un aumento de la eficacia, lo cual no es incompatible, sino todo lo contrario, con las reivindicaciones actuales de la clase trabajadora.

Si no se le dan oportunidades de buenas ganancias, el capital se retrae. En América Latina, en México de un modo concreto, este punto tiene una importancia muy grande, sobre todo en lo que concierne al capital nacional, que si bien puede prescindir del factor nacionalista, cuando no necesita personal extranjero, tiene en cuenta el factor obrero y, además, tiene la costumbre de pretender ganancias fantásticas en comparación con los niveles que rigen en los países más adelantados. Nuestra industria tiene en buena medida un carácter especulativo incompatible con una aspiración de industrialización sana, sólida y a largo plazo. Se hace difícil prever cómo puede remediarse esta situación, y es probable que no se logre sino como consecuencia del progreso mismo de la industria, es decir, que vaya transformándose con el progreso. Pero lo que no se com-

prende bien es por qué se haya de proteger ese ambiente especulativo, esa redistribución de la riqueza en favor de las empresas ineficaces y quienes trabajan en ellas. Si se han de proteger empresas ineficaces, ¿no sería también justo que se adoptaran medidas para impedir las ganancias excesivas? Con esto, además de luchar contra el carácter especulativo de la industria, se impide la redistribución de los ingresos en una medida superior a lo estrictamente necesario y se perjudica lo menos posible a las otras actividades económicas sanas de la nación. ¿Qué formas hay de impedir las ganancias excesivas? Esto es ya otro problema. En algunos lugares y circunstancias el arma fiscal puede ser eficaz, otras veces lo será una cuidadosa graduación de la protección contra la competencia extranjera, otras lo será la fijación de precios, otras la creación y explotación de industrias por el estado.

En una obra reciente sobre inversiones internacionales se hacen votos por el aumento de la población argentina hasta alcanzar la cifra de 50 millones de habitantes, y la razón que alega el autor para defender ese deseo es que así se consumirían más productos. Desde luego, es evidente que 50 millones han de consumir más que 14. Pero el simple hecho de que el volumen total consumido sea mayor no es ninguna garantía de que aumentará el volumen de satisfacciones disfrutadas por esos habitantes. Nadie pondrá en duda que es mejor 20 millones que consuman 100 a 50 millones que consuman 150 ó 200; que es mejor una población pequeña y bien alimentada a una grande y mal alimentada. Ahora bien, si la productividad del trabajo fuera más que directamente proporcional al número de trabajadores, entonces sí habría razones para abogar por un aumento de la población, y éste puede ser el caso de una manera indirecta, y en especial cuando se trata de la producción industrial. La cosa tiene relación con la industria en gran escala. De nada sirve decirle al industrial que su industria es ineficaz, incosteable, porque produce en pequeña escala y que si el extranjero produce más barato es porque en vez de producir 10 unidades produce 100, y no sirve de nada decirselo si el industrial puede contestar con razón que el mercado no tiene capacidad para absorber más de 10, porque no basta el número de consumidores, o su poder adquisitivo, o porque las costumbres de una gran proporción son inad-

cuadas a fin de hacer efectiva una demanda suficiente para justificar la producción de 100 unidades. Muchos países latinoamericanos no pueden aspirar a tener ciertas industrias (si han de ser costeables), entre otras causas, porque la población, el mercado nacional, es insuficiente.

¿Qué soluciones se nos ocurren a esa dificultad? El aumento de la población, sin duda, y la población aumenta por crecimiento natural y por inmigración. La población aumenta hoy con rapidez en algunas partes de América Latina, y con la disminución de la mortalidad infantil ese incremento puede no ser aún mayor. La inmigración podría ser grande, pues se ha llegado a calcular que con el fin de la guerra habrá en Europa 20 millones de emigrantes potenciales. Sin entrar a considerar el rumbo que tome esa emigración en caso de producirse, parece cosa demostrada que la emigración europea se encamina principalmente hacia los lugares donde no ha de competir con mano de obra mal pagada o de origen no europeo. También cabe hacer aquí la observación de que la política de puerta cerrada que acostumbran seguir algunos sindicatos, además de no ser revolucionaria, sino netamente reaccionaria, y de demostrar hasta qué punto el sindicato puede convertirse en cómplice del capitalista en la explotación de sectores menos protegidos de la población, puede ser un obstáculo serio al aumento del mercado, de la producción y de la eficacia del trabajo.

Tenemos a continuación el incremento del poder adquisitivo de la población existente. Es claro que con el progreso económico se van incorporando al mercado consumidores que hasta ahora sólo han participado en él de una manera secundaria. Quizá se haya exagerado el grado en que la población latinoamericana es ajena a la economía monetaria, pero aunque se recorte el número de seres excluidos del proceso económico moderno, es fenómeno por demás conocido la poca capacidad de consumo de buena parte de nuestros conciudadanos y que hay sectores en nuestro territorio que se hallan relativamente incomunicados de las partes más desarrolladas. La incorporación de estos elementos humanos a las partes de nuestra población con una vida económica más moderna (no debemos decir más activa) representaría un ensanchamiento del mercado que no podría dejar de ser beneficioso para el desarro-

llo de la industria, que permitiría el aumento de la escala de producción y el abaratamiento de los costes, con beneficio para esas partes y para todo el resto. La forma de conseguir ese objetivo es, desde luego, el incremento de las comunicaciones y la difusión de la educación. No cabe duda de que las comunidades más atrasadas de América Latina no pueden seguir indefinidamente ajenas al progreso económico, que la civilización occidental no es algo con lo que puede uno estar en contacto sin sentir su influencia. Dejamos a otros la decisión de si es mejor la civilización occidental que las otras, y sólo señalamos el hecho de que esa civilización tiene una fuerza tal que es inútil pretender ignorarla. Pero si la industrialización nos urge, el fomento de las comunicaciones y de la educación popular será una forma adecuada de engrosar el mercado en beneficio de todos, sin ejercer una presión indeseable sobre los sectores más atrasados.

Hace pocos años abogué en esta misma revista por la deseabilidad de formar un bloque industrial de América Latina. Se trataba de ensanchar el mercado para las industrias y hacer que fueran costeables, al poder producir en mayor escala, y además servirían, aunque no lo fueran, como seguro contra los altibajos de la actividad económica o las crisis internacionales de las grandes potencias, que nos privan ambos de la posibilidad de importar artículos que hemos llegado a considerar indispensables para sostener un nivel de vida mínimo.

Sigo creyendo que semejante bloque sería deseable, pero ha crecido mi escepticismo en cuanto a su viabilidad. A grandes rasgos, la idea sería ésta: cada país monta en su interior las industrias que resultan costeables por ser las unidades óptimas de producción de una dimensión que no exige un mercado mayor que el que pueda proporcionar el país mismo. En este tipo de industria no hay necesidad de acuerdo, aunque como no todos los países latinoamericanos tienen un mercado igual de grande, es posible (es seguro) que muchas industrias costeables en Argentina, en Brasil, en Chile o en México, no lo sean en Ecuador o en Bolivia, y en tales casos entrarían en la siguiente categoría, es decir, las mercancías obtenidas en industrias que para ser costeables exigen una unidad de producción superior a la que estaría justificada por el mercado nacional. El bloque que cabe imaginar tendría por objeto estas

mercancías, y podría adoptar la forma de un acuerdo entre el número de países que bastara para formar un mercado suficiente para justificar una unidad industrial de dimensión óptima, junto con el acuerdo de instalar esa unidad en el lugar de mejor localización económica, dentro de esos países, para abastecer el mercado conjunto. Si una vez elegido el lugar mejor posible, la industria en cuestión no pudiera competir con las mercancías similares extranjeras, el acuerdo debería ampliarse a la concesión de protección arancelaria para la producción de que se trate, y la diferencia de precios se consideraría como una prima de seguro contra los altibajos de la actividad económica en los grandes países industriales, que en los momentos de crisis reducen sus importaciones y con ello dificultan las nuestras.

La independencia económica en países en que los recursos naturales son grandes en comparación con la actividad industrial y con el volumen de la población, es decir grandes relativamente, y en que no hay, ni puede haber por el momento, producción en condiciones económicas de instrumentos de producción, se manifiesta más que nada en la posibilidad de mantener el volumen presente de producción en tiempos de emergencia, y se manifiesta asimismo en la protección que proporciona contra las prácticas de discriminación monopolista o cartelista. Es una independencia en el sentido más bien de un seguro, independencia como una garantía de que estaremos protegidos hasta cierto punto si el siniestro se produce, y el coste real de esa protección será menor si se da uno más de los elementos de la costeabilidad: la dimensión suficiente del mercado. Aumentaría, en el caso de América Latina como un todo, la independencia respecto de otros continentes o países. Además, aumentaría también el sentimiento de solidaridad continental, que tan conveniente es.

Pero ¿es posible realizar semejante bloque? ¿Existe hoy un ambiente favorable? Vamos a poner un ejemplo, arbitrario como todos los demás que se han dado, pero que quizá ponga de manifiesto con claridad la idea. Supóngase que está decidido realizar ese bloque, y que, digamos, Cuba pide al organismo central de que se trate que se estudie la creación de una planta textil de determinado tipo. Supongamos que el organismo central encuentra que a fin de dar a la unidad industrial

una dimensión óptima se necesita un mercado igual a todo Centro América, las Antillas y México, que a pesar de crearse la unidad de dimensión óptima el precio de coste de la mercancía (por razones de eficacia del trabajo, importación de materias primas, etc.), será un 30 por ciento superior al de la mercancía similar extranjera y, por último, que la mejor localización de la industria estuviera en Nicaragua. Entonces, ¿está México dispuesto a pagar para importar la mercancía de Nicaragua un 30 por ciento más de lo que costaría importarla, por ejemplo, de Italia? Podemos suponer que, estableciendo una unidad industrial de dimensión no óptima, México fuera capaz de producir la mercancía con una diferencia de precio del 35 por ciento respecto del precio de importación ¿prefiere pagar una prima de seguro del 30 por ciento teniendo que importar de Nicaragua o una del 35 por ciento produciendo en su interior?

Este es el tipo de problemas que plantearía un bloque de la clase que imaginamos, y parece que el ambiente de solidaridad latinoamericana no está aún maduro para llevarlo a la práctica, aunque dado el apetito de industrialización o diversificación que reina en nuestros países sería preferible que ese ambiente adoptara un rumbo de amplitud supranacional, en primer lugar porque la pérdida de ingreso real podría reducirse y en segundo lugar porque los vínculos de solidaridad latinoamericana son muy convenientes por otras razones.

Las aspiraciones industriales de nuestros países no pueden ser, ni son, ilimitadas. Sólo algunos optimistas o fanáticos bien intencionados pretenden que podemos aspirar a colocarnos en menos de varias generaciones a la altura de los grandes colosales industriales de hoy. Sin duda este es el punto de vista estático, es decir, no tiene en cuenta los rumbos que *pueden* tomar los progresos de la técnica, es un punto de vista surgido de la consideración de la situación actual, y quizá encontremos entusiastas de la energía atómica u otros descubrimientos que estén convencidos de la posibilidad de aprovecharlos con fines industriales dentro de pocos años, y que, arrancando de esa base, prevean una nivelación rápida de la potencia industrial de todas las naciones. Pero parece preferible adoptar una posición más prudente. Sin olvidar el progreso técnico, que seguirá su marcha, puede afirmarse que participaremos de sus

ventajas y es sabido que la supuesta fijeza de los recursos naturales como riqueza no existe, que un recurso natural es riqueza cuando la técnica hace costeable su explotación, y que, en consecuencia, el progreso de la técnica "crea" productos naturales, en el sentido de que permite la explotación de lo que antes era inaprovechable. Pero si damos a nuestro problema industrial un sentido comparativo, si lo que queremos es *nivelar* nuestra industrialización con la de otras naciones, también es evidente que se necesitaría una auténtica revolución tecnológica, no un simple progreso, para conseguir tal meta en un tiempo breve. Seguiremos presenciando el progreso de las tendencias que hoy tenemos ante los ojos en el aspecto industrial, y el desarrollo de la industria por el camino que señalan los recursos naturales y la política económica de nuestras naciones; lo que deseamos es que la política económica no lleve esa industrialización por un camino equivocado, que no peque de excesivamente ambiciosa, porque creemos que un programa excesivo de industrialización puede suponer una reducción innecesaria del nivel de vida de nuestras naciones y perjudicar el desarrollo sano de sus economías.

EL PROBLEMA CONTEMPORANEO DE LA LIBERTAD

EL doctor Carlos Sánchez Viamonte ha publicado a fines del año pasado, en el fragor de las ametralladoras que fusilaban al pueblo que pedía libertad y respeto a las leyes, un libro sobre "El problema contemporáneo de la libertad".

Sánchez Viamonte es hombre conocido en América y también en su país, como juriconsulto de universal versación en materias de Derecho Político y Constitucional. Además, es un hombre de inextinguible honradez y de cultura exquisita que posee numerosos recursos accesorios, todos afines a su talento.

Los acontecimientos aciagos que en parte espectacular conoce el Continente, lo despojaron de sus cargos públicos y, más sensiblemente, del ejercicio de la enseñanza, reduciéndoselo a vida sedentaria pero no estéril. Este libro está en absoluto exento de cualquier encono ni tristeza y la oportunidad que le brindaban las circunstancias no ha tenido fuerza para seducirlo al alegato o la incriminación. Sobrevuela esos acontecimientos pero está siempre en su misma entraña.

Afortunadamente, en el saldo favorable que ha de dejar para la historia el retroceso de un siglo a que el país fué empujado brutalmente tanto por la perversión de un grupo juramentado de advenedizos cuanto por fuerzas latentes en su propio precipitado progreso, deberemos contar la labor magistral desarrollada por Sánchez Viamonte en su forzado aislamiento. Dos manuales: de *Instrucción Cívica* y de *Derecho Constitucional*, y el primer tomo de una obra monumental sobre la misma materia: *Poder Constituyente*, al que seguirán: *El Orden Público; Declaraciones, derechos y garantías; Formas y garantías; Formas de gobierno y Poder Legislativo* y, finalmente, *Poder Ejecutivo y Poder Judicial*, representan su meritísima contribución a la ciencia jurídica en los últimos años.

Poco de lo que en la bibliografía mundial existe puede compararse con la obra emprendida por este luchador y maestro, en estos días casi terminada; en América y en la Argentina apenas existen obras

de su altura y solidez. La veintena de sus libros anteriores, muchos de ellos forjados con el metal al rojo de las contiendas políticas, pasarán a un segundo plano ante la construcción ciclópea que ha emprendido "bajo la mirada de los bárbaros". Si la revolución que padecemos en todo lo que culturalmente ha destruido sólo tuviera que presentar en el tribunal de la historia esos trabajos, que acaso en otras circunstancias Sánchez Viamonte no hubiera realizado, habría adquirido algún derecho a menor execración y desprecio. Sus males son incalculables, pero también ha provocado una reacción nacional y la conciencia de que es preciso trabajar con mayores exigencias y responsabilidades.

"El problema contemporáneo de la libertad", insisto, no ha nacido como réplica a los acontecimientos que hicieron de la libertad un andrajo irrisorio y trágico, porque es el fruto de un tranquilo saber, de un acopio paciente de documentación técnica e histórica, de un dominio seguro de la teoría y la práctica del Derecho político. Se afirma sobre firmes pilares, hondamente enclavados en la historia, el derecho, la política, la legislación, la erudición y la conciencia del hombre limpio. Quiero decir que uno de sus valores es el autor mismo; que independientemente de sus méritos técnicos y profesionales, hay en sus páginas un hálito vivo de ciudadano que tiene la autoridad de su vida pública, con sus títulos de extraordinario expositor, de maestro digno de reeducar a una juventud que hasta hace poco había sido tentada por los vicarios del diablo.

La lectura de este libro reconforta moralmente: es un libro sano, íntegro, sin materiales putrescibles ni perecientes; informado en la doctrina veraz que sirve de sostén, más que la filosofía política, a los postulados de la democracia. Con valentía, con inquebrantable fe en los derechos del hombre, Sánchez Viamonte expone en el canon académico el problema de la libertad en todas sus fases y sentidos. La obra se desarrolla así con rigor sistemático, articulándose en seis capítulos que abarcan el panorama completo de la materia: I, Génesis de la libertad; II, La libertad como idea; III, La libertad como institución; IV, La libertad como concepto; V, Libertad y patrimonio; VI, Independencia económica, libertad e igualdad.

Un libro bien organizado y bien escrito es una obra de por sí convincente; cuando, además, está inspirado en nobles sentimientos y se fundamenta en rigurosa argumentación, es irrefutable. Estas dos condiciones con que penetra el texto simultáneamente en lo moral y en lo

mental no son, bien se sabe, típicas de nuestra producción literaria y científica, porque tampoco son comunes el esfuerzo serio en la investigación ni la probidad en la creación doctrinaria o artística. La regla universal es tomar subrepticamente si se puede, con alusivas referencias si no hay otro remedio, y construir con esos materiales de demolición algo sobre lo que se pueda alegar cualquier derecho de propiedad. Y eso que se recoge y desfigura, en variedad impune del hurto, casi siempre con los estigmas caricaturescos de toda filiación bastarda, suele decirse mal, con descuido, con una afrentosa insolvenia de índole artística.

Nada de esto en las obras de Sánchez Viamonte que, debe consignarse en su haber, inicia a mi juicio la etapa de la completa madurez en la producción de este inquieto y sabio maestro. Aquí los conocimientos técnicos se funden armoniosamente con la doctrina filosófica y con la correcta exposición, exaltándose a una categoría que sólo alcanzaron entre nosotros Juan Baustista Alberdi y Joaquín V. González. Pero en ninguno de ambos, encontramos el sentido arquitectónico, el caudal de consultas y la libertad de criterio que en Sánchez Viamonte. Nuestro autor es un hombre nuevo, no solamente un coetáneo cabal, ya que es preciso hoy diferenciar la edad civil de la edad intelectual; es un hombre novísimo a quien sólo contienen en sus ímpetus hacia todo lo que se anuncia como un nuevo bien para la sociedad y para el individuo, sus áncoras de hombre de Derecho. Empero, tampoco esa conciencia profesional que los códigos crean inevitablemente como ningún otro dogma, desde Roma, basta a retenerlo en ninguna celda labrada por la silogística del tratadista del Derecho. Precisamente él ha iniciado el nuevo concepto de que los derivados del derecho de propiedad sobre las cosas deben diferenciarse de los derivados del derecho inalienable, inherente al ser y al hacer. Más clara y taxativamente dicho, con sus palabras: "En *Derecho político* iniciamos nuestra tarea de separar, doctrinaria y técnicamente, lo relativo a la personalidad humana y lo relativo al patrimonio, al hacer la discriminación de los derechos individuales que formaban el contenido de la libertad, según el concepto ya clásico del Liberalismo. Con ese objeto tratamos de establecer la diferencia que existe entre la libertad personal, propiamente dicha, constituida por los derechos concernientes a la personalidad humana, y los derechos concernientes al patrimonio".

Esta posición suya, que orientan en su contenido filosófico las ideas igualmente nuevas y graves del libro que comento, data de 1925. Desde entonces, Sánchez Viamonte ha trabajado incansablemente en perfeccionar y consolidar sus conceptos acerca de este aspecto fundamental del Derecho Político.

La amplitud de su visión independiza al autor inclusive de aquella inevitable coyunda de la conciencia profesional que genera el manejo habitual de los códigos, y ya en 1933 escribió en *Democracia y socialismo*: "Del mismo modo que la primera idea de libertad física nace en el individuo cuando dejan de actuar sobre él fuerzas materiales que le mantuvieron sujeto e imposibilitado de obrar, la libertad integral aparece concebida como la cesación de presiones externas, ya sean materiales o morales e intelectuales, en forma de estructura jurídica. Los lazos jurídicos equivalen a los lazos que sujetaron y trabaron al prisionero o al esclavo. El vínculo jurídico es, virtualmente, una fuerza opresiva; una amenaza de fuerza material, que vale tanto como ésta. La libertad, obtenida como derecho, como facultad de hacer y aun de no hacer, tiene caracteres de resistencia y de reacción contra la acción opresiva de las trabas exteriores, acaso más eficaces si asumen forma de sanción o amenaza de sanción. La autoridad es un viejo *tabú*, más poderoso como amenaza que como castigo, por la eficacia de sus resortes morales".

Doce años más tarde, en la misma línea de ese pensamiento monitior, comenta: "Se podría decir que la libertad consiste en el dominio del hombre sobre sí mismo, ejercido mediante la ejecución de todos los actos propios de la naturaleza del individuo en estado de convivencia social. Esto significa ya, colocarse a mucha distancia de una libertad absoluta, que sólo la fantasía puede concebir; pero la definición del concepto no excluye a la libertad como idea o aspiración ética, inconcreta, indefinida y continua".

Uno de los méritos que singularizan esta obra es el cuidado con que la palabra se ajusta siempre a la idea, el movimiento firme y holgado de la idea que no encuentra jamás ningún impedimento que la confunda o desvíe. Por lo regular, según se habrá advertido, se expresa con máximo rigor lógico y con limpieza y nitidez ciceronianas. Sabe qué terreno pisa, como quien ya lo ha recorrido muchas veces y trazado su carta topográfica. Lo que Sánchez Viamonte expone no es nuevo para él. Un buen piloto es siempre un buen viajé.

El desarrollo de las tesis se realiza como por sí mismo, tal el ovillo que se deslía. En el primer capítulo se enfrenta con los sofismas que los totalitarios de ambos extremos hicieron circular en sentencias cuidadosamente elaboradas y de fácil adaptación, cuya antología reunió Daniel Halévy en *Décadence de la liberté*. Estuvo efectivamente de moda abominar de la libertad y el esnobismo, al cual se deben muchos de los desórdenes morales, intelectuales y físicos de hoy, o por lo menos los excipientes que hicieron tolerables esas drogas mortíferas, concurrió en la literatura y en las artes a preparar el terreno. También estuvo de moda que los niños jugaran con las armas de fuego. Era indispensable colocar enfrente las teorías y las ordenanzas de cuartel disimuladas en preceptos fabricados por esos corruptores de la inteligencia, del cuerpo y de la dignidad moral del hombre, ya que sin constituir una escuela ni una logia constituyeron una horda. Los amañucos jurídicos de los dictadores encontraron las fórmulas para construir una nueva concepción del Estado, de la sociedad y del individuo que desterraba injuriosamente a la libertad. Se hicieron juegos de ingenio y de escarnio con su efigie y hasta con su cadáver. Sánchez Viamonte no omite, en sucinta revisión, mencionar a esos histriones que ensangrentaron al mundo con sus juegos de ingenio. Pero no se demora ahí, porque su empresa tiene otros propósitos y en seguida registra los primeros brotes en la vida de los pueblos y los primeros fulgores en el pensamiento de los filósofos. Para ello es menester, procediendo honrada y lógicamente, poner a plomada los cimientos. Hay que evitar todo subterfugio, toda dolosa interpretación de lo que la libertad significa como bien social, como necesidad de conciencia, como condición de vida y como instrumento de progreso. Porque: "Hasta ahora —escribe Sánchez Viamonte—, la libertad completa e integral, en la medida en que ella es compatible con la vida del hombre en sociedad, sólo ha estado al alcance de los poseedores de la riqueza o, por lo menos, de los medios económicos que dan acceso a los beneficios de la civilización material y de la cultura. Y así la libertad jurídica se ha convertido en la enemiga implacable de la verdadera libertad humana y de la verdadera igualdad que es, necesariamente, igualdad de punto de partida, igualdad de posibilidades, igualdad de oportunidades. La libertad tiene una dimensión social con base de sustentación económica, y no puede tener más sujeto que el hombre mismo, por su condición de hombre". Poco más adelante confirma: "Si el hombre es un fin en sí mismo, fuerza es reconocer que lo es úni-

camente en la medida en que está asegurada la existencia de la personalidad y su pleno desarrollo”.

Para Sánchez Viamonte la libertad asume tres formas: idea, institución y concepto. “Consideramos —dice— que el único criterio válido es el que comprende esas tres formas en su identidad esencial, que consiste en la conciencia del hombre acerca de su propia personalidad, y en el poder de esa conciencia, que se desplaza en el campo del Derecho, para el logro de su finalidad y destino: primero, en el campo del derecho privado, como un problema individual de la convivencia, y después, en el campo del derecho público, en antagonismo con la autoridad”.

Bien informado está el capítulo que se refiere a la libertad como idea, que toma desde Aristóteles hasta Laski, a través de Cicerón, Tomás de Aquino, Bartolomé de las Casas, Spinoza, Kant, Montesquieu, Rousseau, Paine, Humboldt, Sismondi, Blanc, Mill y Hégel. Es un capítulo que extiende como un mapa la idea de la libertad con sus relieves y figuras, variada en países y siglos, pero señalando invariable una orientación hacia lo alto y lo lejos. Sánchez Viamonte ha manejado durante muchos años —casi toda su vida— esas ideas y los autores le son familiares. Ha sabido, por lo mismo, escoger lo esencial y significativo como para poder desplegar ese panorama en relieve en sólo sesenta y cuatro páginas, de las trescientas sesenta del volumen. Más que un epitome forma un breviario.

Asimismo la evolución histórica de la libertad hasta incorporarse a la vida de las sociedades en condición de conquista heroica, o de institución, está seguida en sus cauces más hondos y meandros más sutiles. Atraviesa desde Roma la Edad Media con los Fueros, las Leyes de Partidas de Alfonso, la Carta Magna, para subdividirse e irrigar el territorio total de las naciones modernas desde el Habeas Corpus de 1679 hasta la Declaración de los Derechos, de Virginia, las Declaraciones de Emancipación, de los Derechos del Hombre y de las Constituciones de los países civilizados.

El de la fundamentación jurídica, del concepto puro de la libertad es, acaso, con el primero y el quinto capítulos, lo más sustancioso de la obra en cuanto a tesis y a exposición sistemática. Los grandes tratadistas del Derecho figuran en sintéticos preceptos que definitivamente fijan aquel mapa bajo otros aspectos revelado por la idea que inicia, con mayores incertidumbres aunque no con mayores riesgos, la exploración de ese mundo todavía objeto de incredulidad y de litigio.

En fin, el capítulo último vuelve a ponernos en contacto con las grandes dotes de analista, expositor y técnico del Derecho que es Sánchez Viamonte. Sus ideas tienen trazado un programa, un paisaje y un sendero. Sólo tienen que avanzar y construir para lo cual no necesita él sino de sí mismo. Definitivamente se adelanta por el terreno movedizo de la economía, en su conexión con el Derecho y, concretamente, con el sujeto humano de ese Derecho.

Esos complejos derechos económicos no son otros que el "*viejo derecho a la vida*" proclamado por la Declaración de los Derechos del hombre, de Virginia, de 1776. Han sido considerados en las Constituciones recientes de países nuevamente estructurados —México, U.R.S.S., la extinta de Weimar, España.

Sobremana interesante es el capítulo "Libertad patrimonial e independencia económica", en que insiste en sus tesis fundamentales. Dice: "El reconocimiento de derechos económicos en favor del individuo humano o de la familia, para asegurar su independencia material y la libre expansión de la personalidad, se traduce en un deber social o colectivo, cuyo cumplimiento exige dos cosas: primero, impedir la explotación del hombre por el hombre; segundo, suministrar a cada individuo o a cada familia los elementos indispensables para moverse y actuar con plenitud de medios dentro de la convivencia. Para todo eso, es indispensable que la sociedad disponga de los medios que debe suministrar a quienes los necesiten. En ambos casos, el Estado actúa como regulador y su voluntad jurídica, por ser voluntad social, debe sobreponerse a las voluntades particulares mediante leyes de orden público".

Este libro de Sánchez Viamonte tendrá con los años su verdadero peso y magnitud. Hoy la vida del país está profundamente perturbada y sus órganos superiores de comprender y valorar adolecen del mismo trastorno de sus órganos institucionales, políticos y económicos, heridos artera y gravemente. El tiempo y un inmenso y doloroso esfuerzo restablecerán el equilibrio de sus órganos dentro del poderoso organismo nacional. Entonces las obras de Sánchez Viamonte, apenas advertidas hoy, elaboradas en una especie de ostracismo a que fueron condenados sin expulsión del territorio muchos hombres excelentes, ocuparán lugares de privilegio entre las obras de su género.

Espero que la juventud, a cuya formación espiritual y moral ha consagrado Sánchez Viamonte la mayor y mejor parte de su vida, reconozca lo que le debe y lo que le deben la cultura y el decoro ar-

gentinos. No para recompensarlo de sus sinsabores ni para acrecentar su prestigio —que de esas dádivas él no necesita—, sino para extraer de su obra el provecho y la voluntad de lucha indispensable en la enorme tarea de la reconstrucción. Espero que sepa distinguir, esa juventud, los faros en el horizonte donde arden también engañosas fogatas, y que cobre conciencia de sí para no ser extraviada ni seducida jamás. Pues a ella está tácitamente dedicada esta obra.

Ezequiel MARTINEZ ESTRADA.

Aventura del Pensamiento

El profesor JOAQUÍN XIRAU, nuestro eminente colaborador y amigo, dejó de contarse entre nosotros el diez de abril, hallándose en prensa este número de *Cuadernos Americanos* y en él su presente ensayo.

Faltos de espacio y de tiempo, nos vemos limitados por lo pronto a lamentar, con dolorida consternación, el funestísimo accidente que ha privado a la cultura hispánica de uno de sus auténticos valores.

TRES ACTITUDES: PODERIO, MAGIA E INTELECTO

Por *Joaquín XIRAU*

EL mundo en que se desarrolla nuestra vida cotidiana nos parece "la cosa más natural". No es difícil destacar de modo somero alguno de sus aspectos esenciales. Helos ahí, reducidos a su mínima expresión: existe una realidad distinta de mí, en el seno de la cual nacemos, vivimos y morimos. Esta realidad inmensa, en cuyas dimensiones reales y virtuales no nos complacemos precisamente en pensar, está constituida por un conjunto ordenado de cosas. Las cosas del mundo tienen un aspecto pasajero y una perennidad substancial. Por virtud de su constitución, en lo fugaz y en lo perenne, ocupan un lugar en el espacio y se desarrollan en el tiempo y a través del tiempo y del espacio, mantienen su ser con más o menos persistencia de tal modo que, en los distintos lugares o en los diversos momentos, podemos reconocerlas con más o menos precisión, distinguirlas, mencionarlas y manejarlas. Los cambios de las cosas se realizan con la regularidad suficiente para que, en el curso de sus modificaciones, podamos predecir aproximadamente su conducta y calcular la actitud que ante ellas habremos de adoptar. Hay en ellas motivos de sorpresa, de admiración, de sobresalto o de horror. Pero las cosas vuelven a su lugar y cauce de tal modo que siempre nos sea posible dominar la sorpresa por el hábito y hacer que la vida siga su curso normal. El conjunto de todas las cosas constituye el Universo.

Tal es aproximadamente el contenido del "sentido común".

Claro que en realidad las "cosas" no son tan claras. Condiciones personales e históricas existen en las cuales lo que en la vida ordinaria denominamos "cosas" apenas subsiste o aun desaparece por entero. Lo extraordinario es mucho más acti-

vo de lo que de ordinario nos figuramos. Y lo uno y lo otro —lo normal y lo sorprendente— depende, en su presencia o ausencia, de las condiciones en que se desarrolla nuestra vida y, en general, de la actitud que adopta el hombre ante el misterio que lo rodea.

En el análisis que sigue y en vista de ulteriores desarrollos, vamos a destacar, entre estas actitudes, tres, a nuestro juicio las más fundamentales y hacer ver cómo ante ellas la realidad entera se transfigura. Veremos con ello que el mundo del "sentido común" no es en realidad tan "natural" como a primera vista parece. Y que, si lo queremos conservar, modificar o enriquecer —con todas sus seguridades y quiebras, afanes, luchas, amores, odios y esperanzas. . .—, ante las amenazas que, sepámoslo o no, por todas partes lo acosan, es preciso realizar un esfuerzo y, en el sentido más auténtico de la palabra, filosofar.

I

Si se le pisa el rabo, reacciona el perro súbitamente con una dentellada. Muerde la víbora al menor contacto amenazador. Pega el niño a la mesa que lo ha lastimado. Aun el adulto, si le molesta una mosca, la emprende a golpes contra su propia cabeza o cara. No hay en ello inhibición, reflexión ni cálculo. Es una acción subitánea, automática, mecánica. Se dispara como un resorte. Y como el resorte, a ciegas. Es posible que la acción resulte contraproducente; que el mordisco, en lugar de hincar en carne viva dé con una piedra; que la mano del niño al topar con la mesa, se hiera; que para ahuyentar a una mosca, me lastime el ojo. . . Es un mecanismo de acciones y reacciones muy próximo al de las fuerzas gravitatorias que operan en la naturaleza física.

No se trata, sin embargo, de movimientos puramente "físicos". Las hecatombes físicas no dejan huella en su agente.¹ En todo caso, estropicios, cascotes o escoriales. La propulsión

¹ Por lo menos desde el punto de vista de nuestra escala humana. No sería aquí oportuno ni es necesario plantear el problema ni entrar en la discusión de una posible "sensibilidad" cósmica.

animal o humana, aun en su forma más rudimentaria, es ya de por sí una "experiencia". Son actividades ciegas. Pero la ceguera no es simple carencia sino privación. Cuando procedemos "a ciegas" o decimos que "nos hemos cegado", damos por supuesto que en algún modo somos capaces de ver. Por debajo de la sensibilidad diferenciada y sosteniéndola y cimentándola, hay una potencia activa de sensibilidad. Aun en las actividades más elementales e irreflexivas, se siente la vida sumergida, rodeada, confortada o agredida, por la presencia de una realidad. No es una experiencia permanente y persistente. No se puede hablar todavía de "mundo", es decir, de una realidad fija, estable y orgánica ante la cual podamos orientarnos y con la cual podamos en todo momento contar. El resultado de la propulsión me satisface o me irrita, me remedia o me desespera. De ella tenemos ejemplo en los estados de extrema distracción o de furia desenfadada. Nos afectan profundamente. Pero no dejan en nosotros huella o señal perenne. Experimentamos en nuestra propia carne la presencia de la realidad. Es muy posible, sin embargo, que "no nos sirva de experiencia". O si hay experiencia personal es simplemente refleja, producto de la inscripción de lo duro en lo blando. Es el hábito fisiológico, la adaptación preconsciente de la fluidez vital a las rígidas condiciones que, por acción y reacción, le son ineluctablemente impuestas.

La actividad pura consume o destruye. Actúa al azar o mediante mecanismos previamente montados. No existe para ella la dimensión espacial o temporal o si en algún modo existe, es vaga, indeterminada, fluyente en todas las direcciones, reversible. No nos permite determinar dónde estamos ni orientarnos en un sistema de coordenadas. Es un estado de conciencia sorda, el germen mínimo de una conciencia despierta. No tenemos propiamente un mundo. Si las condiciones elementales de todo mundo posible—animal o humano.

No es fácil imaginar lo que podría ser un "mundo" en el cual esta actitud se convirtiera en exclusiva. Para ello sería preciso amputar todo aquello que hace del hombre específicamente un hombre y del mundo estrictamente un mundo. En el límite, sería la vuelta a la opaca profundidad que presentimos en la acción de los denominados rayos cósmicos o

de la energía atómica. De esta inminencia abismal podría acaso darnos alguna idea, en lo individual, ciertos estados de furia bestial de que no todos los hombres están exentos; en lo colectivo, la borrachera espasmódica que nos descubren los diarios de guerra. También, tal vez, en escala menos agresiva, las acciones realizadas en estado de distracción somnolienta.

Es la "acción directa" de que tanto se ha hablado, acaso sin suficiente reflexión, desde que Jorge Sorel la propuso como fórmula adecuada para la lucha social, es decir, la supresión de toda distancia, signo o símbolo, de todo trato o contrato, diálogo o parlamento y de toda consideración emotiva o "sentimental".

Nos acercamos también a ella en ciertos aspectos y desviaciones de nuestra civilización técnica. No que la técnica lo lleve necesariamente consigo. La técnica está íntima e inseparablemente unida a la naturaleza humana y no sería fácil concebir la una sin la otra. Lo que ocurre es que, siendo por naturaleza algo subordinado a necesidades, afanes, designios y anhelos que la condicionan, tiende con frecuencia a situarse en el centro; con lo cual, desaparecen de la vista los fines y la vida se convierte en instrumento desengranado que se dispara, rueda o percute sin término en el inmenso vacío de la congoja, el tedio o la futilidad. Para el chofer, desaparece el paisaje. Bajo los pies del aviador de bombardeo apenas existe la ciudad que aplasta. Ausente del mundo, su actividad tiende a convertirse en una fuerza cósmica elemental.

Es la primera forma mediante la cual podemos situarnos ante la realidad, de imponernos a las fuerzas hostiles que nos rodean. La primera y la más primaria en todo tipo de vida en que en alguna manera intervenga un cuerpo. Común a los hombres, a los animales y a las fuerzas elementales sobre las cuales viven y de las cuales se nutren, se trata en ella simplemente de dominar o de ser dominado, de afirmarse o perecer. Es una reacción estrictamente motriz, de actividad primaria, violenta y tosca. Mediante ella penetro en la realidad. Si ésta cede, la desarticulo, la rompo, la rechazo o me la incorporo. Si acaso resiste o se revela, me subyuga, me absorbe, me asimila o me aniquila —con todas las gradaciones y los matices que entre lo uno y lo otro cabe imaginar. Impera en el

mundo de las fuerzas elementales, domina en gran parte las etapas inferiores de la vida —en el reino vegetal, en la animalidad primigenia, en los primeros días de nuestra vida de hombre. No desaparece jamás ni aun en las esferas más refinadas de la madurez civilizada o culta.

II

LA acción impulsiva es decisiva, terminante. Su carácter peyorativo lleva, sin embargo, implícita una limitación infranqueable y una incertidumbre del más grave riesgo. Basta errar el golpe para que surja el contragolpe. Sujeta a la ley del paralelogramo de las fuerzas, toda percusión puede suscitar y suscita con frecuencia una más grave re-percusión. Todo es, en verdad, imprevisible. Es el reino del azar. Una piedra, al caer, puede aplastar o estrellarse. Todo depende de que aquello con que tope sea pizarra o cuarzo. Un puñetazo mal dirigido puede romper la muñeca del que lo da.

De ahí una segunda actitud. Para pasar a ella es preciso substituir la percusión por el circunloquio, retardar el efecto para asegurar el resultado. Hay un tipo de realidades ante las cuales esta conversión es fácil. En todo el reino animal la violencia alterna siempre con la persuasión. Los pájaros "enamoran" cantando. Todos los animales superiores atienden a signos y gestos. Todo el mecanismo de los reflejos condicionados —más "espirituales" de lo que comúnmente se supone— se fundan en la posibilidad de una acción indirecta y a distancia. Para que ello sea posible es necesario y suficiente que aquello con que entro en trato sea en algún modo y en el sentido más general e impreciso de la palabra, un agente personal, capaz de reaccionar ante mí por un mecanismo de signos o señas análogo al que yo he empleado para moverlo, provocarlo o persuadirlo. . . Y ello supone ámbito o, si se quiere, mundo, un mundo separado de mí y abierto ante mí, dotado de características y peculiaridades específicas, recubierto con un manto de reverberaciones sensoriales.

Dada la evidente eficacia de este trato, fácil es la tentación de convertirlo en una táctica universal de la vida en su

intento de orientarse y afirmarse ante la totalidad de las cosas. Es el paso de lo físico a lo animal y a lo "pueril" y "primitivo" humano. Es lo que los etnólogos denominan "mentalidad mágica" —perviviente en estado latente o virtual dondequiera que la vida se afirma.

Dice Bergson refiriéndose a ella: "al ver que el límite de su influjo normal sobre el mundo se alcanza pronto, no se resigna [el hombre] a no ir más lejos. Continúa el movimiento y como, por sí mismo, el movimiento no obtenga el efecto deseado, será preciso que la naturaleza se encargue de proseguirlo. Así, las cosas poseen una carga mayor o menor de obediencia y de potencia. Disponen de una fuerza que se presta a los deseos del hombre y de la cual el hombre se puede apoderar. Las operaciones de la magia continúan el acto que el hombre no puede terminar, realizan el gesto que no produciría el efecto deseado pero que se obtendrá si el hombre sabe forzar la complacencia de las cosas. La magia es innata al hombre. No es sino la exteriorización de un deseo de que está henchido el corazón".

Es una situación humana dominada por la sensibilidad en el doble sentido que lleva constantemente implícita la palabra. Es de una parte, sentir con vigor y delicadeza. Así, se habla de sensibilidad artística o moral o se dice de una persona que tiene una sensibilidad obtusa o refinada. Y, en este sentido, depende de la emoción, de la actividad sentimental en toda su complejidad. Refiérese, de otra parte, a la percepción sensible, a la aptitud para aprehender las cualidades sensibles de las cosas. Y se vincula, en este sentido, al sensorio y a las funciones de los sentidos y de la imaginación en general. Lo uno y lo otro tiene una raíz común sólo en el lenguaje sino en lo profundo de las actividades psíquicas. Situarse ante el mundo en una actitud predominantemente emotiva es revestir los centros de actividad y de propulsión, en el seno de cuyo dinamismo vivimos, de toda la riqueza sensual que en su misterio late, descubrir un poder de iniciativa en la pugna o el equilibrio que resulta de la colisión de sus fuerzas, sentir las como amistosas u hostiles, insinuantes o temibles, bellas o feas, serenas o perturbadoras, grotescas o espantables. . . y reaccionar ante ellas con alegría o pena, coraje o temblor, exaltación o angustia, zozobra o esperanza. . .

El mundo entero adquiere una fisionomía, un sentido, una importancia decisiva para mi existencia personal. Dondequiera que surge una propulsión, un centro de insistencia o de resistencia, se ofrece la posibilidad de una acción simpática, de un influjo emocional y, por tanto, de una acción a distancia. El universo se puebla de entidades personales con las cuales cabe entrar en relación. Es un estado de participación vivida, de íntima compenetración vital con la totalidad de los seres de la naturaleza, de fusión solidaria e interdependencia—potencia de transfusión siempre inminente.

No es fácil imaginar este estado en su pureza, en toda su intensidad y realidad. De él pueden darnos, sin embargo, alguna idea, la conducta frecuente de los niños en su trato personal con las cosas — el niño acusa y denuesta a las cosas que le lesionan, intenta hacer caer una estrella, *crea* en los cuentos de hadas. . . — ciertos aspectos de la creación y la contemplación aritmética y la posibilidad que en toda persona sensible late de fundirse, en condiciones favorables, con el paisaje y de vivir una realidad de ensueño.

Nos hallamos, en efecto, en el reino de los sueños. El sueño se confunde con la realidad y la realidad se reincorpora con el sueño. . . No es, sin embargo, un mundo de pura ensueñación. Es un sueño real y vivido, con todas sus necesidades, apetitos, anhelos y urgencias. La existencia entera se halla sumergida en el sueño y depende de él. Aunque en el centro de la naturaleza, no está el hombre frente a ella, erigido y separado, ni en una posición singular y privilegiada. Su situación y su destino depende de la íntima solidaridad o aun, en algún sentido, de la secreta comunión con la totalidad de las cosas. Por debajo de las diferencias, en lo profundo, corre un caudal activo de vitalidad universal. Todos los reinos de la naturaleza forman una sociedad, con vínculos familiares y sanguíneos, con retoños de una inmensa brotación telúrica. Y, puesto que en toda concepción de la naturaleza va siempre implícita, en forma más o menos ostensible, una proyección de la realidad social, es la gran sociedad de la vida, hecha a imagen y semejanza de la sociedad de los hombres.

De ahí la posibilidad de una interacción, de un influjo eficiente de todo en todo y de una acción eficaz a distancia.

Los agentes personales no tienen ubicación fija ni definición lógica, por género y especie. Todo su ser consiste en influir. Lo que existe aquí puede hallarse también en otra parte e influir en múltiples lugares a la vez. Ni el espacio ni el tiempo ponen traba u obstáculo a su equívoca omnipresencia. Todo puede estar en todo sin dejar de ser lo mismo. Es el principio de la metamorfosis universal todavía presente en las *Metamorfosis* de Ovidio.

De ahí la concepción totémica. Los miembros de una tribu o de un clan no sólo se consideran descendientes de una especie vegetal o animal sino que su conexión con ella es palpitante, real, presente y constantemente vivida y aun se manifiesta, en muchos casos, como una identidad perviviente e imperante. Los indios bororos no sólo son descendientes de animales sino que, sin dejar de ser lo que son, siguen siendo animales acuáticos o papagayos con plumas rojas (Levy Bruhl). Para ciertos indígenas de Australia, cuyo jefe procede de determinada semilla, éste es y sigue siendo, en persona, la planta que de la semilla brota. Para los huicholes de México hay identidad actual entre el venado y el trigo o la planta del kikuli. A lo largo de las series genealógicas y de las metamorfosis a que puede dar lugar, corre un principio palpitante de identidad vital. Las generaciones de los seres vivientes forman cadenas ininterrumpidas a través de las cuales preserva la vida su inmortalidad. Todos los agentes personales, infra-humanos, humanos o divinos, se hallan transfundidos en una comunidad de destino cósmico. Demonios, hombres y dioses no pertenecen a dominios distintos e incommunicados. Hay entre ellos influjos mágicos y transfiguraciones recíprocas. El hombre puede transformarse en lobo y el lobo en rey o en dios. Todos nuestros cuentos de niños están transidos de encantos metamorfoseantes. Entre el hada y la bruja no hay solución de continuidad ni clara delimitación conceptual.

De notar es un hecho de la mayor importancia. En esta etapa primigenia, crepuscular y profunda de la vida no hay idea alguna de la muerte. La muerte no es un hecho natural. Toda muerte es muerte violenta, producida o provocada por un agente hostil o por una falta de atención a las exigencias de la convivencia universal y exige y reclama una reparación.

Instrumento natural para la acción en una comunidad de este género es, naturalmente, el sino, el símbolo, la alegoría. Todas las cosas se hacen signos o señas. Es el prototipo de la "acción a distancia". Las personas entran en comunicación y se entienden mediante signos. Para ello no hay más que entender la significación del signo. Entre el signo, la significación, el símbolo y el sueño media una estrecha correlación. Todos los sueños son símbolos a interpretar. Así, para los primitivos, existe la más íntima unión entre lo que pertenece al mito y lo que depende del sueño y, aun en algunos, el sueño y lo que pertenece a las épocas míticas, son designados por el mismo término. El sueño y el mito son instrumento cierto de conocimiento.

No hay, empero, una delimitación cierta entre el conocimiento y la acción. El conocimiento es poder y el poder una forma de influjo, de penetración y, por tanto, de conocimiento. Ya el animal usa y entiende de signos elementales. El sueño aflora en la punta del instinto. En la boca del insecto se enciende la flor. No existe la verdad en el sentido objetivo con que el intelecto la destaca. No hay "claridad y distinción". La verdad es actividad efusiva, compenetración, fusión con la realidad, por la acción y en la acción. El signo o el símbolo son ciertos porque en ellos se afirma y se confirma la unión vital del hombre con la naturaleza y la posibilidad de penetrar en ella y de moverla por sugestión o presión a la intención de los designios propios.

Para nosotros, en una buena parte de nuestra vida de hombres "civilizados", el signo o el símbolo es referencia significativa a algo que está más allá de ellos, separado y distante, como el cristal del paisaje que se revela a su través. Nos revelan la cosa. En algún modo nos la hace presente con su presencia. Pero con presencia distante, objetiva, virtual, espectral. Es lo que los filósofos denominan relación intencional, intelectual o formal. Es la relación ideal. Para la mentalidad mágica, orientada en la actividad emocional, sumergida en el seno de la imaginación y el sueño, no hay separación sin introfección, distancia sin transfusión. La significación, chorreante de vida, nos pone en contacto directo con el centro palpitante de agentes vivos y como nosotros, en algún modo, personales. De ahí la facilidad con que se pasa de lo signifi-

cado al signo. El signo lleva siempre inscrita la realidad a que apunta con todos sus poderes, efluvios y posibilidades de influjo. La cosa se transfunde en la palabra y se halla presente en ella. De ahí la virtud mágica de los nombres, de los cuentos y de los mitos. El nombre o el mito penetra en la cosa, la incorpora, y me la trae a presencia real y vital—no sólo intencional.

Así, al imponerse el nombre de un héroe legendario en una empresa difícil, el primitivo no invoca a distancia al héroe. Lo incorpora, la personifica. Lo es. El nombre lo transfigura. No implora el favor del héroe. Simplemente se identifica con él. De ahí, la eficiencia de la invocación. Con los nombres, los signos, los símbolos, los objetos mágicos, la cosa misma se nos hace presente. Es el origen de la idolatría. Los símbolos mágicos actualizan y encarnan fuerzas universales que se transfiguran y revelan, en persona, en ellos. Así descubre y, en algún modo, "crea" el hombre los dioses que adora.

No sólo esto. El símbolo me trae a presencia la realidad y en él y por él puedo influirla mediante insinuaciones, manipulaciones, amenazas o ruegos. Ante ella puedo erguirme o postrarme. Es una acción inmanente mediante la cual me sitúo en el centro mismo de la cosa. Pero, mediante el signo, puedo ejercer también una acción transitiva. Aun sin incorporar y absorber a la cosa misma —hombre, demonio o dios— el signo penetra por su intención significativa en el centro mismo de la realidad significada. Ya el signo intelectual —la significación propiamente dicha— me permite entrar en algún modo en la cosa, conocerla, iluminarla y comprenderla. Pero este tipo de penetración sin contacto, por mera presencia ideal, producto de una elaboración intelectual refinada, tiene su raíz en un proceso de compenetración más íntima. Mediante ella, el símbolo, el penetrar en la cosa, no sólo se refiere a ella, sino que actúa real y efectivamente en ella, la influye y la toca, la determina y la mueve. Para que llueva basta que el mago riegue solemnemente la tierra. Es un contagio emotivo y sentimental análogo a aquel mediante el cual la risa suscita la risa y el llanto el llanto. Una cadencia airosa incita a bailar. De modo análogo mediante ciertos chasquidos con la boca induce el arriero al caballo a beber... No sólo el mago. El pueblo entero, en paso de danza, hace una

invitación solemne al agua del cielo. En torno a una charca imitan los hombres el croar de las ranas y el graznar de los patos y otras aves acuáticas, hacen el gesto de mover las alas, echan sobre las mujeres polvo de cristal de cuarzo a modo de lluvia. Las mujeres se defienden del chubasco con aspavientos desacompañados. . . La lluvia no podrá resistir al hechizo. Del mimo a la realidad sólo media un paso.

Tal es la esencia de los rituales mágicos. Todas las actividades de la vida —el nacimiento, el matrimonio, la muerte, la agricultura, la caza, la pesca. . .— poseen su rito peculiar. Y su necesidad aumenta a medida que se acrece el riesgo, la dificultad o la inminencia de una situación excepcional o especialmente aventurada. Cada clan posee su tesoro particular de símbolos mitológicos. Constituye su prerrogativa y su secreto. En el secreto reside su eficacia. En su pompa ritual cooperan todas las fuerzas humanas, infrahumanas y sobrehumanas. La naturaleza entera se concentra en un punto. La inminencia de la situación —en la alegría o en la congoja— absorbe en una acción conjunta, mediante el poder del símbolo palpitante, todas las "voces de la tierra", en una comunión emocional y activa. Se acortan, se abrevian y se reconcentran en un punto todas las dimensiones del espacio y del tiempo. Nos hallamos en presencia subitánea y unánime de toda la serie de los antepasados —humanos y totémicos, animales y vegetales, demonios y dioses.

La conducta de los seres de la naturaleza puede depender y depende en una gran medida de la acción de los hombres y aun el mantenimiento mismo del curso y el ritmo de los fenómenos naturales se vincula al recto ejercicio de un complejo de mitos y ceremoniales. El hombre y la naturaleza están íntimamente unidos en un todo viviente, alimentado y mantenido por mitos y ceremonias religiosas. Si los mitos no se conservan en toda su pureza, si se abandona o se desatiende la celebración de los rituales, si los santuarios se deshacen o se derrumban, se corre el riesgo de que se rompa la unión vital y orgánica del todo, de que el hombre quede separado de su seno maternal. Con ello, uno y otro —naturaleza y hombre— pierden la seguridad en el ritmo normal de su vida. Ni aun es seguro que les sea permitido pervivir. Todo se halla en trance de inminente aniquilación.

El hombre sabe hablar a las cosas para acercarlas a su corazón y hacérselas propicias. No se trata, sin embargo, primordialmente, de una actitud utilitaria o práctica. En los menesteres estrictamente utilitarios, en las actividades cotidianas, desaparece el rito. Su éxito se da por seguro. El hombre prehistórico cree en la eficacia mágica de las imágenes que dibuja, pinta o talla. No se trata, sin embargo, nunca de una acción directa gracias a la cual se asegure, mediante signo, imagen o símbolo, por ejemplo, que un animal determinado caerá en su poder.² Trátase más bien de un propósito universal y trascendente, dirigido al mantenimiento de la vida y a la persistencia del mundo en que vivimos, mediante actos de propiciación. Si se asegura la fecundidad de las especies y la permanencia de la generación animal y vegetal, quedará la vida asegurada y con ello, "por añadidura", obtendrá la tribu, en cada sazón, la ofrenda periódica de la naturaleza nutricia.

Claro que en esta actitud, llevada a su extremo, no funcionan los mecanismos del pensamiento lógico o sí, en alguna manera están presentes, no se tiene clara conciencia de ellos.³ Si el primitivo puede *ser* al mismo tiempo hombre y kanguro —o el niño puede fácilmente en sus juegos sentirse al propio tiempo niño y ciervo, caballo, capitán o rey— y realizar a larga distancia acciones que exigen la presencia efectiva mientras "físicamente" duerme tranquilamente en su jacal o transfundirse en el cuerpo de una hiena o actuar con eficiencia palpable a enormes distancias, en el espacio y en el tiempo, resulta evidente que en el mundo donde esto es posible, no rigen los principios de identidad y de no contradicción ni la ley física de no ubicuidad que de ellos resulta. Desaparece como por encanto la grave dificultad de la "acción a distancia" que tanto escandalizó y preocupó a los físicos de los siglos XVII y XVIII. A distancia pueden modificarse las acciones de las cosas. Los seres no tienen

² Parece que a los designios utilitarios precede también la tendencia artística desinteresada. En el arte primitivo el placer de la libre expresión es anterior y más profundo que su intención práctica.

³ Sin entrar en la discusión del problema, parece evidente que no se trata de "mentalidades" distintas e irreductibles. Son más bien actitudes o estadios diversos de una misma mentalidad —la mentalidad humana— en distintas etapas o situaciones cósmicas.

delimitación fija. Son más bien efluvios o halos activos que influyen en todas partes y en todas partes pueden hacer acto de presencia simultánea. Lo que se halla aquí puede encontrarse también en otra parte e influir en muchos lugares a la vez. Los centros de acción simpática no tienen ubicación fija e inequívoca. Lo que estuvo un tiempo aquí puede seguir actuando desde las más remotas lejanías del tiempo. Todo está en trance de posible omnipresencia.

Claro que para que esto ocurra se precisa, por lo menos, un mínimo de identificación. Si yo no me reconociera en algún modo como lo que soy ni tan siquiera sería posible que *me* considerara al mismo tiempo como otro ni que, estando en un lugar o tiempo y sin moverme de él, *me* sintiera capaz de situarme en otros lugares y tiempos. Si suprimiéramos este mínimo de identidad —la "identidad personal"—y de distinción, sería la confusión universal, el imperio de la pura propulsión ciega, no habría mundo de ningún género ni, por consiguiente, podría yo hallarme en él.

Y es que, en verdad, el intelecto, aunque soterrado y sumergido en el seno materno de la emotividad sensorial, no deja en rigor nunca de funcionar. De lo contrario, no habría hombre ni, por consiguiente, mundo. Sería el caos primitivo, la nebulosa primigenia, lo que los griegos denominaron el *apeiron*.

Hay un mínimo de identidad. Pero indecisa y fluctuante. Las cosas participan en otras pero sin dejar nunca de ser las "*mismas*". Se es papagayo de plumas rojas. Pero sin dejar de ser lo que se es. Esta fluidez oscilante puede observarse con nitidez en los juegos de los niños. Viven en el juego. Pero también en la realidad. Sueñan. Pero sueñan despiertos. Y entre el mundo del sueño y el de la realidad no hay clara delimitación de fronteras ni interdicciones aduaneras.

No existen determinaciones objetivas ni, por tanto, en el sentido más estricto del término, "cosas", cosas indiferentes, realidades circunscritas y delimitadas, entidades que se definan y se excluyan en una jerarquía de géneros y especies, por estricta inclusión y exclusión, mediante identidades y diferencias. El mundo es un escenario dramático, sin distinción de decorado y personajes o, mejor, donde el decorado es a la vez personaje y coro. En los coros de la tragedia griega hablan

todavía el viento y las aguas. La acción tiene una unidad, una coherencia, una lógica. Pero es una lógica dramática, emotiva, sentimental, "personal". También la acción dramática tiene su "lógica".

En términos técnicos podríamos decir que, en un mundo así concebido y sentido, sólo aparecen en primer término los aspectos sensoriales —sonoros, cromáticos, sápidos, mórbidos, toscos o ásperos. . . — y las cualidades de sentido, importancia o valor— benéficas, o maléficas, amigables u hostiles, familiares o extrañas, fascinadoras o espantables, bellas o feas, buenas o malas. . . Y que, unas y otras se hallan íntima e inextricablemente fundidas. Queda en sombra todo lo que el intelecto destaca y define mediante categorías de esencia o de estricta y rigurosa determinación o relación lógica.

Fácil es distinguir entre una mesa y una silla, "el" verde o "el" rojo, el triángulo y el rombo. Cuando decimos que una cosa o una persona es atrayente o repulsiva, reconfortante o deprimente, jovial o ceñuda, . . . la delimitación es poco menos que imposible. Entre México, Barcelona y París no cabe confusión posible. Si tratamos de precisar la "fisonomía" de cada una de estas ciudades, los matices emocionales a través de los cuales se desarrolla su vida, nos veremos en un apuro. Todas las palabras resultarán banales e inexpressivas. Lo mismo ocurre con un pañuelo, el rincón de una casa familiar, un paisaje predilecto, un recuerdo "personal". Estamos en el reino de lo inefable. Si queremos darnos a entender tendremos que acudir a la palabra "mágica" —la sugestión, la metáfora, el símbolo, la alegoría, el mito. . . Como los niños y los primitivos. Como siempre.

Para los primitivos y los niños todo tiene fisonomía personal, metafórica o simbólica.

III

OTRA actitud es todavía posible. Es la tercera y acaso no la última. Ella nos basta, sin embargo, para nuestro propósito inmediato. Se inicia probablemente en Grecia y constituye una pieza esencial de la concepción del mundo que hemos heredado.

Mediante la primera, penetro violentamente en la realidad que me resiste, la perforo, la trituro o la huello. Para ello no es estrictamente necesario poseer idea alguna sobre lo que las cosas son ni aun tenerlas en presencia clara. Basta la calidad de insistencia o resistencia. No hay necesidad de poseer un mundo. Puede incluso ocurrir que su eficacia exija, en ocasiones, "perder el mundo de vista". Mediante la segunda, adopta el mundo una fisionomía ante mí, toda realidad adquiere significación, las cosas no son ya simple incitante u obstáculo. Ante mí aparecen o desaparecen y, por presencia o ausencia, me hacen señas, me transmiten mensajes de benevolencia o de hostilidad. La separación no impide la compenetración ni la distancia, el trato. La primera se define por el impulso. La segunda por la compenetración, el contacto y, a través del contacto, por la sensación y la imaginación.

En la tercera la vista se sitúa en el centro. No se trata ya de perforar ni de palpar, de atraer o de repeler. Trátase simplemente de ver. Y para ver hay que tomar distancia, dispersar las nieblas, dejar el aire puro, transparente. La vista es un aparato de proyección, de proyección y enfoque. Y toda proyección supone algo fijo en que proyectarse, objeción, resistencia rígida, pantalla, objetivo, objeto. Objeto es, por antonomasia, aquello que se ofrece a la mirada, la cosa visible o vista. El reino de la vista es el reino de la objetividad y de la claridad. Y para lo uno y para lo otro se requiere luz. En toda teoría de las ideas o de los objetos, hay una transposición metafórica o un residuo más o menos borroso de los mecanismos de la actividad visual.

Todo proceso de visualización exige tomar distancia, manipular con precisión los mecanismos de enfoque, proyectar, o si se quiere, objetivar. Mediante ello, lo que era ímpetu, pulsación, simpatía, compenetración o repulsa, se revela en forma de imagen. El aire se serena. El mundo entero se convierte en visión —Idea—. Los agentes personales, benévolo o amenazadores, se reducen a simples "cosas" y el mundo entero tiende en convertirse en Cosa. No se olvide que lo que en la terminología filosófica más se acerca al concepto de "simple cosa" es la noción de "objeto". Al tomar distancia, al separarme con limpieza de todo contacto íntimo con la realidad manteniéndola frente a mí en su perfil intacto, la realidad

entera se hace fosforescente, aparece ante la mirada en líneas, planos, superficies y escorzos, nítida, rotunda, dura, geométrica, como las colinas mediterráneas. El mundo es una arquitectura de cosas u objetos que se enfrentan, se ensamblan, se delimitan y se excluyen entre sí.

En el transcurso del tiempo, como todos los términos usuales del lenguaje filosófico, al ser manejados y amoldados a las necesidades de los sistemas, objeto y objetividad, han adquirido múltiples sentidos, distintos, diversos y aun en ocasiones, contradictorios. No es este el momento de entrar en el análisis de su elaboración histórica. Bástanos, para nuestro propósito, aceptarlos tal como aparecen en su significación más corriente, la más usual y primaria, aquella que más próxima se halla del uso cotidiano del lenguaje común. Objeto es, en ese sentido, lo que más se parece a la "cosa real". Así, denominamos objetos al tintero, a la flor, a la colina, a la estrella. . . . Y objetividad es el conjunto de cualidades que caracterizan en común al conjunto de todas las cosas reales y a cada una de por sí, independientemente de las peculiaridades de su naturaleza específica. Objetividad es lo que tienen las cosas cuando las considero con entera independencia de mis impulsos, deseos, aversiones o afanes. Así, lo objetivo se opone a lo "puramente subjetivo", caprichoso, arbitrario, ilusorio, irreal. Es lo que por sí mismo existe y subsiste, indiferente al conocimiento, idea o ideal que en relación con ello me forje o aun de que lo conozca, lo atienda, lo rechace o lo desee o aun de que pase a mi lado sin merecer el favor de mi atención. Las cosas ahí están. Para verlas no hay más que mirarlas. Y en tanto que ahí están son y valen de modo permanente, universal, por sí misma, y en sí mismas, para mí y para cualquiera, en todo tiempo y en todo lugar y con impasible indiferencia frente a los lugares y los tiempos.

Así, es posible hablar de "espíritu objetivo" para designar el afán de objetividad, de adaptar el objetivo al objeto, la mirada a la realidad. En estas condiciones, el espíritu objetivo se convierte en una relevante virtud y aun en una de las más puras y auténticas virtudes. Es la ecuanimidad. Es la persona que lo posee es capaz de conducirse, a través de los azares de la vida, de una manera imparcial y precavida, con prudencia y cordura, de dar a cada cosa lo suyo, en una ponderación equi-

librada y justa, superior a todo personalismo, por encima de cualquier impulso, deseo, afán, capricho o preferencia.

Para el espíritu objetivo, propio de la tercera actitud, todas las cosas del mundo en que vivimos son, en su esencia, realidades de este tipo y piden ser tratadas con el respeto que merece su incólume objetividad.

Fácilmente se comprenderá, después de lo dicho, que esta manera de considerar las cosas no es algo supuesto y dado de una vez para siempre. Tiempos hubo y lugares y circunstancias hay, en que esta ecuánime imparcialidad carece literalmente de sentido. No existe para ellos la objetividad sin más. Las cosas en sí, sin referencia intencional y activa hacia mis actividades, necesidades, deseos e intenciones, responden a una actitud espiritual específica e históricamente circunscrita y son, en la historia, producto de una larga elaboración metafísica. La conquista de la objetividad ha sido uno de los esfuerzos más vigorosos de la conciencia humana. Iniciada por los griegos en las costas de Jonia y de Sicilia, se ha convertido en una de las características más esenciales del espíritu occidental. En ella hay un contenido eterno de verdad y, por lo menos, desde un punto de vista limitado y parcial, constituye una adquisición definitiva del espíritu en la historia. Mediante ella las fuerzas dionisiacas, el ímpetu mágico de los cultos órficos, quedan vigorosamente reprimidos y sometidos a la serena impassibilidad de Apolo.

No es esta la sazón de precisar los límites de la aparición y de la recíproca convivencia de ambos principios en la civilización helénica. Ello equivaldría a trazar la historia de la lucha de la Filosofía contra la tragedia y la comedia, simbolizada en el Banquete y la República de Platón. Bástenos consignar que, a través de ella, se introduce por primera vez en la realidad cósmica un principio estrictamente intelectual. La Razón se erige en árbitro. A la acción directa, por simple propulsión, substituye la mentalidad mágica un amplio circunloquio de genuflexiones, exhortaciones y reverencias. El pensamiento racional se desentiende provisionalmente de las cosas, corta toda relación personal y afectiva, toma distancia y erguido frente a ellas, las mira cara a cara. Adopta una actitud de juez, con toda la dignidad y la impassibilidad que la magistratura impone. Parece que, incluso desde el pun-

to de vista estrictamente histórico y sin referencia alguna metafórica, el espíritu científico no se halla exento de contactos con la mentalidad formada en el ejercicio de la justicia judicial. La racionalidad del Cosmos se halla, antes que en la naturaleza, en la ciudad. Orden y ley fueron primariamente conceptos cívicos y sólo secundariamente, naturales. El orden y la justicia de la ciudad se introducen gradualmente en la profundidad del mundo natural. Es literalmente un proceso de *Civilización*.

El trato con la naturaleza mágica exige astucia y maña, intervienen en él la treta y la impostura, la añagaza, la superchería y el fraude, se mueve entre quimeras, ilusiones y sueños, procede por artimañas, artilugios, ardidés y simulaciones. El pensamiento racional hace renuncia expresa a toda simulación. Separa la palabra del amuleto. Ante las cosas y en el trato con ellas exige, ante todo, solvencia, fidelidad. Las palabras no van a servir ya para sugerir, promover o suscitar sino simplemente para señalar y designar y para señalar de una manera inequívoca. La significación se reduce a la intención mental. Al indicar la cosa queda netamente separada de ella, limpia y sutil, precisa e intacta.

Para que ello sea posible es preciso, ante todo, poner condiciones a la realidad. Y la primera condición es que nos entendamos. Es necesario entenderse cara a cara y para entenderse es indispensable hablar y que en el hablar el sí sea sí y el no, no. No más ritos, talismanes ni juramentos. Evitar el equívoco. Rechazar el "¡Quién sabe!". . . En la pulcritud especulativa va implícita una exigencia moral. Toda fe auténtica se funda en la fidelidad. Y la fidelidad es lealtad a la palabra. "Tener palabra" —logos, razón— es ser fiel. Y para ser fiel a los demás es ante todo preciso ser fiel a sí mismo, ser de una pieza, ser lo que se es. Sobre la naturaleza procelosa lanza el hombre la clara red de la palabra e introduce condiciones para que el diálogo se haga posible.

No basta la simple presencia equívoca de una cosa para obligarnos a prestarle acatamiento. La realidad, con sus fluctuaciones y desvaríos, es y no es, tuerce el gesto, se emboza, nos engaña. La conciencia especulativa exige y reclama garantías. Es urgente exigir a las cosas títulos, que nos muestren, además de su apariencia fugaz, las condiciones de su posibilidad,

es decir, de su fidelidad, de su racionalidad. Para renunciar al engaño como instrumento es preciso suprimirlo de raíz. De ahí la exigencia de rechazar como ilusorio todo aquello que no presente títulos legítimos y suficientes de destituir de la categoría de cosa —de *res*, de realidad— todo aquello que no ofrezca garantías de solvencia, de permanencia, de identidad, de verdad. Sólo en verdad *es* lo que es capaz de mantenerse en su ser idéntico a sí mismo y de sostener incólume su identidad.

Es el principio de identidad o, si se quiere, de identificación, condición previa de todo diálogo leal. Lo que es, es, lo que no es, no es, no de acuerdo con las apariencias —fugaces, contradictorias, engañosas. . . —sino frente a ellas y aun contra ellas. Nunca se nos ofrece la realidad con apariencia idéntica ni aun la misma cosa mantiene nunca su identidad a través del tiempo y del espacio. Esto, tan patente, a pesar de su evidencia, no puede ser. Es imposible porque no se puede decir, porque no se puede pensar —absurdo, incoherente, infabla—. Es preciso que cuando diga A, A sea A, ocurra lo que ocurra, sean cuales fueren los cambios que en la naturaleza se operen y las perspectivas desde las cuales la contemple o pueda contemplarla. Si ello falla, no es posible mantener la palabra, ni llegar a un auténtico entendimiento, ni que lo que es verdad en el momento en que lo afirmo no se nos emboce y esquive y siga siéndolo después, cuando yo cambie o desaparezca, en todo momento y en todo lugar, con independencia de los lugares y los tiempos, en Atenas, en Corinto o en Abisinia, en el mundo y fuera del mundo y aunque el mundo desaparezca, fuera del tiempo y para la eternidad. Y sólo lo que reúne estas condiciones merece con rigor el calificativo de Verdad.

Ni tan siquiera es posible dar un sentido al término verdad y oponer la verdad al error, la veracidad a la mentira y, por consiguiente, hablar y dar a lo que se dice un sentido inteligible, si no damos previamente por supuesto que entre dos proposiciones contradictorias —A es B, y A no es B— una es verdadera y la otra falsa. Suponerlo así es condición indispensable, *sine qua non*, de todo diálogo con sentido. Para emprender en el mundo y con el mundo un diálogo serio, en el cual podamos estar seguros de lo que se nos dice y sobre

lo que decimos, es preciso imponernos e imponerle el reconocimiento de estas condiciones y obligarnos y obligarle a que, a través de las incesantes fluctuaciones que se operan en nosotros y en él, nos revele y nos pongamos en condiciones de reconocerle su identidad esencial. La objetividad, en el sentido antes definido, es una exigencia de la Razón. Ante toda decisión se impone la alternativa: ser o no ser.

Tal es en substancia la doctrina eleática. Por ella el Ser se identifica con el pensar —con el recto pensar. Sólo lo que se puede decir o pensar sin contradicciones es, en verdad, real. Lo indecible, lo impensable, lo contradictorio, ni puede ser, ni, por tanto, es. Incorporada al pensamiento helénico y, a través de él, a la estructura más íntima de la cultura occidental, esta afirmación constituye, en aquel y en todos los desarrollos ulteriores que a él se vinculan y de él arrancan, el punto de partida de un largo y sostenido esfuerzo mediante el cual se alcanza a otorgar a las cosas del mundo y a las palabras que las expresan, permanencia, solvencia, identidad, verdad. Es el nacimiento de la Lógica y, por tanto, de la Ciencia propiamente dicha. Los números pitagóricos, los conceptos socráticos, las ideas platónicas, son centros de fijación mediante los cuales se intenta detener el flujo inherente a las cosas y dotar al mundo de una coherencia sistemática, de una arquitectura racional. Mediante una rigurosa y dura ascética intelectual, se articula una dialéctica, se perfila, frente a la sofística, una lógica incontrovertible, se instituye un sistema de los conceptos y de su articulación necesaria y se organiza un sistema de la Naturaleza que halla su fórmula más acabada en la Metafísica de Aristóteles y en el edificio geométrico que culmina en los Elementos de Euclides.

La palabra —el logos— impregna la realidad y le presta forma indeleble. De ahí la metafísica de las formas. Toda realidad ofrece, insita en lo fugitivo de su apariencia, una estructura permanente y estable que la delimita, la define y la constituye en lo que es. La estructura, la forma, es la naturaleza esencial. Toda cosa tiene su naturaleza propia y en ella la substancia es materia más forma, materia organizada, animada, informada y conformada por un principio que le otorga la peculiaridad de su ser, su perfil específico. Toda cosa tiene su propia substancia y sólo porque la posee es en efecto una

cosa —es lo que es— y no una fantasmagoría espectral. Toda apariencia, toda cualidad, todo lo que surge y desaparece en el mundo —colores, sonidos, perfumes, pensamientos, impulsos, anhelos. . .— se desenvuelve, según ritmo y medida, sobre un fondo permanente y estable, sujeto a armonía y ley.

Este núcleo permanente de las cosas no aparece, naturalmente en rigor, nunca ni es posible que en parte alguna se manifieste a nuestra mirada física. Está precisamente tras las apariencias. De lo contrario se confundiría con ellas. Es sub-stancia —*upokoimenon*. Se halla en el interior, en el corazón de las cosas y como un alma, las sustenta. Pero es necesario —racionalmente necesario— para que la cosa mantenga su unidad y se pueda decir algo de ella. Y aparece con luminosa clarividencia ante el espíritu mediante el recto ejercicio de la actividad intelectual.

El Universo queda así articulado, vertebrado, en un sistema de estructuras permanentes sobre las cuales fulguran los cambios accidentales. Las cosas son de la naturaleza de los logos. Pueden mantenerse y se mantienen en su logos —en su palabra. Idénticas a sí mismas, fieles a su auténtico ser, podemos confiar en ellas, contamos con ellas, sabemos que cuando nos dicen sí es sí y cuando nos dicen no, no. De una vez y para siempre.

Esta concepción, arriesgada para el tiempo en que por primera vez fué formulada —¡costó la vida a Sócrates!—, creación heroica del pensamiento griego, frente al común sentir de la mentalidad mágica que vive en buena parte en la contradicción y de la contradicción, resulta tan clara, una vez establecida, que se instala en el mundo occidental y acaba por ser considerada como la expresión auténtica de la trama más íntima de la realidad. Perfeccionada por Aristóteles, introducida por Santo Tomás en el seno de la cultura cristiana, se convierte, con el tiempo, en el eje de un nuevo "sentido común". El mundo aristotélico, en su versión cristiana, resulta ser, en gran parte, el mundo "natural" de la cultura que hemos heredado. Es "lo más natural".

Para nosotros, en nuestra vida corriente de hombres "civilizados", la naturaleza, henchida de propulsiones y de enigmas, potente y misteriosa, opaca o fulgurante, amenazadora o propicia, según los azares del momento, aun sin desaparecer

del todo jamás, queda en gran parte reducida y suprimida o recubierta por un sistema jerárquico y orgánico de cosas bien trabadas, sometidas a ley. Para dominarla no es ya precisa la traza enigmática del mago ni la sacrílega rebelión prometeica. Basta la luminosa claridad de la palabra unívoca que fija el perfil de las cosas y las revela en su fidedigno ser. Descubrir, revelar, remover los velos de las cosas, dejarlas en su escueta configuración esencial, determinar las substancias y las causas, es la única forma del saber y el único instrumento del obrar. El resto pasa a ser superstición. Sabida la esencia, pronunciada la palabra adecuada, la fórmula de la acción se desprende con precisión indeleble.

Afirma Bergson que la filosofía aristotélico-tomista es la más perfecta expresión del sentido común, articulado en forma sistemática. La afirmación es cierta. Pero sólo parcialmente exacta. El mundo en el cual vivimos nuestra vida normal es, en efecto, ante todo, de modo predominante, el mundo aristotélico en su adaptación cristiana. Pero la relación genética entre uno y otro es acaso, desde el punto de vista histórico, exactamente la inversa. No es que Aristóteles tome de un sentido común ya constituido su lógica, su metafísica y su ciencia. Por el contrario, la ciencia aristotélica es el resultado y la más perfecta concreción sistemática de una larga lucha secular contra el común sentir del hombre primitivo. Una vez constituida, penetra en las capas más profundas de nuestra cultura y acaba por convertirse en una convicción normal. Nuestro buen sentido o razón—según la expresión cartesiana— es la más perfecta decantación de la metafísica helénica, iniciada por Parménides y llevada a su perfección por Platón y Aristóteles. El sentido común es el más alto descubrimiento de la metafísica aristotélica.

SERÍA absurdo suponer que, en parte alguna donde aparezca el hombre y un mundo, cualesquiera que ellos sean, pueda darse cualquiera de estas actitudes por separado. Aun con todas las reservas hechas, al distinguirlas, hemos realizado una abstracción. Y si la concepción platónico-aristotélica ha podido arraigar de modo tan hondo en la conciencia occidental, hasta el punto de que todos los que participamos en ella

—como el gentilhomme de Molière— somos platónicos o aristotélicos sin saberlo, es porque, al destacar el intelecto, no olvidaron jamás del todo las profundidades elementales, de propulsión y pasión, en que se baña y sobre las cuales proyecta su luz—no se olviden los conceptos de receptáculo, materia, Eros cosmogónico, Demiurgo, energía, potencia y acto... que tan decisivamente intervienen en el pensamiento de uno y otro.

Además de abstraer, hemos simplificado. Fácil es comprender, por ejemplo, que la conciencia intelectual no avanza solo en Grecia. En todas las culturas superiores —Palestina, India, China...— interviene en primer plano. Pero en Grecia se destaca con más pureza y de modo más singular. Nos interesaba además porque en ella se cimienta muy especialmente nuestra cultura y porque de ella arranca el "intelectualismo" que, al llevarla al límite, tiende a desarticularla.⁴

No es preciso insistir en que la primera de las actitudes esbozadas jamás puede realizarse en su pureza mientras exista el menor resto de una conciencia humana. Al suprimir el hombre suprimiría el mundo. Sería la vuelta al caos, a la opaca profundidad del receptáculo. Por mucho que "se pierda el mundo de vista" es siempre posible "volver en sí". Aun en la mayor distracción o furia se anuncia siempre un posible despertar.

Dondequiera que la segunda se dé actúa con vigor la primera. Trátase siempre, en una u otra forma, del ejercicio del poder. Y aun en sus fases más rudimentarias y primitivas, la tercera, la intelectual, bien que subordinada y sumergida, inconsciente o virtual, se halla presente en la sombra. Ya vimos cómo, aun la contradicción y la ubicuidad, presuponen una identidad o identificación latente. Entre el sueño y la realidad hay una oscilación constante. El signo se confunde con lo significado. No pierde, sin embargo, nunca su calidad de signo. Hay entre lo uno y lo otro un vaivén, una alternativa. La identidad tiende a deshacerse, a fundirse, a borrarse. No desaparece jamás. Sólo en ella puede apoyarse el aliento necesario para realizar la transferencia o la trans-fusión. Los huicholes identifican el venado al trigo. No se

⁴ De este proceso nos ocuparemos en otro trabajo.

les ocurriría, sin embargo nunca, recoger trigo para hacer un "platillo" de venado (Olivier Leroy).

Tampoco la lógica llega jamás a suprimir la magia, aunque en ocasiones la metafísica cientifista se haya empeñado en ello. La ciencia misma se destaca siempre sobre un fondo metafísico o poético. Incluso en las etapas más "civilizadas" de la vida aparece el mundo con fisionomía propia, propicio o amenazante, y descubre el hado su misteriosa faz. . . El águila mexicana, el gallo francés, el león español, son testimonio de nuestra raíz totémica y nos recuerdan simbólicamente la perenne verdad de nuestra vinculación a la tierra. Los poetas hablan personalmente con los agentes naturales y su lenguaje tiene sentido para todos y nos conmueve. Aun en la tragedia francesa, el producto más refinado del alambique intelectual, interviene la Fatalidad.

La mediocridad ambiente—en el sentido común o en la pequeña ciencia—tiende a olvidarlo. Y en el pecado lleva la penitencia. Al dar la espalda a la realidad, la realidad se venga—aun en la superstición y en la neurosis, en el crimen y en la guerra. Ignora la mediocridad del hombre medio—con la petulancia de la media ciencia que ignora su mediocridad—que el mundo "civilizado" en que vivimos no es algo exclusivo, "natural" y dado de una vez para siempre; que pertenece sólo a una minoría de hombres, los hombres de cultura media en una etapa de la evolución histórica, que las civilizaciones despectivamente denominadas "primitivas", pasadas y actuales, lo ignoran, lo rechazan y lo niegan del modo más explícito, que enormes constelaciones de la más alta cultura espiritual—todas las culturas no occidentales—han vivido y viven fuera de él y cuando lo conocen, lo desprecian, que grandes zonas de nuestra sociedad, en sus estratos "inferiores", orientan su vida en otras creencias—y oponen el la-garto a la culebra, hacen experiencias espiritistas o prefieren el curandero al médico. . . — Y, lo que más importa, que lo más vivo de nuestra superior, pasada y actual, todo aquello que es en ella afán, fervor, creación, vida espiritual—en la ciencia, en el arte, en la moral, en la religión. . . — se realiza en una dimensión distinta y a una distancia inmensa de las condiciones corrientes entre los hombres "civilizados" de las grandes ciudades. . . Ignora, en suma, que el mundo en que dis-

traídamente vive, es un islote a la deriva en un mar cruzado por corrientes profundas y oscuras y vívidas luminosidades en los horizontes, que no es un regalo a gozar y consumir, sino el resultado de una larga conquista por esfuerzo heroico. Y que si se desatienden sus cimientos y sus claves de bóveda fácilmente puede derrumbarse con estrépito sobre su cabeza confiada.

Las tres actividades aquí señaladas descubren tres zonas profundas de lo real.

En la primera—por el impulso— se anuncia la dura condición de la existencia en la tierra materna que nos sostiene y nos oprime. No se da en ella un "mundo". Pero sí las condiciones necesarias de todo mundo posible—por lo menos en nuestra condición carnal.

De la segunda—del sentimiento, de la emoción— depende la posibilidad de que aparezca un mundo con fisionomía propia, revestido de cualidades sensoriales, dotado de sentido, importancia y valor.

En la tercera—por el intelecto— la sensación se eleva a esencia, el ámbito toma distancia y se ilumina, las realidades todas quedan prendidas y encuadradas en una arquitectura objetiva, sujetas a compás y ritmo, sometidas a medida y ley. Por el Orden se levanta el mundo a Cosmos.

Pero la primera es condición de la segunda y la segunda de la tercera. Si esto se pierde de vista—y ello tiende constantemente a acontecer—socavados los cimientos, se agrieta el templo y, como en las ciudades mayas, resurge la selva amenazante. Este desequilibrio, llevado al extremo, es una de las causas de nuestra crisis actual.

En sucesivos trabajos trataremos de analizar los mecanismos de este proceso de desintegración y de indicar el camino de una posible reincorporación.

EL FEMINISMO TRASCENDENTAL DE ERNST BERGMANN

OPINIONES SOBRE LA CULTURA Y LA CRISIS

Por Francisco ROMERO

EN un sugestivo estudio reciente sobre los problemas filosóficos implicados en la actual crisis del mundo,¹ que espero comentar más adelante, Maximilian Beck se refiere de paso a los fanáticos que esperan y buscan la salvación de la humanidad por la aplicación y universal vigencia de aquello que constituye su idea fija: un especial sistema monetario, determinada institución política dentro o fuera de los Estados, el triunfo de la ginecocracia, el psicoanálisis, la eugenesia, una nueva filosofía "dinámica", o la lógica simbólica, o el esperanto. . . Entre todas estas soluciones monoideistas, la ginecocracia me parece la menos conocida; la propugnó hace unos diez años Ernst Bergmann—en quien acaso pensara Beck al recordarla y también Croce en unas declaraciones aparecidas no hace mucho—en un libro al que dediqué una rápida noticia en la revista *Nosotros* de Buenos Aires a poco de publicarse y sobre el cual vuelvo más extensamente ahora, dentro del propósito general de ir examinando rasgos y aspectos de la crisis y opiniones sobre ella.

Bergmann, profesor desde 1916 en la Universidad de Leipzig, no llegó a figurar en las primeras filas del pensamiento alemán; se hizo notar por algunos interesantes trabajos sobre estética y pedagogía, y publicó tres libros sin mayores pretensiones (*El espíritu del siglo XIX*, *Mística alemana e Introducción a la filosofía*) en la sección filosófica, dirigida por él, de

¹ *Philosophical Problems Implied in the Present World Crisis*. Figura como capítulo XXXIX en la obra colectiva *Approaches to World Peace*, 1944, y pasará a ser cabeza del libro *Prolegomena to a Science of Human Ends (Tolethetics)*, que Beck publicará pronto.

la colección *Jedermanns Bücherei*, entre 1922 y 1927. Su naturalismo místico y entusiasta le predisponía a coincidir con algunas de las corrientes de ideas suscitadas por el nacional-socialismo; en 1933 aparece su libro *La iglesia nacional alemana*, donde somete a severa exégesis el cristianismo, tanto en su rama católica como en la protestante, y propone una creencia más adecuada, en su opinión, a las necesidades espirituales del hombre contemporáneo en general y sobre todo del hombre alemán. Ya con esto quedan definidas por algunos de sus costados la dirección y predilecciones del pensamiento de Bergmann.

Casi al mismo tiempo, en 1932, salió otra obra suya, *Esíritu de conocimiento y espíritu material: una sociosofía de los sexos*,² examen y explicación de la marcha del Occidente y de su crisis actual, no sin intenciones de reforma, afines en lo social a las que informan el libro citado antes en el orden de lo religioso.

Toda la argumentación de Bergmann, como se verá, se mueve sobre un plano estrictamente naturalista, pero de un naturalismo de señalado sentido metafísico. Apenas la vida rebasa los peldaños más humildes de la organización y aparece la diversificación sexual de los seres, surge en los machos el impulso de búsqueda, al servicio de su función específica. La hembra se retrae, suele estar protegida por un aspecto que la disimula, se adhiere al lugar donde vive, todo ello en beneficio de la conservación de la especie; toca, pues, al animal masculino buscarla y descubrirla. El progreso de las especies ocurre mediante el proceso de la competencia entre sí de los machos y el sentido de la elección valiosa propio de las hembras. La movilidad, la actividad masculina, inherente al papel biológico del sexo, conduce a la larga al espíritu cognoscitivo e investigador del hombre, en tanto el sedentarismo, la pasividad parece ser nota esencial del espíritu maternal.

El impulso de búsqueda permite al macho hallar a la hembra. Cuando la encuentra, necesita atraer su atención y producir en ella una impresión favorable. Sirve a estos fines el impulso o don figurativo o representativo, propio del sexo masculino, por el cual los machos revisten apariencias atrac-

² *Erkenntnisgeist und Muttergeist: Eine Soziosophie der Geschlechter*. Ferdinand Hirt, Breslau.

tivas y se presentan en la situación más ventajosa ante los seres del otro sexo. La hembra es por lo común pobre en formas y colores, se mantiene pasiva y hasta opone al comienzo una resistencia a las sollicitaciones, probablemente por convenir así al perfeccionamiento de la especie; el macho ostenta formas y colores variados, dispone de aparatos luminosos, emite sonidos y olores, posee armas que si bien en su origen están destinadas a la lucha contra especies enemigas, posteriormente se desarrollan en vista de la competencia sexual y se utilizan contra los rivales. El sexo masculino tiene por tanto una especial aptitud para dar expresión a su vida interior, para representarla exteriormente, para lo cual dispone además de un sobrante de energía, de aquellas fuerzas que el otro sexo consume en las laboriosas faenas de la maternidad. Tanto el impulso de búsqueda como el representativo o exhibitivo pertenecen en exclusividad al sexo masculino, y así como el primero desemboca en el espíritu de conocimiento, el segundo conduce al espíritu de representación artística. Para el sexo femenino no corresponde hablar de impulsos, porque el comportamiento es sobre todo pasivo; por este lado, a los impulsos masculinos se oponen la capacidad receptiva, el sentido selectivo y el espíritu maternal. Bergmann acepta de Darwin que la selección sexual corre a cargo del animal femenino, y extrae la consecuencia de que el ser masculino vive para sí y para su individual satisfacción, mientras que el sexo maternal parece ser el sexo originario y social, destinado por la naturaleza al perfeccionamiento de la especie y consagrado a tal destino.

A la explicación biológica y sexual del conocimiento y del arte se agrega la del sentimiento religioso, igualmente asignado en propiedad al hombre. La sexualidad primitiva es la indiferenciada de los seres unicelulares, en los cuales la reproducción consiste en la división de la célula, sin intervención de elemento masculino alguno; esta sexualidad se prolonga en el sexo maternal. A la sexualidad única sigue el hermafroditismo, con los dos sexos reunidos en el mismo individuo, y a la postre viene la separación individual de los sexos. Desprendido de la sexualidad femenina originaria, el elemento masculino aspira oscuramente al regreso a ella, y este impulso de reintegración, prolongado y convertido en anhelo de rein-

tegrarse en el todo y sumirse en él, origina en el hombre el sentimiento religioso.

Desde el punto de vista vital, los impulsos propios del ser masculino pertenecen a su existencia anterior a su acción genésica; en este lapso ocurren los procesos más importantes de su vida, en tanto que después su existencia carece de interés y aun termina en muchas ocasiones. En cambio, la vida del ser femenino es indiferente antes del acto procreador y se enriquece y complica en las operaciones que van desde la fecundación hasta el cuidado y educación de la prole. La naturaleza ha confiado al sexo masculino un papel que justamente acaba en el punto en que en realidad empieza el conferido al sexo femenino. Bergmann suele referirse a la naturaleza como si ésta abrigara designios y trazara planes, y por este y otros motivos semejantes su naturalismo acusa una inclinación metafísica bien notoria, como ya he dicho antes. En la misma dirección afirma que la naturaleza, en su intención de producir formas vitales cada vez más elevadas, parece permitir que el sexo masculino se desenvuelva, pero manteniendo la tendencia a hacerlo desaparecer cuando ha cumplido su oficio y otorgándole, por tanto, sólo una existencia restringida; en cambio siente predilección por el sexo femenino, lo protege y arbitra los recursos convenientes para su conservación. El sexo femenino es el fundamental y primigenio; el masculino es secundario y como adicional, si bien ha hecho posible el avance de las especies hasta llegar a la humana.

Nuestra cultura, en general, no es antropomorfa, sino "andromorfa"; no es tanto cultura humana como cultura masculina. Lo que critica Kant como razón pura es más bien razón impura, la razón masculina, atavío nupcial del macho traspuesto al terreno espiritual, adorno con el cual alardea ante lo en sí, esto es, ante el oculto fondo maternal de las cosas. Kant y todos los grandes creadores de sistemas filosóficos no han hecho sino una majestuosa representación y despliegue del espíritu sexual, porque la razón masculina es mero resultado del desarrollo de los impulsos de búsqueda, de representación y de reintegración. En cuanto derivado del impulso de busca, el impulso de conocimiento lleva consigo no ser un fin en sí sino el medio para un fin: de ahí su permanente insatisfacción, su dramatismo, su aspiración a lo infinito. El

impulso representativo se cambia en impulso estético y crea todos los modos del arte. El ímpetu de reintegro se convierte en la religiosidad, cuyo polo de atracción no puede ser propiamente sino el foco maternal del mundo, al cual anhela volver, como de un destierro, el espíritu masculino. A estos impulsos ha de agregarse todavía el de violación, materializado en los instrumentos sujetadores del macho, y que conduce a la dominación del elemento femenino por el masculino, al "androcratismo".

Frente a todos estos impulsos, propios y privativos de la masculinidad por su raigambre biológica, hallamos en el otro sexo el espíritu maternal, manifiesto en todas las funciones y tareas concernientes a la prole, que en su conjunto constituye lo que puede denominarse el impulso social femenino, impulso de fundación y ordenación al cual el varón, también por motivos biológicos, permanece ajeno. Quedan con esto perfectamente definida la esencia respectiva de cada sexo y delimitada la esfera de su acción legítima, y cualquier intento de igualar tales diferencias va contra la naturaleza y fracasa al final, tras acarrear cuantiosos males. La tendencia a suprimir esa radical diversidad origina la degeneración, que aun cuando al principio sea la de un sexo, recae con necesidad sobre el otro, porque son estrechamente solidarios y dependientes entre sí. Tan perniciosa como la masculinización de la mujer es la pretensión de fundar en el varón la comunidad social. Al sexo maternal, sometido desde milenios a la dominación masculina, no le ha sido dado desempeñar en la civilización el papel que le reservó la naturaleza. La concesión del voto político a las mujeres, pese a cualquier inconveniente actual y pasajero, puede ser acontecimiento promisor para el futuro, siempre que la emancipación de la mujer se enderece en la dirección de la femineidad, reivindique sus peculiares derechos conculcados y conduzca a asegurarle el puesto que por su índole le corresponde, con la consiguiente renuncia al falaz miraje de equipararse al varón, que sería como renegar de su ser propio.

El espíritu masculino siente la propensión de subordinar y sofocar su correlato femenino; el "andromorfismo" resultante se manifiesta en la cultura de muchas maneras. En la metafísica, el espíritu masculino de conocimiento interpreta la causa y fundamento del mundo a su imagen y semejanza,

como espíritu: así se advierte en la India, en Grecia, en el cristianismo; el panteísmo debilita esta postura, pero cobra nuevo vigor con Hegel. La sustitución del espíritu por la voluntad en Schopenhauer no introduce alteración importante, porque la ciega aspiración a existir, fondo de la realidad según este filósofo, reconoce su fuente en el deseo sexual masculino. La reciente filosofía de la vida ofrece la posibilidad de que germine en sus surcos una visión del mundo más justa y equilibrada, más de acuerdo con la realidad biológica. El desconocimiento del natural subsuelo materno y la suposición de la total autonomía del espíritu llevan al andromorfismo trascendental, a la resolución del no-yo en el acto espiritual, con lo que el objeto se anula poco a poco en la consideración filosófica; este despego y menosprecio hacia el objeto no es sino enemistad hacia el espíritu maternal, y entre otras consecuencias perjudiciales ha tenido la de retrasar durante siglos la constitución de las ciencias naturales. El espíritu varonil se adora también a sí mismo y forja un andromorfismo religioso, por el cual se concibe a Dios como un ser masculino, en abierta contradicción con la tendencia religiosa natural, basada en las primeras experiencias del niño, en sus sentimientos de dependencia respecto a la madre, porque el anhelo del alma por volver a su patria celeste es la trasposición religiosa de la aspiración del hijo a regresar al seno maternal. En este caso el impulso masculino ha tropezado con resistencias, como lo muestra el culto de la Virgen. Finalmente, el hombre ha instaurado también un andromorfismo ético. Los teorizadores de la ética parten del egoísmo como si fuera lo primario y comprensible, y consideran el altruismo como algo valioso y deseable, pero que no se da de primera intención ni se justifica de inmediato por sí mismo. Pero el altruismo, expresión directa del espíritu materno, es tan natural y originario como el egoísmo, que es producto del impulso sexual y cognoscitivo del varón. Desconocida la índole primigenia y espontánea del altruismo, los teorizadores han construido la ética sobre el supuesto de un imperativo que violentamente se impone a la tendencia egoísta (Kant) o de un altruismo que es en el fondo egoísmo (utilitarismo), o bien, como en Nietzsche, se afirma omnímoda la voluntad de poder, sin reparar en la voluntad social que ama, cuida y protege, repartiendo su

influencia bienhechora por toda la zona abarcada por el espíritu maternal.

Rasgo típico de la masculinidad es la inquietud, el ansia de vagar, que tiene su punto de arranque en lo sexual y promueve el gusto por el viaje, el descubrimiento y la conquista, acarreado como distante resultado la convicción religiosa de que nuestra patria verdadera no es esta tierra que pisamos sino un más allá ultraterreno, e imponiendo también en todo conocimiento organizado, tanto en la ciencia como en la filosofía, la busca sin satisfacción ni reposo, la continua aspiración a otra cosa más allá de todo lo ya conocido. El sexo femenino, por su parte, prefiere lo firme y estable, y cabe por lo tanto preguntarse si no le corresponde por derecho cuanto sea fundamentación social, el establecimiento y consolidación de las estructuras que constituyen la base de la vida civilizada. Otro rasgo masculino preponderante es el terror vital, producido por la sospecha de que la naturaleza no necesita el elemento masculino después de la fecundación ni se interesa por su existencia tras su colaboración momentánea. La preocupación del ente masculino se concentra así en su propia existencia en peligro y en la satisfacción egoísta de sus apetencias, desentendiéndose de las faenas de cuidado y educación de la prole, faenas cuya prolongación es la actividad social y estatal: también por este lado se confirma la incapacidad viril para la organización de la sociedad y la fundamentación del Estado.

La voluntad formadora propia de la naturaleza funciona en el goce mágico del hombre creador: ya se ha visto que el impulso representativo del macho se desarrolla luego como voluntad de forma, como capacidad artística, creadora de sorprendentes mundos irreales, pero que permanece ajena a la verdadera realidad. En lo social, tal poder creador se manifiesta en el planeo de abundantes utopías para remediar los males sociales, todas ellas incapaces de proporcionar la fórmula adecuada para alcanzar la felicidad del hombre dentro de la sociedad y del Estado. El habitual pesimismo de las religiones y de las filosofías proviene de la esencia misma de lo masculino, del desamparo y oquedad que de repente siente en su interior el hombre cuando, fatigado espiritual y corporalmente en el ajeteo de su inquieta busca, descubre la inutilidad de su existencia para la naturaleza; el desgano y el pesimismo le duran hasta que de nuevo renace en él la inquietud.

Los primeros movimientos cristianos, la escolástica, Descartes, Leibniz, Kant, configuran igualmente una unilateral imagen viril del mundo y buscan de maneras diversas la redención y el apaciguamiento de una misma añoranza. Así se robustece la visión deformada de la realidad, en la que la femineidad no tiene parte: las madres nunca contemplan el mundo bajo una luz tan trágica, porque gozosamente experimentan en sí el ser generoso y auténtico de las cosas, la germinación universal y el crecimiento continuo. Tanto las éticas del deber, con la suposición implícita o declarada de un inmoralismo natural que debe someterse a las exigencias del espíritu, como el amoralismo reciente, inspirado en la crueldad o indiferencia hacia el bien y el mal de la naturaleza, ignoran que la eticidad brota y triunfa en el orden natural encarnada en los instintos maternales, sociales. Obra y expresión del espíritu masculino, las concepciones del mundo se han forjado de espaldas a la verdad esencial, y hoy tocamos con las manos las consecuencias del tremendo error.

Desde Bachofen, a mediados del siglo pasado, sabemos que el derecho maternal rigió en muchos pueblos y sirvió de tránsito a la cultura y la moralidad. La relación vital entre la madre y el hijo es el primer nexo social; el sedentarismo, aspiración y necesidad de las hembras, preparó el terreno para la edificación de los Estados. Fueron diosas, según el mito, quienes levantaron las primeras murallas y arrojaron a la tierra las primeras semillas. El matriarcado, primitiva forma de la sociedad humana, existió en las antiguas progenies de nuestro Occidente y echó los cimientos de la polis griega y de la urbe romana; helenos y romanos destruyen luego el régimen matriarcal, cuyo eco resuena largamente en el helenismo, en los nombres fabulosos de las heroínas. Al emanciparse el espíritu cognoscitivo de la naturaleza, cada vez se aparta más de ella y del espíritu maternal, produciéndose el ocaso del matriarcado; el principal papel en la familia se atribuye al padre, pese a que sólo se relaciona con el hijo por intermedio de la madre. El cambio empieza con los griegos y continúa con los romanos y el cristianismo. En la *Orestíada* registra Esquilo el choque entre los dos principios, el viril y el femenino, con el triunfo del derecho paternal mediante la equiparación del matricidio al asesinato del marido, señal inequívoca de que la madre ha perdido ya el lugar predominante y de excepción

que le corresponde por ley natural. En cambio, en la *Ifigenia* de Goethe se restituye la situación legítima, con el arrepentimiento de Orestes y la intervención de Ifigenia, que da feliz desenlace al conflicto. Desde su remoto triunfo, representado en Esquilo, el derecho paternal ha dominado prodigando sus frutos de perdición, incubando infinitos males; como el coro de las Euménides persigue al matricida, podemos hoy escuchar la voz clamante del derecho maternal hollado. Hace tiempo incitó Rousseau a volver a la naturaleza; su reclamo debe completarse con este otro: volvamos al espíritu maternal. He aquí la única salvación, ya que toda la marcha de la historia nos muestra las consecuencias de la supresión del espíritu materno.

Tras el examen de los males de la sociedad matricida u oresteica —tres mil años de civilización occidental fundada sobre el principio masculino— pasa Bergmann a considerar la sociedad maternal. En el reino animal las verdaderas sociedades son siempre maternales; los machos sólo se juntan entre sí con fines muy concretos y limitados, en agrupaciones sin propósito de duración y carentes de la voluntad ética o social del servicio al otro, y su participación en las colectividades maternas, ocasionada por su función sexual, es pasajera: su alejamiento no introduce alteración sustancial en la vida del grupo. La sociedad, pues, como otras veces se ha sentado, es cosa esencialmente femenina. La religión también debe, por su índole expuesta anteriormente, polarizarse en sentido maternal. Juzga Bergmann que, de hecho, la idea de la divinidad calcada sobre el principio masculino va desapareciendo, perece por su falta de contenido biológico, mientras que se mantiene el prestigio del principio religioso femenino, para los unos en la forma del culto a la Virgen María y para los otros como sentimiento de reverencia ante la santidad de la naturaleza. La familia debe reconstruirse matriarcalmente, para eludir los inconvenientes acarreados por la soldadura de dos principios antagónicos y en tensión constante, como son los que integran el matrimonio actual; el grupo familiar deben componerlo ante todo la madre y los hijos, con asistencia próxima o lejana del compañero masculino, que no tiene que ser siempre el mismo y aun hay ventajas en que no lo sea. Las colectividades de insectos, las más perfectas de todas, muestran que la organiza-

ción social es tanto más ajustada cuanto menor ingerencia tienen en ella los machos. Sólo en tales agrupaciones triunfa el verdadero socialismo, interesado en la descendencia y al servicio de la especie, preocupaciones inexistentes en el socialismo de cuño masculino. Por lo tocante a la economía, el capital sólo perderá su condición nociva y antisocial cuando pase a mano de las mujeres, aparte de que la mujer, no constreñida ya por la servidumbre económica, elegirá libremente al varón más valioso, con las imaginables ventajas para la sociedad y la especie. Instaurado el socialismo materno, no habrá mujeres que queden solteras ni hijos ilegítimos; la maternidad se convertirá en un derecho y un deber revestidos de dignidad, cuya renuncia significará para la mujer la única vergüenza. Cuando criticamos la civilización y nos preguntamos por las causas de los males que nos afligen, debemos reparar ante todo en que una cultura sana tiene como obligación primordial el cultivo con método y conciencia de aquello que la naturaleza persigue espontáneamente. Así procede quien cultiva vegetales: se apoya en las leyes del mundo orgánico, y su tarea consiste en ayudar a la naturaleza, en acelerar el ritmo con que ella trabaja en su propia obra de crear formas cada vez más nobles y elevadas. Si anhelamos colaborar con la naturaleza también en sus intenciones respecto al hombre, es necesario tomar en cuenta en la educación que el sexo femenino es por esencia y destino diferente del masculino, y que esa diferencia no debe ser borrada. Conviene, pues, suprimir la moderna coeducación de los sexos, porque aplica a la mujer la medida del varón y tiende a atrofiar su verdadera índole; no se recomienda con esto un regreso a la extrañeza y aislamiento medieval de los sexos, porque su aproximación es provechosa siempre que no se confunda con la atenuación o supresión de las diferencias originarias existentes entre ellos. La mujer ha de ser educada como mujer, en atención a sus peculiares impulsos y disposiciones, para que pueda afrontar después las funciones que le incumben, las grandes tareas que le ha reservado la naturaleza, entre las cuales se halla nada menos que la dirección política y social de los pueblos.

Mientras obra por su cuenta la selección natural, triunfa en la lucha por la existencia el macho mejor dotado, y sus cualidades, superiores a las de los vencidos, se transmiten por

herencia a los descendientes. En la especie humana, la selección ocurre a la inversa: los hombres mejores caen en las guerras, desaparecen prematuramente, y en cambio se cuidan cada vez mejor los deficientes de todo género, enfermos, delincuentes, anormales, cuya vida se prolonga. Si no nos es ya lícito, como en Esparta, exterminar lisa y llanamente cuanto no sea vida sana y en ascenso, podemos muy bien eliminar las malas herencias mediante la oportuna esterilización, y al mismo tiempo fomentar las proles numerosas, por medio de una legislación adecuada, entre las gentes capaces de transmitir un rico legado vital. Uno de los motivos de la decadencia de la especie es la atribución de que goza el hombre, en la situación presente, de elegir a su compañera; el varón escoge por móviles egoístas, mientras que la mujer posee el seguro instinto selectivo innato en todas las hembras del reino animal. Todos los males señalados, todos los remedios propuestos, podrían ser eludidos y aplicados, respectivamente, en una futura sociedad maternal.

SALTA a la vista en primer término en la construcción de Bergmann su cerrado sentido naturalista. Las interpretaciones naturalistas de la cultura y de la historia tuvieron su ocasión de mayor brillo en la época del positivismo,³ y entre tales interpretaciones lograron puesto de preferencia las de corte biologista, como es la presente. Entre las perduraciones o supervivencias de este biologismo en la interpretación de lo cultural hay que contar, además de Bergmann, a Freud con su pansexualismo y en parte al mismo Spengler, cuyo imponente edificio muestra las grietas causadas en él por la tensión entre los opuestos principios del biologismo y del historicismo, absolutista el primero y relativista el segundo. Las tesis de Bergmann suponen una metafísica de la realidad que no está explícita en su libro; su darwinismo, confesado en más de una ocasión, tiene como fondo concepciones finalistas, atribución de direcciones y propósitos a la naturaleza,

³ Ver mi trabajo "La filosofía de la historia en el positivismo", en el volumen *Filosofía de la Persona* (Losada, 1944); también "El positivismo: etapa y movimiento", en el mismo volumen.

no muy distantes de los que le supone la mente popular y han quedado fijados en fórmulas lingüísticas que usamos des-cuidadamente todos.

Retrotraer la cultura a sus ciertos o hipotéticos orígenes vitales, no me parece sostenible a esta altura. El hombre no es naturaleza —aunque haya en él una perdurable componente natural—, ni la cultura es una prolongación del orbe que estudian las ciencias naturales. Apenas el hombre empieza a *objetivar* —esto es, apenas empieza a ser hombre—, apenas mediante la objetivación otorga ser a sus estados, a su contorno, a su realidad íntima, rompe amarras con la naturaleza y se convierte para ella en un extraño, algo así como un descastado que la mira con curiosidad y asombro y la enjuicia; quiebra los lazos vitales e inaugura una realidad nueva y diferente, ajena a la natural por su índole y sus fines. Sentado todo esto, no hay inconveniente en retener algunos extremos de la obra de Bergmann. Probablemente tiene razón al anotar que en lo natural, en el orden de la vida, se ha visto ante todo lo que es crueldad e impulso egoísta, sin atender a lo que es donación, generosidad y sacrificio. Otro arrojado metafísico contemporáneo, Erich Becher, fundó precisamente su tesis pampsiquista sobre lo que denominó la "fremddienliche Zweckmässigkeit", esto es, sobre los casos en que una instancia natural parece ponerse resueltamente al servicio de otra; metafísica extraída en lo principal de un hecho bien conocido —las agallas de algunas plantas que sirven de habitáculo a ciertas especies animales—, que Becher sostiene ser inexplicable si no se acepta la hipótesis de un psiquismo sobreindividual que gobierne y ajuste el conjunto, como si cada ente no fuera sino el órgano de un gran cuerpo único y solidario.

La filosofía está en retardo en el problema de la mujer. A este respecto significa una buena incitación el libro cuyo contenido acabo de resumir en sus rasgos cardinales. Dos series de problemas deben ser consideradas. En primer lugar, los problemas atinentes a la femineidad en general, a su esencia y su papel en la vida y la cultura. Fuera de lo intentado y conseguido en psicología, en la filosofía propiamente dicha no hay mucho; pongo en primer término las sagaces consideraciones de Simmel, donde se advierte el comienzo de ciertas líneas que conviene sean proseguidas y que él no llevó

muy adelante, más diestro aquí también, como de costumbre, en las vistas luminosas y profundas que en la ordenación jerárquica de sus hallazgos. Un punto que deberá ser examinado es si la ya clara discrepancia de fundamento entre dos elevados tipos de ética, que por brevedad denominaré, respectivamente, la kantiana y la scheleriana, la ética del esfuerzo y la ética de la gracia, no tiene algo que ver, de un modo u otro, con las indicaciones de Bergmann, es decir, si no habrán de referirse la una al módulo de la espiritualidad masculina y la otra al de la femenina. La cuestión no se circunscribe a la eticidad en sí; se extiende a todo el tema de la persona. Porque parecería que en el varón los dos principios, el de la individualidad natural y el de la persona espiritual, se hallan marcados con signos contrarios, se contraponen a veces polarmente y con frecuencia luchan entre sí, mientras que en la mujer la naturalidad está como espiritualizada y lo espiritual, a su vez, como naturalizado, de modo que los dos principios o focos se acercan, se conjugan apaciblemente y aun dan en ocasiones la impresión de fundirse en uno. Y queda como indudable, para mí al menos, el cerrado masculinismo de nuestra civilización occidental, cuyos habituales símbolos —Prometeo, Pígmalión, Fausto. . .— son todos varones, y en la cual la fémina no ha pronunciado todavía su palabra, ya que en sus recientes intervenciones se atiene demasiado literalmente a las actitudes y comportamientos varoniles. Cuando se descarte por fin la consuetudinaria identificación entre gobierno y mando, muchas tareas gubernativas estarán sin duda mejor en manos de la mujer que en las del hombre; peor es difícil que puedan estar. No me refiero, desde luego, a todas, ni entiendo con lo dicho adherir por entero al parecer de Bergmann, quien desarrolla consecuentemente sus premisas dando por indudable y legítima una continuidad entre lo natural y lo cultural que considero inexistente, como enuncié antes. En su estimación hacia la capacidad femenina para las tareas de dirección y gobierno, el filósofo alemán tiene un curioso y olvidado antecedente español no muy lejano: me refiero al ensayo del novelista Armando Palacio Valdés titulado. "El gobierno de las mujeres", contenido en su libro *Papeles del Doctor Angélico*.

El segundo grupo de cuestiones, de alcance más especial y limitado, versa sobre la aptitud filosófica de la mujer y sus posibilidades de actividad filosófica, incluso el influjo que pueda tener o haber tenido en la obra del varón. Tanto este asunto como el anterior lo he examinado hace pocos meses en una conferencia pronunciada en Buenos Aires, cuyo material proyecto desarrollar más adelante. La mujer estuvo hasta ahora ausente en general de la filosofía; tal situación no se ha de prolongar mucho, si mi interpretación de ciertos signos no es equivocada. Mis razones no coinciden del todo con las de Manuel García Morente, expuestas en una conferencia que luego recogió en la *Revista de Occidente* ("El espíritu filosófico y la feminidad", tomo XXIII, año 1929). Lo más grave es que estuvo también ausente como imagen y presencia en el trabajo del filósofo, privándolo de su influjo, de esa colaboración que trae la mujer a cualquier empeño masculino con su cercanía cotidiana. En la Edad Media la profesión religiosa apartaba al filósofo de la mujer; en la Edad Moderna, hasta Kant, los filósofos fueron, con raras excepciones, solteros o, para decirlo más gráfica y terminantemente, solterones, apartados de la experiencia de la mujer, que no se alcanza en epidérmicas aventuras de tapadillo, y sin la experiencia tampoco del hijo, de la vida nueva y fresca, desprendida de la propia vida de uno que se va haciendo poco a poco ajena, y que trae consigo cuando surge uno de los mensajes más directos que puedan llegar al hombre del remoto fondo de la realidad: ambas experiencias, sin duda, incomparables y fundamentales. Probablemente tiene mucho que ver esta carencia con el unilateral intelectualismo dominante hasta el Romanticismo—época de la primera aproximación en gran estilo de la mujer a la filosofía o a los filósofos.⁴ Y corto aquí estas reflexiones, cuyas derivaciones y sentido adivinará sin dificultad quien se halle un poco al tanto del trabajo filosófico de nuestro tiempo, porque sólo indirectamente se conectan con mi tema presente y porque su desenvolvimiento cabal me llevaría demasiado lejos.

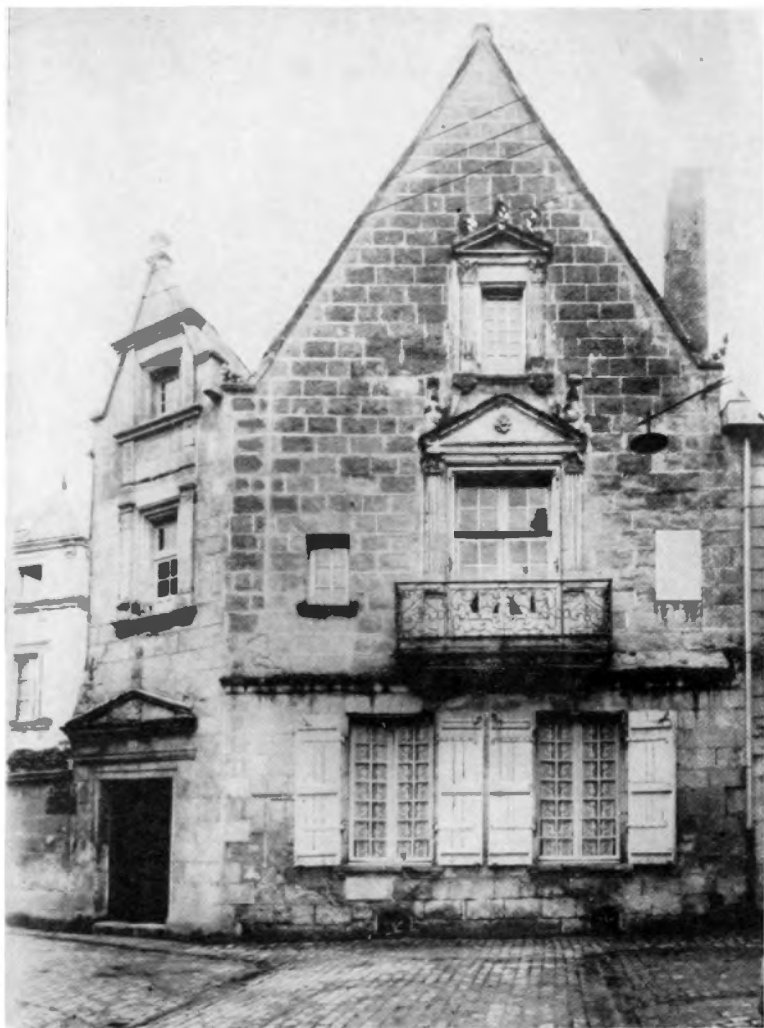
⁴ No puedo detenerme a justificar aquí esta afirmación contra la objeción posible del notorio papel de la mujer en la vida espiritual del siglo XVIII.

El libro de Bergmann es muestra típica de uno de los modos del pensamiento alemán—no por cierto el único ni el mejor—, que podría llamarse metafóricamente, por similitud con uno de los métodos usados en matemáticas, el modo axiomático; consiste en sentar unas pocas premisas concordadas, un haz de principios conexos y extraer todas sus consecuencias. Filosofías "ad demonstrandum", con rigurosa marcha de teorema geométrico. Pero hay más cosas entre el cielo y la tierra de las que caben en tales fórmulas, a veces singularmente seductoras. La prudencia aconseja, sin embargo, no despreciar todo lo que la fórmula acumula en sus desarrollos. Con materiales de construcciones derruidas, seleccionados, pulidos, ensamblados de otra manera, se han hecho ya muy sólidas edificaciones recientes.

ANIVERSARIO



Descartes y su obra. (1596-1650).



Casa donde nació René Descartes hace 350 años.

DISCOURS
DE LA METHODE

Pour bien conduire la raison, & chercher
la verité dans les sciences.

PLUS

LA DIOPTRIQUE.

LES METEORES.

ET

LA GEOMETRIE.

Qui sont des essais de cete METHODE.



A LEYDE

De l'Imprimerie de IAN MAIRE.

MDCCXXVII

Avec Privilège.

EN MEMORIA DE ANTONIO CASO

Por *Alfonso REYES*

CUANDO la alarma de su fallecimiento corrió por la ciudad —por cierto, interrumpiendo trágicamente una discusión de filósofos que a la sazón se desarrollaba en la casa de San Cosme— pareció, de pronto, que aquella desgracia súbita no encontraba sitio en la conciencia. No contábamos con que también Antonio Caso había de morirsenos. Acabábamos de dejarlo en plena salud. Muchos, de cierta manera tácita, nos referíamos a él como a un supuesto indispensable en toda empresa de cultura. Algunos aun lo dábamos por presente, como a un interlocutor invisible, en nuestros solitarios combates con el espíritu. Todo pensamiento de amistad tenía que evocarlos por derecho propio. Valíamos más, porque él nos acompañaba. Nos consolaba que existiera, que estuviera aquí, al alcance de la mano. Y nos aflige saber que ha muerto entristecido ante el espectáculo del mundo. Su partida tiene algo de acusación. Con él se nos ha ido mucho más que un hombre, mucho más que un amigo: acaso una época, acaso una actitud de la mente y de la conducta. Hoy sólo nos queda hacer votos por que su recuerdo nos oriente y vigile, a manera de centinela insobornable.

Aquella tarde lluviosa, de crudos nubarrones y ráfagas inclementes, acompañamos al cementerio los restos del gran mexicano, que cada día aparecerá mayor y mejor, "tel qu'en lui-même enfin l'éternité le change".

De él habíamos escrito hace años: "La historia de la filosofía, él ha querido y ha sabido vivirla. Con tal experiencia de las ideas, y el vigor lógico que las organiza, su cátedra llegaría a ser el orgullo de nuestro mundo universitario. Su elocuencia, su eficacia mental, su naturaleza irresistible, lo convertirían en el director de la juventud".

Antonio Caso lo entendía todo, desde las arquitecturas etéreas de la música de Beethoven hasta las evidencias ciclópeas del pincel de Diego Rivera. En el orden de su especialidad, vivió en un progreso continuo, y aun parece que sus propios discípulos se hubieran detenido en tal o cual etapa que él había salvado con empuje constante. Pero dejó a otros la tarea, hermosa y abrumadora, de relatar para mañana —pues hoy todos lo saben— cuánto significan, y no solamente para nuestro país, las enseñanzas del catedrático, las obras del escritor, la acción del maestro que, como Sócrates, suscitaba las vocaciones a su paso, sin inculcar ni imponer otra doctrina que la probidad mental, el arduo estudio, el amor a la belleza y a la verdad, la limpieza ética, de que siempre fué vívido ejemplo.

Me retraigo al instante en que, rodeado ya de la fama, aunque era todavía un estudiante de Derecho, lo escuché en el Ministerio de Instrucción Pública, saludar el advenimiento de Justo Sierra, cuya herencia puede decirse que ha recogido en mucha parte. Inolvidable aquélla su presencia magnética; inolvidable su emoción, siempre corregida en la geometría de un pensamiento seguro; inolvidables su habla que ya acariciaba o ya mordía las palabras, su cara fuerte y persuasiva, su cabellera negra y revuelta, sus ojos tremendos que —a veces— parecían fascinados en la contemplación de las ideas puras. Inolvidable, para quienes disfrutamos el privilegio de su intimidad, el calor que comunicaba a nuestros ideales naciendo, en aquellos días de las campañas juveniles en busca de una cultura más humana y más generosa.

Evocando, más tarde, las "veladas de Santa María", reuniones informales donde descubrimos, en compañía de Antonio Caso, las dos o tres direcciones definitivas de nuestra carrera humana, escribí en Madrid, allá por 1917, estas palabras:

"¡Adiós a las noches dedicadas al genio, por las calles de quietud admirable o en la biblioteca de Antonio Caso, que era el propio templo de las musas! Preside las conversaciones un enorme busto de Goethe, del que solíamos colgar sombrero y gabán, convirtiéndolo en un convidado grotesco. Y un reloj, en el fondo, va dando las horas que quiere; y cuando importuna demasiado, se lo hace callar: que en la casa de los filósofos, como en la del *Pato Salvaje*, no corre el tiempo. Caso lo oyó

y lo comenta todo con intenso fervor; y cuando, a las tres de la mañana, Vasconcelos acaba de leerlos las meditaciones del Buda, Pedro Henríquez Ureña se opone a que la tertulia se disuelva, porque —alega entre el general escándalo— 'apenas comienza a ponerse interesante'. A esta hora de la vida dedicamos hoy copiosos recuerdos, seguros de que fué la mejor".

Antonio Caso representa toda una era mexicana. Campeón de las reformas indispensables y guardián de las tradiciones esenciales, se encuentra situado en el punto crítico de la catástrofe. Cuando sobreviene la intensa sacudida social que, entre muchas cosas malas, pudo derrumbar muchas cosas buenas, le incumbe providencialmente la tarea del "sóter", del salvador, del continuador. A hombres como éste corresponde, de generación en generación, el evitar que se desgarre la tela, siempre en trama, de nuestra conciencia nacional. Así ha de contemplarlo la historia.

Pero, junto a estos rasgos del monumento, hay que recoger piadosamente los rasgos del hombre, del varón de virtud sencilla, del caballero cortés y delicadamente ceremonioso, del amigo cuyo encuentro era una fiesta del espíritu, del ameno conversador lleno de elegancias y oportunidades felices. "Amateur d'âmes", disfrutaba como pocos de todo lo noble y lo selecto, y sabía celebrar las gracias con aquellas risotadas tan suyas que llegaban a cortarle el aliento. Su mero saludo, por la calle, parecía un presente magnífico. Siempre echaremos de menos su apretón de manos, su fértil charla, su mesa en "Lady Baltimore", donde se ofrecía al trato de sus amigos y sus admiradores, durante las breves horas que robaba a su incesante labor y a su reclusión obligatoria. Nos falta ya mucho de su sorprendente tarea de periodismo filosófico, verdadero alivio entre las turbulencias del diario. Y desde ahora señalo a sus comentaristas esta labor de vulgarización y de síntesis, jamás igualada que yo sepa. A menos que nos transportemos al siglo en que Descartes y el Rector del Colegio de Breda se detenían a discutir los problemas de física que el Príncipe de Orange mandaba fijar en las esquinas.

En la modestísima sala, donde una cama cualquiera y un aguamanil anticuado alternaban con unos estantes frágiles y sobrecargados; sobre aquella mesa ahogada por los bordes entre

varias filas de libros, que componían una como enciclopedia personal y que apenas dejaban sitio para escribir, el cenicero mostraba todavía los despojos de su último cigarrillo; y como un inesperado símbolo de mando, descansaba, allí entre los papeles, su bastón con puño de plata, emblema de su mariscalato: el más noble, el indiscutible.

LA FILOSOFIA DE ANTONIO CASO

Por *Samuel RAMOS*

LA muerte de un hombre produce el efecto de dar a su obra y a su personalidad una amplia perspectiva de manera de poderla considerar objetivamente, como algo que se ofrece ya en su contorno definitivo sin estar expuesta a cambios ni modificaciones. Muerto el Maestro Antonio Caso nos queda de él una obra compuesta de numerosos libros que es la sola fuente para informarnos sobre su filosofía, y reconstruirla con la mayor fidelidad posible. No existe hasta hoy un estudio que pueda considerarse completo sobre las múltiples ideas que integrara la doctrina de Caso. Puede hablarse de excelentes resúmenes hechos por algunos de sus más distinguidos alumnos, pero no se ha hecho aún la amplia exposición que merece una doctrina destinada a representar un momento decisivo en la historia del pensamiento mexicano contemporáneo.

La filosofía se ofrece en dos tipos de realizaciones que son igualmente necesarias para su acción en la vida espiritual. Existen por una parte, las obras originales creadas por el genio filosófico, cada una de las cuales representa la aparición de una nueva idea que pretende resolver alguno de los múltiples problemas del pensamiento. En esta clase de realizaciones filosóficas se cuentan tanto los sistemas, como también aquellas doctrinas especiales que sólo se refieren a una determinada región del vasto dominio de la filosofía. Por otra parte, existen las obras que sin traer una aportación nueva, son interpreta-

ciones personales de una doctrina original, que surgen por la necesidad de difundir su aplicación a lugares y circunstancias distintas a las que le dieron origen, con el fin de hacer servir aquellas doctrinas dentro de nuevos círculos de cultura o nuevas generaciones de hombres. Existen pues las obras originales y las interpretaciones de estas obras, o simplemente los desarrollos y exposiciones que son necesarios para hacerlas comprender a quienes quieren o deben penetrar en el estudio de la filosofía. A cada uno de estos tipos de realización de la filosofía corresponde un tipo de filósofo que es, en el primer caso, el genio de la filosofía y en el segundo, el intérprete de la misma. La historia de la filosofía ha pretendido ceñirse únicamente a los primeros como si el nombre de filosofía sólo conviniera a las creaciones originales. En contra de esta limitación, hay que decir que la realidad de la filosofía está en ambos tipos de obras y de filósofos, agregando que la acción histórica de la filosofía no se realiza frecuentemente, sino a través de los intérpretes y maestros que tienen la misión de llevarla hasta los que se inician en los estudios filosóficos.

Debe enfatizarse de modo claro que filósofo no es solamente el hombre capaz de crear una doctrina filosófica original sino todo aquél que puede reproducir con profundidad y dar nueva vida en su espíritu a las diferentes doctrinas filosóficas. El "espíritu filosófico" no es atributo exclusivo de los grandes filósofos; puede alentar también con igual hondura y lucidez en hombres que no fueron dotados para la invención de doctrinas originales. En el proceso histórico de la filosofía estos hombres son tan indispensables para su aplicación, como los otros lo son en su marcha progresiva. Estos conceptos deben tenerse presentes siempre que se trate de juzgar y valorizar a los filósofos y doctrinas que han surgido en los países de América, cuya cultura ha sido una derivación de la cultura europea. De otro modo se llegaría a desconocer realidades evidentes de la historia de nuestro pensamiento como lo es el hecho de que se ha cultivado la filosofía, de que ha habido filósofos cuyas doctrinas han influido en nuestra vida, aun cuando tales doctrinas no hayan sido en rigor soluciones encontradas por hombres de América.

Antonio Caso, desde muy joven, al salir de la Universidad, se consagra por completo a la filosofía, enseñándola como

profesor en la Escuela Nacional Preparatoria y luego en la Escuela de Altos Estudios. En vez de ejercer una profesión lucrativa como todos lo hacen en su tiempo, decide ser fiel a su vocación y llevar una vida que aparece insólita en el ambiente social de México en aquel momento. No se puede decir que Caso fuera auto-didacta porque su formación intelectual se debe a la atmósfera de cultura que se había creado en México a fines de la época porfiriana y cuyo principal animador era Justo Sierra, gran humanista y maestro. Antonio Caso no fué una individualidad aislada en la vida espiritual de México, sino parte de un grupo selecto, de una *élite* dentro de la cual se incubaron las direcciones literarias y filosóficas de la época. La reacción contra el positivismo, su adhesión a las doctrinas anti-intelectualistas, son posiciones filosóficas que Caso compartió con sus colegas de grupo. Ricardo Gómez Robelo declaró la guerra al positivismo al descubrir nuevos horizontes en la filosofía de Schopenhauer. Pedro Henríquez Ureña trajo de fuera una abundante información sobre el estado de la filosofía europea al comenzar este siglo. Fué Henríquez Ureña quien dió a conocer al grupo, las críticas al positivismo y las obras filosóficas que significaban la superación de aquél. José Vasconcelos manifestaba también su inconformidad con el positivismo al exponer la obra de Gabino Barreda. Las preocupaciones estéticas de Alfonso Reyes, su reivindicación del humanismo, eran también contrarias a las ideas filosóficas que imperaban oficialmente. Pero no hay que olvidar que estas nuevas orientaciones del pensamiento, que fermentaban en el grupo del "Ateneo de la Juventud", derivaban de la enseñanza del maestro Sierra, quien en su discurso sobre Barreda puso en crisis el positivismo de Barreda y, en el discurso inaugural de la Universidad, informa de las nuevas corrientes filosóficas que se propagan en el mundo.

La renovación del ambiente intelectual de México, iniciada por el año de 1910, resulta ser la obra social de un grupo bien preparado del cual es Antonio Caso sólo un miembro, pero el más entusiasta para entregar su vida al cultivo y la enseñanza de la filosofía. Es así como, desintegrado el grupo y dispersos sus miembros, queda él solo para seguir en México animando la actividad filosófica, hasta lograr conseguirle una posición prominente en la cultura mexicana. El lugar que la

ciencia le había quitado amparada por el positivismo, Caso logró reconquistarlo por su infatigable actividad, talento y elocuencia. No se puede negar que el florecimiento que tiene hoy la filosofía en México se debe a la enseñanza de Caso, que cubre un lapso de 35 años en la vida universitaria de México.

Después de haberse educado en el positivismo, Caso se reveló contra él, por los motivos que serán señalados después, y formó su propia filosofía, haciendo suyas ciertas ideas fundamentales del pensamiento contemporáneo. Formando una síntesis con estas ideas, Caso ha logrado un núcleo de principios conforme a los cuales se ordena su sistema filosófico. Su filosofía, ciertamente no es original, pero en la interpretación de las ideas, en la acentuación de algunas para darles mayor jerarquía filosófica que a otras, en la forma de exponerlas y sobre todo, en el tono de acogerlas o rechazarlas, se pone de manifiesto una acusada personalidad. En definitiva, ésta se encuentra en el módulo de sus reacciones vitales y emocionales ante las diversas ideas así como en el tono y la forma peculiar de expresarlas.

Fué precisamente la enseñanza en la cátedra la expresión más personal de Caso. Creó un estilo de hablar y de exponer muy suyo que daba una forma bella y animada a las ideas; era una elocuencia diáfana y vivaz que atraía a sus oyentes y despertaba en ellos el interés y aun el entusiasmo por el pensamiento filosófico. Desarrollaba sus temas con gran amenidad y daba un calor dramático a la controversia de las ideas en la historia de la filosofía. En el lugar oportuno intercalaba citas que no eran un alarde del vasto campo de sus lecturas, sino el apoyo o la ilustración de sus propios argumentos. De este modo llegó a convertir su cátedra en una de las más concurridas de la Universidad de México, en la que se congregaba un público mixto de estudiantes, profesores y gente de mundo. Así la filosofía rebasó el círculo universitario y logró interesar a todos los diletanti de la cultura. Para naturalizar nuevamente la filosofía en México, resultó muy eficaz el ropaje moderno, elegante y vistoso con el que Antonio Caso supo vestirla.

La aparición de Caso en el mundo intelectual fué una exigencia del momento histórico de México en el que un empobrecimiento y limitación de la vida espiritual reclamaba una mayor profundidad de pensamiento y nuevos horizontes para

su acción. Lo que quiero decir con esto es que Caso no era un espíritu de lujo, sin sentido para un país también empobrecido y desgarrado en otros campos. Caso era un pensador cuya existencia respondía a una necesidad y a una aspiración nacional; nacía para enfrentarse a problemas planteados por la situación espiritual del país a principios de este siglo. La situación de México era la que para toda América describe tan hermosamente el *Ariel* de Enrique Rodó: era un rebajamiento de ciertos altos valores de la vida ocasionada por las circunstancias políticas, sociales y económicas, dentro de las cuales el positivismo más bien que una causa determinante era un síntoma. Caso en México, hizo a este último el responsable casi único de la depresión moral y espiritual por la que el país atravesaba en ese momento y lo convirtió en algo así como en un enemigo público al que se debe destruir para la reconquista de los bienes perdidos.

Caso tenía razón en cierto modo, porque el positivismo era en México un factor determinante, no en su sentido filosófico original que tenía en Comte o Spencer, pero sí convertido en una ideología al servicio de los intereses de la clase dominante. Cuando Barreda importó el positivismo a nuestro país fué un instrumento para enfatizar el valor de la realidad y de la ciencia desterrando para bien de nuestra cultura, el verbalismo escolástico. Más tarde, a fines del régimen porfiriano, se convierte en una ideología que dominando la educación, influye en la formación de las generaciones mexicanas que pasan por la escuela. La ideología que en un principio fué benéfica para México se convierte en dañosa. Caso tuvo también razón en combatir al positivismo no como ideología sino como filosofía.

Todavía en 1908, Caso hace una revisión del positivismo en unas conferencias donde se revela la amplia información filosófica y la capacidad de exposición de aquél, pero que según Henríquez Ureña adolece de insuficiencia crítica y sobre todo representan un atraso en la posición filosófica, cuando ya se difunde por el mundo el pragmatismo de James y el intuicionismo de Bergson. En suma Caso persiste aún dentro de la filosofía positiva. Sin embargo, el ambiente de México estaba preparado ya para una renovación; la juventud había leído la prédica idealista de Rodó que marcaba ya un camino

de emancipación aun cuando dejaba intacto el valor del positivismo, y sólo trataba de compensarlo ennobleciendo la vida, con el desinterés cristiano y un humanismo estético. Un poco más tarde, por influencia de sus compañeros de grupo, Caso descubre la falsedad del positivismo, que no correspondía a su temperamento, y se adhiere a las nuevas corrientes filosóficas en las que encuentra una expresión de su propia índole espiritual. En estas doctrinas ve el camino para lograr el desarrollo de su personalidad filosófica y, desde ese momento, dedica su actividad a combatir el positivismo y propagar las nuevas verdades que se han convertido en el credo definitivo de su pensamiento.

La polémica con el Positivismo

EL positivismo que había sido implantado por Barreda como la única verdad capaz de imponer un orden nuevo que superara la lucha entre católicos y liberales, se había convertido en un dogma que limitaba la actividad del espíritu, encerrándola en los estrechos límites de la ciencia positiva. Del lema de Barreda, Libertad, Orden y Progreso, desaparecían la libertad y el progreso, quedando solamente un orden estático que tendía a la conservación de lo establecido. La única manera de cambiar esta situación era emprender una crítica filosófica al positivismo y sustituirlo por una doctrina que diera satisfacción a nuevas necesidades espirituales. "Necesitamos de una fe, dice Caso, para dar pábulo a nuestra religiosidad congénita; de una ciencia para guiar por la industria nuestro influjo sobre el mundo, de una metafísica para justificar nuestro saber, para investigar las condiciones de nuestro conocimiento, para legitimar y precisar nuestro ideal". Así es como Caso expresa la demanda de su espíritu y el de su generación que ya no se conforma con el dogma positivista según el cual la ciencia es la única fuente válida de nuestros conocimientos. "Quienes piensan que las Ciencias sin fundamentos racionales, es decir, metafísicos, puede bastar a las necesidades mentales de la humanidad; quienes en la Ciencia fundan o creen fundar criterios morales, religiones nuevas y límites absolutos del conocimiento se equivocan totalmente: la historia así lo demuestra

y corrobora, cuando al señalar los desastres irremediables de tales propósitos, comprueba concomitantemente la vital inquietud del pensamiento, hoy y siempre ávido de proseguir en su empeño consustancial de verdad”.

El deseo de Caso es restaurar la metafísica, para responder a ciertos problemas del espíritu a los que la ciencia, por la limitación que ella misma ha impuesto a sus conocimientos, es incapaz de abordar. Pero el paso a la metafísica no es una vuelta a los métodos tradicionales que han sido definitivamente liquidados por la crítica filosófica. Se trata de un tipo nuevo de metafísica que no se opone a la ciencia ni a la experiencia, sino que al contrario las aprovecha y las completa. Caso y su grupo encuentran que el modelo de esta nueva metafísica la proporciona el sistema de Schopenhauer. “Sin suscribir por completo el entusiasmo del eminente discípulo que afirma: ‘el voluntarismo es la verdad, pero se debe despesimizarlo’, sin admitir siquiera la *Voluntad* como principio metafísico supremo, sí creo que la filosofía de Schopenhauer marca claramente el único rumbo posible para la metafísica experimental; esto es la interpretación especulativa, cosmológica de los resultados obtenidos por las ciencias fundamentales”. Por lo pronto Caso se adhiere a la opinión de que es posible una metafísica fundada en la experiencia aduciendo, no solamente el caso de Schopenhauer, sino también las doctrinas de otros filósofos del siglo pasado como Lotze, Eduardo von Hartmann, Taine y Boutroux que, siguiendo el mismo método, han elaborado diversas teorías metafísicas. En este primer momento de su evolución, cuando Caso deja de ser positivista, acepta la posibilidad de un conocimiento metafísico, obtenido mediante la razón, pero que en cierto modo incluye otras porciones del espíritu. “La metafísica no es sólo teórica, sino práctica: no sólo se asienta en la inteligencia, también reclama la síntesis del sentimiento y de la voluntad, la ‘totalidad del yo’. La metafísica supera en la ética, el círculo esencialmente intelectual y, abarcando toda la personalidad humana y todo el universo como condición esencial de la vida, se une a la religión y la complementa”. No obstante pues que según Caso, es la ética el camino para rebasar el dominio de la inteligencia, por el momento sigue fiel al racionalismo, subrayando el papel decisivo que juega en la metafísica el conocimiento intelectual.

"Es bello y confortante, —dice— el espectáculo que proporciona la metafísica brotando de la experiencia como su intelectualización más alta". Lo que importa desde luego al filósofo mexicano son los nuevos horizontes abiertos por donde escapar de los dogmas positivistas, el relativismo y el agnosticismo que estancaban la evolución del pensamiento. Lo que aparece a los ojos de Caso es el movimiento constante de las ideas a través de la historia, mostrando que el pensamiento no se detiene en una verdad definitiva. "El desarrollo mental en el siglo XIX es una evolución acelerada vertiginosamente que no permite ni tolera el anquilosamiento". Juzga Caso que este movimiento incesante de las ideas es principalmente un atributo de nuestro tiempo. "Veneremos nuestra gloriosa edad inquieta y revolucionaria. Rindamos nuestra admiración más sincera a la vertiginosa transformación de las ideas. Hagamos cuanto esté de nuestra parte por ser dúctiles, cambiantes, proteicos, para procurar ser hijos verdaderos de nuestro tiempo, discípulos no indignos de Goethe y contemporáneos inteligentes de Nietzsche; para que nuestro espíritu al extenderse y vivir, según su ley propia, persiga las innumerables adaptaciones que se requieren con la vida universal, tan dúctil, tan cambiante, tan proteica, según su esencia misma. Tal es la misión del hombre, tal el destino que nos reserva la realidad maternal e inagotable". Aparece en Caso la idea de la vida considerando que ésta consiste en el cambio constante. "La muerte está aún lejos. Para ese momento fatal reservemos, como Platón, la inalterabilidad de las convicciones definitivas". La única verdad que se puede afirmar como definitiva es la que postula el perenne devenir. "Tengamos el valor de renovar la base misma de nuestras más profundas opiniones, cuando hallemos un obstáculo legítimo que nos impida estimarlas como verdaderas". Y esta actitud de pensamiento no es para Caso entregarse a la veleidad de las opiniones, no es "anarquía deprimente" sino verdadera libertad de pensamiento ante la imposibilidad de aceptar "dogmatismos y escolásticas". Estas ideas que aparecen en su primer libro como expresión más sincera de sus convicciones personales revelan que Caso había logrado captar el sentido de la filosofía de su tiempo. Se muestra como un "historicista" no de dirección escéptica ni relativista. Su temperamento no fué nunca el de un espíritu

que se debate en la duda lleno de impotencia. Fué al contrario, un espíritu animado de entusiasmo y de fe, de fe en la vida que sólo rechaza las verdades definitivas cuando éstas restringen su libertad y son un obstáculo al desenvolvimiento amplio de sus impulsos ilimitados.

En un principio Caso no entiende por metafísica sólo un problema especial de la filosofía, sino que identifica del todo los conceptos de filosofía y de metafísica, si bien dentro de ésta incluye todos los problemas filosóficos. "Lo que se llama filosofía o metafísica general es un conjunto de problemas íntimamente relacionados entre sí...". El primer libro de Caso, *Problemas Filosóficos*, ofrece el interés de mostrar el tránsito del autor de la posición intelectualista, que adquirió del positivismo, al punto de vista del anti-intelectualismo que conservó durante el resto de su vida. En los capítulos preliminares, en donde se ocupa de la metodología del intelectualismo, todavía parece sostener que el órgano esencial de la Filosofía es la Razón, en tanto que en los capítulos finales adopta una posición francamente favorable al método de la intuición, como instrumento privativo del conocimiento filosófico. "Los procedimientos deductivos, dialécticos y científicos no pueden abarcar la realidad metafísica". No es la realidad insondable para el espíritu humano, sino únicamente para el intelectualismo en sus diversas formas ya emplee métodos geométricos, dialécticos o científicos. Los medios de conocimiento de que dispone el hombre no se reducen a los racionales; existen otros, mucho más eficaces para el conocimiento metafísico, como los procedimientos de la intuición. De este modo Caso, después de recorrer críticamente las doctrinas culminantes del intelectualismo, adopta, para su propio pensamiento filosófico, el criterio intuicionista. "Para llegar a la verdad metafísica hay que combinar los métodos y los resultados científicos con las verdades de la intuición. Esta combinación es el método privativo de la Filosofía".

Su concepción de la Filosofía

OBSERVANDO Caso el panorama de la filosofía contemporánea se hace consciente del gran movimiento del irracionalismo y considera que esa es la vocación de nuestro tiempo: "Prag-

matismo integral o pragmatismo mitigado, pero siempre filosofía de la acción, de la voluntad de la intuición; . . . todo concurre a un propósito sintético, a una acción conjunta y clarísima de oposición al viejo y clásico intelectualismo". "Es, en suma, el movimiento, una reivindicación del espíritu de la vida espiritual autónoma e irreductible, de lo propio y genuinamente humano. No es idealismo, como suele decirse, sino humanismo". "Toda filosofía es en cierto modo humanismo". "La verdad fundamental de toda filosofía es una verdad antropológica, una intuición esencialmente idéntica a las intuiciones estéticas y que sólo difiere de ellas por su objeto universal y no individual". La filosofía de este siglo proclama: "nueva visión de la realidad, nueva intuición, de la vida, nueva evolución, *evolución creadora*, es, en suma, la concepción del mundo al través de una concepción nueva del hombre: el primer dato del humanismo contemporáneo".

Su concepción del Hombre y el Mundo

ESTAS ideas las escribía Caso cuando estalló la guerra europea de 1914, a la que considera como un mal inevitable pero que vendrá a sanar a los pueblos europeos "envenenados de inveterada indiferencia moral, de sórdido pragmatismo". Su esperanza es que la honda crisis bélica produzca una transformación del hombre, que durante el siglo XIX, nutrido de positivismo y materialismo, vivió una transmutación de valores que puso el *tener* sobre el *ser*. Su ideal se cifra en que la conmoción de la guerra haga aparecer un *hombre nuevo* y una nueva civilización "consagrados a los intereses espirituales teóricos y prácticos de la humanidad". Funda esta esperanza en que el resurgimiento de una filosofía espiritualista, no es otra cosa que el síntoma de una nueva época histórica que refleja en aquella filosofía su personalidad peculiar. Desde entonces, al convertirse a la nueva filosofía, las convicciones de Caso se han mantenido fijas en una concepción espiritualista del hombre y de la vida, que se formula en el libro más representativo que ha producido: *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*, título que recuerda por su estilo el que dió Schopenhauer a su obra fundamental *El mundo como volun-*

tad y como representación. Aquel libro es un breviario de toda la filosofía de Caso, típica del estilo de exposición y desarrollo que emplea para sus tesis filosóficas. En el primer capítulo discute las tesis de las ciencias biológicas para sostener el neovitalismo, según el cual la vida es un hecho irreductible a los fenómenos físico-químicos y constituye un orden peculiar que posee sus leyes propias. Estas leyes son las del acaparamiento y el poder, que el hombre ejercita tendiendo al menor esfuerzo con el mayor provecho. En suma, la vida es egoísmo y economía. La finalidad de este capítulo es mostrar que la "vida es economía" y que una moralidad fundada en este postulado tiene que conducir al imperialismo "apoteosis de la vida pura, fuera del derecho; de la libertad pura, fuera de la justicia; del poder sin verdadero amor ni finalidad moral; de la existencia como economía".

Pero la ciencia es también economía, es decir reducción de la complejidad de los hechos concretos, de su múltiple variedad, a unos cuantos conceptos abstractos y generales. Sobre esta cuestión, Caso ha hecho una historia muy personal del Pragmatismo haciéndolo arrancar de la filosofía de Schopenhauer. Presenta una sucesión de textos muy convincentes para probar que la concepción pragmatista del conocimiento está ya en Schopenhauer y luego en su discípulo Nietzsche. Completa la exposición con la cita de textos de los sabios y filósofos contemporáneos que han contribuido a impulsar la poderosa corriente pragmatista en este siglo. Resulta así una historia llena de brillantez y colorido en la que, con gran claridad, se hacen destacar los aspectos fundamentales de aquella doctrina. Para ésta, la inteligencia carece de competencia filosófica y, según Caso, sólo recurriendo a la intuición metafísica, puede el pensamiento salvarse del agnosticismo que ha sostenido el positivismo y el neokantismo. Viene en seguida un alegato en favor de la intuición aduciendo las razones que han formulado Bergson y luego Husserl en favor de sus respectivas tesis. La parte medular de la obra es aquella en que se expone una "cosmovisión" espiritualista de la vida, fundada en el fenómeno del desinterés que se manifiesta en el arte y la caridad.

Es este libro en el que se expresa mejor el modo personal como Caso entendió y asimiló el concepto de la filosofía. Para él no es ésta un ejercicio especulativo destinado a la satisfac-

ción de un mero afán de saber. Más que el saber por el saber vale para Caso el saber para vivir. "Sin saber nada o casi nada, de la naturaleza de las cosas, hemos vivido siempre. No podríamos vivir en cambio sin saber cómo es bueno vivir. La moral o teoría de la significación de la vida, doctrina del deseo y la voluntad, es más importante que el análisis matemático, las fórmulas lógicas y las ciencias naturales e históricas. "¡Primero es vivir!". Una filosofía que fuera solamente teoría de la existencia sería incompleta si no va seguida de una teoría del valor de la existencia. El humanismo de Caso consiste en esta primacía del interés ético sobre el interés puramente teórico y especulativo. Es así como su concepción del mundo está compuesta más bien que por datos puramente ontológicos, por aspectos de la existencia en los que se apoyan sus valores estéticos y morales. Lo que resalta del mundo, al ser pensado por Caso, no es su estructura ontológica objetiva sino aquel conjunto de fuerzas que hacen posible, dentro una ley universal de interés y utilidad, el arte y la moral. La existencia, dice Caso, no es sólo economía, sino también desinterés y caridad. En esta fórmula se resume su concepción del mundo.

Los principios filosóficos anteriores que forman el núcleo de la doctrina personal de Caso fueron aplicados por éste a diversos temas que constituyeron durante su vida el objeto de una especial preocupación. Tales temas fueron el concepto de la Historia Universal, el concepto de la Historia de la Filosofía, la teoría del arte y la Filosofía de la Historia, sobre los cuales desarrolló varios cursos universitarios. En sus libros también expuso sus opiniones sobre los mismos temas resumiendo ideas ampliamente tratadas en sus lecciones.

TRES NOTAS DE HISTORIA DEL PENSAMIENTO HISPANO-AMERICANO

ANTONIO CASO

CON Antonio Caso, fallecido repentinamente el 5 de marzo del año en curso, a los sesenta y dos de edad, ha desaparecido uno más de la promoción de los grandes maestros llamados Deustua, Korn, Caso, Vasconcelos, Vaz Ferreira. . . , maestros no sólo del pensamiento de los países de lengua española, sino de la cultura toda de estos países —porque para justipreciarlos, como es debido, singularmente a partir del día en que han ido entrando por modo definitivo en la inmortalidad, es menester empezar por decir que semejante justipreciación es imposible si no se reemplazan los principios, extranjeros, con arreglo a los cuales es sólo hacerla por aquellos otros, autóctonos, cabe llamarlos, que requiere su originalidad: pues en contra de la opinión, no poco difundida aún, que no acierta a descubrir en ellos una originalidad creadora equiparable a la de los grandes pensadores de los países que pasan, o pasaban, por ir a la cabeza de la cultura universal, hay que afirmar que su originalidad es tanta, es tal, que hace ineludible arbitrar los aludidos otros principios. La originalidad mentada por la referida opinión es la originalidad en el dominio abstracto de las ideas, de las doctrinas, pero ¿y si la originalidad de estos maestros rebasase dicho dominio, por ser la función de la filosofía tan distinta en nuestros países de su función en aquellos otros, que el término "filosofía" resultase de distinto sentido en los primeros que en los últimos? Oscilando ya desde Grecia entre una vida teórica o contemplativa y una vida práctica o activa, especialmente política, el término no ha significado exactamente lo mismo a lo largo de la historia. . . Alguien tuvo el acierto de formular la significación nacional de Korn señalando cómo el gran maestro argentino representaba la normalidad de la vida filosófica en su país, pero ¿y si este concepto mismo, de la normalidad de la vida filosófica en un país, tuviese diversa comprensión según los países a que se extienda?

La normalidad de la vida filosófica en nuestros países requería, ante todo, la reincorporación de los mismos a la filosofía universal por medio de la reincorporación de ésta a ellos. Lo que no podía hacerse sino *viviendo* las filosofías surgentes sucesivamente sobre el área de la filosofía universal de nuestros días—Bergson, la fenomenología, el existencialismo. . .— o *viviendo* la historia de la filosofía contemporánea. Es sabido cómo Caso resulta descollante en este punto. Posible es que en él se alcance como el más eminente entre sus compañeros de promoción. Tras de haber cooperado a superar en estos países el positivismo mediante el bergsonismo—"principalmente", quizá con mayor exactitud que "exclusivamente"—en la forma conocida de todos, en forma acaso ya no tan conocida de todos se asimiló el pensamiento de Husserl como para poder aducirlo contra el neopositivismo en labor tan consecuente con aquella gesta inicial como fiel al sentido de la controversia en que entraron el fundador de la fenomenología y Schlick, maestro del "Círculo de Viena"; y había últimamente penetrado el existencialismo heideggeriano tan hasta la raíz como revela la sección que lleva por título *Acidia* en uno de sus últimos libros. En este infatigable *seguir la historia* de la filosofía contemporánea, que no es *seguir las filosofías* de esta historia, se da la circunstancia notable de haber llegado más allá, o más bien, venido más acá, que algunos de sus propios discípulos, en lo que parece forzoso percibir una juventud prolongada por encima de los límites naturales de la edad—y una naturaleza filosófica excepcionalmente auténtica, si la filosofía fuese por esencia cosa propia de la edad juvenil en cierto sentido. . .

La normalidad de la vida filosófica en nuestros países es lo más probable que requiriese, inmediatamente, una filosofía de la "circunstancia". Caso había pasado de incorporar a su circunstancia mexicana la filosofía universal, incorporando a ésta aquella, a elaborar en vista de su patria circunstancia, con vistas a ella, aquella filosofía que juzgaba más capaz de elevarla a la más alta "actualidad" de que la pensaba "potente": *Discursos a la Nación mexicana* podría ser el título de toda esta parte, la crecientemente preponderante, la decisiva de su obra, la parte de la que podía ser también título el de *La Persona humana y el Estado totalitario*, el libro en que vino a "circunstancializarse", a hacerse concreta y por ello más viva y original la sistemática concepción universal—siempre oriunda, empero, de su personal sentido de la existencia—de *La existencia como economía, desinterés y caridad*. La cifra de la filosofía de Caso es *cristianismo*

y *liberalismo* en impregnación recíproca: cristianismo liberalizado, liberal, libre de un confesionalismo *dogmático*, devuelto a su esencia *moral, vital* originaria, en la doble acepción de originadora de él y de originadora de sus creaciones más fértiles, liberal con toda otra confesión, doctrina o vida profesada con igual espíritu; cristianizado o recristianizado liberalismo, que no se limita a dejar a los demás en una libertad formal y vacía, egoístamente, que no se contenta con menos que con el libre ejercicio gozoso de la caridad hacia todos, como en la figura del santo, Francisco, singularmente simpática para el maestro; y todo ello, como única filosofía fiel al pasado de las circunstancias, concéntricas, mexicana y occidental, y por lo mismo única viable en el futuro de ambas. El *personalismo* de su última jornada es la expresión conjunta de ambas orientaciones en esta su adaptación a las circunstancias. Si Cristiandad medieval y modernidad liberal son las edades esenciales del pretérito de Occidente y, en éste, de México, determinantes del porvenir de uno y otro, no puede caber duda de que Caso tuvo el acierto de centrarse en la coyuntura presente y mexicana de ambas, lo que será decisivo para la memoria venidera, mejor, en marcha ya, del maestro. Que la coyuntura sea crítica —no es impedimento, sino razón de la marcha, dialéctica de las cosas humanas.

La normalidad de la vida filosófica en nuestros países es lo más probable, también, que requiriese, además, el empleo de formas de comunicación, de expresión —de las que son sólo parte las de enseñanza y con todas las cuales están en una relación esencial las de ideación— estética, única capaz quizá de tener la eficiencia deseable y deseada sobre una circunstancia como la de estos países; y no sólo como las del libro o del ensayo de revista, en el dominio de la palabra escrita, o de la lección de cátedra o de la conferencia, en el de la palabra oral, sino hasta como la del artículo de periódico, de máxima publicidad, y la de la administración del "Santo Sacramento de la Conversación" en el seno de la amistad íntima: Caso venía componiendo sus últimos libros con los artículos que publicaba con semanal regularidad en la prensa diaria, si con arreglo a un plan de libro, adaptando éste y su plan a las exigencias de aquella forma de publicidad; y en cuanto al octavo Santo Sacramento, acaso para los recipientes de él por ministerio del maestro sea la privación del mismo la más insobrelleable de todas; el recuerdo de aquellas altas horas nocturnas en que el hombre se abría en el retiro de su biblioteca al interlocutor, el más imborrable de los recuerdos.

Mas para la normalidad de la vida filosófica en nuestros países era indispensable, sobre todo, que la filosofía encarnase en personalidades que la profesasen exclusivamente, anverso del reverso consistente en profesarla íntegramente: sin compartirla con otras dedicaciones, sin rehusarle nada de la propia vida y personalidad; sin hacer política y sin cultivarla sólo teóricamente; no haciendo sino filosofía, pero filosofando en alma y cuerpo, hasta con la médula de los huesos, que se le estremecía al maestro, a no dudar por la expresión de su cuerpo todo, sería difícil decidir si más sobre la cátedra que bajo el techo doméstico. Es lo hecho por Caso como nadie, es posible, ni en México ni en ningún otro de nuestros países. Su lealtad a la vocación, su perseverancia en la profesión de la filosofía, a través de "circunstancias" que sólo parecerán favorables a la reflexión póstuma sobre el impacto de él en ellas, su abstinencia en materia de poder, de riqueza y hasta de sociedad, es el núcleo mismo de aquel "carácter" que era el necesario para profesar la filosofía en la forma en que necesitaba, a su vez, que se la profesase la circunstancia: conjunción, coincidencia feliz de la existencia de una personalidad con la historia de una colectividad que marca los grandes momentos de la historia de las colectividades: el héroe filosófico, que sólo puede darse mientras o hasta que él mismo asienta la normalidad que, como toda normalidad, acaba con la posibilidad del heroísmo dentro de su ámbito y vigencia.

Esto, en la esfera pública. En otra más privada, se advierte que la especie del gran señor, del caballero, en el sentido español, tan español, de este vocablo, era la justa, con su superioridad, su señorío, tan consciente de sí como contenido, inaparente, y su despego de todo pequeño interés, no ya material, sino personal, para satisfacer la colectiva necesidad enunciada; y la que incorporaba Caso según mostró a lo largo de su vida, pero puede que como en ninguna ocasión de ella en la acogida que hizo a los colegas arribados a México a consecuencia de la guerra en España. Aunque motivada últimamente por la conciencia de la unidad hispana y americana y por la devoción, por el patriotismo de esta unidad, sólo tal caballero era capaz de ejercitar su señorío en recibir con hospitalidad irreprochable, sin recelos y sin alardes, a sus colegas, ya que no sus iguales —a menos que en la condición del gran señor no entre precisamente semejante conciencia y devoción o patriotismo. Pero la gratitud que por ello le debe con otros el autor de esta nota no es sino un motivo

más que se suma a las apuntadas razones de admiración y memoria, válidas para todo el que fije un punto su atención sobre la vida, obra y personalidad del desaparecido y su significación histórica.

FILOSOFIA EN EL URUGUAY

EN anteriores notas de éstas he comentado o recordado las publicaciones de contenido más amplio con que cuenta la historia del pensamiento en los países hispano-americanos en general; en México, Argentina, Cuba, Bolivia, en particular. En tanto se disponen a aparecer una nueva y una primera aportación de la misma amplitud a dicha historia en Cuba y Chile, respectivamente, nos ha llegado una primera referente al Uruguay: el volumen titulado *Filosofía pre-universitaria en el Uruguay*, publicado en Montevideo el pasado año de 1945 por el Sr. Arturo Ardao, joven investigador según las noticias, distinguido según muestra este su libro. Lo componen cuatro trabajos "concebidos y realizados por separado", y aun dos de ellos publicados con anterioridad, sobre la Escolástica, la Ideología, el San-simonismo y el Fourierismo, respectivamente, y un anexo que reproduce los programas con arreglo a los cuales se profesó o proyectó enseñar la filosofía en los centros docentes del país antes del funcionamiento de la Universidad nacional. Si el tratarse de cuatro trabajos así concebidos y realizados ha traído como consecuencia algunas repeticiones, ello no ha impedido que el recogerlos en sucesión dé de la trayectoria histórico-intelectual que abarcan una imagen perfectamente clara y precisa —gracias a las dotes del autor.

La vida del Uruguay estuvo tan unida a la de la Argentina en los tiempos inmediatamente anteriores y posteriores a la independencia de ambos, que tratar la historia de la filosofía en el primero durante estos tiempos es tratarla en la segunda durante los mismos, bajo el punto de vista de la influencia de esta historia sobre aquella y de la participación del Uruguay en la historia de la filosofía en la Argentina. El Sr. Ardao la traza registrando exhaustivamente los hechos —por ejemplo, *todos* los que profesaron la filosofía en el país hasta el gran maestro de nuestros días, Vaz Ferreira, se encuentran siquiera situados, cuando no caracterizados y enjuiciados: Chambo, Faramiñán, Campano, Lamas, Alameda, Villegas, Ruano, Peña, Ellauri y Escalada—, procediendo con una disciplina metódica rigurosa, cabal, ejemplar, y escribiendo con un estilo ceñido y puntual. A la acucio-

sidad con que procuró informarse de los conocedores e investigar por sí en los lugares donde podían encontrarse las fuentes documentales originales se deben descubrimientos propios o noticias sobre descubrimientos ajenos de importancia o interés.

En el Uruguay empezó a enseñarse la filosofía a fines del siglo XVIII. Empezó a enseñarse la escolástica, pero la escolástica, ni vigorosamente mantenida, ni suficientemente regenerada por la filosofía y la ciencia modernas, de aquella fecha. Esta enseñanza se prolongó hasta tan entrado el siglo XIX, que pudo llegar a ligarse con el eclecticismo francés de este siglo. —A diferencia de la Argentina, donde la ideología tuvo el amplio y brillante desarrollo representado por los nombres de Lafinur, Agüero y Alcorta, en el Uruguay se limitó a ser conocida de jóvenes uruguayos que pasaron por la Universidad de Buenos Aires o que sufrieron la influencia de los intelectuales argentinos proscritos por la tiranía de Rosas y a ser profesada durante un año académico por Salvador Ruano, figura de una interesante fugacidad enigmática, cuyo curso le promovió una polémica con Alberdi muy importante por sus resultados: los datos y consideraciones del Sr. Ardao referente a ella son los primeros en dar noticia cabal de la participación de Ruano en ella y en hacer justicia a esta participación—. El sansimonismo representa "el momento de mayor penetración alcanzado por la cultura platense"; en efecto, "El Fragmento Preliminar" ["al Estudio del Derecho" de Alberdi] suscitó un histórico principio de polémica a través del río entre Alberdi y Andrés Bello, que vino a constituir el primer contacto entre los representantes de las nuevas ideas de una y otra banda. La disputa dió lugar a que Bello se relacionara personalmente con Miguel Cané, compañero de estudios e íntimo de Alberdi, ya pasado a Montevideo. Ambos fundaron a principios del año siguiente "El Iniciador", la célebre tribuna de la tendencia en cuyas páginas se publicó por primera vez la "Creencia" [el "Dogma Socialista"] de Echeverría. El romanticismo socialista argentino se desarrolló en el suelo uruguayo. Del lado uruguayo se destaca señera en el movimiento la sugestiva figura del Bello juvenil, inquieto, oscilante, noblemente afanoso de nombre. Del lado argentino debe contarse como culminación de este movimiento romántico socialista, más aún que el movimiento de la ideología, ya que si fué momento importante en la polémica con Ruano, lo inspiró el romanticismo socialista, el programa del curso de filosofía contemporánea que Alberdi planeó dar en el Colegio Oriental de Humanidades, y en el que se debe reconocer el programa

del tránsito del romanticismo al positivismo argentinos, y, lo que es mucho más, el programa de toda la que quiera ser *filosofía americana, y española*, en el mismo sentido en que son la filosofía francesa, inglesa, alemana. . . ; uno de los puntos decisivos, pues, en la historia entera del pensamiento de lengua española. —Los escrúpulos del autor en cuanto a la incorporación al volumen del trabajo sobre el fourierismo no parecen justificados, ni particular por la índole y alcance de los hechos, que fueron de difusión de las doctrinas de Fourier, ni, aunque no lo hubieran sido, en general por el acertado criterio acerca de lo que debe ser la Historia de la filosofía, no sólo en nuestros países, sino en todos, que preside perceptiblemente estos trabajos del Sr. Ardao: Historia no limitada a los filosofemas, doxográfica, sino extendida a cuanto rodea a los filosofemas —*Historia*—. La en parte simultaneidad y en parte sucesión de los cuatro movimientos coincide con lo acontecido en otros países hispanoamericanos, además del argentino, y es una prueba más de la unidad de la historia de su pensamiento, de su cultura, de su historia toda. —El anejo constituye una importante contribución a la publicación de los textos que son la base indispensable de la Historia de que se trata, aunque sólo fuese por la publicación del programa de Alberdi según el texto original o depurado de las numerosas y gruesas faltas de la reproducción en las *Obras Póstumas* de Alberdi y aun en *El Nacional* de 1840.

Finalmente, con la última parte de la *Introducción* rebasa realmente el volumen el límite pre-universitario de la historia de la filosofía en el Uruguay, extendiéndose prácticamente a la totalidad de esta historia, al hacerlo a su continuación hasta el acceso a la cátedra universitaria del gran maestro ya de nuestros días, Vaz Ferreira, que "separa dos épocas. Con él la filosofía nacional llega a la mayoría de edad y se hace creadora".

LOGICA VIVA

Y HE aquí que la Biblioteca Filosófica de la Editorial Losada de Buenos Aires acaba de lanzar una nueva edición de la *Lógica Viva* del maestro, una de las obras más originales y valiosas de todo el pensamiento contemporáneo de lengua española, como debe llegar a saberse más allá de los países del Plata en términos en que quizá no se sabe aún, pero en que sin duda llegará a saberse en breve gracias a esta aparición en una colección tan conocida y estimada.

En una nota como ésta no cabe hacer de la obra el examen que merece de todo estudioso del pensamiento de lengua española, pero sí al menos insinuar algunos puntos de vista que se ofrecen como particularmente aptos para definirla, situarla y valorarla justamente.

La lectura de la obra sin una reflexión intencionadamente ahondadora sobre la misma, y hasta la presentación que de ella hace el propio autor, inducirían a concluir que se queda en una exposición sin duda muy documentada, precisa, amena y sugestiva de una serie de falacias reales, en lugar de los raciocinios ideales de la lógica tradicional, pero en definitiva superficial y asistemática, por detenerse en el mecanismo de los procedimientos a proceder mentales recogidos al hilo de la ocurrencia y en sus malos efectos prácticos, sin profundizar hasta los motivos originadores de los mismos —que resultarían darles una inesperada unidad radical: porque tal avizora, en efecto, una reflexión como la mentada. Espontáneamente, cabe decir, se agrupan unas con otras y se ordenan unas tras otras las más, si no la totalidad, de las falacias expuestas, por relaciones dimanantes de su naturaleza, que no dejan de encontrarse explícitas o expresas en la exposición misma y que en todo caso concluyen en disponerlas a niveles en el más hondo de los cuales se trata de la índole y valor mismo del razonar en general y en particular del razonar en metafísica. Las "falacias verbo-ideológicas", referentes a las cuestiones *sin sentido*, tienen una prelación lógica sobre las "cuestiones de palabra y cuestiones de hecho" y las "cuestiones explicativas y cuestiones normativas", que siguen a aquéllas en inmediata sucesión lógica; a las "falacias verbo-ideológicas" y a las "cuestiones de palabra y cuestiones de hecho" se agregan, según el mismo tipo de razones, la "psicología y lógica de las clasificaciones y falacias verbo-ideológicas relacionadas" con las clasificaciones; los "errores de falsa oposición" y "la falsa precisión" señalan cuestiones de grados que constituyen el meollo del examen del "valor y uso del razonamiento", con el que se relaciona también el de "los planos mentales"; y la "psicología y lógica en las clasificaciones y falacias verbo-ideológicas relacionadas" entrañan una crítica de la lógica clásica como "la falsa precisión" la entraña de la metafísica tradicional. Tales relaciones se fundan última e indesconociblemente en el funcionamiento de la razón misma. En lo que el libro enuncia se encuentra puntualizada la posición filosófica del autor, si adverso a la metafísica racionalista de la tradición por obra de un espíritu oriundo del positivista, notorio poseedor del más fino y actual sentido para el

irracionalismo metafísico de nuestros días. La *Lógica Viva* es un ejemplo eminente de sensibilidad para lo que en la vida humana hay de rebelde al logos clásico, y en esto converge con los esfuerzos por crear lo que uno de ellos ha llamado una nueva "razón vital"; pues cuando el autor se encuentra empujado hacia la falsa oposición o precisión en su propio estudio de las falacias, expuesto todo él a incurrir en falsa oposición a éstas, a no comprender su razón de ser, y a dar a esta oposición misma una falsa precisión, no deja de corregirse debidamente—tal es una frecuente función, por ejemplo, de los apéndices—. De lo que el libro enuncia y de lo que hace divisar se desprende una comprensión de cómo en la falsa precisión de la metafísica racionalista de la tradición se halla la razón de ser teórica e histórica del irracionalismo metafísico de nuestros días. En general, el libro hace pensar si habrá en alguno que no sea de matemática o de ciencia exacta de la naturaleza alguna página que no contenga falacias de las estudiadas—y, consecuentemente, si, fuera de los dominios de las ciencias acabadas de nombrar— por lo más o menos *abstracto*, simple de sus objetos—, no se hará la marcha intelectual de la Humanidad por instrumento de la "razón", sino de los cambios de espíritu que aduce Vaz Ferreira en las páginas 206 y siguientes de su obra, de factores "irracionales" merecedores, por tanto, de una valoración positiva. Que por esta vía se llegue a los términos de la filosofía, vinculada a la razón en alguna medida, si no se pasa al equívoco o no se incurre en *metábasis eis allo genos*, pues ¡qué se le va a hacer! ¡en ninguna parte está decretado que la filosofía no deba tener y reconocer sus términos! Pero no deja de parecer posible fijar un justo término medio entre las exigencias del logos, expresión de su naturaleza, de la naturaleza humana misma, y la independencia de las demás realidades, no menos expresión de la suya.

En todo caso, la *Lógica Viva* permitiría hacer, en particular, paradójica, pero estricta justicia al pensamiento de lengua española en lo que éste *no* tiene de falsa precisión, sino de sentido de la "circunstancia". Cuando se trata de resolver cuestiones de grados, de apresar realidades de suyo no exactas, como son todas las *concretas* o verdaderamente reales, la *verdadera* precisión puede estar en el proceder libre del obstinado afán de sistema y de método exacto y hasta en el estilo puramente "literario". Sin incurrir en la falsa oposición opuesta a la del pensamiento sistemático que rechaza el asistemático: sin rechazar la posibilidad, por caso, de una lógica sis-

temática del asistemático pensar en español. En este ser excepcional aportación para la conciencia acabada de sí misma en que debe culminar el pensar en español, está quizá la principal razón del alto lugar de la obra del maestro uruguayo en la historia de este pensar y del no bajo de la misma en la del humano en general.

José GAOS.

FRANCISCO ROMERO Y "PAPELES PARA UNA FILOSOFIA"

EN una carta que D. Alejandro Korn —decano de los maestros filosóficos argentinos— enviara hacia enero de 1927 a D. Alberto Rougés —pensador austero y de honda significación en la cultura del país—, hallamos estas palabras: "Con el filosófico capitán Romero algunas veces lo recordamos a usted con íntima simpatía. Es el hombre mejor informado y que más amor consagra a los estudios de nuestra predilección, pero se me resiste con todos los pertrechos de fabricación germana".¹ Pues bien, "el filosófico capitán" no tardó mucho tiempo en optar por su verdadera vocación ingresando en las Universidades de Buenos Aires y La Plata como profesor suplente y luego titular, al cabo de varios años de publicaciones que le dieron renombre y confirmaron el juicio más arriba enunciado. Desde entonces, no se puede hablar de filosofía en la Argentina sin contar con Francisco Romero que, por su vastísima e incansable labor se ha convertido en el maestro por excelencia de las generaciones que ya persiguen el conocimiento filosófico porque lo estiman norte fundamental de sus vidas.

No bastaría reseñar los escritos que encierran su contribución a la filosofía para ubicarlo dentro de la cultura nacional. Hay valores personales que no pueden ser omitidos, sin restar explicación a la influencia que ejerce en los grupos humanos a los que se halla ligado y para los cuales su personalidad rectora es acicate y ejemplo.

Diríamos que Romero no ha podido dedicarse todavía con la intensidad necesaria al propio pensamiento. Al haber rehuído la soledad del vivir para sí, al no haber cejado en su propósito de que nos informemos, al bregar por la existencia de un clima de normalidad filosófica que permita la investigación asidua y al agotar esfuerzos para que nos situáramos a la altura de la época; debió sacrificar la posibilidad de ir formulando su filosofía. Hasta el presente, lo que lleva realizado es —aparte los valiosos estudios de intención informativa— preparación y anticipo de una empresa mayor. Dejemos a él mismo la justificación: "De mis obras, en cuanto

1 A. KORN: *Obras*. Ed. Universidad Nacional de La Plata, V. II, pág. 321.

autor, prefiero las que todavía no he escrito; desde otro punto de vista, y por encima de todo, lo que prefiero es lo que haya podido hacer en el sentido de estimular algunas jóvenes vocaciones. No se vea en esto —creo que lo saben cuantos de cerca me conocen— ningún prurito magistral. Nunca he intentado ser sino el compañero de quienes se me han aproximado, y he recibido de ellos por lo menos tanto como haya podido darles".²

Estimulando la socialización del saber filosófico para asegurarle permanencia y solidez, con vistas a que se constituya en una modalidad del ser nacional, Romero cumple las esenciales funciones de un político de la cultura. Esto es sobremanera importante si se piensa que la intelectualidad argentina ha vivido hasta aquí de una ilusión generalizada: que la cultura obra por su sola presencia. Y no es así. Hay que buscar los medios de que llegue al pueblo, lo que no es simple ni fácil y requiere nada menos que una pedagogía social de la que sólo existen rastros incipientes.

En su hacer y en su filosofar, Romero tiene presente a la Argentina y América. No surge movimiento, institución, revista, congreso o editorial, relacionados con la filosofía, a los que no se vincule de algún modo y es conmovedora la persistencia con que desempeña —incluso— las oscuras gestiones del propagandista cultural. No ha creído suficiente ejercitar la reflexión en los temas de su interés y dentro de una problemática conectada con la situación actual de la filosofía. Tampoco le basta cumplir en su enseñanza con el deber imperioso de formar a las mentes juveniles en la disciplina y el esfuerzo ininterrumpido y metódico. Va más allá. Extra-cátedra, se propone unir y vincular entre sí, a cuantos —aun en los rincones más apartados del país— demuestren efectiva preocupación filosófica. A tal propósito responde la Cátedra Alejandro Korn, creada en el Colegio Libre de Estudios Superiores. En ella se dictan cursos breves de iniciación y de profundización; se lleva un fichero de estudiosos de filosofía argentinos y americanos, consignando sus publicaciones; se mantiene intercambio con los principales centros filosóficos de América; se organizan conferencias a cargo de profesores de las Universidades y, en sesiones periódicas, bajo su orientación, amplían estudios aquellos agrados sobresalientes surgidos de sus cursos en la enseñanza oficial.

La Biblioteca Filosófica que dirige en la editorial Losada, retoma el impulso iniciador de Ortega y Gasset en la Revista de Occi-

2 F. ROMERO: *Respuesta a la encuesta de una revista venezolana.*

dente —que tanto contribuyera al progreso en filosofía de España y América— y lo continúa aunque con mayor extensión de propósitos, pues, no son sólo obras clásicas las que procura ofrecer al público en versiones cuidadas y a cargo de especialistas, sino que se incluyen también las que autentifican la madurez del pensamiento americano.

Amigo de sus amigos, goza de simpatías en el continente y se le estima y escucha. En varias oportunidades y en distintos países se han ocupado de su obra. La enseñanza de la filosofía en idioma español ha sido enriquecida con su "Lógica y nociones de teoría del conocimiento" (en colaboración con Eugenio Pucciarelli), que es única por la preferente dedicación a la lógica de las ciencias del espíritu, aprovechando las contribuciones de Windelband, Rickert, Dilthey y Spranger, entre otros.

La función pedagógica que Romero ejerce se desborda en humanísima relación con sus discípulos y en la incitación a la autenticidad por el encuentro con aquellos problemas esenciales que los determinen a la búsqueda personal.

Las exposiciones en que el alumno es espectador pasivo, le ocupan el menor tiempo posible; en su lugar, obliga a la lectura directa de los filósofos a la vez que conduce al enfrentamiento con los temas que luego podrán originar trabajos monográficos. Y aquí corresponde recordar la dualidad entre el catedrático y el escritor, verificable en Romero. El catedrático es antes que nada un incitador que infunde en los demás su pasión por la filosofía; pero no siempre es metódico y los desarrollos sistemáticos de algunos temas, no alcanzan generalmente un tratamiento exhaustivo, deteniéndose en cambio a mostrar los nexos y el alcance de las grandes cuestiones, pasando de un problema a otro en constante advertencia acerca de las dificultades. Al realizar todo ello con una modalidad en que lo vital exuberante tiene parte principal, ocasiona —a veces— la impresión del desorden. Pero de tales rasgos se cura el escritor que es el teórico severo que con prosa recia y admirablemente trabajada, alcanza a expresarse —fruto de la conquista sobre el propio temperamento— sin descuidar el examen pausado, puntual y crítico, del asunto elegido.

El vasto saber que revela en su frecuentación de los temas científicos; en su acercamiento a lo literario; en su conocimiento de la evolución cultural, amén de su capacidad filosófica; le han permitido lograr contribuciones valiosas al problema de una historia de las ideas y de ciertos períodos de la misma. Por otra parte, la persisten-

te actitud filosófica, la naturalidad con que el saber se ha incorporado a su persona, la consecuencia de su práctica con su teoría, su no permanecer ajeno a las inquietudes—que suelen ser dramáticas—del presente, su exaltación del hombre espiritual, su continua indagación en el mundo de la cultura; nos acercan a la idea de una sabiduría vuelta hacia la vida y nos remiten al humanismo militante de que hablara recientemente Benedetto Croce:³ un humanismo que no se sumerge en el pasado en aras de evasión del presente y que trata de contemplar —pasado y presente— en la línea de continuidad de las graves y altas preocupaciones del espíritu.

Para Romero, el filósofo no ha de pasarse la vida intentando desarrollar y expresar una intuición personal lejana a las vicisitudes históricas. La filosofía no es tarea de iluminados o predestinados —parece decirnos—, surge del común esfuerzo de los hombres-filósofos y requiere el trabajo humilde en los problemas, que son la auténtica fuente de todo saber. Porque los hechos son la piedra de toque; pero no bastan. Son los problemas que ellos originan, la base sobre la que ha de cimentarse el edificio filosófico. En lo que respecta a las naturalezas problemáticas ha dicho ⁴ que cuando en efecto lo son, no se demoran en complacencias y relajamientos que pretendan sustituir la tensión originada por el afán de conocimiento; pero, por ello mismo, nos dan un ejemplo de cómo el imperativo ético rige también en el momento teórico y de cuánto heroísmo se necesita para acallar urgencias y no aceptar "seudosoluciones".

El propósito constructivo hace predominar sobre los resultados de la investigación ciertos prejuicios, ciertas convicciones previas que imposibilitan toda indagación neutral y dan lugar a la expresión de deseos acerca de cómo debería ser la realidad y cómo ha de coincidir con nuestras ideas, facilitando la intromisión de determinantes afectivos y volitivos antes que estrictamente intelectuales. En el sistema predomina la concepción del mundo sobre la filosofía que, para Romero, siguiendo a Hartmann,⁵ es pensamiento sistemático, coherente, arquitectural, aunque no precisamente sistema, imposición a la realidad.

La nueva actitud filosófica requiere fidelidad al dato, al fenómeno, que debe ser descripto antes de ser explicado. Los problemas,

³ G. MARONE: *Croce y el futuro de la cultura europea*, La Nación.

⁴ F. ROMERO: *Sobre los problemas*. Revista "Valoraciones", Año 1927, No. 11, La Plata.

⁵ F. ROMERO: *Un filósofo de la problematidad*, en "Filosofía Contemporánea", Buenos Aires, Ed. Losada, Año 1941.

y las respuestas dadas a ellos, forman una línea de continuidad en la historia de la filosofía y ultrapasan las limitaciones temporales de los sistemas. Así se dan soluciones que se incorporan al patrimonio común de las generaciones filosofantes. Añádase a esto, que es norma no precipitar ni forzar soluciones y la resignación a no tener respuesta para todo, y se comprenderá que en opinión de Romero no hay urgencia que justifique un desmedro para el imperativo teórico que ordena no retroceder ante las dificultades ni reemplazarlas por anticipaciones del propio pensamiento.⁶

Francisco Romero inicia las publicaciones en forma de libro con su "Lógica" (1938); le sigue "Filosofía contemporánea" (1941); viene después "Sobre la historia de la filosofía" (1943) y finalmente, "Papeles para una filosofía" (1945), del que nos hemos de ocupar a continuación. Bajo su inocente apariencia denominativa, contiene una serie de escritos que revelan en su tratamiento, autarquía espiritual y estilo filosófico. La obra consiente una división tripartita que abarca los siguientes temas: 1*) *Programa de una filosofía*: comprende el trabajo de igual nombre y "Trascendencia y valor". 2*) *Indagaciones gnoseológicas*: comprende "Intuición y discurso", "Contribución al estudio de las relaciones de comparación" y "Sobre los problemas de la razón y la metafísica". 3*) *Problemas de la filosofía contemporánea*: comprende "Preámbulo sobre la crisis", "El itinerario de la filosofía contemporánea y la crisis" y "Sobre la filosofía contemporánea".

Las bases de una posición personal, las hallamos en *Programa de una filosofía*; sus *Indagaciones gnoseológicas* clarifican algunos aspectos del problema del conocimiento y en *Problemas de la filosofía contemporánea* se comprueba su profundización en la temática de la filosofía más reciente.

Pasemos ahora al examen del libro. Sus trabajos anteriores lo habían revelado como buceador de los problemas cuyas vertientes primordiales las constituían: a) la razón y el racionalismo; b) el mecanicismo (como el intento más acabado de racionalización de lo real; y c) el estructuralismo (que introducía con la nota de trascendencia que toda estructura lleva consigo, un núcleo de irracionalidad incorporado a la realidad). En la confluencia de esos caminos de pensamiento se origina evolutivamente un punto de partida para su filosofar.

6 Idem, *ob. cit.*

Hacia 1938, Romero expresó: "... los problemas de la estructura... sólo podrán entenderse al margen de una metafísica que admita la trascendencia como nota cardinal del ser, y al margen simultáneamente de una teoría correlativa de la razón que ponga al descubierto y examine en ésta la propensión inmanentista, tendencia tan constante y enérgica, tan consustancial con la razón misma cuando tiende al máximo sus resortes, que inteligibilidad e inmanencia vienen a ser casi la misma cosa".⁷ Esa es la anticipación de su *Programa*, del cual, la noción de estructura y su nota capital, la trascendencia, en conexión con las nociones de evolución y espíritu, dan el fundamento.

El examen de cualquier estructura, nos muestra en ella una determinación irracional: la trascendencia. La convicción racionalista de que el todo no es más que una resultante del mero agregado de las partes, no resulta tan evidente; antes bien, el todo en cuanto estructura, importa novedad sobre los elementos que lo constituyen y no se deja explicar sólo en función de ellos y de su compuesto: es de la interdependencia de los elementos entre sí que surge una cierta propiedad de complejo que no se hallaba patente en las partes, aunque sí se la debe suponer latente en ellas como posibilidad o virtualidad. La trascendencia queda, pues, caracterizada como una determinación de toda estructura que aparece... sólo mediante la conjunción de las partes".⁸

Pensar la realidad, estructuralmente tiene lugar de algún modo, al decir de Romero... "cada vez que a la superficie analítica de la mente racionalista se contraponen la afirmación o la sospecha de la índole sintética de la realidad".⁹

La prueba más concreta y próxima de la noción de estructura, está dada por nuestra conciencia, en la cual hallamos el predominio y la anterioridad del todo sobre las partes, dato primario e ineludible de cualquier indagación psicológica que haya remontado las corrientes del asociacionismo, intento típico de atomización de lo psíquico. Y ya sabemos cuánto ha contribuido el prejuicio racionalista para que se impusiera la tesis atomista, al dar por descontado que también en la conciencia existían elementos, unidades últimas cuyas combinaciones explicaban las diferentes actividades psíquicas. El todo de que se partía era confuso, había que introducir en él la claridad analítica;

7 F. ROMERO: *Papeles para una filosofía*, pág. 75. Ed. Losada, Buenos Aires.

8 *Ob. cit.* pág. 11.

9 *Ob. cit.*, pág. 10.

pero no se comprendía que las divisiones que la razón impone en su intención cognoscitiva, no coinciden exactamente con la estructura de la realidad a que ella se aplica. Aquí vemos por dónde se conecta la noción de estructura y su nota constitutiva, la trascendencia, con el tema de la razón y el de su contraparte, el irracionalismo.

Al considerar las regiones ontológicas desde el punto de vista de la trascendencia, se verifica que en un sentido ascendente y en escala jerárquica hay un crecimiento del trascender que va desde lo físico, pasando por lo vital y lo psíquico, hasta lo espiritual. En esta serie, las diferentes estructuras, nos presentan "todos" cuyas partes consideradas aisladamente y luego coordinadas entre sí y concebidas con criterio aditivo, no explican la cualidad de complejo de ellas. Lo que en cada esfera de lo real es un centro de immanencia o individualidad —referencia a sí—, es superado o pierde importancia en confrontación con el trascender que se va robusteciendo en la escala de los entes hasta lograr su plenitud en el espíritu. La trascendencia, al ser postulada como el ingrediente positivo de la realidad, determina que la base inmanente sea discutible... "como efectiva immanencia...", debiendo ser interpretada como... "el haz de las trascendencias posibles en cuanto no actualizadas". Provisionalmente y por lo que se refiere a la totalidad de lo real, Romero enuncia lo que sigue: ser es trascender.¹⁰

Cabe preguntarse si la trascendencia en cuanto nota relevante de lo real, obtenida a partir de una ontología descriptiva, al afirmarse del ser en su generalidad no pasa a la categoría de tesis metafísica sobre la esencia última de la realidad. O bien, si dejando a un lado toda metafísica —en el sentido tradicional— se limita a ser una descripción de la estructura de la realidad de sus diferentes estratos —lo físico, lo vital, lo psíquico, lo espiritual— sin aventurar explicación alguna, esto es, sin el propósito de alcanzar un conocimiento que diera a su vez cuenta de la trascendencia. Pero la hipótesis de la universalidad del trascender, lleva tras sí la incomparable seducción de espiritualizar la realidad, adscribiéndole un fin que el espíritu no puede negar sin negarse a sí mismo, eliminando, en consecuencia, la posibilidad de un destino para la vida humana, reduciéndola a una contingencia entre otras y privándola a ella y al mundo de sentido. Es este, al fin, un argumento pragmático, pero encierra la justificación ética de una hipótesis que no puede ser fundamentada con carácter

10 *Ob. cit.*, pág. 14.

absoluto sin demostrar previamente la posibilidad de una metafísica como ciencia.

Certificaciones de la trascendencia se hallan en cada zona de lo real. Asevera Romero que en lo físico el trascender es menos visible, situación que explica el surgimiento, en el seno de la física, del esquema atómico y mecánico, con su programa de inmanentización universal; pero agrega: "... la experiencia científica ha sustituido después a este supuesto coágulo inmanente (el atomismo) un foco activísimo de trascendencias físicas".¹¹

Con el fracaso de la concepción darwinista que intentó llevar el mecanicismo al campo de la biología, se hace evidente la trascendencia de lo vital ejemplarmente puesta de relieve por Bergson. En lo psíquico, la noción de intencionalidad elaborada por Brentano y Husserl, revela en la conciencia un ser que consiste en referirse siempre a algo trascendente a ella. En su ámbito, la trascendencia es más radical que en lo vital, pero no es total. Y no lo es por la urgencia del interés y por la acentuación del egoísmo, tendencias de rudo carácter centralizador, inmanentista, lo que nos obliga a hablar de una trascendencia funcional, no final. En el espíritu, al eliminarse todo residuo egoísta —individualizante por tanto— la trascendencia es funcional y final a la vez.

De tales consideraciones, resultaría —según Romero— "... un monismo de la trascendencia, pero un irreductible pluralismo ontológico".¹² Esto trae aparejado un rechazo del materialismo, del biologismo y del psicologismo, como intentos de inmanentización explicativa.

El auge actual de la concepción estructuralista ha necesitado de un clima propicio para manifestarse, lo que ha ocurrido cuando, por agotamiento del racionalismo, surge el Romanticismo. No obstante, al igual que la noción de evolución o desarrollo —otra de las intuiciones que alcanzan validez con el movimiento romántico— no son elaboradas con un criterio sistemático hasta el período de reacción contra el positivismo. Este entronque del Romanticismo con los temas de la filosofía actual no debe ser interpretado —aclara Romero— en el sentido de un neorromanticismo.¹³ Persiste el contenido, pero han cambiado la actitud, el tono, el clima de época, que son cosa del pasado, pues, el ímpetu ha sido reemplazado por el trabajo paciente

11 *Ob. cit.*, pág. 15.

12 *Ob. cit.*, pág. 15.

13 *Ob. cit.*, págs. 20 y 127.

y metódico: "Lo que en el período romántico fué afirmación entusiasta, desborde y fiesta, se tornará luego trabajo y obligación".¹⁴

En la filiación de los orígenes de la problemática filosófica contemporánea, Romero demuestra su eficacia de historiador de ideas y en la contraposición Ilustración-Romanticismo, es en verdad admirable la precisión y extraordinario don de síntesis con que prueba que el programa de la Edad Moderna era un programa de inmanentización de todo el orbe cultural y se manifestaba principalmente en la filosofía, la reforma religiosa y el Derecho natural: "El cartesianismo es la inmanentización del saber; el protestantismo es la inmanentización del creer; el Derecho natural es la inmanentización del poder".¹⁵

En el dominio científico, la concepción mecánica de la realidad —con su total reducción del orden de los fenómenos a materia y movimiento —expone también una tendencia inmanentizadora. Esta coincidencia da lugar a que Romero aventure un interrogante: inmanentizar y racionalizar ¿no serán lo mismo? Y la respuesta es afirmativa: la razón tiene su ley suprema en el principio de identidad que no es sino la afirmación de la inmanencia y con ella de lo permanente en oposición al cambio. Por otra parte, es de suma importancia no pensar en la razón como "una facultad o actividad real", como entidad o proceso cognoscitivo efectivo; por el contrario, "...es un mero haz de exigencias y normas derivadas de un principio único: el de identidad"... , o principio de inmanencia.¹⁶

Romero toma especial cuidado en distinguir la inteligencia de la razón y muestra que frente a todo intento de absoluta racionalidad, "...la empiria —en amplio y elevado sentido— tiene razón".¹⁷ Trae a colación las investigaciones de Meyerson —cuya obra estima y aprovecha en gran medida— acerca de la parcial violencia que la razón ejerce sobre la realidad en el conocimiento y ejemplifica con el análisis que aquél realiza del procedimiento de racionalización de lo real, la distinción entre razón e inteligencia, mostrando cómo la segunda cuestiona los excesos de la primera. De aquí no hay más que un paso para acceder al desacuerdo entre razón y realidad: "Ni la ley de la razón le es exclusiva e interna, sin correspondencia alguna con la

14 *Ob. cit.*, pág. 20.

15 *Ob. cit.*, pág. 21.

16 *Ob. cit.*, pág. 24.

17 *Ob. cit.*, pág. 24.

realidad —ni hay adaptación perfecta entre razón y realidad, ya que el trascender no entra en los marcos racionales".¹⁸

La razón es ciega para la trascendencia o mejor dicho, toda trascendencia se le aparece como confusa e ininteligible, en tanto no es inmanentizada o, lo que es lo mismo, reducida a sus elementos simples por vía de análisis.

En oposición al inmanentismo racionalista de la Edad Moderna, el Romanticismo destaca un caudal de intuiciones en las que la trascendencia es advertida —v. gr. evolución, espíritu—, pero sin llegar a profundizar las cuestiones que ellas suscitan lo que ha de intentarse recién dentro de la filosofía actual en la que —entre otros temas— el del tiempo ("...uno de los grandes caminos de la trascendencia"...) es indagado afanosamente.

Aunque breves, son sagaces las observaciones sobre la inmanetización en el plano histórico. En medio de la crisis del individualismo, los movimientos de masas de mucho tiempo revelan un propósito superador, aunque lastrado por un inmanentismo encubierto: "Enderezar la trascendencia —como hacia su natural destino— hacia las metas de "el pueblo" —un pueblo determinado, la clase, el Estado, la raza, etc., es constituir una nueva inmanencia y quedarse en ella quebrando las alas al trascender, con la agravante de que el egoísmo individual, fácilmente denunciado, se reemplaza con un egoísmo colectivo teñido de turbia mística y aureolado de un prestigio impresionante aunque falaz".¹⁹

Prolongando esos juicios, Romero señala la necesidad de no sacrificar la persona al individuo, pues, sólo en ella la trascendencia alcanza su culminación en la triple coincidencia de espíritu, valor y libertad.

Derivación de este denso programa filosófico, es postular un nuevo empirismo en el que sea respetado el pluralismo objetivo y en el que junto a la experiencia sensible, se incluya la de las esencias y valores, vinculándose su posición con la de Husserl y la fenomenología.

Anticipa Romero que un resultado posible de tal empirismo es la obtención de una ontología descriptiva y neutral... "a la que habrá que sobreponer una metafísica explicativa".²⁰

En "Trascendencia y valor", las notas de libertad, autoconciencia y objetividad que —según Scheler— caracterizan al espíritu, son reducidas, al igual que la nota de unidad, a la trascendencia.

¹⁸ *Ob. cit.*, pág. 25.

¹⁹ *Ob. cit.*, pág. 28.

²⁰ *Ob. cit.*, pág. 28.

Libertad y autoconciencia referidas al trascender, han sido estudiadas por Heidegger sin que pueda negársele profundidad —al decir de Romero— "... aunque toda su interpretación recaiga y naufrague en una nueva y definitiva imanentización, en un final encierro de la existencia humana dentro de su propio círculo, al entenderla en última instancia como 'ser para la muerte' ²¹".

La finitud temporal de la existencia, enunciada por el filósofo alemán como irremediable condición del hombre, origina por parte de Romero una tesis opuesta decisivamente valiosa: "Contra esta última afirmación de la finitud, el acto espiritual lleva consigo una *más allá de la muerte*, y el complejo de la actividad espiritual humana va creciendo desde el punto de vista de la eternidad; lo más conmovedor en el espíritu es comprobar cómo, transido de tiempo y último escalón de una serie temporal, triunfa sobre el tiempo mediante actos que son, sin embargo, temporales".²²

Objetividad y trascendencia se identifican en el espíritu. Los actos del espíritu son objetivos y la objetividad implica proyección, "... un ponerse a lo que es y lo que vale"... , sin otra referencia a un centro individual y a un núcleo de imanencia que la unificación de los momentos trascendentes en un sujeto.

Contra el peligro de interpretar la trascendencia como enajenamiento, Romero muestra que al determinarse por su objeto, el acto trascendente niega la individualidad empírica del sujeto, pero afirma su personalidad, universalizándolo. Este rasgo de la universalidad, es lo que diferencia al sujeto espiritual o persona, del sujeto psíquico o individuo. Lo psíquico se espiritualiza sólo en la medida que se universaliza o, como hemos visto, en tanto que se trascendentaliza.

En el conocimiento hallamos trascendencia hacia el objeto en pos de la obtención de la verdad como adecuación entre el conocimiento y su objeto. En el orden ético, se revela igualmente esa trascendencia que supera la individualidad concreta y nos proyecta hacia una comunidad ideal de personas o reino de los fines. Egoísmo y altruísmo resultan así los polos extremos de la moralidad. El primero, como dirección immanente, es su negación; el segundo, como dirección trascendente, es su afirmación.

Asentimiento a lo que es, en el orden cognoscitivo; imposición al sujeto de una norma que determine la conducta, derivándola de la

21 *Ob. cit.*, pág. 35.

22 *Ob. cit.*, pág. 35.

vinculación con un reino de valores: he ahí las dos caras fundamentales y trascendentes del espíritu.

Conectando estas conclusiones referidas a lo espiritual, con las que tienen por objeto las otras zonas de la realidad, Romero entrevé una aproximación del orden del ser y del orden del valor o —son sus palabras—: "la correspondencia estricta entre metafísica y axiología".²³ Ambas esferas se unificarían en el espíritu que sería —por así decirlo— trascendencia consciente de sí misma y deliberadamente realizada en la afirmación de los más altos valores teóricos y prácticos.

A su "Programa" concurren por modo diverso las otras partes del libro. En *Intuición y discurso*, con gran claridad, examina esas formas del conocimiento arribando a los resultados que siguen: los conocimientos intuitivos se bastan a sí mismos por principio y son el punto de partida para los conocimientos discursivos; es un prejuicio acordar mayor valor al "demostrar" que al "mostrar" puesto que si el "demostrar" es posible se debe a que existen indemostrables cuya verdad es evidente; en toda intuición, en el acto mismo de objetivación, funciona ya un juicio implícito, sin el cual no habría conocimiento, por directo que fuera el modo de captación de la situación objetiva; "razonar" no es la única actividad de la razón, pues, también ejercita la función intuitiva en la aprehensión de esencias y de principios como los axiomas lógicos y geométricos; el llamado conocimiento por participación, el que tiene la unificación de sujeto y objeto por su ideal máximo, no es conocimiento en el rigor de los términos, pues, el frente a frente es condición "sine qua non" del mismo.

"Contribución al estudio de las relaciones de comparación" pone de relieve la necesidad de ahondar en el tema de las relaciones y —en especial— de las de comparación, en tanto que ellas son un supuesto del conocimiento, que se da en la conexión de tres relaciones: sujeto-objeto; sujeto-predicado del juicio y juicio situación objetiva. Tal saber acerca de las relaciones debe ser previo a la teoría del conocimiento y la lógica.

Las precisiones, la sistematización de los problemas que se suscitan, el pensamiento propio en asuntos de la mayor altura teórica, exigirían una consideración detenida que escapa a los límites de esta nota. No obstante, quede lo dicho como advertencia acerca de uno de los estudios más valiosos del autor y de su carácter insólito dentro de la producción filosófica americana.

23 *Ob. cit.*, pág. 43.

"Sobre los problemas de la razón y la metafísica" contiene una crítica del imperativo de reducción a la inmanencia que caracteriza a la razón y afirma la tesis de la parcial coincidencia de sus categorías con las categorías de la realidad.

Las reflexiones sobre el mecanicismo —máxima tentativa de racionalizar lo real; la no aceptación del racionalismo y del empirismo en sus correspondientes pretensiones normativas en orden al conocimiento; el seguir las huellas de Husserl y postular un nuevo empirismo en el que la razón se limita a su uso lógico o formal negándole capacidad "material" o de estatuir contenidos y el confluir finalmente en la categoría de trascendencia, son los lineamientos esenciales del filosofar de Romero hasta el presente y el fundamento para ulteriores progresos.

Los trabajos en que trata de la filosofía contemporánea y la crisis, cierran el volumen con una incursión en la actualidad, aunque contemplada menos desde las urgencias dramáticas de la realidad político-social, cuanto desde el plano teórico con especial referencia a la filosofía y sus vinculaciones con el mundo de la cultura, mostrando la prioridad de la crisis en lo filosófico y en lo científico. Tiene así ocasión de desplegar sus observaciones sobre el puesto de la filosofía en la crisis, ubicándola en un marco de fondo en que se advierte cómo las exigencias de la concepción del mundo desbordan las comprobaciones teóricas para dejar paso a necesidades profundas del espíritu, que interfieren en los resultados cognoscitivos. Ahondamiento en la axiología; en el terreno gnoseológico, preocupación por la historia y planteamiento de los problemas que conciernen a la aprehensión de valores y de idealidades; creación de una antropología filosófica que sirva de base a una filosofía de la cultura; son las intenciones más acusadas de la filosofía actual, en opinión de Romero.

"Papeles para una filosofía" autentifica en Francisco Romero el interés reflexivo por la teoría del conocimiento y la ontología, a la vez que por la teoría de las concepciones del mundo y la filosofía de la persona, que constituyen las notas salientes de su pensamiento, según fuera caracterizado por "The Dictionary of philosophy" publicado en Estados Unidos bajo la dirección de Dagobert D. Runes.

Norberto RODRIGUEZ BUSTAMANTE.

Presencia del Pasado

SOBRE LA POLITICA LINGÜISTICA DEL IMPERIO ESPAÑOL EN AMERICA

Por *Silvio ZAVALA*

HACE algunos años, un investigador argentino que desempolvaba los documentos del Archivo de Indias con ayuda del diestro y generoso colega don José Torre Revello, tuvo la suerte de encontrar un expediente de la mayor significación para el estudio de la política lingüística española en América.

El afortunado descubridor, si aceptamos este título para quien emulando a los navegantes del siglo xv se aventura por un océano de papeles desconocidos, dió a conocer el hallazgo, con otros de distinta índole, en la obra que le sirvió de tesis para optar al grado de doctor en derecho en la Universidad de Madrid. Se trataba de don Juan Carlos García Santillán, y el impreso apareció bajo la designación amplia de: *Legislación sobre indios del Río de la Plata en el siglo xvi*.¹

No creemos que la noticia se haya difundido entre las personas interesadas en la enseñanza de las lenguas. Cabe por ello insistir en su recuerdo, tanto más cuanto alentamos la ambición de ordenar los documentos e interpretarlos de manera distinta a como se hizo la primera vez.

Comenzaremos por lo que entonces se aceptó como el final del episodio.

El Consejo de Indias estaba integrado en el año de 1596 por el presidente licenciado Paulo de Laguna, antes Consejero de Castilla y de la Inquisición, y por los consejeros: doctor Pedro Gutiérrez Flores, antes Inquisidor de Valencia; licenciado Benito Rodríguez de Valtodano, antes Fiscal de Indias; licenciado Agustín Alvarez de Toledo, antes Oidor de la Contaduría Mayor; licenciado Pedro Bravo de Sotomayor, antes Alcalde de Corte; licenciado Alonso Molina de Medra-

¹ Madrid, Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, 1928, en las pp. 142-144.

no; licenciado Diego de Armenteros, antes Alcalde de Corte; y licenciado Gonzalo Pérez de Aponte, antes Oidor de la Chancillería de Granada. Un miembro estaba ausente en Nueva Granada, el doctor Antonio González, antes Oidor de la Chancillería de Granada. Otro moría el 21 de octubre de 1596, el licenciado Alonso Pérez de Salazar, antes Fiscal de indias.²

Era un cuerpo representativo de la burocracia de letrados que se venía adueñando de los puestos del Estado desde la época de los Reyes Católicos.

En fecha ignorada, pero ligeramente anterior al 20 de junio de aquel año, el Consejo envió a la firma del rey don Felipe II una minuta de real cédula que se destinaba al virrey del Perú, don Luis de Velasco.

Este proyecto legislativo del Consejo comenzaba por explicar que se había entendido era gran estorbo para la doctrina y enseñanza de los indios y para encaminarlos en las buenas costumbres y vida política en que era justo que vivieran, el que conservaran su propia lengua, con que aprendían las idolatrías y supersticiones pasadas de sus mayores. Por esta causa carecían, no sólo de la abundancia de ministros del evangelio que los enseñasen y doctrinasen, ayudando a encaminar su salvación, sino también de la lectura de libros escritos en lengua española, con cuya lectura y doctrina aprenderían muchas cosas importantes para su edificación y para saberse regir y gobernar como hombres de razón. No parecía al Consejo que fuera bastante remedio el cuidado que se había tenido de mandar instituir cátedras de las lenguas de cada provincia para que hubiera clérigos y religiosos que, sabiéndolas, enseñasen y doctrinasen a los indios; creía necesario que los mismos indios supiesen la castellana para dichos efectos y otros tan importantes. En consecuencia, se mandaría al virrey del Perú que desde luego diese orden para que en todos los pueblos de indios de ese reino y provincias, "los curas sacristanes y otras personas que lo sepan, puedan y quieran hazer con amor y caridad, enseñen la lengua castellana a los indios y la doctrina christiana en la misma lengua como se haze en las aldeas destos Reynos [de Castilla] y ansimismo a leer en

² Cfr. E. SCHÄFER, *El Consejo Real y Supremo de las Indias*, Sevilla, 1935, pp. 352 y 356.

Romance castellano para que deprendiéndolo desta manera desde la niñez ablen y entiendan esta lengua”.

El proyecto no contenía, hasta aquí, ninguna medida en detrimento de los indios. Al contrario, enseñarles el castellano, la doctrina y la lectura contribuiría a ensanchar su horizonte cultural. Los fines que perseguían los del Consejo no carecían de altura, como se observa en las expresiones relativas a la doctrina de los naturales y a la instrucción en la vida política y gobierno “como hombres de razón”. El idioma castellano sería un instrumento indispensable para esta obra civilizadora de doble alcance: espiritual y temporal. Bien observaban los consejeros que no era medio suficiente el aprendizaje de las lenguas indígenas por las personas de la nación colonizadora, pues se requería también la difusión del castellano entre los indios, desde su infancia, tanto para el uso hablado como el escrito.

Sin embargo, al principio de la exposición de motivos de la proyectada cédula, se expresaba que la conservación de la lengua nativa era un medio que permitía a los indios mantener las idolatrías y supersticiones de sus antepasados, y, al propio tiempo, constituía un obstáculo para el programa lingüístico y civilizador español. Este argumento descaminó a los legisladores del Consejo y los hizo estimar como deseable, a más de la enseñanza de la lengua castellana, el que los indios “dexen y oluiden la propia, procurando que esto se entienda no sólo con los niños sino con los de todas edades, proueyendo en ello de manera que se cumpla so graues penas principalmente contra los caciques que contrauinieren a la dicha orden o fueren rremisos y negligentes en cumplirla, declarando por ynfame y que pierda el Cacicazgo y todas las otras onrras prerrogatiuas y nobleza de que goza, el que de aqui adelante ablare o consintiere hablar a los Indios del dicho su cacicazgo en su propia lengua”.

El virrey del Perú, conforme al proyecto del Consejo, añadiría a estas diligencias las demás que tuviere por necesarias y convenientes para que esto se cumpliera y tuviera el efecto deseado. También se juntaría con los prelados, eclesiásticos seculares y regulares que le pareciera, y con la audiencia, justicia ordinaria y personas del cabildo secular que fueran más a propósito, a fin de tratarlo, conferirlo, resolverlo y asentarlo, todos juntos, como más conviniera al servicio de

Dios y del rey, y aprovechamiento espiritual y temporal de los indios, que tan a cargo del monarca y virrey estaban. De lo que se asentara y de los efectos que fueran resultando, el virrey avisaría al soberano en todas las ocasiones, con el cuidado y puntualidad que de todos y especialmente del virrey se esperaba.

Partiendo, así, de nobles principios y de consideraciones metodológicas incuestionables, la alta autoridad indiana se precipitaba, sin embargo, por el peligroso abismo de la supresión forzosa de las lenguas de los pueblos dominados, recomendando el trueque de un elemento cultural por otro.

El Consejo, como era costumbre, envió la minuta de cédula a la firma del rey, con otros proyectos legislativos para las Indias. El viejo y minucioso monarca, casi al cabo de su reinado y de su vida, la devolvió sin firmar y escribió de su mano: "Esto se me consulte con todo lo que ay en ello". Su maduro olfato político había descubierto la presencia de un problema delicado.

El Consejo hubo de explicar por extenso los motivos que le habían llevado a proponer la cédula, haciéndolo en interesante consulta fechada en Madrid, a 20 de junio de 1596, y amparada por siete rúbricas.

Explicaba que siempre se había procurado con cuidado que hubiera en las Indias sacerdotes seculares y regulares que supieran las lenguas de los naturales para doctrinarlos. Para esto se habían fundado cátedras de las mismas lenguas, proveyéndose que los que no las supiesen muy bien no pudiesen ser presentados a los beneficios, es decir, a los curatos de los lugares indígenas.³ Pero nunca se había llegado a la perfección que convenía, y así había mucha falta en la doctrina de

³ En efecto, la ley 56 título 22, libro 1 de la *Recopilación de Leyes de Indias*, formada a base de una cédula dada por Felipe II en Badajoz, a 19 de septiembre de 1580, dispone: "Rogamos y encargamos a los Arzobispos y Obispos de las Indias, y a los cabildos sede vacantes, y a los demás Prelados de las religiones, que no ordenen de sacerdotes ni den licencia para ello a ningún clérigo o religioso que no sepa la lengua general de los indios de su provincia, lleve fe y certificación del catedrático que leyere la cátedra, de que ha cursado en lo que se debe enseñar en ella, por lo menos un curso entero, aunque el ordenante tenga habilidad y suficiencia en la facultad que la santa iglesia y sagrados cánones mandan". Cfr. GARCÍA SANTILLÁN, op. cit., pp. 145-146.

los indios; porque los que saben bien la lengua nativa "son mestizos y criollos que allá se han ordenado y entrado en religión, que como las indias los crían y enseñan sus lenguas desde la niñez, la saben bien"; pero el Consejo pensaba que no eran estos los que se requerían para la enseñanza de los indios. En cambio, los que iban de los reinos de Castilla ya hombres, pocos aprendían la lengua indígena de las Indias, y aunque eran los convenientes por aprobación de vida y costumbres, no resultaban de provecho. Eso lo padecían los indios en su cristiandad, mayormente que en todas las partes había mucha variedad de lenguas; porque aunque en el Perú se platicaba y hablaba comúnmente la general que llaman del Inga, existían en provincias y lugares particulares de indios, otras lenguas diferentes que no entendían los que sabían la general, como en España la vizcaína, portuguesa, catalana y otras. Lo mismo ocurría en la Nueva España y otras provincias.

Finalmente, el Consejo ofrecía como argumento principal, que en la mejor y más perfecta lengua de los indios no se podían explicar bien y con su propiedad los misterios de la fe, sino con grandes imperfecciones.

Teniéndose esto entendido, se había deseado y procurado introducir la castellana, como más común y capaz, y para ello se habían dado cédulas antiguas; así que este acuerdo, o sea, la minuta de cédula enviada al rey, seguía a los pasados.

Con los fundamentos sobredichos, el rey mandaría lo que fuese servido.

Estas razones del Consejo, desde el punto de vista metropolitano, no carecían de cierta fuerza. Sin duda el idioma castellano era necesario entre los indios, pues no bastaba la difícil enseñanza de las lenguas nativas a los encargados de la doctrina. Los naturales del Nuevo Mundo—como recordaban los consejeros—hablaban "mucho variedad" de lenguas, e impropias para expresar el mensaje cristiano, tan ajeno a las culturas a que pertenecían. Y concurría otro argumento de orden social: mientras la población indígena continuara usando el idioma propio, el clero criollo y mestizo gozaría de mayores ventajas que el español para encargarse de doctrinarla y modelar su conciencia. Esto no complacía al Consejo, porque creía ingenuamente que el eclesiástico peninsular era de mejor vida y costumbres que el de Indias. Se planteaba así, aunque todavía sin pleno desarrollo, un tema fundamental

de la historia eclesiástica y civil de América: la sola presencia del hombre y de la cultura indígenas constituía un motivo de atracción y de beneficio para los sacerdotes criollos y mestizos (no obstante descender ambos total o parcialmente de europeos), alejándolos y oponiéndolos al clero español que venía a competir con ellos en el goce económico de los curatos de indios y en la enseñanza de esta numerosa y casi impenetrable masa humana, que se aferraba por instinto de defensa a sus raras lenguas. Las sirvientas, las mancebas o las esposas indias acogidas en los hogares criollos y mestizos, introducían insensiblemente sus idiomas autóctonos, desempeñando, sin saberlo, un papel de importancia en el alineamiento político de las razas y clases de América. Más tarde, al desencadenarse la guerra de independencia, se vería que el bajo clero luchaba al lado del pueblo contra el poder metropolitano, en tanto que la alta jerarquía se asociaba a las clases interesadas en la conservación del régimen colonial.

Felipe II no podía desconocer, como monarca de España, la conveniencia de que el castellano se propagara entre los indios, según el Consejo quería. Pero su "prudencia" —alabada en la época aunque menospreciada por críticos posteriores— le permitía darse cuenta de que el sistema compulsivo no era el más indicado para orientar la política lingüística en las Indias.

Su breve respuesta al Consejo, escrita al dorso de la consulta expuesta, fué la siguiente:

"No parece conueniente apremiallos [a los indios] a que dexen su lengua natural, se podrán poner Maestros para los que voluntariamente quisieren aprender la Castellana, y dese orden como se haga guardar lo que está mandado en no proouer los curatos sino a quien sepa la de los Indios".

El Consejo se vió precisado a satisfacer los deseos del soberano. Y una real cédula fechada en Toledo, el 7 de julio de 1596, puso fin al episodio en estos discretos términos:

"Porque se ha entendido que en la mejor y más perfecta lengua de los indios no se pueden explicar bien ni con propiedad los misterios de la fe, sino con grandes abs [urdos?] e imperfecciones; y que aunque están fundadas cátedras donde sean enseñados los sacerdotes que hubieren de doctrinar a los indios, no es remedio bastante, por ser grande la variedad de las lenguas; y que lo sería introducir la castellana, como más

común y capaz; os mando que con la mejor orden que se pudiese y que a los indios sea de menos molestia, y sin costa suya, hagáis poner maestros para los que voluntariamente quisieren aprender la lengua castellana, que esto parece podrían hacer bien los sacristanes, así como en estos reinos [de España] en las aldeas enseñan a leer y escribir y la doctrina; y así mismo ternéis muy particular cuidado de procurar se guarde lo que está mandado cerca de que no se provean los curatos si no fuere en personas que sepan muy bien la lengua de los indios que hubieren de enseñar; que esto, como cosa de tanta obligación y espectáculo, es lo que principalmente os encargo por lo que toca a la buena instrucción y cristiandad de los indios. Y de lo que en lo uno y en lo otro hiciéredes, nos avisaréis".⁴

El monarca que figura en los manuales de historia como prototipo de la intolerancia no carece, en consecuencia, de flexibilidad de criterio ante ciertos conflictos humanos.

En el presente caso resulta más sabio y liberal que sus consejeros, pues corrige con su visión de gobernante maduro la política estrecha que se le propone.

No es nuestro propósito reivindicar a Felipe II, aunque algo cabe decir a este respecto, según lo ha reconocido con su habitual serenidad don Rafael Altamira.⁵

⁴ M. R. TRELLES, *Revista del Archivo General de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1869, I, 82, en este caso la cédula va dirigida al gobernador del Río de la Plata. Véase también BLAS GARAY, *El Comunismo de las misiones de la Compañía de Jesús en el Paraguay*, Madrid, 1897, pp. 15-16. La reproduce completa P. HERNÁNDEZ, *Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús*, Barcelona, 1913, I, 553. Pueden verse en este autor las repercusiones del problema idiomático en las misiones jesuíticas del Paraguay hasta el siglo XVIII. *Ibid.*, I, 483-484. SOLÓRZANO PEREYRA, *Política Indiana*, lib. 2, cap. 26, párrafos 23 y 26, reproduce lo substancial, explicando ser una cédula dada en Toledo a 3 (*sic*) de julio de 1596 que se manda cumplir por otra de Ventosilla de 25 de julio de 1605, dirigida a don Luis de Velasco, virrey del Perú. Edic. C. I. A. P., Madrid, 1930, I, 399. La cédula pasó a ser la ley 18, título 1, libro 6 de la *Recopilación de Indias* de 1680. Solórzano plantea interesantes puntos de doctrina, siendo su opinión particular a favor de la enseñanza obligatoria del castellano y olvido de las lenguas indígenas. *Op. cit.*, párrafo 12, p. 397.

⁵ *Philippe II d'Espagne*, en *Hommes d'Etat*, Imprimerie Desclée de Brouwer, Vol. II, pp. 511-598.

Lo que nos importa es destacar el problema de historia cultural que surge a consecuencia de la convivencia idiomática hispano-indígena.

Y advertir, de paso, que no siempre ha sido imitada la orientación noble y comprensiva que prevalece en la política lingüística española de fines del siglo XVI.

HOSTOS HUMANO

Por José FERRER

HAY en la historia del pensamiento y la acción de Hispanoamérica, nombres ilustres y de valor muy desigual; cuando se haga la liquidación y valoración definitiva han de fulgir, entre otros, los nombres de Bolívar, Sarmiento, Martí y Hostos.

Bolívar es la conciencia épica, la aspiración a fundir nuestros pueblos en una verdadera armonía, "la conciencia política" del continente en la hora del génesis de nuestras nacionalidades. Sarmiento, el creador de *Facundo*, el que se plantea el dilema de "civilización o barbarie", es la tremenda fuerza humana por el bien y por la cultura argentina. Martí, el que nos enseñó a los antillanos a que hiciésemos "por sobre la mar a sangre y a cariño lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino", quien deja la síntesis de verdad y al fijar que "todo el que lleva luz se queda solo", es el amor de América, la pureza, lo angélico. Hostos, patriota, sociólogo, pensador, es el maestro dedicado a labores pedagógicas en Santo Domingo, Chile, Venezuela, Puerto Rico, mientras se siente guiado por la estrella de la libertad de su patria. ("He aquí la vida del todo ideal que me había trazado: hacer la independencia de mi patria", dice en el *Diario*, Tomo II, p. 143). Hostos, comentó el pensador Carlos Arturo Torres, es el sentido ético del continente.

DESEAMOS evocar a Hostos, no en aquellos instantes cuando él subía a la tribuna pública para esclarecer profundos problemas sociológicos, no cuando en el Ateneo de Madrid afirma: "Yo soy americano; yo tengo la honra de ser puertorriqueño", o cuando dirige *El Progreso* en Barcelona, o en Nueva York labora en la Junta Revolucionaria. Deseamos hablar

acerca de un Hostos no racionalista solamente, no mitológico, sino humano, sentimental y hasta imaginativo. Porque acercándolo así a nuestra humilde naturaleza, más lo amamos, más lo respetamos.

Lo invocamos como César Brañas, escritor de Guatemala: "Ven acá, viejo hermoso, resplandeciente de eternidad y de idealismo, Eugenio María de Hostos, ciudadano de América".

Utilicemos especialmente el *Diario*. Ese género constituido por diarios, confesiones y memorias —signos, muchas veces, de tiempos de crisis,— cuando revelan el auténtico movimiento psicológico de los hombres, tienen verdadera valía; nos ayudan a ser *hombres*. Y bueno es recordar en esta época en que se hacen esfuerzos pedagógicos por orientar las distintas vocaciones, que, por encima de las diversas disciplinas —profesorado, arte, industria, medicina, leyes,— está otra profesión más digna, universal y eterna, la de *ser hombres* —pensamiento puntualizado más de una vez en páginas de imponderable belleza por escritores, dramaturgos, ensayistas y filósofos. El *Diario* hostosiano nos ayudará a entrar en ese reino superior de humanismo.

Primicia de recuerdos

Las páginas iniciales del *Diario* van dedicadas a las horas de la infancia en Río Cañas, Mayagüez, Puerto Rico. Dice Hostos que estaba empeñado en vivir, que tal vez imaginó que vivir era amar religiosamente a la madre, respetar al padre, sonreír a Carlos su hermano. La imagen a que alude especialmente es la madre, que se deleita en describir como hermosa, rubia y bondadosa, sentada en su mecedora cosiendo, mientras Hostos niño, recorta papeles a los pies de esa mujer noble, besa la orla del traje cuando ésta no atiende la aspiración del hijo, de ser acariciado. (I, 14).¹ En cada aniversario recordará a la madre muerta.

Hostos menciona al padre como al signo de lo inaccesible, a pesar de los treinta y dos años de éste y de que nada justificase ese concepto. Lo cree la personificación de lo inaccesible.

¹ Volumen y página según *Obras completas* de Hostos. (Habana, Cultural, 1939).

No olvidará a su hermano Pepe, a Engracia, Eladia, Carlos a la lavandera Josefa, a las señoritas recogidas, Gumersinda y Escolástica, "a quienes pellizcaba con fuerza deleitosa", al esclavo Adolfo. La viva emoción que pone en la silueta del negro Adolfo, hace recordar otras líneas redactadas mientras el puertorriqueño vive en Nueva York. Narra que ha visitado una Iglesia Episcopal para africanos; agradece en aquella ocasión la gentileza del negro que le ofrece el asiento; medita entonces acerca de los negros de Puerto Rico y en que, una vez constituída la república, él se ha de dedicar al servicio de todas las jerarquías sociales. Como miembros de esa raza, le agradecemos a Hostos aquel pensamiento y su esfuerzo en favor del abolicionismo puertorriqueño. Para Hostos todos los seres racionales merecen respeto.

Muy pronto se reveló en él, el sentimiento de la belleza, su amor al mar y a la música. Piensa en la hora "dulce y humana" durante un oscurecer, cuando lo llevan a la playa donde escuchó por vez primera "aquellas amenazantes masas de agua que tantas veces y con predilección tan viva había contemplado desde el balcón de la quinta de la abuela". (I, 23). La mar, el oleaje, la playa con su soledad y su silencio dejaron en su sensibilidad una huella "viva, solemne e incitante". Así vemos una revelación del sentido estético ante el milagro renaciente del mar.

¿La música? Estando en misa mayor con la maestra, al arrodillarse escuchó "tras sí una gran voz que a ninguna voz humana se parecía, ronca y dulce a la par, medrosa y persuasiva. . . sonidos graves y agudos, lentos y sencillos, rápidos". (I, 23). Ha estado escuchando el instrumento de Juan Sebastián Bach, el órgano. —Luego irá los domingos con sus padres, a escuchar aquella cascada de armonías, no cuidando de las vecinas, las Quijano, que lo llamaban riéndose "cabezón y barrigón"— él mismo nos dice que parece merecía tales epítetos, porque la dimensión de aquellos órganos era realmente más de lo que convenía a un niño. Así podemos terminar estas evocaciones de la infancia.

Los estímulos vitales

ESTANDO en Madrid en el año de 1866, —tiene veintisiete años,— se pregunta una vez: "¿Es tiempo todavía para ser hombre?" (I, 24). Y esta interrogación, con todas sus implicaciones, lo inquietará a lo largo de su peregrinación, en sus esfuerzos épicos, y en sus luchas morales. Cuando en la soledad inicie su autoanálisis psicológico lo preocupará esa interrogación, con todas sus variantes: ¿qué es ser hombre?; ¿en qué consiste la integración de la vida?; ¿es posible ser hombre íntegro? Veremos al final una posible fórmula de humanismo que se sintetice, tal vez, en las voces *sentimiento, inteligencia, conciencia, voluntad*, que luego se han de resumir en la *armonía* para el hombre.

En estos años de estudiante en Madrid escribe alguna vez:

¡El estudio, el estudio! Esa es mi salvación, porque es el enfrenamiento de la fantasía; la perseverancia de la voluntad en un propósito; la tranquila lucidez del entendimiento. ¡Ah! ¡Si yo logro aprender a estudiar!... ¡Ah! voluntad, ¡dame tu impulso! (I, 31).

¡Cómo se traduce ahí la sinceridad de Hostos! En las primeras palabras vemos una valoración del estudio: limitación de la fantasía. ¡Cómo quiere la lucidez tranquila, el saberse en posesión de las verdades, de las ideas que ama! Luego pide impulso a la voluntad. El estudio, ¿no está divulgada entre nosotros la frase célebre en que un mentor pide para la juventud "jarabe de codos"? ¿No se nos habló en *La Edad Heroica* de la belleza del estudio como de una comunión con los poetas, con los sabios, a través del libro, como de la asistencia a la cátedra de Galileo, el ir a gozar los diálogos de Platón, el escuchar la palabra de serenidad goethiana en la casa de campo de Weimar? ¡Bienaventurados los que siguen la voz de Hostos porque de ellos serán los claros ríos de las ideas, los cielos blancos de eternidad y verdad, y la vida de profundas raíces éticas!

En esta época Hostos copia unas máximas que son síntesis de sabiduría, pero aclara que de la fuerza que tengan no es buen indicio el olvido en que las deja:

Sé económico para ser digno. —Lo infinitamente pequeño es lo infinitamente grande—. Si aceptas el mundo tienes la obligación de ser hombre del mundo. —La madre de ese hombre es la voluntad—. Si no tienes voluntad, no serás nada, aunque tengas alma de Dios. (I, 35-36).

¡Cuidado con mal interpretar esto, porque es voluntad, pero de bien, no de poder! Bueno es subrayarlo: no sólo pureza de sentir, de intención, sino voluntad de bien al crear, al forjar, al hacer.

Tu primer deber es ser hombre: no lo cumplas y llevarás contigo tu muerte. Tu primer derecho es el de gozar de la armonía de tu ser con todo lo que existe. *Perfeccionate*, es decir, sométete al *deber* y la *armonía* será. (I, 36).

La palabra *deber* aflora constantemente en la conciencia hostosiana. En algún otro momento dice que "la vida no es sino el cumplimiento de un deber". Martí, el patriota cubano que "llevaba la estrella y la flor en su corazón", afirma: "Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber". Y don Fernando de los Ríos en su *Significación de lo humano en Martí* resume que para Benedetto Croce, como para Milton, como para los grandes eticistas del siglo XIX, la libertad, — "esencia aromática de la vida humana", — es deber; y es deber, añade, porque la "libertad es para la vida y la vida... no es sino deber".

Eso fué siempre la vida para Hostos: deber. Cuando piensa que el amor de Carmen Lastarria puede desviarle del objeto de su vida, abandona ese amor; cuando se le ofrece una cátedra de Filosofía o Literatura Moderna en la Universidad de Buenos Aires, escribe al Rector señor Vicente F. López, una carta en que afirma que ha venido a la América con el propósito de laborar por una idea —la independencia de su pueblo,— "Todo lo que de ella me separa, me separa del objeto de mi vida". (II, 85).

Se aleja del amor y de la gloria intelectual. Ni se rinde todavía al sentimiento que exalta José de Jesús Esteves en *Sinfonía Helénica*, ni quiere cátedras cuando tiene una misión pa-

triótica que realizar. Por eso puede escribir un día: "Venga lo que viniere, yo presentaré alta la frente al deber. . ." (II, 107).

Soledad

SOLITARIO vemos al maestro en su ambular por tierras de Europa y de América. Muchas son las citas en que el propio Hostos nos habla de esa vida solitaria. "Soy el único hombre a quien ellos no conocen, el único de quien prescinden, al primero de quien dudan" (I, 274), dice pensando en sus compatriotas cuando está en el destierro. "Vivo en absoluta soledad" (I, 287). Y a veces es de tal naturaleza su estado emotivo, que el 28 de mayo de 1870 deja esta huella: "Esta piedad que imploro de los muertos, ténganla los vivos" (I, 320).

Y el 15 de agosto de ese mismo año escribe en Nueva York:

Y siempre solo, sin nadie a quien oír, a quien hablar, a quien querer, a quien creer, porque hasta ella me abandona, hasta ella (Candorina) me priva de sus cartas. (I, 381).

Pero veamos por vías de un último ejemplo, una página del tomo primero de su *Diario*. ¿Qué ha escrito? Está fechada en Clinton Place, a 3 de octubre de 1870. Es una despedida:

Mi último día en Nueva York. Mañana a mediodía comienzo a bordo del *Arizona* mi nueva aventura. . . Busco en vano un corazón amigo, un espíritu hermano, una voluntad concorde. . . ; partiré sin que nadie venga a expresarme su sentimiento. (I, 391).

Hostos busca aún ese corazón amigo, ese espíritu cordial, que perpetúe y enriquezca su mensaje. Que lo encuentre, para que nunca más aquel que luchó por la libertad y la cultura de los pueblos hispánicos, tenga que interrogarse la razón por la cual era desatendido a veces, y no siempre objeto de simpatía entrañada.

Amor

EL tema de amor ha sido estudiado por el distinguido ensayista dominicano Juan Bosch en su bellísima conferencia *Mujeres en la vida de Hostos*. Allí se dibujan las siluetas de

las diversas mujeres —reales e imaginarias—, que influyen en Hostos. Los párrafos finales de ese penetrante estudio, dedicados a la Inmortalidad, pertenecen al orbe de la más alta poesía.

Hostos exclama una vez:

¡Quién sabe si es precisamente en el fondo de los bosques cubanos, entre las heroicas familias que siguen a la revolución, que yo estoy destinado a encontrar el alma de mi alma! (II, 77).

Analizando la posibilidad de sus relaciones con quien mereció su compañía, la Sra. Belinda Otilia de Ayala (Inda), recuerda otros amores famosos en la historia: Sócrates y Myrto, Colón y Beatriz Enríquez, Abelardo y Eloísa, Homero y la joven de Chío, los amores de Gutenberg, los de Juan Pablo Federico Richter.

A propósito de este motivo, no es posible dejar de aludir al comentario que hace Hostos acerca de Ofelia, o dejar de memorar cómo ese personaje shakespiriano simboliza para D. Eugenio María, ese sentimiento que él ha descrito como "un celestial claroscuro".

Comenta primero un juicio que hiciera Goethe sobre Hamlet:

Plantan una encina en un florero, que sólo hubiera podido contener flores delicadas: las raíces se extienden, y se hace pedazos el florero". Ese no es Hamlet; es Ofelia: un corazón de cristal, que un choque rompe. (XI, 139)

Continúa así el escritor:

El primer amor, el amor único, es la forma primera de la felicidad, quizá la única; forma vaga, impalpable, fugitiva, como Ofelia. Como Ofelia, momentánea en la vida, eterna en la memoria de la fantasía y del corazón. Como Ofelia, una súplica en vida, un remordimiento en muerte. Como Ofelia, espuma que se desvanece en el torrente. Como Ofelia, un cielo que se ofrece y se desdena. (XI, 141).

Y prosigue el fino análisis de Ofelia:

El encanto, la delicia, la armonía de esa dulcísima creación consiste en que realiza e individualiza aquel estado del espíritu humano, lleno de tinieblas luminosas, de luz difusa, de vaguedad deleitosa, de penumbras intelectuales y morales, de celestial claroscuro, de dudas y de fe, de ciegas esperanzas y de tímida desconfianza en que yace el sentimiento al contemplar la armonía de la vida, al crearla creada para él, al sumergirse con fruición en ella, criatura y creador de su ventura. Sobreviene una disonancia, el sentimiento se recoge, y no vuelve jamás a gozar ni en la tierra ni en el cielo de aquella armonía de la felicidad, de aquella felicidad de la armonía.

Este estado se llama amor, y es un estado tan universal como efímero. . . . ; jamás se ha expresado, jamás se expresará probablemente con tanta verdad, con tanta realidad, como lo expresa Ofe-
lia. (XI, 143)

Nuestro escritor penetra así en el mundo psíquico para dibujar los contrastes de esa realidad inasible, "fuego escondido" que decía Petrarca, el amor.

Imaginación

HAY un Hostos racionalista y sociólogo, que construye sobre el positivismo de Spencer y de Comte. (El Krausismo de Sanz del Río y D. Francisco Giner es aspecto importante en la formación de nuestro escritor). Pero ¿será tal vez ese el Hostos que más amará la posteridad? No lo creo.

Una vez se confiesa Hostos consigo mismo: "No sé más, pero sé esto y esto es realmente el fondo más íntimo de mi conciencia. . . No hay más que sentimiento y fantasía" (I, 269).

Se plantea una vez la posibilidad de que lo llamen soñador y llega entonces a esta conclusión:

Si es ser soñador el desear el bien, el caminar perseverantemente por el camino de espinas que conduce a él, el perdonar las maldades de los tontos, las tonterías de los malvados, las intemperancias de los apasionados, los errores, las falsedades, las injusticias, la vanidad provocadora, sigo soñando y pasaré soñando el resto de mis días. (I, 311)

Y exclama en otra ocasión:

¡Oh! ¡la imaginación y el sentimiento!... ¡Las dos fuerzas creadoras de mi alma! (I, 83)

No concebimos una vida noble, heroica y de sentido profundo, si no va acompañada de imaginación y está embellecida por el color de un ensueño.

La gloria virtuosa

HOSTOS define la palabra *virtud*. Afirma que para la historia y para el pensamiento general y vulgar, la virtud es un esfuerzo, un triunfo accidental. Para D. Eugenio María, la virtud es democrática, permanente, natural, es sucesión de actos reflexivos y todos los hombres la pueden practicar.

Autoanalizándose expone que quizás él nació para vivir "en acción los principios más racionales, los sentimientos más humanos, las ideas más completas". (I, 215). En el Tomo II del *Diario* expresa que el hecho moral lo agota. "Hace diecisiete años, desde que cumplí los dieciocho, que estoy soñando con la *gloria virtuosa*". (II, 137). Y más tarde: "La ambición de esta gloria virtuosa está siempre *royéndome el alma*". (II, 138).

¡Cómo florece la aspiración a la pureza, a lo cristalino! No es la vanidad. Es la Gloria, pero nimbada de blanca aureola, lo ético. Y ¡cuánta valía en esa forma lingüística *royéndome el alma*! Es decir, forcejeando en el mundo interior.

El estimaba también —y así lo escribirá a D. B. Tió Segarra—, el carácter y las fuerzas morales mucho más que el talento. (I, 93).

Sería inútil enumerar las expresiones hostosianas que anuncian y son índices de la pureza de esta vida ejemplarísima. Aparte de su admiración por Sócrates, por Jesús, por Lutero —idea de la inmortalidad, amor entre los humanos, libertad de conciencia—: él habla a veces con un sentido cristiano.

Véanse estos pensamientos:

Y yo, abnegación viviente, sentimiento hecho verbo, generosidad siempre dispuesta (I, 62),

tengo por sistema prescindir, olvidar y perdonar a las personas, y, en vez de juzgarlas, combatir las e inutilizarlas por sus faltas, las juzgo, las perdono y las contemplo por sus virtudes morales e intelectuales y me hago su juguete (I, 275)

Concluye: "no hacer el mal a nadie". (II, 143). Es para recordar en la lejanía de la historia, a Cristo, en la hora de la Cruz diciendo: *Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen.*

Las artes: la música

HAY un Hostos amante de las artes, de la música. Ya memoramos el instante inicial cuando se puso en contacto con el arte de Santa Cecilia. En sus páginas de *Crítica* define la música como "voz del sentimiento, lenguaje de la sensibilidad inexplicable, palabra de lo inefable, grito, suspiro". (XI, 33). Y cree que la finalidad de la música es enriquecer la palabra, ir más allá de donde ese símbolo de la idea pueda alcanzar. Habla de "sustituir a la razón en donde la razón es impotente". (XI, 33).

Hay, vemos, un mundo más allá del de la razón humana. Hostos admite la existencia de ese mundo superior, no racional: el de la inefabilidad. A ese reino se arriba con la vibración, con el ritmo del canto, con el prodigio melódico y armónico.

Se esmalta con belleza la prosa hostosiana de juventud en que se nos dice cómo la música todo lo representa y describe: la voz de la brisa, el ritmo del agua, el estruendo del huracán, el canto del pájaro.

Mejor leamos al propio autor:

Deslizad vuestros dedos por las cuerdas de un arpa, y el instrumento os devolverá en sonidos completos los sonidos embrionarios de la lluvia, del manantial, de la cascada; prestad vuestro aliento al clarinete, y os dará en sus notas graves el grito pavoroso de una fiera; suspirad en la trompa, en el fagot, en el oboe y en la flauta, y empezareis a comprender el atractivo natural del trino del pájaro cantor, de la voz humana en sus terminaciones graves, media y aguda; herid con el arco el contrabajo y surgirá la expresión de

una pasión violenta; acariciad el violoncello y la mansa ternura de los afectos tranquilos brotará; recorred dos octavas de la viola y la misma voz media. . . cantará en el instrumento mudo; aproximamos el violín al corazón, y todos los raudales de armonía que corren sin rumor por las vastas soledades del sentimiento humano se desbordarán, y los afectos tomarán su voz, y la pasión recobrá su acento. (XI, 33-34)

Recordamos a Camilo Mauclair, pero es nuestro Hostos.

Invita al compositor a unir los instrumentos de cuerda. Piensa en Haydn a quien caracteriza como "la dulce vaguedad de una naturaleza plácida". Mozart es la "unidad inconcebible, toda la serenidad de los afectos"; Mendelsohn es "melancólica infinitud de la ternura". Acerca de Beethoven dice: "si padecéis y gemís y maldecís os eleváis como Beethoven. . ."; "se elevarán los instrumentos hasta aquel tercer tiempo de la *Sinfonía en La*. . . a donde sólo llega un grave sentimiento perturbado y cohibido por una vida de torturas". (XI, 35).

Ahondando en estas notas encontramos que Hostos tenía preferencias por la música sinfónica, descriptiva, por la poesía dramática. En música participa de la teoría del arte por el arte, de lo bello *per se*, aquél que había manifestado que sólo es bello lo que va en íntima vinculación con la bondad.

Hostos hace comentarios sobre la *Pastoral* de Beethoven; estima que este compositor quiso describir en la *Sexta Sinfonía*, los placeres que la imaginación y el corazón tienen en la vida campestre, y que luego quiso presentar el imperio tranquilo de la ley: "tiempo momentáneo de las sombras, la reconquista del mundo por la luz; este es el altísimo argumento de la obra sinfónica de Luis de Beethoven". (XI, 48). Cree Hostos que los andantes beethovenianos valen doblemente: por su melodía, delicada siempre; por su desarrollo, igual y novedoso.

Yo propongo, de paso, un tema para un brevísimo ensayo: "Hostos y Beethoven", en que se destaque el amor que ambos tuvieron por la libertad, la fuerza de sus caracteres, los contrastes de sus almas, y por último en que se señale cómo el puertorriqueño sintió y gozó en su juventud el arte clásico y romántico del Maestro de Bonn. Se incluirán en ese ensayo aquellas palabras con que cerró el iberoamericano su página

lirica: "Después de Beethoven, el silencio". (XI, 50). ¿Qué más se puede decir después de haber escuchado la *Sinfonía Pastoral* o la *Coral* de aquel genio que concibió como el más alto don, el derramar las irradiaciones divinas sobre la raza humana?

En sus notas de crítica Hostos ha dejado pruebas de su interés por otras artes: así en los apuntes sobre la Exposición Artística e Industrial de Chile, en las notas acerca de estatuaría. Frente al desnudo *Susana* de Nicanor Plaza, afirma que es necesario reivindicar la inocencia del arte, la pureza del artista, la castidad del mármol.

La integración del hombre

YA dijimos que en este pensador es constante el llamado a la virilidad, a la varonía: "*Ser hombre*, mi gran conquista, mi solemne orgullo, mi horrible mito" (I, 319). "Es posible ser hombre completo, ser hombre, el hombre que yo deseo, el hombre que exige nuestra naturaleza". (I, 196).

Y nos podemos preguntar: ¿qué es ser hombre? No nos referimos a ese ser abstracto y universal que no existe en ninguna parte, que no es ni de aquí, ni de allí, ni de Francia, España, Noruega o Norteamérica, *un no-hombre*, como diría Unamuno. No nos referimos al histórico, de ayer, ni a ese hijo de la imaginación de la soberbia nietzscheana.

Hostos aspira a darnos su definición de lo que debe ser un hombre. El viernes 31 de diciembre de 1869 escribe:

Ser niño de corazón, adolescente de fantasía, joven de sentimiento, en la edad de la madurez temprana, en lo que quiero llamar edad científica; ser armonía viviente de todas nuestras facultades, razón, sentimiento y voluntad movidos por conciencia; ser capaz de todos los grandes juicios, y poner en todo aquella sinceridad, aquella verdad, aquella realidad del ser que sólo de ese sentimiento, que sólo de él trasciende; ser finalmente un mediador entre el racionalismo excesivo. . . y entre el pasionalismo de los que creen que todo lo hace la pasión, eso es lo que llamo *yo ser hombre completo*, eso es lo que practico. (I, 194-195)

Veamos superficialmente esa afirmación —un poco ancha. Incluye la pureza del niño. Aprendimos que los hombres más

hombres han sido aquéllos que han conservado en su corazón un más espléndido tesoro de infancia. Incluye también ese concepto, la imaginación, tan rica en la adolescencia, la razón, el sentido heroico de la vida, la sinceridad, y la verdad, y finalmente la aspiración a armonizar dentro del propio ser, lo racional y lo emotivo. A eso llama él ser un hombre completo. Porque lo ha logrado se autodefine en esa misma página como "un mito", como "una incógnita indespejable". Y como no lo entienden, como creen que está en "las nubes" por eso prescinden de él.

La vida en general ¿cómo la concibió Hostos? Frente a todas las concepciones que tengamos nosotros, frente a nuestros puntos de vista religiosos, filosóficos, científicos, leamos del maestro antillano, la sencillez y profundidad de estas palabras:

No por pretenciosa, deja de ser sencilla, mi idea de la vida. Sentimiento, debo amar. Inteligencia, debo conocer. Conciencia, debo imponer todos mis derechos y cumplir todos mis deberes. Voluntad, debo hacer lo que sé es bueno y justo, amar el bien y la justicia. (II, 78).

Se subrayan en esa definición las palabras *sentimiento*, *inteligencia*, *conciencia*, *voluntad*. Aspiremos nosotros a integrar nuestras vidas siguiendo esos pensamientos e ideales nobles, de dignidad ética, legados por Hostos a la juventud y a los pueblos que aspiran a la libertad. Para que no haya sido en vano el sacrificio y la vida heroica de aquel director espiritual de los pueblos hispánicos.

EL QUIJOTE EN LA NUEVA CABALLERÍA¹

Por *Mariano PICÓN-SALAS*

EL mundo moderno surgió de lo que puede llamarse la crisis de la caballería. La esencia de lo caballeresco había consistido en someter el ímpetu vital y la sangre ardiente deseosa de combatir y de volcarse, a las normas de un estilo ético, a una especie de ascesis que marcaba la empresa humana de trascendencia ideal hecha de rito, de sacrificio y de desinterés. Jerusalén o la Virgen María o la dama que espera mirando desde la torre de su donjon, estaban en las armas y la última ruta del caballero. Como en la Teología y la Mística del siglo XIII, la vida era una escala difícil por donde se asciende desde la turbia zona del frenesí y de las pasiones, a aquella cima dantesca donde ya puede gozarse lo divino "*senz'ombra e senza figura*". Pero ya en los últimos días de la Edad Media el naciente espíritu burgués que oponía al riesgo de la epopeya y la intimidad de la poesía lírica, la astucia demasiado terrestre del "fabliaux"; a la empresa simbólica del "Roman de la Rose" las mañas de Maître Renard, iba prevaleciendo sobre toda Caballería. Y hasta el rescate del Sepulcro de Cristo que otrora movió a las masas populares y disparó hacia el Oriente los ferrados caballeros de Normandía, de Flandes y de Bretaña, se trocaba en aventura mercantil; en negocio que fiscalizan y promueven los cautos venecianos, esos Rockefeller o Vanderbilt del 1300. Europa iba creando nuevos instrumentos de dominación más misteriosos y letales que la espada bendita del caballero: se inventaba la pólvora y la letra de cambio que, extendida en Venecia, era descontada en las lejanas ciudades hanseáticas. En un curioso libro de comienzos del siglo XV, la "Crónica" de Froissart, presenciemos la agonía histórica de

¹ Discurso en la Universidad de Puerto Rico en la fiesta de Cervantes y de la Lengua, 23 de abril de 1946.

la Caballería. Los falsos "caballeros" de Froissart son ya deportistas o bandoleros cuyo arte ha perdido todo móvil moral y justificación religiosa; chapotean en el oro y en la sangre y trocaron el valor en jactancia y atropello. Como la Naturaleza quiere que haya hombres de sangre helada y de sangre caliente, flemáticos y coléricos, pusilánimes y arriesgados, la degeneración de lo caballeresco que logró pasar al mundo moderno, se convirtió en condotierismo o piratería. Los piratas y corsarios de los siglos XVI y XVII son como falsos caballeros en quienes la codicia burguesa se viste de peligro y aventura. El pirata sirve para abrir las rutas oceánicas y es un adelantado del comercio mundial y de los intereses de las grandes naciones navegantes, del mismo modo que el caballero lo había sido de las empresas de cruzada. Queda en las páginas de cierta especie de Literatura —y a veces la Literatura es el gran depósito de los sueños frustrados— la nostalgia de aquel mundo de la fe y el valor perdido. Es una como decoración rígida y casi congelada de oro, azul y sinople, viven las Orianas y las Belisas ideales por cuyo culto aun pena un huesudo hidalgo castellano, en "cierto lugar de la Mancha", a comienzos del siglo XVII.

El autor de ese libro famoso que después de trescientos años seguimos leyendo; que aun para leerlo y sentirlo bien, requiere ser limpiado de tanta proliferación y tanto elogio inútil de que lo recargaron los profesores de Literatura, vivió en su propia alma ese conflicto tan moderno de Caballería y Burguesía; del que concibe la vida como impulso y aspiración ideal y generosamente está dispuesto a darla y a gastarla, y de quien, por el contrario, desenvuelve ante el mundo un instinto de mera defensa y conservación. Al Caballero lo justifica su propio ser; lo que ha hecho y lleva escrito en su escudo, al burgués, en cambio, le gusta mostrar lo que conserva. El uno existe, "per se"; el otro por las cosas que posee. ¿Y no es la gran tragedia del mundo moderno, haber erigido como predominante valor humano, este de adquirir cosas y juzgar al hombre por lo que tiene, y no por lo que es? Más que la vela de armas y la norma ideal a que ajusta su vida, importan en el hombre de nuestros días los objetos de que se rodea. Se destaca entre los otros hombres porque su casa es más grande, su automóvil más lujoso y los papeles que guarda en el Banco más cargados de cifras. Se le puede llamar —como a ningún

otro en la Historia— el hombre coleccionista. Y si una catástrofe cósmica, una especie de Okinawa de más vasto radio, destruyera las ciudades en que vivimos, en los "conchales", en los vestigios otra vez prehistóricos que quedarían de nosotros, habría más pedazos de hojalata y deshechos de artefactos mecánicos, que testimonios de nuestro espíritu. "Fueron esclavos de las cosas y las cosas terminaron por aplastarlos" dirían de nosotros los teólogos y los historiadores de aquí a muchos siglos. Porque esa civilización nuestra, que había inventado innumerables máquinas para hacer la vida más suave y más fácil, careció en el momento postrero de la decisión de luchar por su propio ser. Y he aquí la colisión, el choque entre dos maneras de concebir la vida, que se expresó acaso por primera vez, en el libro de Miguel de Cervantes.

Desde que Unamuno escribió su admirable interpretación agonística del "Quijote", se ha hecho casi un lugar común enaltecer al héroe de la ficción para disminuir a quien lo engendrara; oponer lo quijotesco a lo cervantino. En su disputa con aquellos dómines que no veían en el libro inmortal sino los fragmentos de Retórica; que se estancaban en la letra porque no podían sorber el espíritu, Unamuno prefirió lanzar a su propia aventura al famoso caballero; negando, casi, al bueno y humillado vecino Miguel de Cervantes quien sacó el libro de su corazón desgarrado y volcó en el protagonista aquel anhelo de justicia y belleza que anduvo buscando en todos los accidentes y encrucijadas del mundo. Pero para mí Cervantes—como Balzac y Dostoievski— es no sólo uno de los hombres de la Literatura que suscitan mayor emoción humana, sino ofrece en su persona la tragedia de una época y, se le mira en el rostro, la angustia y la contradicción de todos sus contemporáneos. No es necesario separar—como quiso Unamuno— a Cervantes de Don Quijote, porque, a través del símbolo, nos habla la inconformidad y el choque con la vida de un gran español del siglo xvii. Aunque sólo empezara entonces aquella orgullosa liberación del individuo que llegaría a su clímax con la Revolución francesa y el Romanticismo; aunque no se destiñeran todavía muchos valores que acabó de disolver la posterior crítica racionalista, ya se plantean en el libro algunos de los enigmas del alma moderna. Cervantes como Don Quijote es el testigo y al mismo tiempo, la víctima de una crisis. Se

ha roto el orden medieval de la vida y empiezan a surgir como los monstruos y endriagos de otra civilización, las fuerzas económicas y de poderío político que se oponen a las de religiosidad y caballería de antaño. El espíritu burgués, sustituyendo al espíritu caballeresco, es el que apalea a Don Quijote, y el tosco ventero se encarga de enseñarle que más que la fe, el coraje y el amor, cuentan en la nueva sociedad aquellos escudos con que se pagan los mesones y se quebrantan las conciencias. Dentro del vasto cuadro imaginista-realista del libro, quizás es Maritornes, la sucia fregona, uno de los pocos seres que sólo obedece al amor, a la fuerza de la sangre, sin cálculo y conveniencia. Es ella lo que ha quedado de las damas ideales del tiempo de la "cortesía", así como el huesudo Don Quijote recoge la ya extinta alma juvenil de los Amadises. Y en Don Quijote está la contrafigura, el gran fantasma de un hombre que tuvo existencia histórica entre 1547 y 1616 y se llamaba Miguel de Cervantes.

Cervantes en El Quijote

DE aquel montón humilde que parece soportar la Historia más que hacerla, viene este hidalgo pobre. En esa época de fúnebre pompa, de Imperio mundial, de henchido predominio, que se asocia al nombre de Felipe II. Cuentan sobre todo el nombre y el linaje, la "dignidad", como se decía en el lenguaje del tiempo. La "dignidad" la da la nobleza de sangre; a veces puede adquirirse en las Universidades donde se enseña la Teología Católica o degollando herejes en Flandes o encadenando indios para que vayan al trabajo de la mita, en las minas de América. "Dignidad" tiene el Duque, el Canónigo, el Gran Inquisidor, el catedrático de Prima Teología, el bandolero que volvió de América con barras de plata y oro. Pagó espléndidamente los "quintos del Rey", fué ennoblecido y el Soberano le dijo: "Cubrios". Pero he aquí que este joven sin blanca, hijo de cirujano y sangrador—desdenables profesiones entonces— no tiene cómo ir a la Universidad ni cómo destacarse en lo que se llamaría dos generaciones después "El gran teatro del Mundo". La vida real es triste, pero la vida ideal, la que uno nutre con sus sueños, dibuja horizontes ilimitados.

Y en malos sonetos y estrofas petrarquescas vuelca el hombre sus primeros anhelos, mientras la palabra Italia le fascina a los veintiún años con su miraje de arte y de gloria. (Decirle a un joven del siglo XVI que irá a Italia era acaso mucho más, que decirle a uno del siglo XIX que iría París). Arte, aventura, refinamiento; un paisaje que frente al tétrico de la España filipisca erigía el de sus grandes edificios clásicos, el de la terrenal mitología florentina, el de la bulliciosa vida de los puertos mediterráneos, el de la pompa de la Corte pontificia, se expresaba en esa palabra melodiosa. ¿Y no había creado, precisamente, Italia las más bellas formas de vivir y de ennoblecir aún más la vida por medio del Arte; no era la suma de toda perfección y toda fascinación humana para los hombres del siglo XVI?

Este joven español quiere ser famoso de las dos maneras como podía lograrse mejor, en esa hora —y a desgraciadamente crepuscular— del Renacimiento: las armas y las letras. Quiere conciliar en su persona aquella futura discusión de primacía entre la pluma y la espada de que servirá de árbitro Don Quijote. Y ahora comienza el drama cervantino, quijotesco —podríamos también decir— porque para ser el perfecto hombre de letras y el perfecto hombre de armas, según los cánones del siglo, Cervantes tenía inmensas deficiencias.

Producto de jardín cortesano que prescindía del vulgo para dirigirse a las minorías más selectas que conocen el griego o el latín, la Historia y la Mitología y la prosa del divino Platón, fué la Literatura renacentista en sus variadas corrientes de Humanismo, Pastoral o Epopeya culta. Y una lucha entre el gran escritor que es y el "*literato*" instruido en la retórica del tiempo, constituirá uno de los grandes conflictos de Cervantes. Compondrá la "*Galatea*" porque todo espíritu que se estime, escribe entonces "*pastorales*" y el propio "*Quijote*" nos ha de ofrecer como esfuerzo de escolar tardío que quiere alcanzar las aulas y la erudición que no tuvo, aquellos párrafos de prosa barroca, aquellos desechos de platonismo, de mitología y égloga que ya se decoloraban en la Italia de la Contrarreforma. Claro que su conciencia artística hecha a una realidad más entrañable y concreta; dispuesta a comprender la vida más allá de los ornamentales muros de la retórica, habrá de reírse, a veces, de esas degeneradas formas cultas y las ofrece como parodia. Pero

en la más íntima fibra de su ser queda la mortificación de que no vayan a llamarle *ingenio lego*, de lucir también su platonismo pastoril, su mitología y sus latines. Y este hombre que dará la nota de más entrañable, de más piadosa y tolerante humanidad en la Literatura española, a veces tan rígida; éste que supo conversar con los arrieros y galeotes, con los cautivos y las mozas del partido, él en quien estaba toda la España de los caminos y de los mesones, pensará de viejo que es el mitológico "Persiles" el mejor de sus libros.

No menor prueba le depara la otra carrera ilustre: la de las armas. El viejo espíritu de la Caballería habla por su boca y con lenguaje ya quijotesco, cuando el día de Lepanto, responde desde el puente de la galera a quienes quieren apartarlo del combate, a pretexto de enfermo: "Señores: En todas las ocasiones que hasta hoy se han ofrecido de guerra a Su Majestad, y se me ha mandado, he servido muy bien; como buen soldado, y así agora no haré menos aunque esté enfermo e con calentura. Más vale pelear en servicio de Dios y de Su Majestad e morir por ellos que no bajarme, so cubierta". Y cae la mano izquierda, tronchada, entre el asalto de las espadas sarracenas. "La más alta ocasión que vieron los siglos pasados y esperan ver los venideros", glosará después el poeta. Pudiera entonces regresar a España como héroe, y apoyándose en protector noble, buscar el camino de las grandes empresas imperiales —de Flandes o América— si su mala estrella no lo hiciese descender a la peor condición: la de esclavo de infieles. Los bellos años de juventud, entre los 25 y los 30, los de la dorada virilidad, los pasa en el cautiverio. Y se le rescata, por fin, como a esos artistas y escritores que en nuestros días salieron de los campos de concentración, lívidos y desengañados; hombres "sin papeles" que deben readaptarse a un mundo que de ver tantos horrores ya perdió la piedad o no distingue el drama del individuo del drama colectivo. Miguel, el de la mano manca, va a tocar a esas gélidas oficinas filipescas donde los "golillas" vestidos de negro, escriben y escriben con su pluma de ganso. No servirá para nada mejor —el pobre— que para escribir comedias que se pagan a seis reales y para ir a requisar, en nombre del Estado, almudes de trigo y botijas de aceite a los granjeros andaluces. Se casa él, también, con Catalina Salazar, quien pudiendo ser Dulcinea es casi una labriega que

aporta al matrimonio veinticinco gallinas y un gallo. Chismes de vecindad; familia tan mediocre e impertinente como la que incomodará a Don Quijote en su aldea manchega; miseria de no tener que echar a la sopa, conflicto de dineros y persecución de alguaciles y contadores, serán ya la tragedia de su vida.

Y, contra la fuerza del sueño ¿no pasa también esta mediocridad, este cacareo de aves de corral, estos discursos leguleyos del Bachiller Carrasco, los enredos de ama y sobrina por las páginas del Quijote? Porque en el Quijote como en Cervantes estaba la Caballería de Lepanto y la salpicadura de la realidad más ruin; estaba el mundo ideal y mitológico de la Justicia y la Belleza absoluta y ese otro minucioso de días de cárcel y de maravedís que se olvidaron de cargar en los libros que revisan, los alguaciles y contadores de Sevilla. Entonces don Miguel, preso por deudas, imposible soñador en un Estado de burócratas, humillado por su propia familia, "viaja por el Parnaso" y hace la fuga mitológica de sus "Persiles". Expresa como en Don Quijote la trizadura —ya moderna— del ideal caballeresco ante el nuevo mundo burgués.

Dinero, más que armas y emblemas, es el nuevo valor que se exalta. El individuo habrá de juzgarse más por los doblones que lleva en la alforja que por el ánimo que palpita en el corazón. Para que una Europa más profana y más diestra en la ciencia del trueque creara el moderno capitalismo, los españoles traían la plata y el oro de América. Un mundo de mercaderes sucede a otro de caballeros. Sevilla hierve de naves y tratantes. Y no hay nada más trágicamente quijotesco que esta, como in-consciencia e inadaptación del recién rescatado Miguel de Cervantes a esa realidad, ya papelera y mercantilista que es como la otra cara del Estado pomposo de Felipe II. Miguel sirve para pelear en Lepanto, pero no contra los usureros y empleados de Hacienda. Por las audiencias y las cárceles, por las sórdidas covachas de los prestamistas, se desliza su aporreada persona conduciendo la carga de sus deudas, del continuo abuso que hacen de su buena fe los calculadores, de su romántica incapacidad para entender ese moderno mundo, que ya nacía, de las cifras y de los intereses compuestos. En vano alega contra la burocracia inexorable su patético testimonio humano. "Soy hombre de crédito y casado" —dice a los golillas que le acosan. Recuerda en otro memorial que ha servido al Rey "en

las jornadas de mar y tierra de veinte y dos años a esta parte". Pero era ese trágico momento de la historia española en que la frustración del héroe engendraba el pícaro. O bien, el que no quería chapotear en ese lodo infra-humano de la aventura degenerada que se llamaba "Picardía", que de una vez se disparara al cielo—todo nubes, todo irrealidad—como en los cuadros del Greco o en la empresa que sueña Don Quijote.

Para conservar siquiera la libertad de sus sueños, la compañía de aquellos grandes fantasmas que le pertenecen y en los que idealiza su fracaso y su frustración, la nostalgia de un mundo más bello, en un documento otorgado a Pedro Salinas le da poder para que lo defienda "en todos los pleitos, causas o negocios civiles y criminales en que pueda verse empeñado ante Su Majestad y ante los señores Presidente y Oidores de sus Reales Audiencias y Cancillerías y ante otras cualesquiera, alcaldes o jueces o justicia eclesiásticas e seglares de cualquier fuero o jurisdicción". Y dice en otro papel, un año más tarde, que se compromete "con su persona y bienes muebles e raíces habidos y por haber". Es el lastre demasiado humano de necesidades y miserias que arroja, para poder ascender en su "Clavileño". (Busca una comarca de la fantasía que sea ya inaccesible a los jueces y los alguaciles). Sufre sí—y es el dolor disuelto en risa en las páginas del "Quijote"—de ser un alma vacante, de servir para más grandes, ardientes y desinteresadas empresas que las que impone la época. Porque lo que crea la trágica calidad del humor quijotesco, no es la aspiración del viejo hidalgo a ser caballero andante, sino su deseo de serlo en un momento en que la caballería resultaba superflua. Como Don Quijote, la propia España aparentemente tan sólida y altanera de los días de Felipe II ¿no quedaría vencida en el combate anacrónico contra la nueva edad capitalista y burguesa que ya estaba surgiendo?

Proceso de la burguesía

DIALÉCTICAMENTE y en las etapas de cambio, antítesis y choque de toda Historia Universal, era explicable que al mundo caballeresco lo sucediera el mundo burgués; al impulso de gastar la vida y dedicarla a las más difíciles empresas, el de

aquella otra Economía vital de tipo sedentario y calculador que trae la civilización moderna; al noble pendenciero, el prudente mercader. Los castillos se habían convertido en ciudades, y con tanto ímpetu como las catedrales de la Edad Media, se erigían ahora las casas de banca y se abastecían y circulaban en las lonjas comerciales de los grandes puertos, los productos de todas las zonas. La Geografía fabulosa, los reinos de puro mito, que aun aparecen en el Quijote, se reemplazan por una Geografía concreta, definida en los mapas, de acuerdo con la proyección matemática de Mercator. El hombre moderno no quiere dejar nada al azar y anhela reducir a signo numérico hasta sus propias emociones. Mientras el caballero nunca alcanzaba su meta final que era el cielo, la sociedad burguesa se contenta con su creciente poderío terrestre. Insurgirá a fines del siglo XVIII contra los últimos valores medievales que aun subsisten en la vida europea y dueña de un nuevo aparejo técnico (vapor, electricidad, maquinismo) acapara el disfrute de todas las cosas que pueden contarse y medirse, con los nuevos instrumentos de precisión. Tiene al principio sus propios esclavos, sus siervos de la gleba—más miserables que los de la época feudal— que son aquellas mujeres y niños que en las minas inglesas de hace cien años trabajaban catorce y más horas por día. La seña de vasallaje que la clase opresora impone a la clase oprimida es el salario, y la primacía humana consiste en sostener y mandar al mayor número de asalariados. Tan hermético y hostil como el castillo feudal para el enemigo, son esas nuevas fortalezas de la burguesía donde pequeños grupos de financieros fijan los precios y someten la inventiva humana a una inexorable ley de ganancia. La nueva "tierra santa" a donde conducen ahora los más tenaces sueños, se llama Wall Street o la City de Londres. Ya no se necesita luchar en los torneos, porque el combate más feroz acontece en las bolsas de comercio. No se educa al hombre para que "sea" sino para que "posea". Y el nuevo cuento de hadas es el del muchacho pobre que llegó a ser millonario. Naturalmente, no porque la burguesía domine las naves y los bancos, la Agricultura y las Minas, ha de interrumpirse el proceso dialéctico de la sociedad y se llegará a esa historia en que ya no pase nada, en que todo se mantenga como estuvo, que es la aspiración de muchos políticos y muchos mercaderes.

La Empresa de Don Quijote, quien como Cervantes lucha contra esas fuerzas opresoras del Estado Moderno que se llaman dinero, policía, predominio de una clase sobre otra, estaba llamada a fracasar en lo que había en ella de reversión del tiempo, de retorno a un pasado que se esfumaba en el color y el paisaje irreal de los antiguos libros de horas. Era el combate imposible de la espada contra la artillería; del caballo contra el cañón, del individuo solitario contra la estructura estatal. ¿Por dónde huirá Don Quijote cuando en los caminos hay alcabalas y en los puertos aduanas y resguardos, y en todo sitio retén de policía? Los Florines y Amadisés ya sólo pueden vivir en la distancia y la decoración hierática de una retórica que es sólo pasado irretornable. La Historia no se repite, y un caballero del siglo xvii tendrá lances, reveses y problemas muy diversos a los que se contaban en las novelas del siglo xiv. Aunque quiera huir de la realidad o anhele ceñirla a las más viejas fórmulas de la Caballería, la realidad le golpeará en las narices. Y he aquí que el genio cervantino, a medida que saca al héroe de su casa aldeana y de la exclusiva comunicación de sus libros fantásticos y lo somete al gran viento del mundo, va descubriendo el clamor de una nueva humanidad. Don Quijote como Cristo —para que su misión tenga sentido— debe hacerse hombre; hombre sufriente y apaleado, hombre al que no se niega la sangre, el lodo y la angustia a que están sometidos los demás hombres.

La nueva caballería

MIGUEL de Cervantes iba a hacer la novela de la irrealidad; la de cierto hidalgo provinciano, célibe, soñador y casto, tan poseído de las fantasías de los viejos romances caballerescos que pensaba que éstas se seguían repitiendo con los mismos nombres y los mismos protagonistas, a la vuelta de todos los caminos. El primer Don Quijote más que juzgar, prejuiza, y adorna a cada persona, a cada cosa que ve con las nomenclaturas de la ficción. En las novelas de Caballería, los caballeros nutridos de amor ideal casi no parecen expuestos a estas contingencias de hambre y dolor físico que sufren por igual el noble y el plebeyo, el rey y el pechero. Pero a pesar

del muro con que la Retórica intentó cercarle la vida, cuando Don Quijote es apaleado tiene que reconocer que le duelen las costillas y que hay ciertos negocios, ciertas pequeñas necesidades, que no cesan de experimentarse aun siendo caballero andante. La primera irrealidad de Don Quijote se refresca y se humaniza en la ancha plebeyez de Sancho. Sancho es allí el abogado de una nueva clase social de la que nada se dice en las vitelas iluminadas de la crónica caballeresca, ni tampoco en los pliegos llenos de cifras de la clase comercial y burguesa. Si Sancho se sume con tanto apetito montaraz en los bocados gordos del banquete de Camacho, es porque ha pasado días sin comer y la necesidad habla para él un lenguaje más urgido que el de aquellos caballeros heroicos que nunca mencionaban la comida porque jamás les faltó. Don Quijote y Sancho se completan como el haz y el envés de la Historia, como el tejido pleno de la realidad. Sancho descubre —porque era necesario también descubrirlo— el móvil económico de muchas acciones humanas. Y la Insula Barataria no es más que la proyección de aquel frustrado sueño de abundancia, de seguridad, de tierra, vestido y vivienda, de un labriego español del siglo XVII. También el buen Sancho —aunque lo consideremos tan palurdo— quiere ascender. Si Don Quijote desea enseñarle todas las complejidades del arte caballeresco, Sancho también saca a su amo del paisaje artificioso de los viejos libros, instruyéndole en ese mundo más humilde, pero más auténtico, donde no ocurre otro milagro y otra metamorfosis que el de la misma vida. Con Sancho está el pueblo; la tercera clase por redimir cuyo grito de necesidad no se había expresado en el discurso caballeresco ni en el egoísmo económico de la burguesía. A diferencia del viaje medieval del Dante que termina en la beatitud del paraíso, el de Don Quijote, después de recorrer la parda Mancha y los bulliciosos caminos, retorna a la casa aldeana de donde salió y de cuya ahumada cocina cuelga la modesta olla "de algo más vaca que carnero" y donde ladra otra vez, reconociendo a su buen amo, el "galgo corredor".

En ese viaje de Don Quijote, Cervantes, el parodista de los romances de Caballería, el imitador —sin mucha gloria— de las pastorales italianizantes al estilo de su "Galatea", descubrió nada menos que el paisaje vivo de España, con todas sus gentes

y sus estamentos, desde el Duque hasta el Canónigo o el pastor de cabras. Es su milagro estético y, también pudiéramos decir su milagro histórico, que sobre el mundo ficticio de la parodia se superponga este que brotaba como los pedruscos o los garbanzos, desde el más quemado hondón de la tierra española. Y ante el sabio dictamen de Don Quijote cada uno de esos seres que le sale al encuentro trae un problema de amor, de honra, de lisa necesidad y monda Justicia. Le plantean al hidalgo una teoría en la conducta, más humana, que la de los viejos códices caballerescos y las convenciones del pretérito. Es, por ejemplo, cuando al defender a los galeotes, Don Quijote insurge contra la simple justicia formularia del Estado. Aunque su obsesión libresca y su fantasía disparada hacia las leyendas no quiera verla, es tan cruda la realidad que brota de los refranes de Sancho y del alma elemental de Maritornes, que ya Don Quijote no podrá sino sumirse en ella. ¿No es Sancho un poco su Virgilio en esta primera de las "Humanas Comedias" en que la Edad Moderna fija, a la vez, su dolor y su terrenalidad? La tierra y su circunstancia oponen a Don Quijote otra problemática, otra suerte de conflictos y accidentes que los que se consultaban en las idealizadas ficciones de la caballería. Siguiendo la corriente naturalista del Renacimiento, el cuerpo levanta aquí, frente al alma medieval, su terrestre reivindicación. "No sólo de pan vive el hombre, pero también vive de pan". Junto al ámbar y la ambrosía que sólo consumen los caballeros andantes, se necesita, como síntoma de salud, aquel ojo plebeyo que trasciende de la boca de Maritornes. No negar la vida sino aceptarla en su doble corriente de perfección e impureza, de instinto e intelecto, es la tarea de una milicia más humana y directa que la de la ya superada caballería feudal.

Con esos seres nuevos antes no descritos en la Literatura cortesana y aristocrática, surge lo que se puede llamar la tercera empresa del hidalgo manchego. Más que las falsas princesas Micomiconas de los cuentos legendarios, interesa libertar ese pueblo dolorido con que Don Quijote tropezó en los caminos: el muchacho azotado por su codicioso patrón; los galeotes que lo fueron porque la Sociedad no les permitió ser otra cosa; el buen Sancho Panza que quiere para su familia un poco más de seguridad y comida a tiempo. El ex-cautivo Cervantes des-

cubre ya en la España de su libro otra forma de cautiverio más duro y letal que el que le impusieron los musulmanes. Él mismo había sufrido estas cadenas del hambre y la urgencia que pesan más que las de los baños de Argel. Si el pueblo aparece en su libro con mayor emoción que en cualquiera otra obra española (y hasta que surja Dostoievski nadie sabe hablar al triste como Cervantes) es porque él también fué pueblo, y vió pasar la Historia no desde la primera fila donde imperan la etiqueta y el rango oficial, sino desde aquella claraboya penumbrosa por donde atisban el día los desposeídos. Pero este desposeído genial tenía la gran luz de su alma, y se libró del resentimiento sonriendo y comprendiendo; trocando en ternura lo que había recibido en rencor. Entrega —como para que las redima una nueva Caballería— estas almas aún sin gloria ni linaje que le salen al paso por todas las rutas de España. Después de la época medieval de la época burguesa, estaban ellos; los que aun *no han sido* pero que *quieren ser*; el objeto y la tarea de otro quiijotismo que vuelque su impulso de combate y redención en la edificación del mundo venidero.

Así, nuestro Don Quijote ya se personaliza y distingue frente a los caballeros andantes de la ficción, e incorpora a su ventura a gentes de carne y hueso. Parece acudir con su lanza justiciera hasta donde clama y reclama la última clase sin heredad ni destino autónomo. Su símbolo abre el camino para la tercera empresa y explica, dialécticamente, la vigencia histórica y moral de una nueva caballería. Los términos antitéticos con que se definió lo moderno frente a lo medieval, lo burgués frente a lo caballeresco parecen encontrarse una síntesis en esa tarea final de Don Quijote; en esa presencia maravillosa que en el libro destaca la vida contra los monstruos de la imaginación, los endriagos y los fantasmas.

HISTORIA, Y LO DEMAS SON CUENTOS

Por *Eugenio IMAZ*

1. EL nombre y el pensamiento de Dilthey van asociados más que nada al término *historicismo*. Según una autoridad en la materia, la palabra fué "empleada por primera vez en su sentido justo en el libro de K. Werner sobre Vico, 1879, al hablar del *historicismo filosófico de Vico*".¹ Pero ya en esta cita la palabra *historicismo* viene calificada y, por otra parte, tampoco se puede decir que el historicismo filosófico de Vico, el de Meinecke o el de Croce, por ejemplo, sean lo mismo, así que creemos conveniente repasar las diversas acepciones del sustantivo. No es la afición a las digresiones terminológicas la que nos aconseja esta aparente diversión. El historicismo se suele identificar, sin más, con su representante más poderoso, el alemán, y esto trae consigo no pocas confusiones en problemas tan decisivos como los de su origen o los de su supuesta crisis.

Hay que arrancar, como es justo, de la acepción vulgar, pues aunque se trata de un término erudito, dentro de este plano tiene una significación primera y obvia que surgió espontáneamente en infinidad de mentes cultas para calificar una de las tendencias que acusaba el pensamiento de la época. El término paralelo de *psicologismo* se entiende, sin más, como la tendencia a explicar psicológicamente fenómenos que, hasta entonces, no solían recibir esta explicación, y lo mismo podemos decir de *historicismo*. Es casi seguro que el vocablo inició su accidentada carrera con la del siglo XIX, pero esto no nos importa por ahora. Lo que sí queremos subrayar es que, en tal estadio, no llevaba ninguna intención significa-

¹ FRIEDRICH MEINECKE. *Entstehung des Historismus*, p. 11 de la ed. española del Fondo de Cultura Económica, *El historicismo y su génesis*, México 1943.

tiva fuera de la simple constatación de un hecho. Este podía tener implicaciones pero la palabra no las tenía todavía.

Según las palabras citadas de Meinecke, parece que el primer salto significativo preciso se llevó a cabo cuando se habló "del historicismo filosófico de Vico". Es decir, que ya no se podría hablar de historicismo, técnicamente, más que con una intención, con una radicalidad filosófica. Pero es el caso que el mismo Meinecke, y en el mismo libro, nos habla de una "elaboración de la historia que se ha llamado historicismo en el buen sentido";² elaboración que a Croce, que también es otra autoridad, no le parece más que "historicismo incompleto".³ Pero completo o incompleto, resulta que hay una o varias maneras de "elaborar la historia" que son también *historicismo*. Tenemos, pues, una segunda acepción que no es todavía la filosófica: se refiere, más bien, a ciertas escuelas de historiadores y tiene que ver, no con la filosofía, sino con la *historiografía*.

Llegamos, por fin, a aquella acepción del término que realmente encuadra el pensamiento de Dilthey dentro del pensamiento de nuestros días: la acepción filosófica. Pero no creamos que al limitar los alcances del término al ámbito filosófico hemos salvado los peligros de confusión; por el contrario, se amontonan y se hacen más solapados. Hay historicismo (filosófico) como hay empirismo, idealismo, etc., es decir, que hay *historicismos*. ¿A cuál de ellos nos referimos? En nuestro caso el problema es bien sencillo: nos referimos al historicismo de Dilthey; este ensayo no lleva otro propósito que preparar su estudio. Sin duda que hay un denominador común a todas las corrientes filosóficas historicistas, que por algo llevan el nombre de *historicismo*. ¿Cuál es este denominador común? Sabido es en qué forma los filósofos, por sus costumbres radicales, suelen arrimar el ascua a su sardina cuando se ponen a definir términos. Como el denominador común ha de señalar una designación característica, esencial, es muy fácil que en vez de atenerse a una estricta fenomenología his-

² F. MEINECKE, ob. cit., p. 505.

³ B. CROCE, *La storia come pensiero e come azione*, Bari, 1938, trad. española del F. de C. E. *La historia como bazaña de la libertad*. México, 1942, esp. cap. II.

tórica deslicen o se les deslice aquello que ellos entienden que es, radicalmente, la esencia del fenómeno. Así, por ejemplo, lo que por historicismo filosófico entiende Meinecke se aplica muy bien a una gran parte del historicismo alemán, pero no al historicismo italiano representado por Croce o al inglés representado por Collingwood. Creo yo que las tan citadas palabras de Meinecke nos podrían ayudar a fijar un denominador común que fuera bastante radical para que se le pudiera considerar como filosófico y lo bastante amplio para que cupieran en él todas las formas históricas, reales, de historicismo. Sostiene Meinecke que la primera vez en que ese término fué "empleado con justeza" fué cuando se habló del "historicismo filosófico de Vico". Efectivamente, con Vico aparece por primera vez, con plena conciencia, lo que pudiéramos apreciar como consideración historicista de la problemática filosófica. Habla Vico de que, hasta él, la filosofía ha sido siempre una *teología natural* y que ya ha llegado el momento de que se convierta en una *teología civil*. Es el giro de 90 grados que él lleva a cabo. En vez de *meta-física* lo que hay que hacer es *meta-historia*. La verdad última, que busca la filosofía, no se puede encontrar reflexionando radicalmente sobre el mundo físico, que no es radicalmente cognoscible, sino sobre el mundo humano: el mundo histórico.⁴ La primera versión historicista del *conócete a ti mismo*. Con esta delimitación, a la que el mismo Meinecke nos invita, es posible que mucho de lo que pasa por historicismo filosófico quede fuera, pero no se excluye ningún historicismo auténticamente filosófico. Y, sobre todo, no se involucra el historicismo con el *relativismo*, que puede ser una de sus formas, o de sus propensiones, ni se le confina en las fronteras geográficas de un espíritu, como el alemán, aunque sea su exponente más poderoso.

2. NO deja de ser significativo que dos historicistas tan señalados como Meinecke y Croce apliquen indistintamente el concepto a lo historiográfico y a lo filosófico. Cierta que existe una relación de filiación entre el poderoso auge que co-

⁴ *Scienza nuova*, 1730, lib. primero, al ocuparse del método.

nocieron los estudios históricos en la primera mitad del siglo XIX y el prestigio de que gozaron y siguen gozando las concepciones historicistas. Pero no es sólo cuestión de cantidad, con ser ella enorme, ni de calidad, con ser tan excelente, de los estudios históricos. Se trata de cualidad, de una nueva modalidad historiográfica. También aquí tenemos que andar con cuidado, pues según se la defina tendrá razón Meinecke al afirmar que la "revolución historicista" es la segunda revolución, contando la Reforma, que han hecho los alemanes o tendrá razón Croce al afirmar que el historicismo tuvo su verdadero origen en Francia, o no la tendrá ninguno de los dos.

"Individualidad y desarrollo individual son, pues, los dos conceptos fundamentales, que se corresponden polarmente, de la elaboración de la historia que se ha llamado historicismo en el buen sentido, y que culmina en la aportación de Ranke". Esto nos dice Meinecke (ob. cit. p. 505). Según Croce, "el hallazgo de la íntima relación entre historicismo y sentimiento de libertad y de humanidad y la armonía y unidad establecidos del aspecto teórico y del práctico en un solo ciclo" corresponde a "la Francia de la restauración y de la monarquía de Julio". (ob. cit. p. 91). Los alemanes, sin excluir a Dilthey, han insistido mucho en presentar el historicismo como aportación específica del pueblo alemán, a la que, según también Dilthey, estaba como predestinado por su historia. En lo que respecta al historicismo filosófico, llevan casi toda la razón, no en lo que se refiere al historiográfico. Y como es Croce casi el único que sirve de contrapeso a tanto coro de voces eruditas, yo creo que sería oportuno refrescar los recuerdos con la lectura de las *Considérations sur l'histoire de France* que Agustín Thierry pone delante de sus famosas narraciones de los tiempos merovingios.⁵ El ensayo es ya de por sí la primera Historia de la Historia (francesa) hecha con criterio historicista y la *nouvelle école historique* que en él se describe como iniciándose por el año 20, tiene un signo político, una tendencia humana bien distinta de la famosa escuela histórica alemana, lo que podría explicar los juicios tan discrepantes de Meinecke y Croce. Pero, sobre todo, la escuela francesa, que no desdén, ni mucho

⁵ AGUSTIN THIERRY, *Récits des temps mérovingiens*, ed. Garnier, vol. I, cap. IV, esp. pp. 178 y ss.

menos, las aportaciones contemporáneas de la alemana, es un producto típicamente francés que, sin embargo, también atiende a la singularidad de lo histórico y echa mano del sentimiento y de la imaginación, como aquélla, para su comprensión. Lo que no hace es romper la continuidad con el pasado, porque su historia nacional no se lo permite, con lo que resulta, acaso, más verdaderamente historicista que la propia escuela alemana.

La "modalidad" historiográfica que irrumpe con una fuerza sin igual en los países que, a comienzos del XIX, van a la cabeza de la cultura europea, no es un fenómeno que pueda adscribirse a ninguno de ellos con exclusividad ni explicarlo mediante las consabidas transmisiones literarias e influencias. Hay historicismo en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en Italia. La Revolución francesa y la epopeya napoleónica han sido las grandes sacudidas, la profunda remoción de tierras que ha preparado el terreno para la espléndida cosecha de los estudios históricos. Ya se pueden amontonar los antecedentes como se quiera, y buscarlos en Justus Möser o en Vico. La revolución agotó las posibilidades imaginativas del intelectualismo dieciochesco y Napoleón sacudió la somnolencia de muchos pueblos europeos metiéndoles por los ojos la historia universal. Entonces es cuando la gran protesta "sentimental" de Rousseau, y otras infinitas protestas más o menos sentimentales del siglo XVIII⁶, pudieron dar todo su fruto. "Como Schiller y Goethe en Alemania, dice el tan certero Menéndez y Pelayo, como Walter Scott en Inglaterra, tiene Chateaubriand la gloria de haber renovado en Francia el sentimiento de la historia en su brillantez pintoresca y en su verdad moral";⁷ en los tres países son poetas los antecedentes inmediatos, como es natural, pues que se trata de un cambio de los tiempos, y detrás de ellos camina la poderosa sombra de Rousseau.

Cuando Emilio entra en la tercera etapa de su educación, a los dieciséis años, —*nous entrons enfin dans l'ordre moral*— el preceptor va a poner en sus manos libros de historia. *Ce ne sont point les philosophes qui connaissent le mieux les hom-*

⁶ Sobre todo en Inglaterra, con su interés por Homero, por la poesía hebrea, por la popular, por "lo nórdico", por Shakespeare.

⁷ M. MENÉNDEZ Y PELAYO. *Historia de las ideas estéticas en España*. ed. Glem. Buenos Aires. vol. III, p. 761.

*mes; ils ne les voient qu'à travers les préjugés de la philosophie. Los conocen mejor los historiadores. Que faudrait-il donc pour bien observer les hommes? Un grand intérêt à les connaître, une grande impartialité à les juger, un coeur assez sensible pour concevoir toutes les passions humaines, et assez calme pour ne pas les éprouver.*⁸ Esto es lo que los historiadores de ahora deben a Rousseau: *un coeur assez sensible pour concevoir toutes les passions humaines.*

3. NIETZSCHE, que define tan bien todo lo que odia, dice del sentido histórico que "es la capacidad de adivinar rápidamente el orden jerárquico de los valores con arreglo a los cuales ha vivido un pueblo, una comunidad o un individuo, el instinto adivinador de las relaciones de esos valores, de la relación entre la autoridad de esos valores y la autoridad de las fuerzas operantes". Este sentido, que "los europeos proclamamos como nuestra especialidad" y en el que sobresalen los alemanes, "sólo en el siglo XIX ha sido reconocido como un sexto sentido". Este sentido *plebeyo*, según él, "se ha desarrollado en el curso de la encantadora y loca *semibarbarie* en que ha sido sumida Europa por la mezcla democrática de clases y razas". En efecto, según vemos en Thierry, el sentido histórico de los franceses se aviva extraordinariamente en los tiempos de la restauración, cuando se trata de construir una *historia unitaria* de Francia que la revolución había revelado como la historia escindida de dos pueblos y de dos clases: los galo-romanos y los francos, el "pueblo" y la aristocracia. Y el de los alemanes comienza a trabajar poderosamente bajo la presión de la dominación napoleónica, cuando se ponen a buscar su alma nacional sumergida.

Pero si el "sentido histórico" es una especialidad de los europeos, y sobre todo del siglo XIX, y, más todavía, de los alemanes, no olvidemos que es el sentido propio de los historiadores, de todos los historiadores, de los que no se puede decir, como de monsieur Jourdan, que hablan en prosa histórica sin saberlo.

⁸ J. J. ROUSSEAU. *Emile ou de l'éducation*, ed. Garnier, pp. 280 y 281.

⁹ F. NIETZSCHE. *Más allá del bien y del mal*. p. 224.

Ya Tito Livio, el crédulo Tito Livio, nos confiesa que no ignora que "la misma indiferencia que hace ahora que los hombres no crean en los presagios enviados por los dioses, hace también que no se publiquen los prodigios ni se refieran en los anales. Pero yo, al escribir la historia de las cosas antiguas, *no sé en qué forma me encuentro poseído por el espíritu antiguo*, y un sentimiento religioso me obliga a no considerar indignas de mis anales las cosas que aquellos prudentísimos varones pensaron que eran dignas de ser publicadas". Este pasaje no tiene pierde, y con razón lo destaca James T. Shotwell¹⁰ como sin par en la Historia antigua "para penetrar la imaginación histórica". Como tampoco lo tiene este otro de Polibio (lib. III, cap. 4): "debo describir también los gustos y aspiraciones de las distintas naciones, tanto en sus vidas privadas como en su política pública". La misma explicación podríamos dar de los discursos de Tucídides que Shotwell critica. Y no sólo el amor piadoso por "los padres" aviva la imaginación y la obliga a ponerse en su lugar, sino también el amor curioso por lo extraño, pero al fin y al cabo humano, como en el caso de Herodoto, o la necesidad de comprensión del hombre de acción, como en el caso de César o de Hernán Cortés, o de los misioneros. Si el sentido histórico ha venido a ser una especialidad europea, no tanto se debe a esa fusión democrática de clases y razas cuanto a la presencia creciente de ultramar y de los relatos ultramarinos. Esta es una aportación cuyo mérito no se podrá disputar a españoles y portugueses, que rompen, en la forma y en el fondo, con los moldes de la historiografía humanista, para volcar sobre Europa un pasto más que secular a su curiosidad renacentista por el hombre. En este pasto intelectual se ha complacido, sobre todo, el siglo XVIII, a quien, tan ahistóricamente se ha calificado de ahistórico.

El hecho de que el siglo XVIII cuente, por lo menos en su segunda mitad, con tantos libros de historia¹¹ haría sospechosa esta exageración polémica. Sin tomar en cuenta, de momento,

¹⁰ J. T. SHOTWELL. *Historia de la Historia en el mundo antiguo*. Trad. esp. del Fondo de Cultura Económica, México 1940. p. 316.

¹¹ Cf. la referencia que hace Carl L. Becker a la *Correspondence littéraire* de Melchior Grimm en *The heaven City of XVIII Century*, p. 94 de la trad. esp. *La ciudad de Dios del siglo XVIII*, Fondo de Cultura Económica, México 1943.

la figura de Vico —señalada, un poco a la ligera, de "anacrónica"— la presencia de historiadores del rango de Montesquieu, Voltaire, Hume, Robertson, Gibbon, acusa la actuación espléndida del sentido histórico. Con limitaciones, claro está, con simpatías y antipatías que recortan arbitrariamente la comprensión histórica en favor de los "primitivos" y des *quatre âges heureux* y en contra de la Edad Media. Pero también al sentido histórico del siglo XIX los historiadores de ahora, adoctrinados por los psicoanálisis, podrían achacarle sus limitaciones, a pesar de lo mucho que apeló a las "fuerzas que operan en silencio", y hasta se las podrían señalar a Ranke, verdadera encarnación de la Historia, al decir de Dilthey, pues su decidido empeño en relatar las cosas "tal como han sido", en disolver la propia persona, se paga con la limitación de su comprensión histórica de las luchas políticas a las luchas de poder, limitación que lleva a un historicista tan radical como Croce a sostener que en Ranke se da una "historiografía sin problema histórico".

Ya se le ha hecho justicia al siglo XVIII, y por los mismos historicistas, pero una justicia que, en su alegato más extenso,¹² muestra marcada unilateralidad, al no reivindicar más que aquello que se puede considerar como antecedente del historicismo típicamente alemán. Aquí tropezamos con esa noción peligrosa de *Entwicklung*, según Nietzsche el descubrimiento esencial de los alemanes, en los que, si madame Staël veía *des contemplateurs*, aquél ve almas *inexistentes*, en pena, en *devenir* perpetuo, encarnación soberana del proceso de semibarbarización de Europa, y con las mayores posibilidades, por lo tanto, para adentrarse por todos los rincones psíquicos del mundo. Todos sabemos que los acontecimientos "se desarrollan", y el historiador mejor que nadie. Pero si tomamos al pie de la letra este desarrollo, como desarrollo orgánico, estaremos en vías de entender a los alemanes. Esta idea leibniziana del desarrollo orgánico—"individualidad y desarrollo individual", "a partir de un centro interior"— tiene los siguientes padrinos. Burke y Justus Möser se fijaron en ella desde un punto de vista polí-

¹² F. MEINECKE, *Entsebung des Historismus*, el libro primero está dedicado a los precursores y a la historiografía de la Ilustración; el segundo al movimiento historicista alemán.

tico: están enamorados de la "realidad" histórica y, al verla amenazada, por la acción disolvente de la razón, sus amorosos ojos se abren al carácter orgánico del desarrollo histórico. Con esto solo no hubiera tenido esta idea una acogida tan ancha ni el panteísmo alemán la eclosión que tuvo. Herder apunta a un hecho que va abriendo brecha en la conciencia científica: la observación de las capas terrestres testimonia una creación progresiva más bien que destructiva. No hay más que leer *Les Singularités de la Nature* (1768) de Voltaire, donde, al hablarnos *des coquilles et des systèmes batis sur des coquilles*, se ríe de los transformistas como Burnet, Woodward, Whiston, Buffon y Maillet, amarrado a su concepto de mundo como artefacto, como *máquina* y pasar luego a las *Ideas para una filosofía de la historia de la Humanidad* (1784-1791), para darse cuenta del efecto producido entre tanto por los hallazgos paleontológicos. De esta obra dijo Goethe que le era congenial. He aquí el "organicismo" de Goethe: "En las obras de la arquitectura gótica alemana se advierte el florecimiento de una civilización extraordinaria. Quien se encuentra de pronto ante un florecimiento semejante, no puede menos de asombrarse; pero el que *penetra la vida interior de la planta*, el que conoce las fuerzas que hacen que el florecimiento se vaya *desarrollando poco a poco*, ese verá las cosas con otros ojos y se dará cuenta de lo que ve".¹³ Pero tampoco hay que olvidar, como parte de ese organicismo, aquella declaración suya de enemistad hacia las revoluciones porque son violentas y la *Naturaleza* nada quiere violento. Se prefiere también en el mundo humano el neptunismo al vulcanismo.

Y si queremos una ilustración viva no tenemos más que recordar la famosa anécdota: "La nueva de la Revolución de Julio llegó hoy a Weimar, produciendo una conmoción general. Durante la tarde fui a ver a Goethe:

"¿Qué piensa Ud. de este gran suceso? —exclamó al verme. Ha sobrevenido la erupción del volcán. ¡Está todo ardiendo, y ya no se trata de una sesión a puertas cerradas!"

"¡Una terrible historia! —repliqué—. Pero en las circuns-

¹³ I. P. ECKERMAN, *Conversaciones con Goethe*. Ed. Espasa-Calpe, tomo I, p. 69.

tancias de Francia, y con un ministerio semejante, sólo podía acabar con el destierro de la familia real”.

“Parece que no nos entendemos, querido—replicó Goethe—. No hablo de esas gentes, se trata de cosas completamente distintas. Me refiero a la lucha entre Cuvier y Geoffroy Saint-Hilaire, tan interesante para la ciencia y que ha estallado públicamente ante la Academia”.

“Me resultaron tan inesperadas estas palabras de Goethe, que no supe qué decirle, y durante algunos minutos sentí que todos mis pensamientos quedaban paralizados”.¹⁴ Y Goethe continúa: “De aquí en adelante dominará también en Francia el espíritu sobre la materia en las ciencias naturales. ¡Podrán atisbarse las grandes máximas de la creación y la obra del gran taller de Dios! ¿Y qué significa en sustancia todo comercio con la Naturaleza si sólo procedemos analíticamente, si sólo trabajamos con partes materiales y no sentimos el soplo del espíritu, que señala a cada parte su dirección e impide todo extravío por una ley interna?” Pensemos que los “historicistas” franceses estuvieron esperando este momento para entrar en la lid política y que Thierry aceptó la monarquía de Julio no sólo por una razón política sino también “histórica”, como lo dice expresamente.¹⁵

4. Si además de decir que los acontecimientos se desarrollan, que son un desarrollo, atribuimos esta misma cualidad al sujeto del desarrollo, al hombre, y decimos de él no que *es* sino que *deviene*, aunque tengamos alguna dificultad en convertir este verbo en impersonal, habremos dado con aquello que para muchos historicistas hace irreconciliables la actitud mental del siglo XVIII y la del XIX. Ochenta veces habremos leído que el primero de esos siglos, tan racional y tan seguro de sí mismo, creía que el hombre era siempre el mismo y que por eso se le podía medir siempre por el mismo rasero, el de la razón que el siglo de las luces había encendido para que iluminara todos los rincones de la historia haciendo la distinción entre lo que se debía a la naturaleza invariable del hombre

¹⁴ ECKERMANN. *Ob. cit.* Vol. III, p. 303.

¹⁵ A. THIERRY. *Ob. cit.* p. 196.

y lo que se debía a la costumbre o a la opinión. Pero con este concepto de la *naturaleza* del hombre, Montesquieu había buscado el camino de la relatividad histórica y con él también, y subrayándolo expresamente —*mankind are so much the same, in all times and places, that history informs us of nothing new or strange in this particular*—¹⁶ Hume abandona el campo cerrado de la filosofía para buscar en el campo abierto de la historia *the constant and universal principles of human nature, the regular spring of human action and behavior*. Dado su empirismo radical, su probabilismo gnoseológico y el crédito concedido a las fuerzas irracionales del instinto, de la imaginación y de la sensibilidad, su determinación de los *regular spring of human action and behavior* no podía ser más que provisional y abierta a la aplicación de todos los relativismos. Por eso pudo explicar el nacimiento de las libertades inglesas no sólo con razones pragmáticas de primer plano sino con las fuerzas irracionales del *entusiasmo* de las sectas religiosas. Hay un deslizamiento gradual desde "las posibilidades que su audaz empirismo y su escepticismo habían de abrir al pensar historicista en el caso en que fueron conducidos por fuerzas más poderosas de psíquica sensibilidad que las que él permitió actuar"¹⁷ hasta el hecho que subraya madame de Staël: *Ce sont les allemands, j'ai souvent eu occasion de le dire, qui ont senti les premiers tout le parti que l'imagination pouvait tirer de l'érudition*.¹⁸ Esta rousseauniana se refiere a Schiller, a Juan Müller y Herder, tan inspirados por Rousseau, y yo siempre he pensado que aquella protección que Hume dispensó al pobre Rousseau senescente y maniático encierra un alto valor simbólico. Ya podía presumir su perspicacia los disgustos que había de acarrearle aquella buena acción y, sin embargo, parece que le vence el respeto por aquel energúmeno desvalido, que había osado tocar las fuentes de la vida que a él le habían asustado. En el círculo de Edimburgo se encuentran nada menos que Hume, Robertson, Adam Smith y Ferguson. También desde este último el deslizamiento es gradual: "le faltan ciertamen-

¹⁶ DAVID HUME, *An enquiry concerning human understanding*, Sec. VIII, part I.

¹⁷ MEINECKE, *ob. cit.*, p. 225.

¹⁸ MADAME STAËL, *De l'Allemagne*, cap XXIX, tomo XI de las obras completas publicadas por su hijo (Liège, 1830), p. 81.

te la fuerza y la fantasía necesarias para imprimir a estos importantes comienzos del pensamiento histórico-evolutivo y a su despreocupada valoración de los fenómenos históricos una vitalidad plenamente individualizadora".¹⁹ Más que un concepto del hombre hecho y derecho, que más bien podríamos achacarlo al racionalismo del xvii, tenía el empirismo del xviii una convicción fundamental de la *unidad* de la especie humana y un *programa* de hombre. Este programa no pedía para ser realizado más que esta mínima suposición acerca de la *naturaleza* del hombre: 1) el hombre *no es* nativamente depravado; 2) el hombre *es* capaz, guiado puramente por la luz de la razón y de la experiencia, de perfeccionar la vida buena en la tierra.²⁰ Apenas si se trata de otra cosa que de una definición *formal* del hombre por la perfectibilidad. También el historicismo tiene una definición *formal* amplísima del hombre: por la *evolutividad*. Cuando no acude a la trascendencia —relación directa de todas las épocas o culturas con Dios: Ranke, Troeltsch— o se queda en la pura evolutividad —Schmoller, Spengler— trata de salvar "historicísticamente" la herencia del siglo xviii: "La conexión del género humano en un pensamiento de validez universal, y las metas claras fundadas sobre éste, el patrón sano para lo alcanzable, el ideal, ahondado, de la vida: todo esto recibe de la conciencia histórica un fundamento que ya no es abstracto, meramente conceptual y que, por lo tanto, tampoco se difumina en una idealidad ilimitada. Con esto se determina la generalización que ha de llevar a cabo actualmente la filosofía; alcanzar una etapa más alta que las conocidas hasta el presente habría de ser la expresión de las ansias de toda nuestra cultura".²¹ Lo mismo que Menéndez Pelayo, con otras palabras, reconocía como legado de los poetas a los historiadores: brillantez pintoresca y verdad moral. Lo mismo que Croce considera inherente al "historismo completo": el ciclo único del aspecto teórico y del práctico; historicismo (incompleto) + sentimiento de libertad y de humanidad = historicismo completo.

Ni el historicismo más exagerado, el puramente evolutivo, deja de llevar implicada una definición del hombre, un su-

¹⁹ MEINECKE, *ob cit.* p. 228.

²⁰ Cf. la sagaz exposición de Becker, *ob. cit.* p. 112.

²¹ DILTHEY, *El mundo histórico y el siglo XVIII*, al final

jeto o *ser* del hombre al que infiere esta evolución. Si se tratara de un historicismo naturalista habría que distinguir la evolución humana dentro de la evolución biológica general, pues creo que todos los naturalistas están conformes en que el hombre, como especie, ya está evolucionado, equipado, como cualquier especie animal, con su específica dotación biológica. Si se tratara de un historicismo antinaturalista —que es de lo que se trata casi siempre— habría que determinar en qué consiste la especial evolución humana y con eso tendríamos ya una definición, todo lo formal que se quiera, del ser del hombre. Dilthey, que evita cuidadosamente cualquier definición *sustancial* del hombre, lo define por una *estructura* dinámica específica. Esto es ya un modo de ser, pues el *ser* se dice de muchas maneras, también de una manera heraclitiana. Pero me parecen equívocas algunas fórmulas sencillas, acuñadas recientemente, como esa de que el hombre *no tiene naturaleza sino historia*.²² Quiere decirse con esto que el hombre no es una cosa, como esas que estudian las ciencias de la naturaleza, que el hombre no tiene un ser cualquiera, hecho de una vez para siempre, sino que se *está haciendo* continuamente, es su propia historia. Efectivamente, hace tiempo que las ciencias de la naturaleza no estudian cosas sino *procesos* y procesos que en sus reductos más elementales, los del átomo, ofrecen un carácter *estructural*, y tampoco sus leyes son invariables.²³ Toda la filosofía de Whitehead está montada sobre esta realidad científica fundamental. Y lo que es más, hay un historicista como Collingwood que supera los resultados insuficientes de esta filosofía buscando la explicación última y unitaria de toda la realidad en el pensamiento histórico, que abarcaría también al pensamiento natural, como ya lo había sostenido Croce, intento para el que se ve más animado por los resultados últimos de las ciencias naturales.²⁴

En qué grado resulta equívoco este dualismo entre naturaleza e historia lo vemos en el caso de una filosofía que se

²² Cf. ORTEGA Y GASSET: *La Historia como sistema*, Rev. de Oc. Madrid 1941.

²³ "El concepto de sustancia fué sustituido en la ciencia natural por la "invariabilidad de las leyes de la Naturaleza". ORTEGA, ob. cit. P. 41.

²⁴ R. J. COLLINGWOOD. *The idea of Nature*, Oxford, 1945, al final: Conclusión from Nature to History.

llama a sí misma "naturalista", el naturalismo o instrumentalismo de John Dewey, que Santayana caracteriza en estos términos: "Naturaleza es, por lo tanto [para Dewey], simple experiencia desplegada, totalmente aparente y pictórica en su textura. Sus partes no son (lo que son en la práctica y para la fe animal viva) sustancias que presentan apariencias accidentales. Son apariencias completamente entretreídas en un panorama relativo por entero al discurso humano. *El naturalismo no puede ser más romántico: la naturaleza no es aquí un mundo sino una historia*".²⁵ En la idea del hombre de Ortega —excelente resumen del pensamiento historicista de cerca de una centuria— hay un determinación negativa —el hombre no tiene naturaleza— que si hoy resulta un poco anacrónica obedece, u obedecía en su tiempo, a un hecho social importante, el señorío del positivismo, como la determinación negativa del XVIII —el hombre *no es* un ser depravado— obedeció al señorío de las creencias cristianas. En sus determinaciones positivas— el hombre es un ser circunstancial, obligado a elegir y a hacer lo que va a ser, limitado negativamente en esta elección por lo que ya fué, montándose sobre todo el pasado, en él constitutivamente presente, superándolo, por lo tanto, aunque no se sepa, sino *a posteriori*, si para bien o para mal, etc.— define la unidad de la especie humana con más caracteres que los que implicaba la mera perfectibilidad. También, pues, el historicismo entiende que el hombre es, radicalmente, en todas partes y siempre el mismo: *Toujours différent et toujours le même*. Pero el siglo XVIII —así, en general— entendía que el hombre es perfectible por medio de la luz de la razón y de la experiencia. Esta perfección, en Kant por lo menos, y en muchos enciclopedistas, no supone una mejoría de la índole del hombre. Con los altibajos que ha dado la historia desde entonces, nada tiene de extraño que el progresismo sea más cauto, más *a posteriori*, concibiéndolo, en definitiva, como ya lo hizo Kant: como un imperativo²⁶ mejor

²⁵ Journal of Philosophy, XXII, 680. Citado por H. G. TOWNSEND, *Philosophical ideas in the United States*, p. 249. Los subrayados de las citas son siempre míos, si no se advierte lo contrario.

²⁶ Cf. "Si el género humano se halla en progreso constante hacia mejor", en la *Filosofía de la historia*, de Kant, selección y prólogo de E. Imaz. El Colegio de México, México, 1941.

que como una esperanza cierta. Esa perfección se alcanzaría por medio de la razón y de la experiencia. Es decir, por la historia vista razonablemente, pues es sabido que para el siglo XVIII el conocimiento del hombre se alcanza en la experiencia de su historia, restaurando de este modo una vieja tradición humanista que podemos hacer remontar hasta Tucídides y que hace un guiño de escepticismo a las generalizaciones de los filósofos. Sería curioso que *les philosophes*, como sospecha Carl L. Becker,²⁷ hayan vuelto de la filosofía a la historia porque aquélla está a punto de marchitarles, con su idea de Dios que creó la máquina del mundo y lo dejó abandonado a su suerte, toda esperanza humana. Es cierto que hoy miramos a la experiencia de la historia no sólo con la razón sino con *toda el alma*, pero, sin olvidar a Hume y a Ferguson, esto se lo debemos más que a nadie a Rousseau y más que a nada a la Revolución francesa. Y si pensamos que en la medida en que funciona el *sentido histórico*, la comprensión histórica, está funcionando toda el alma, volvemos a encontrarnos con el deslizamiento gradual. Y si la actitud razonable de los ilustrados peca históricamente, por ejemplo, al desconocer la Edad Media, también peca la imaginación de los románticos alemanes al idealizarla.²⁸ Tenemos, pues, que pasar del *sentido histórico* a la *conciencia histórica*, es decir, de la mera comprensión a la afirmación de que el hombre, siendo siempre el mismo, es, sin embargo, diferente, y tiene que serlo, con arreglo al momento histórico. En madame de Staël confluyen típicamente las dos grandes corrientes del XVIII, la progresista a lo Condorcet y la sentimental a lo Rousseau, y en su libro *De la literatura* (1800) se propone "mostrar el carácter que tal o cual forma de gobierno imprime a la elocuencia, las ideas de moral que las diversas creaciones religiosas desarrollan en el espíritu humano, los efectos de imaginación que produce la credulidad popular, las bellezas poéticas que dependen del clima, el grado de civilización más favorable al apoyo o a la perfección de la literatura, en suma, el progreso universal de

²⁷ Cf. *La ciudad de Dios del siglo XVIII*, todo el cap. III.

²⁸ Reconociendo todo lo que el "sentido histórico" debe a los románticos, dice Dilthey de esta idealización de la Edad Media: "Es una concepción antihistórica que prestaba un ropaje cristiano a la Santa Alianza" (cf. el ensayo "Novalis" en *Vida y poesía*, p. 364.)

las luces por el simple efecto de la sucesión de los tiempos". ¿Hay o no, ya, una *conciencia histórica* del fenómeno literario? Como dice Menéndez y Pelayo,²⁹ "después de las catástrofes de la Revolución francesa quiso llamar los espíritus a una nueva literatura que respondiera a un estado social en gran parte nuevo, y formuló, aunque de un modo vago, el programa de esta literatura republicana que, en rigor, no llegó a existir por haberse sobrepuesto a ella el movimiento de reacción cristiana y caballeresca". Y en ese libro extraordinariamente vivo y documental, todo él ilustración abundantísima de lo que venimos persiguiendo como "deslizamiento gradual" en el plan de las ideas, precipitado en el orden de los hechos por las sacudidas de la revolución y de la expansión napoleónica, encontramos, entre otros muchos, pasajes como éste: "Sin duda, como lo vengo repitiendo en el curso de esta obra, sería deseable que la literatura moderna se funde sobre nuestra historia y sobre nuestra creencia; sin embargo, no se sigue de aquí que las producciones literarias de la Edad Media se pueden considerar como verdaderamente buenas. Su enérgica sencillez, el carácter leal y puro que en ellas se manifiesta, despiertan un vivo interés, pero el conocimiento de la antigüedad y los progresos de la civilización nos han proporcionado ventajas que no podemos desdeñar. *No se trata de hacer retroceder el arte sino de reunir en la medida de lo posible las cualidades diversas desarrolladas en el espíritu humano en las diferentes épocas*".³⁰ Y unas páginas más adelante (102): "Hay algo muy singular en la diferencia de un pueblo a otro: el clima, el aspecto de la naturaleza, el lenguaje, el gobierno, y *sobre todo los acontecimientos históricos, potencia más extraordinaria que todas las demás*, contribuyen a estas diversidades, y *ningún hombre, por superior que sea*, puede adivinar lo que naturalmente se desarrolla en el espíritu del que vive en otra tierra y respira otro aire: se hará por lo tanto muy bien en acoger las ideas extranjeras al encontrarse en otros países, pues, en este caso, la hospitalidad enriquece a quien recibe". Tenemos, pues, que la diversidad de los pueblos —y de las épocas— depende sobre todo de los acontecimientos históricos, que para saber lo que tenemos que hacer

²⁹ *Historia de las ideas estéticas en España*, vol. III, p. 736.

³⁰ MADAME STAËL, *loc. cit.* p. 100, los subrayados son míos.

tenemos que tomar posesión de lo que hemos sido y que esta posesión no la podrá lograr ni el hombre intelectualmente superior si no se coloca en una actitud pasiva, abriendo su corazón rousseauniano para que entre por él la historia. Como dice Dilthey, Rousseau "no buscaba hacia atrás las fuentes más vivas de la dicha humana. El espíritu de este hombre poderoso se halla dirigido hacia el porvenir. En un medio en que se extienden el despotismo, la regulación cortesana de la vida, las abstracciones del conocimiento matemático de la naturaleza, la desolación y el empobrecimiento, busca un nuevo comienzo: se halla para él en la totalidad viva de la naturaleza humana, en su derecho a desarrollarse, a configurar la imagen del mundo y el ideal de la vida desde sus profundidades. Una actitud semejante de la conciencia tenía que desembocar en pasión vacía o actuar destructoramente en la negación práctica de la sociedad si no acogía el contenido de las manifestaciones históricas del hombre entero. El hombre de Rousseau tenía que volver a reconocerse en los grandes poetas y pensadores que habían creado partiendo de la plenitud de la persona; tenía que buscar un ideal más concreto y positivo en la vida nacional, en la cual habían latido fuerzas libres, creadoras. Si la naturaleza humana quiere poseerse a sí misma en su realidad y poder, en la plenitud de posibilidades vivas de la existencia humana, sólo podrá hacerlo dentro de la conciencia histórica, tendrá que cobrar conciencia, de una manera comprensiva, de las manifestaciones máximas de sí misma y sacar de aquí los ideales concretos de un porvenir más bello y más libre. La totalidad de la naturaleza humana sólo se halla en la historia; el individuo cobra conciencia de ella y se regocija cuando conjura en sí los espíritus del pasado."³¹

³¹ DILTHEY, "La conciencia histórica y el siglo XIX", *Mundo histórico*, p. 408.

HISTORIA DE LA CULTURA HISPANO-AMERICANA

SUELE pensarse en nuestros países de América que la erudición es poco fecunda: es frecuente la crítica generalizada, cuya forma preferida es el ensayo. Allí comienzan y concluyen jóvenes talentos que deslumbraron con el ímpetu de sus primeros trabajos. No se aprecia bastante la disciplina que tiene que ser el punto de partida de la profesión literaria. El resultado a nadie puede ocultársele, y es sobre todo perceptible en las investigaciones de literaturas modernas en general y en las de literatura americana en particular. Hace ya algunos años, un crítico chileno, expresando una opinión desgraciadamente difundida en América, deploraba que en trabajos filológicos, demasiado estrictos según él, se perdiera el ensayista original que era don *Pedro Henríquez Ureña*. Los que seguimos aprovechando la obra que provocó ese comentario (*La versificación irregular en la poesía española*) sabíamos ya entonces que eran infundados aquellos temores: partir de los fundamentos del verso español, internarse en la frondosa versificación rítmica inexplorada, y trazar su evolución histórica hasta nuestros días puede ser tarea de acumulación mecánica en otras manos. Pero don Pedro Henríquez Ureña practica un modo muy característico de erudición, escondida en una prosa de rara densidad, que saborea más que otro el que haya intentado practicarla. Su rasgo típico es una preocupación constante por borrar todo rastro del esfuerzo previo de elaboración: apenas si admite elementos conjuntivos esa prosa encadenada por dentro, ni bastan sus referencias bibliográficas, siempre selectivas, para reconstruir el largo camino de pequeñas búsquedas que una sola fecha significó para él. Ese modo peculiar suyo se traduce en una impresión de naturalidad, precisión y solidez, no imperiosa sino mitigada con leves concesiones dubitativas.

Desde que se anunció su partida a Estados Unidos, invitado por la Universidad de Harvard, esperábamos el libro en que habrían de reunirse sus conferencias sobre historia de la literatura americana, a la cual ha destinado muchos años en la cátedra y en la investigación.

Ha aparecido el texto inglés de las ocho conferencias del curso,¹ con ampliaciones, notas y una bibliografía general. El título primero de esas conferencias —*en busca de nuestra expresión*—, quizá desechado porque se ha vuelto lugar común que él mismo consagró para sus *Seis ensayos*... , advierte que el tema no ha quedado reducido al estudio de fenómenos literarios: la que se intenta es una historia de la cultura a través de sus formas significativas, haciendo confluír en torno del tema central rápidas y penetrantes observaciones sobre las artes, sobre las ciencias, sobre las instituciones de cultura, sobre la vida social, matizadas con datos de la experiencia de quien ha reflexionado ante el espectáculo variado de los países que ha visto. Ese caudal de información, que no se exhibe nunca, se adivina asegurando por debajo el panorama de conjunto, y crea la perspectiva que necesita la literatura de todas las épocas. Incluido el fenómeno literario en tan amplio cuadro, adquiere la importancia que realmente tuvo; se borran las transiciones bruscas que no podían explicarse —o sobresalen, acentuando la diversidad real. La misma intención de reconstruir la unidad de conjunto debe de haber decidido a Henríquez Ureña a apartarse de la exclusión del Brasil, tradicional hasta ahora en las historias literarias de América. El éxito logrado nos hace pensar en ese otro libro futuro y casi imposible, que él mismo puede escribir, integrando en una sola visión total las dos Américas, como las veía Martí.

No basta afirmar que no existía obra panorámica que pudiera compararse con ésta: es el fruto de la espléndida madurez de la vida de un maestro de lo americano, que es además *general specialist*, con una curiosidad inagotable por todas las literaturas que le permite vincular con desventura lo antiguo con lo moderno, lo europeo con lo americano. El plan de la obra significa una suma de dificultades vencidas en el deseo de apartarse de lo fácil y usual. Además de las ya señaladas, Henríquez Ureña se ha propuesto otras: ha querido redactar él mismo sus conferencias en inglés, en una prosa que han elogiado *Hispania* y *The Nation*.

El curso comprendió ocho conferencias: 1) El descubrimiento del Nuevo Mundo en la imaginación de Europa; 2) La creación de la nueva sociedad (1492-1600); 3) El florecimiento de la Colonia (1600-1800); 4) La declaración de la independencia (1800-1830); 5) Romanticismo y anarquía (1830-1860); 6) El período de organización

1 PEDRO HENRIQUEZ UREÑA: *Literary Currents in Spanish America*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1945.

(1860-1890); 7) La literatura pura (1890-1920); y 8) Problemas actuales (1920-1940). Se ha tomado en general la historia política como base para la partición en épocas, salvo en los períodos cuarto, séptimo y octavo caracterizados por hechos literarios; en todos los casos, son fenómenos americanos los que dan su individualidad a los períodos, y ello significa un progreso evidente frente al método usual de la división en siglos o en movimientos paralelos a los europeos.

La historia de la cultura americana total debe abrazar no sólo los fenómenos que ocurren en América; ya podemos emprender otra historia que nos dará el aporte constante de influencias que América operó en Europa, desde el descubrimiento hasta nuestros días. Esa otra historia, de la cual se han intentado capítulos aislados,² es la más difícil porque sus testimonios andan dispersos en varias literaturas europeas. Por ella comienza Henríquez Ureña en un capítulo que puede considerarse introducción de los restantes. A la primera imagen de América—tierra de abundancia, habitada por gentes que viven en estado de inocencia—se debe la solución renacentista del viejo problema, *naturaleza y arte*. El ejemplo de esa inesperada edad de oro fué decisivo, tanto que el europeo conservó intacta esa primera imagen a pesar de los nuevos descubrimientos de tierras áridas, de indígenas feroces o de grandes imperios americanos. La conquista fué tema de una polémica de casi medio siglo, gloria de España: a menos de veinte años del descubrimiento, los españoles discuten la legitimidad de la propia conquista, y la protesta no sale de restringidos ambientes intelectuales: su campo de batalla es la Corte misma de los reyes, y la Universidad de Salamanca. El resultado fueron disposiciones ejemplares, cuya ejecución no alcanzó a vigilar la Corona, y que muchos desobedecieron. Nada pierde el hermoso rasgo, que basta para dar contenido ético a la guerra de conquista, con el fracaso ulterior en la práctica.

Al pensamiento contemporáneo no parece interesarle demasiado el debate entre naturaleza y arte; la ciencia moderna tampoco confía demasiado en la bondad del hombre primitivo. Pero sigue viviendo en la conciencia europea una visión pintoresca de América, hecha con retazos de esa imagen primera, que la literatura se aferró en conservar. Otro camino señala Henríquez Ureña para comprender la influencia de América en Europa, esta vez en la vida cotidiana: el método lingüístico de *palabras y cosas*. El español aprendió palabras,

² Excelente es, por ejemplo, el libro de Antonello Gerbi, *Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo*, Lima, 1944.

nombres de plantas nuevas que llegaron a Europa, y transformaron la vida económica cambiando la base del sistema de alimentación; nombres de animales, de utensilios, de especias, de vicios desconocidos. . .

¿Cómo llevó a cabo España su empresa de organizar una sociedad nueva? Otra vez nos sale al paso la divergencia grande entre el propósito oficial y las realizaciones. La sociedad nueva apenas si conservó la estructura europea, que no era demasiado rígida porque se habían deshecho en parte los cuadros medievales: la división en clases resultó difícil con los bruscos cambios de fortuna, y el mestizaje borró la distinción racial estricta. La legislación en general pecó de teórica; en la realidad no podía cumplirse muchas veces, de donde resultaba pluralidad de soluciones, confiadas al arbitrio individual. El español se hizo hombre nuevo en América: aprendió las lenguas indígenas como asimiló sus modos de vida; y el indio, por su parte, se incorporó a ese nuevo mundo, que vino a sustituir el suyo, desastrosamente perdido en sus formas de cultura superior. Fué anárquico el resultado de la mutua aproximación; apenas si la religión y la cultura bastaron para crear cierta ordenación. Es fundamental la observación de que la cultura fué principio rector en la vida colonial. Sus instituciones se desparramaron; hubo veinticuatro universidades en las colonias españolas; imprentas, teatros estables, periódicos. La nota característica del siglo XVI es la superposición de culturas primero, y en seguida la fusión: ejemplos típicos, la arquitectura y el teatro.

Sorprende la rapidez del desarrollo colonial: Henríquez Ureña recoge testimonios de principios del siglo XVI; es posible que el proceso comenzara unos veinte años antes. El español americano —no se llama todavía criollo— empieza a adquirir una vaga conciencia de patria y odia a los advenedizos como sus padres los conquistadores viejos odiaban a los que llegaban a arrebatárles las encomiendas. No hay todavía restricciones legales para el mestizo, pero ya hay prevención contra él. En las grandes ciudades bulle un mundo amigo de fiestas, de juegos poéticos, de música, de teatro. La literatura de América tendrá escritores nativos desde mediados del siglo XVI y un poco antes; los más grandes se cuentan ya entre los clásicos y todos reflejan una sensibilidad propia. La cultura superior prosperaba; hubo tradición humanística y erudición científica que no puede explicarse sin un ambiente propicio, América tuvo entonces algunas ciudades típicamente universitarias.

En los de la independencia, como en los tiempos coloniales, corresponde a la cultura función importante. Quizá sea ese rasgo característico de las sociedades americanas, donde el escritor tiene lugar sobresaliente. En la *Alocución a la poesía* de Bello, cuyo significado revolucionario destaca Henríquez Ureña, están algunas de las cualidades de la época: audacia en el pensamiento, respeto por la forma tradicional. Lo revolucionario está en el programa literario, que propone un nuevo repertorio de temas americanos, y en la intención militante, que se advierte sobre todo en la poesía que canta los triunfos en la guerra, pero que alcanza también a la poesía civil y llega hasta la literatura *criollista*, que aparece entonces.

Cumplida la independencia, vendrían treinta años de anarquía, durante los cuales se busca laboriosamente el equilibrio; la solución oscila siempre entre los extremos: guerra civil o despotismo. Y sin embargo se operan reformas esenciales en medio del desorden: abolición de la esclavitud y del servicio personal, transformación del sistema económico, plan de educación popular, renovación de la enseñanza superior, y de la legislación, siempre avanzada frente a la realidad. Con el empobrecimiento que traen las guerras, las artes decaen; si la literatura no sigue la misma suerte es porque es instrumento precioso para la empresa política. Los escritores, a menudo gobernantes, toman casi siempre el partido del orden contra la anarquía. Pero el desorden y la rebeldía política se refleja en la literatura: cunde el desaliño y la improvisación; las excepciones son poco numerosas. Los escritores románticos confían a la poesía la principal misión, pero cultivan también otros géneros; la novela histórica, y el relato o el cuadro de costumbres; el teatro, que comienza, puede decirse, su vida intermitente. En todas sus manifestaciones detrás de la actitud de rebeldía se siente en el romanticismo americano gran ímpetu optimista; fueron rebeldes esos escritores, pero dentro de la sociedad, participando en sus esperanzas y odios, nunca aislados y renunciando a ella como sus modelos europeos y los que sobrevienen y se incorporan al período siguiente, el de la organización, toman su lugar en la obra común.

La anarquía no hizo sino aplazar soluciones ya proyectadas desde los primeros años de la revolución; por eso los organizadores se limitan a ejecutar el programa romántico. No hay innovación en poesía, aunque se advierta un retorno a las formas clásicas, al mismo tiempo que la literatura *criollista* se manifiesta en obras maestras, quizá como reacción ante el fuerte movimiento europeísta, que iba dejando al mar-

gen de la sociedad el hombre de los campos. Aparece la novela realista, que toma como modelo a la novela francesa; curioso resultado: los novelistas americanos terminan por parecerse a los españoles, que cumplieron idéntica evolución partiendo de las mismas fuentes francesas. En el período de organización aparecen los grandes maestros de América; hombres del gobierno o de la oposición enconada, cumplen en la acción y en el pensamiento campaña ejemplar, señalando rumbos ciertos: Ruy Barbosa, Montalvo, González Prada, Sierra, Varona y Hostos.

Con la prosperidad económica que vendría después, los escritores abandonarán la política—sin ventajas para el gobierno anota Henríquez Ureña— y se entregarán al periodismo: algunos se dedican a la cátedra y a la diplomacia. Hay todavía un gran escritor político: José Martí, el primer gran poeta *modernista*, y uno de los prosistas más originales de América, pero esa excepción se explica porque su patria, como Puerto Rico, era todavía colonia que luchaba por su independencia. En adelante la literatura vivirá su vida aparte. Estos poetas exclusivos de la vida lujosa y próspera de América pueden emprender una reivindicación de la técnica literaria descuidada, y lo consiguen imponiendo severo criterio estético; durante el primer período modernista (1882-1896), algunos tratan de evitar la efusión sentimental, y renuevan el vocabulario, acrecentándolo; abandonan temas consabidos y rehuyen alusiones a lo inmediato; y aunque en sus comienzos parece que los modernistas empobrecieran el mundo limitándolo a lo exterior, ellos mismos terminaron por liberarse de esa nueva mitología y expresaron el desaliento y el dolor con sinceridad suprema: el romanticismo no había muerto. Hasta a la aborrecida política contemporánea llegaron a aproximarse, y al tema rural, y al tema del indio. Escribieron una nueva prosa: florecieron el ensayo, la *crónica* y el cuento más que la novela, donde sobrevivía el realismo, que triunfa además en el teatro. América llevó a España su literatura modernista, que había crecido ignorada; Rubén Darío, que tuvo la dirección del movimiento desde 1896, se convirtió en el maestro de los jóvenes escritores españoles, afirmándose la unidad esencial hispanoamericana que a mediados de siglo parecía definitivamente perdida.

Al terminar los veinte primeros años del siglo XX la literatura modernista desaparecía: no había podido conservarse en su actitud de impasibilidad y aislamiento; los jóvenes, extremando sus concesiones, se lanzaron a la acción política franca, y retornaron a la exal-

tación romántica; pero no se perdió la severidad estética de los poetas modernistas. La poesía que aparece en América española hacia 1920 —en 1922 en Brasil— continúa los ensayos que habían quedado a medio terminar —el verso libre—; y, siempre al alcance de *poesía pura*, trataron de llegar a la imagen poética desnuda: algunos lo consiguieron a costa de la claridad; pasado el período hirviente de polémica y exageración, quedó la experiencia del verso libre como conquista que la inmediata reacción no borraría. La preferencia por lo abstracto, que olvidó rasgos locales, fué poco a poco perdiéndose; pronto apareció el tema de la ciudad y el campo, que a veces se confundió con la preocupación de llevar problemas sociales a la poesía. Esa fué una marca creciente, y la literatura de los últimos veinte años se caracteriza sobre todo por esa preocupación, menos evidente en la poesía —aunque también la reflejó— que en la novela, que desde comienzos del siglo viene desplegando diversos aspectos de nuestros problemas sociales y políticos: los raciales, la integración de la sociedad con el indio y el negro, las guerras civiles, y la lucha contra la naturaleza en la selva y en la llanura. Apenas si queda lugar para la novela urbana o poética. Idéntico deseo de expresar lo propio se manifiesta en la música, y sobre todo en la pintura de los últimos veinte años, conmovido por el vigoroso impulso de algunos artistas mexicanos, que han asimilado procedimientos europeos, para constituir la manifestación artística más original de nuestros tiempos.

Los artistas, que discutieron largamente, han tomado, como era previsible, caminos propios; muchos cedieron a la presión de la propaganda política militante: es muy raro ahora, como siempre, el puro arte desinteresado en esta América nuestra, asediada por la inquietud de su destino, siempre *en busca de expresión*.

Julio CAILLET-BOIS.

UNIVERSIDAD, UNIVERSALIDAD

PUDIERA decirse que la Universidad no ha encontrado aún su camino. Desde los orígenes lo viene buscando, ya ansiosa, ya desganadamente. Comenzó la Universidad por ser uno de tantos gremios del tiempo, un doble gremio en seguida: de estudiantes, de profesores, reunidos luego en una corporación: "universitas magistrum et scholarium", en París.¹ Los maestros se unieron en defensa del común interés docente; bien que en Bolonia no se dió tan pronto el apoyo colectivo. Los estudiantes nombraron su "Mayoral", como ahora los sindicatos tienen el líder. Sólo que entonces el Mayoral se preocupaba conjuntamente de la protección de los estudiantes en sus derechos y de la exigencia de sus obligaciones dentro de la comunidad ciudadana. En estos vacilantes comienzos la Universidad se gobernaba sin verdadero gobernalle. Vino a continuación el "Maestrescuela" a poner algún orden interior, cierta organización. Y así, avanzando las cosas, llegaron a fusionarse en una sola persona las dos autoridades: la del Mayoral o Rector y la del Maestrescuela, Canciller o Cancelario.

Al examinar ese nacimiento universitario cabe atribuir el impulso inicial, con análogas razones, a los estudiantes o a los profesores, indiferenciadamente. Sin Abelardo, en el siglo XII, quizá no hubiera aparecido entonces la Universidad de París; mas sin la sed de saber de la juventud—también de las gentes maduras—no hubiera podido el maestro agitar con su entusiasmo el aire de la colina de Santa Genoveva. Esto sí que podemos afirmarlo sin tanteo alguno. La Universidad surge del afán de conocimiento, de la búsqueda de la verdad, cual de puro hontanar. Por eso la Universidad primera no necesita edificios grandes ni pequeños suyos, ni moblaje y material pedagógico, pues le basta en la hora matinal esa cosa sutil que es la palabra del maestro digno de tal nombre, la palabra que Sócrates había elevado por encima de los libros y las bibliotecas, la palabra que en nuestros tiempos iba a ser en no pocas aulas flato de la voz.

¹ ALBERTO JIMENEZ: *La ciudad del Estudio* (Ensayo sobre la Universidad Española Medieval), *Selección y Reforma* (Ensayo sobre la Universidad Renacentista Española). El Colegio de México.

Libres de ataduras terrenas —nada fáciles de desatar en estos días en las grandes y pretenciosas Ciudades Universitarias— los escolares podían emigrar en masa, como hacen los enjambres de abejas, y buscar el sosiego de otro lugar para los panales de la ciencia. Así nació Cambridge; así nació Padua. Esta original independencia respecto al localismo cerrado —que ¡ay! había de producirse— debe ser apuntada como nota importante de la naturaleza universal de la Universidad en aquel embrión que no llegó a formarse cumplidamente, a cuajar. La procedencia múltiple de los maestros y los alumnos, sin que a nadie se le preguntase de dónde venía, es otra característica de las primeras corporaciones académicas formadas para enseñar y aprender. En este punto y en lo que interesa a nombres españoles hay ya en 1215 un misterioso *Mauricius Hispanicus*, cuyos libros son prohibidos, con los de Aristóteles, en la Universidad de París, y un Luis Vives, maestro de Oxford en el siglo XVI, para no abrumar al lector con los centenares de nombres con que el talentado Menéndez y Pelayo llena páginas y páginas de su "Ciencia Española" en su tesis de probar que hay sabidurías autóctonas; siendo así que los hombres más preclaros que don Marcelino relaciona eran españoles. . . universales. Lo nacional en los lejanos días universitarios, venía a ser la agrupación varia de los estudiantes, solicitados por la tendencia humana al rebaño: la "nación" francesa, la normanda, la picarda y la inglesa en la Universidad parisiense; cismontanos y ultramontanos en Bolonia; "naciones" aragonesa, castellana, extremeña, vizcaína, etcétera, en Salamanca.

Ya tenemos así, encontrándose y encontrados los dos afanes: el superior y general de la Ciencia, en el que maestros y alumnos coincidían, y el común —no diré inferior— de grupo y particular que, al tirar del primero hacia abajo, iba a ligarlo a los intereses interesados de la profesión. Si quisiéramos ahora distinguir entre los mejores, un maestro representativo de la posición universal, habríamos de fijarnos nuevamente en Abelardo: "La grandeza de Abelardo —observa certamente Alberto Jiménez— reside esencialmente en su apasionada busca de la verdad y la absoluta integridad intelectual con que la persigue. Y si hubiéramos de señalar un estudiante en análoga actitud pura ante la ciencia y su averiguación no iríamos hacia el joven don Gaspar de Guzmán, hijo del Conde de Olivares, con el séquito de un ayo, un preceptor, ocho pajes, tres criados, cuatro lacayos, una cocinera y varios mozos, sino que nos inclinaríamos ante el humilde Alonso, en la Salamanca del siglo XVII: "iban a Escuelas los de mi casa, y yo acudía a comprar lo necesario para nuestra comida y después íbame por los

Generales y oía al catedrático que más gusto me daba; unas veces entraba en Leyes, otras en Medicina, otras en Artes y Sagrada Teología, sin dejar los retóricos y matemáticos". ¡Admirable Alonso, mozo de muchos amos y—cosa bien difícil— amo de sí mismo, de su noble curiosidad, pues acertó a seguir la más alta y vieja tradición escolar! Porque Alonso nos dice que oía al maestro que más recreo le daba, convirtiendo el estudio en lo que había sido en los días luminosos de Grecia y después en la hora inicial de la Universidad, en puro juego del espíritu. Pronto los estudiantes de Salerno, Bolonia, París, Oxford, Salamanca, sin abandonar del todo la verdad desnuda, en su pureza, van a buscar la verdad vestida, la verdad para ser recibida en sociedad, como novia con buena dote, que eran, en este caso, el Derecho, la Medicina, la misma Teología, y su respectivo ejercicio.

Los árabes, más fieles a la ciencia desinteresada, llegan a dudar de la plena capacidad mental del europeo, pues ellos en el Norte de Africa y en sus ciudades españolas, aplicábanse a reunir y comentar el saber entonces conocido, indiferentes a la aplicación práctica. El ejemplo árabe estimula al cristiano, y he ahí cómo la Escuela de Traductores de Toledo es en los siglos XII y XIII el hogar más radiante de cultura en el mundo occidental. Alberto Jiménez recrease en "la Ciudad del Estudio" narrando la historia de aquellos días ejemplares: "De los traductores del árabe que trabajaban en Toledo en el período que se extiende entre la muerte de Gerardo de Cremona (1187) y la subida al trono de Alfonso el Sabio, el franciscano inglés Roger Bacon menciona a tres como los más importantes: Alfredo el Inglés o Alfredo de Sereshel, en cuyos trabajos de psicología puramente fisiológica se acusa la influencia de la psicología y la fisiología árabes y cuya labor recuerda el materialismo de los antiguos médicos griegos; Hermann el Alemán, traductor de los comentarios de Alfarabi y Averroes, textos aristocráticos, y algunos de cuyos trabajos aparecen fechados en la capilla de la Santa Trinidad de Toledo en 1240, y Miguel Escoto, traductor, filósofo y astrólogo". Tres extranjeros de alcurnia colaborando en la paz toledana con los españoles: cristianos, mahometanos y judíos. Esa dedicación aunada a la ciencia universal, de gentes diversas del país y de pueblos extraños, distanciados también en sus creencias, había de repercutir fuera de Toledo. Por eso Alfonso VIII, al fundar los Estudios de Palencia entre los años 1212 y 1214, "envió por todas las tierras por maestros de las artes", y así los lleva de Francia y de Italia, donde había entonces los mejores. Y a su vez el Rey Sabio, al crear en 1254 la Universidad de Sevilla, pide al arzobis-

po y al cabildo unos edificios—unas mezquitas— "para morada de los físicos que vinieron de allende". Iban a España maestros de fuera, como iban profesores y alumnos al extranjero, hasta los mismos príncipes: don Felipe y don Sancho, hijos del rey don Fernando III, estudian en París, y no porque, según dice el historiador de la Iglesia Primada, les faltasen maestros, pues bien vemos que los reyes sabían buscarlos.

Ya en este siglo xv asoma el nacionalismo en Europa, al reunirse los pequeños principados feudales en organizaciones más extensas y de mayor poder. Ello va a influir en las universidades, de modo inmediato en las nuevas, que reflejan en su creación el cambio social operado, y también en las Escuelas antiguas, que han de defender, no sin dificultad, su autonomía, poco o nada compatible con la jurisdicción autoritaria y centralizadora que hacía su propia afirmación. Hay como un replegarse de la vida escolar en sí misma. De Oxford son expulsados los estudiantes irlandeses en 1422. El rey de Dinamarca prohíbe a los estudiantes del país acudir a las escuelas extranjeras. El de Anjou obliga a los suyos a seguir los cursos de Aix, y Felipe II—como es bien sabido— publica en 1559 su lamentable "Pragmática", justificada en el hecho de que "todavía muchos de los nuestros súbditos y naturales, frailes, clérigos o legos, salen y van a estudiar y aprender a otras Universidades fuera de estos Reinos". Felipe II lo prohíbe—con la excepción de las Escuelas de Bolonia, Roma, Nápoles y Coimbra—y justifica su negativa en varios motivos, siendo así que el principal era su temor al contagio de las herejías: "y vienen en otros inconvenientes". Inconvenientes que, al aislar a España del mundo de las ideas, contribuyeron a cerrar las fontanelas de los espíritus, haciéndolos obtusos, intransigentes.

Los inconvenientes para la Universidad, su orientación y función mejores, procedían de distintas causas y en lo fundamental de los cambios que el mundo alumbraba. Los grandes descubrimientos llamaban acuciantes al estudio científico, iban a motivar la necesidad de llevarlo a ésta y la otra aplicación, a favorecer lo que habían de ser las modernas enseñanzas técnicas. Claro es que el imperativo práctico venía de atrás, de siempre: "la aparición de las instituciones medievales, conocidas con el nombre de Universidades—escribe Alberto Jiménez—fué una consecuencia del renacimiento intelectual del siglo xii. Se ha atribuído, sin embargo, la existencia de los Estudios a una necesidad que podría llamarse profesional: la que empujaba a los escolares medievales a adquirir aquellos elementos de cultura que

podiesen facilitarles el acceso a la burocracia; la cual era una necesidad urgente en aquellos tiempos de crecimiento de las potestades civil y eclesiástica". En el siglo xv español iba a producirse análogo fenómeno con los "letrados", obedeciendo a la política administrativa y centralizadora de los Reyes Católicos.

Pero la búsqueda desinteresada de la verdad, con proyección y colaboración universales, y las demandas legítimas de orden práctico, son exigencias compatibles, aun sin llegar en lo primero, claro es, hasta la unificación del método de pensar que Raimundo Lulio pedía fogosamente en el siglo xiii, sino a como fuera universal el Estudio parisiense y como vino a ser el primer Oxford, continuando el *Chartes* del xii en el empeño de cultura enciclopédica, no especializada, a base del *quadrivio*, enriquecido por la aportación árabe.

Aunque la Universidad participa del estímulo suscitado por el Renacimiento, había descuidado el ministerio de oficiar religiosamente en el altar de la Verdad pura, fuera de la sollicitación terrena, y ese descuido hace que se formen desde el siglo xvii al margen de ellas, las Sociedades científicas y las Academias, precedidas por la famosa de Crusca en la Florencia de 1582 y seguidas por la *Royal Society*, de Londres, (1645-1660), la *Académie des Sciences*, de París, (1666), la de Berlín, abierta en 1711 y otras asociaciones que, siendo nacionales, vienen a tomar en sus manos el empeño de continuar la relación universal y sus modos, que las Universidades habían iniciado. Y es curioso observar como estas agrupaciones de hombres consagrados a la ciencia, desinteresada casi siempre de lo inmediato, acertaron a liberarse en gran parte de la presión nacionalista que coaccionaba a las Escuelas universitarias. El hecho se acentúa desde el momento en que el Estado afirma como asunto propio la enseñanza pública, porque —ahora lo vemos meridianamente— el Estado moderno ha de buscar el apoyo más sólido en la formación intencionada de las nuevas generaciones, para bien o para mal. Ya queda lejos el siglo xviii con su diletantismo científico, con su ilustración algo inocentona y también con aquella protección ingenua a las profesiones nacidas entonces: la de diplomático, la de ingeniero, la de economista... ¡La diplomacia, que pretendía guardar su secreto, ha venido a convertirse ella en secreto a voces... y puños!

Napoleón había traído, en 1806, su universidad imperial y, pocos años después, la Universidad de Berlín, que Guillermo de Humboldt quería atendiese primero al hombre, a la persona humana, acaba formando exclusivamente al hombre alemán y por ser vigoroso ins-

trumento político del Estado prusiano en el empeño de hegemonía intelectual y moral teutona.

Nos hemos ido apartando, sin quererlo, de los dos hermosos libros de Alberto Jiménez, llevados de las abundantes sugerencias que motiva esta documentada, sustancial y amena historia de la vida universitaria y de la cultura hispanas. Pretendíamos solamente hacer algunas consideraciones sobre la necesidad de que la Universidad actual vuelva sobre sus pasos y vea de ser otra vez nexa activo y elevado de relación espiritual en el mundo, sin abandonar su función docente y profesional. Precisamente esta actividad práctica puede ayudar a dicha relación al favorecer los viajes de maestros y alumnos. Claros son los antecedentes de los segundos en Europa y en América: "A la Universidad de Santo Tomás, fundada en 1538, bajo el control de la orden dominicana llegarán hasta mediados del siglo XVIII estudiantes de Cuba, Venezuela y de la costa atlántica de Nueva Granada; dará maestros en el 1700 para las futuras universidades de La Habana y Caracas".² Y en América y en Europa continuaban, hasta los sangrientos años recientes, esos viajes y esa comunicación, acentuada en los grandes centros universitarios con la atracción de escolares llegados de todas partes.

En los comienzos de esta Segunda Guerra Mundial, más destructora que ninguna otra porque ha destruído las almas, se promovió en la prensa inglesa un debate para determinar lo que se aspiraba a crear después, y entre los distinguidos participantes el sabio naturalista J. Huxley propuso, como una de las soluciones para que los hombres se entiendan, la equivalencia internacional de los títulos académicos en medicina y otras profesiones, así como un amplio intercambio educativo en el campo de la investigación científica. Ahora, al quedar vencida Alemania—allá veremos hasta donde—se organiza en Londres una Asociación Internacional Universitaria, cuyos propósitos habrán de tender en el sentido de una amplia y noble cooperación científica y espiritual. Porque la Universidad, que un tiempo fué poder universal con el Imperio y el Sacerdocio, encuéntrase hoy ante el grave y urgente empeño de sacar a los hombres de sus cuevas de tribu y de las otras cuevas mentales.

Luis SANTULLANO.

² MARIANO PICON SALAS: *De la conquista a la Independencia*.

ARTE PRECOLOMBINO DEL OCCIDENTE DE MEXICO

SIN duda que el acontecimiento artístico más importante de hace algunos años en la vida de México, es la Exposición del Arte Precolombino del Occidente de México, que exhibe objetos arqueológicos de los Estados de Michoacán, Jalisco, Colima y Nayarit, en la vertiente del Pacífico.

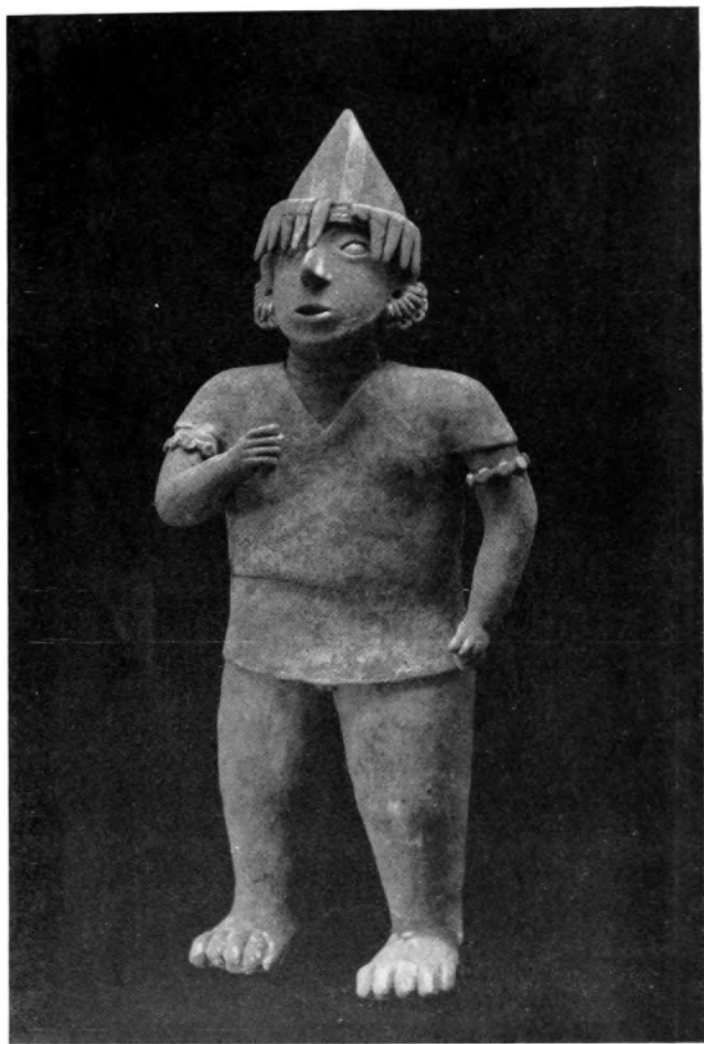
Más de quinientos ejemplares escultóricos se exhiben en las tres salas de la exposición. La primera exhibe las manifestaciones artísticas de Michoacán, lo propiamente tarasco, el horizonte más refinado y preciosista, con objetos de una cultura francamente moderna (metales, esculturas en piedras preciosas, mosaicos, etc.); la segunda, exhibe las esculturas de Jalisco y de Colima: jorobados, cargadores, madres, jugadores, guerreros, perros cebados y una gran variedad de animales; y la tercera, las figuras de Nayarit, principalmente de Ixtlán, el horizonte técnicamente más bárbaro. Cinco museos colaboraron en esta Exposición: Museo Nacional de México, Michoacán, Jalisco, Guanajuato y Jiquilpan; y más de una veintena de colecciones particulares: principalmente la del pintor Diego Rivera—sin cuyo conocimiento no es posible estudiar en toda su profundidad la belleza escultórica del Occidente de México—, José Domingo Lavín, Benito Coquet, Salo Hale, Carlos Orozco Romero, Jorge Hauswaldt, Guillermo Echániz, Carlos Pellicer, Roberto Montenegro, Juan Soriano, Josseph Smilovitz, John Mc Andrew, Jesús Reyes Ferreira, Diego Redo, Rafael García Granados, Salvador Toscano, Jesús González Gallo, Max L. Cetto, Manuel Alvarez Bravo, Ignacio Bernal y Manuel Parra. La exposición técnicamente fué dirigida por el poeta Carlos Pellicer y por quien esto escribe, con la colaboración del Dr. Paul Kirchoff, y el diseño y montaje se debió al escultor Federico Canessi y a Jesús R. Talavera.

La exhibición de un conjunto tan importante ha venido a poner de manifiesto la lamentable ausencia de exploraciones arqueológicas, científicamente realizadas, en el Occidente de México, pues si exceptuamos parciales excavaciones realizadas en Michoacán, Jalisco y Colima, todavía existen centros inexplorados de la importancia de Ixtlán,

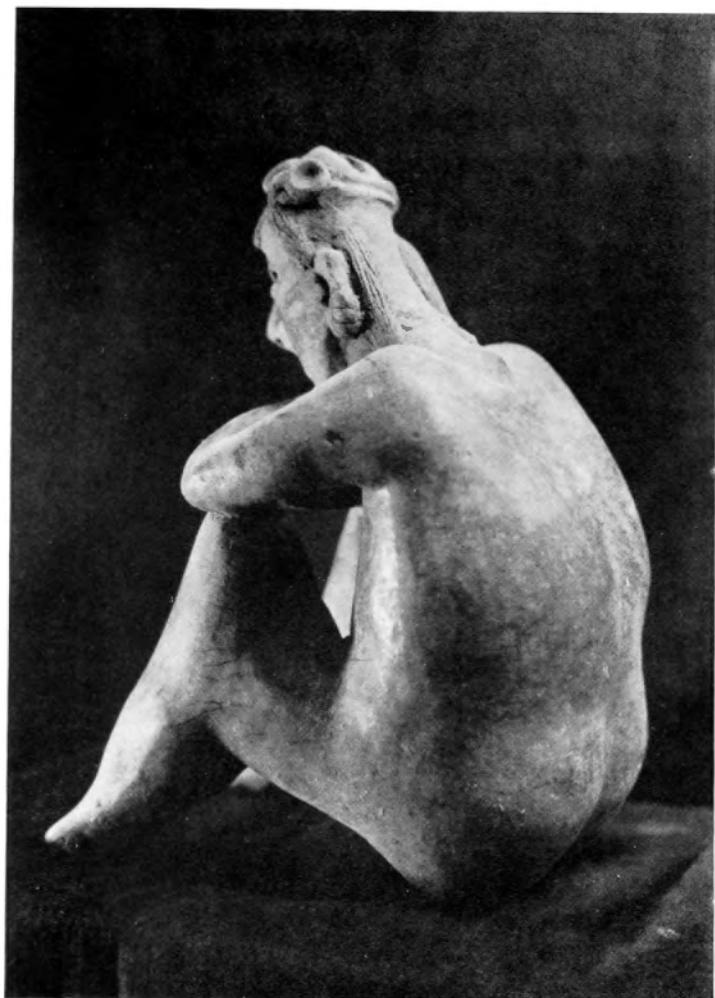
Nayarit. La bárbara piqueta de los violadores de tumbas ha sido la que ha venido a descubrirnos estas impresionantes culturas del Pacífico.

Hay algo en ese conjunto escultórico, particularmente en lo que a Jalisco, Colima y Nayarit se refiere, que llama poderosamente nuestra atención: allí no hay dioses, ni siquiera las remotas deidades del Fuego, Huehuetéotl, o la de las Lluvias, Tláloc. Allí hay sólo seres humanos. Parece, por lo mismo, que estamos frente a un arte de enorme antigüedad, pues allí no lo encontramos al servicio de la religión, sino, al parecer, al servicio de la magia, y por lo mismo hasta rebelde a los dioses: prometeica, es decir, la del hombre que quiere dominar a lo sobrenatural.

Todo el arte del Occidente parece ser testimonio de un profundo culto a la muerte. La voluntad nunca satisfecha de sobrevivir, aun en el reino de las sombras, de prolongar la experiencia vital, hizo que aquellas gentes hundieran sus manos en la tierra para excavar tumbas en las que se depositaron—como acompañantes mágicos—esculturas humanas o animales modelados sin perder la idea de la vasija. Parece, por lo mismo, que esta cerámica escultórica tiene igual significado que los yugos olmecas, que las máscaras teotihuacán, que las urnas de los zapotecas, es decir, acompañantes mágicos que preservan al muerto y a su alma de su final destrucción. Pero lo extraordinario en estas esculturas occidentales, es que parecen ser la representación real del personaje muerto, como ser humano o en su otro yo, como ser animal: por eso vemos allí aguadores, guerreros, cargadores, mujeres con sus crías, jugadores, caciques, etc. Más aún, el hecho de aparecer mujeres y enanos nos debe hacer recordar que Motolinía recogió noticias de cómo la muerte de un cacique iba acompañada de la inmolación de sus esclavos, mujeres y enanos que habrían de servirle en la otra vida. Y el hecho de aparecer también perros cebados en las tumbas sólo es posible interpretarlo recordando nuevamente a Motolinía: "Para que guiase al difunto y le adiestrase el camino por adalid matábanle un perro. . . y decían que aquel perro le guiaba y pasaba por todos los malos pasos, así de agua como de barrancas, por do había de pasar su ánima, y temían que si no llevaba perro, no podría pasar muchos malos pasos que había". Los perros cebados, por lo mismo, son sin duda la representación de Xólotl, el lúgubre Caronte indígena que conducía los espíritus en la marcha de la muerte por los nueve ríos fatales, el Chignahuapan azteca. También es significativo el que en el área de Nayarit aparezcan en las tumbas esculturas por parejas, el cazador o guerrero y la mujer—aun en actitudes



NAYARIT. Guerrero.



NAYARIT. Personaje



NAYARIT. Personaje.



NAYARIT. Mujer desnuda.



NAYARIT. Mujer sentada.



COLIMA. Personajes sentados.



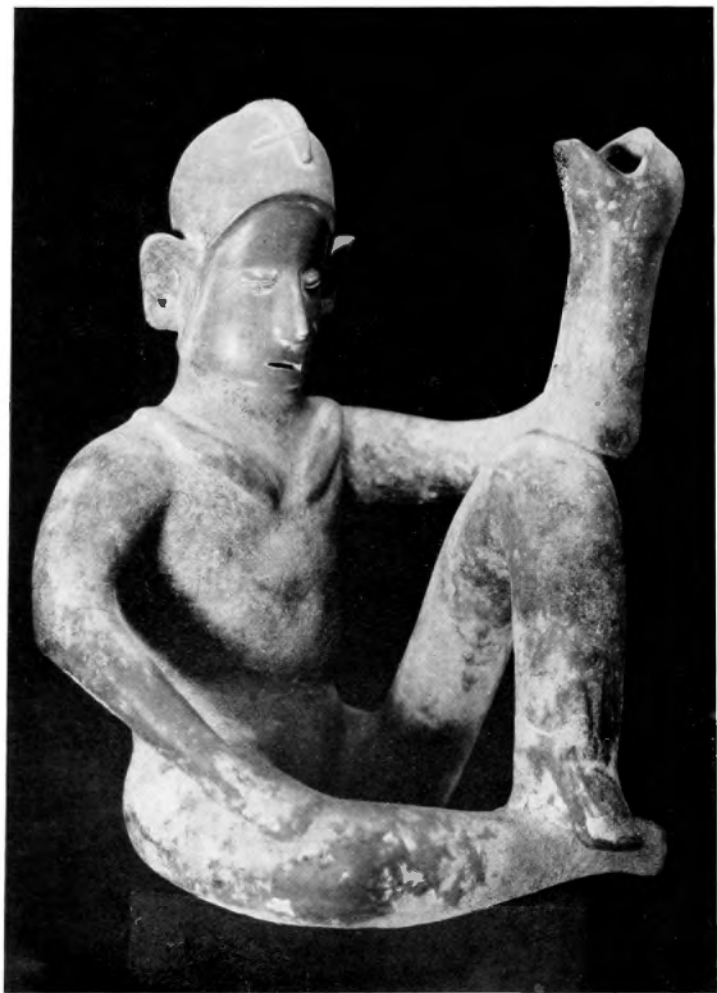
COLIMA. Personaje tumbado.



COLIMA. Alfareo.



COLIMA. Portador de cántaro.



COLIMA. Personaje con la mano abierta en forma de vasija.



COLIMA. Cabeza de personaje



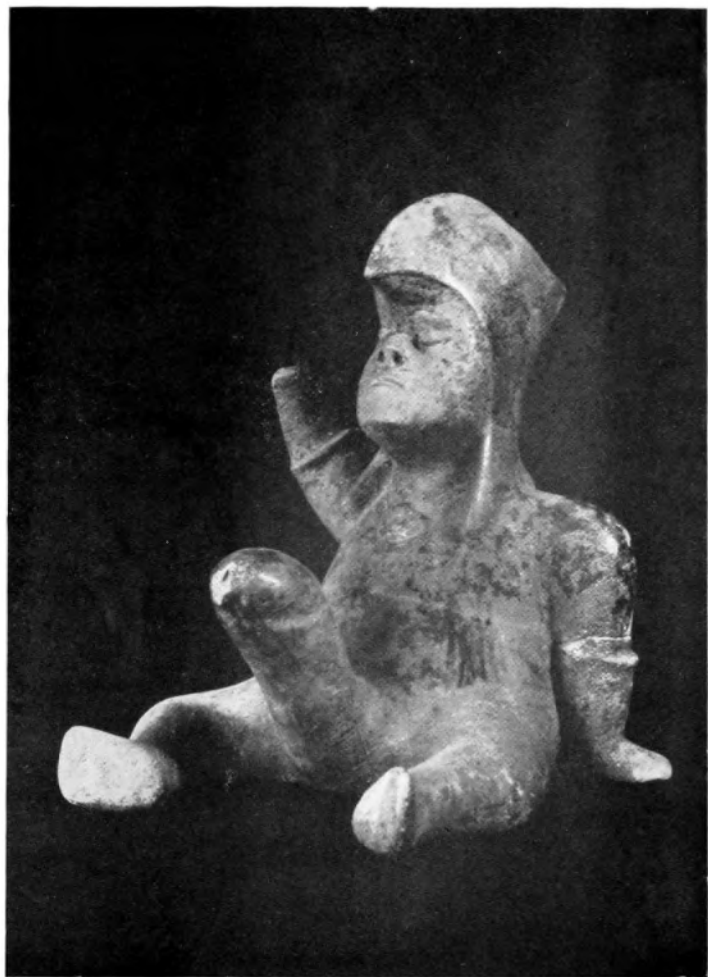
COLIMA. *Cargador.*



COLIMA. Cargador.

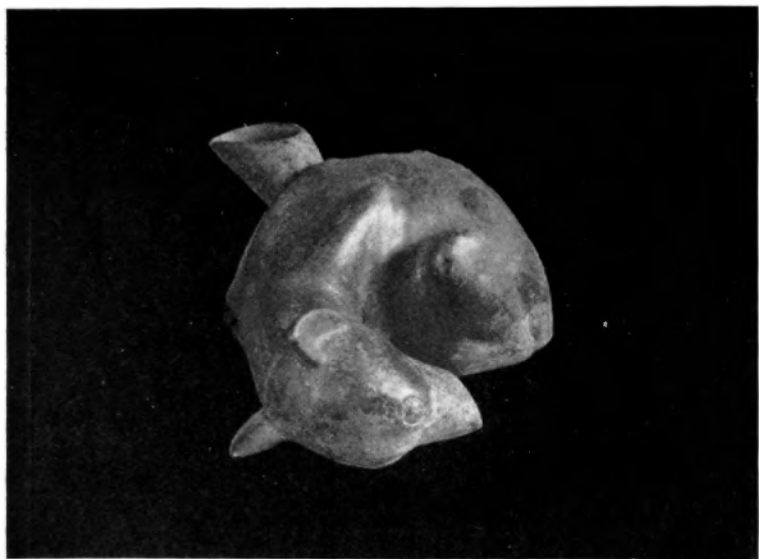


COLIMA. Mujer con escudilla en las manos.



COLIMA. Personaje.

En las dos páginas siguientes:
COLIMA. Perros y aves.







COLIMA. Vasija.



COLIMA. Jorobado.



MICHOACAN. Estatuilla femenina.

eróticas— y hasta en ocasiones toda una familia: el padre con su bola ritual, la madre con su cántaro y la niña con su juguillo animal; parece ser la réplica de los seres allí enterrados, a los que al imitar perpetúa, como si por magia aquella alma quedara allí encerrada, no importando entonces que sobreviniera la corrupción carnal, porque entonces ya el alma tenía en aquellas esculturas un segundo recinto.

Otros elementos escultóricos del Occidente que llaman nuestra atención por su variedad y belleza, son los animales del área de Colima: cangrejos, caracoles marinos, tlacuaches, garzas, patos, camaleones, arañas, tigres, tortugas y tiburones. . . un verdadero museo de la fauna americana. Podríamos interpretar este conjunto como la réplica del mismo ser muerto, pero en su otro yo animal (nahual), su totem: el Señor Araña, el Señor Tigre, etc.

Igualmente importante en la arqueología americana es el conjunto de figurillas procedentes de Colima y la variedad de chozas con figurillas procedentes de Ixtlán, que sirvieron a Carlos Pellicer como fondo para reconstruir una aldea de Occidente, una aldea que debió vivir entre los siglos IV y V, si hemos de aceptar con la Dra. Kelly la contemporaneidad de Colima con Teotihuacán. Allí volvemos a encontrarnos la ausencia de fórmulas religiosas que academizaran el arte: las figurillas—casi siempre silbatos— representan un mundo en sus faenas domésticas y vitales: grupo de danzantes; guerreros con macanas y hondas; caciques de lujosas divisas; músicos con caracoles, sonajas y tambores; mujeres muertas o parturientas, atadas; mujeres amamantando o cargando a sus crías; personajes conducidos en palanquines; mujeres moliendo maíz en metates; aguadores; contorsionistas. . . Un mundo como el nuestro, más feliz si se quiere, pero que calienta el corazón de quienes están acostumbrados a las representaciones de deidades terribles o de rostros dramáticos en las culturas del oriente y del sur de México.

Pero hay algo más, en relación con el arte, que aísla esta cultura de las del resto de América: la libertad plástica con que trabajaron sus escultores. Esta es la gran enseñanza del arte del Occidente de México. El expresionismo, el cubismo y el surrealismo podrían aquí encontrar un maravilloso antecedente. Las esculturas en cerámica de Colima y de Nayarit no conocieron la servidumbre de la forma natural. Aquí el artista, que modeló con pureza clásica un rostro, disparó los brazos o los acortó increíblemente, importándole más la silueta, la forma arquitectural, que la sumisión a la verdad anatómica.

En algunas ocasiones, por ejemplo, junto a un cuerpo de admirables proporciones, aparecen gruesas piernas que se adelgazan extraordinariamente a partir de la rodilla. En otras, el escultor abrió la palma de la mano para simular el gollete de una vasija. En ocasiones la vasija sigue las líneas aplanadas, la silueta, de un perico, o simuló un torso cuyas piernas lo son una serpiente de dos cabezas. Y en Nayarit, en una pareja de la colección Rivera, los brazos fueron adelgazados hasta aparecer con la textura de un alambre.

Por lo mismo, para el artista contemporáneo, las culturas de Occidente contienen una magnífica enseñanza. Ahora, en que la servidumbre al clasicismo sigue siendo la fórmula suprema para muchos artistas y que el ideal fotográfico sigue siendo el canon de muchos escultores y pintores, se exhibe una prodigiosa raíz que manos oscuras de alfareros mexicanos produjeron hace más de un milenio.

Salvador TOSCANO.

Dimensión Imaginaria

LA EDIFICACION DEL ALBA

Por *Juan GIL-ALBERT*

NI LA PIEDRA DEL MONTE, AMIGO MIO

*Las zorras tienen sus cavernas
y las aves del cielo sus nidos,
pero el Hijo del Hombre no
tiene donde recostar su cabeza.*

JESÚS.

Ni la piedra del monte, amigo mío,
préstase a recibir la cabellera
de la desolación. Nadie acaricia
las crenchas empapadas de sudores,
trémulas como pájaros que vuelven
tras la jornada al lecho del reposo.
¿Por qué, si quien mendiga esa clemente
paz pasajera de la extensa noche,
es el hijo elegido, es el que llega
de realizar milagro tras milagro,
una dura jornada?

Misterioso

es cuanto ven los ojos de los hombres
si no han sido cegados por el polvo
de sus mentiras.

Dulces madrigueras

aguardan a los lobos y sumisos
abrázanse en tibieza los rebaños
en el redil. Los árboles se adensan
para el sueño profundo y por las aguas
pasa la ensoñación su leve manto
de chispas negras. Hombre y animales
véncense a ese clamor involuntario
del reposo divino, allí respiran
como un vaho de gloria, más ligeros
que cuando se deslizan por sus valles.
Calmante es para el ser esa propicia
almohada que acoge sus desvelos
cual dulce gravedad y en ese hoyo,
nuestras más inhumanas tempestades,
despréndense cual grises nebulosas,
flotan como los vientos y sonrío
como un niño el adulto y purifica
su sed el pecador. ¡Tierno descanso,
sobre el que lánzase la criatura
en brazos de la madre inmarcesible!

Esos murmullos gimen en el pecho
del elegido insomne que no tiene
donde doblar la flor de su cansancio,
un rincón que recoja los ardores
de su sien venturosa: ¿quién podría
soportar sobre sí la viva losa
de su sueño? ¿Qué insólita materia
no pendería inerte en un instante,
bajo la embriagadora fuerza oculta
de aquel edén? Como algo pavoroso
venlo pasar los frágiles temblores
de la naturaleza, pálido de sueño,
con los ojos brillantes de su fiesta

nocturna en que él tan sólo se recrea,
y despierto lo encuentra la mañana
con su faz ya prendida de arboles.

Mas bajarás tres días al sepulcro,
en tu único descanso placentero,
ungido y por tus párpados velada
la luz solar: la única es la muerte,
capaz de abrir su alcoba reposante
a quien es por sí mismo la energía.

Descansa sobre el blando privilegio
de ese cojín el astro de tu sueño.
¡Rápido largo sueño de tres días
lejos de la amorosa incertidumbre!
Desgrana el ruiseñor la primavera
sobre el muro cerrado, tu mutismo,
cual si anunciara un raro sortilegio;
comentan los soldados en voz baja
cuanto dicen las gentes, los rumores
de tu resurrección y al sol del día,
o en la noche de sombras vacilantes,
vigilan apoyados en sus lanzas
tu sepulcro de rey y aún hoy nosotros,
venimos a beber en tu descanso,
no sé que refrescante melodía
que a nada se compara, un sol de muerte,
que es como el frenesí de la existencia.

¡Duerme enterrado mientras los tres días
ese espléndido sueño que contemplo
germinar y fluir bajo el suspiro
de tu respiración acompasada!

Roca viva es la tierra por tu sueño,
amargura y deleite todo tiembla
mientras estés ahí y hoy recostarse
puede el poeta intrépido en la piedra
que le ofrece el camino o en el lecho
de su pobreza, sueño de ambiciones
que tu inmolado corazón perdona.

LOS ALBAÑILES

¿QUIÉN sabe lo que somos, quién diría
ese es ángel, aquel es un embrujo,
este que duerme es pájaro persona?

Con la bruma del sueño entre los ojos,
pálidos desertores de sus lechos,
allá, yo no sé en qué perdidas alas
de la ciudad, despuntan con la aurora.
El sueño nunca sacia sus venturas
dentro de aquellos cuerpos entregados
cuán falaces y flota desprendido
como un velo azuloso. Todo duerme
en la postrera imagen del descanso;
ellos brotan cual sombras, surgen almas
de extraños escondrijos y sus pasos
apenas avanzando se señalan
como un rumor de blanda melodía,
huellas que no se imprimen en el aire
porque todo está puro. Luego llegan

a sus faenas milenarias veces,
hacer, trepar, tejer su afán de arañas
en las colgantes bridas del espacio
y allí en las ignoradas latitudes,
en aquella oquedad, en las estancias
del vacío, flotando como abejas,
destilan esos muros misteriosos
tras de los cuales vamos repitiendo
siempre alerta, la muerte. En sus quehaceres
hay algo celestial, cual enviados
de alguien que vela, penden suspendidos,
se deslizan por leves travesaños
de hebras de sol, dejando preparadas
al intruso las plácidas celdillas
con una claridad en las paredes,
una luz casta y nueva como nube.
A mediodía bajan cual palomos
a comer sus migajas y en el suelo,
parecen hombres tristes y sencillos
que no estuvieran hechos para el aire
de esa misión. Recogen sus aperos
olorosos a tierras y barnices,
algo abstracto que flota en torno suyo
áspero y sepulcral y huyen del foco
de la noche y sus redes luminosas,
hacia oscuros suburbios que descargan
de sus hombros la fe de la existencia,
esa apariencia fácil, casi alada,
de su anónima sombra.

EL ESPIRITU SANTO

QUIZÁS el hijo ha muerto, el hijo ha muerto,
el soplo de una voz vino a decirme
esa triste verdad, triste aunque en ella
no se cierra un sepulcro sino se abre
la losa de una eterna primavera.
¡Mas con qué resplandor cayó en el pecho
como un aldabonazo disipando
mis ilusiones! Hombre de la tierra,
me estremecí prendido como estaba
a la mera caricia, a los reclamos
de en cuanto recreábanse mis ojos.
El hijo entre nosotros florecía
cada cosa de un nombre enamorado,
con un sabor y tacto irrepetibles,
vinagre y miel colmando nuestros platos
de placidez y humana desventura.
Su paso ¡oh sembrador! dejaba vivas
todas las apariencias y en su rostro
supimos que los hombres eran hijos
de la divinidad; ojos y labios
tomaron ese sello irresistible
al ser de una persona deseada,
de una sola que nace y que se muere,
y la tierra copió en sus variedades
el íntimo destello que traía
su voz individual. ¡Mi idolatría!
¿Cómo apartar de ti la nube rosa
tras de la cual volaban mis palabras
exaltando la tierra? Todo formas,
alzábanse en mis ojos los prodigios
de tus desdoblamientos sucesivos,

islas, hortales, pastos rumorosos,
fuentes de una frescura inmaculada,
árboles que calláis eternamente
cual si sólo la sombra y esos frutos
bastaran a decirnos vuestros nombres:
porque él pasó se nutre cada cosa
de un distinto esplendor y se recrea
la especie propagando entre los hijos
el beso transmisor de sus esencias.

Así os amé mi suelo y sus olores,
la casa en que nací con sus clementes
muros viejos, el sol de mi delicia,
cada ser que surgía en el recinto,
padre, novia o amigo, de mi sueño,
eran los arquetipos venturosos
de una ambición; pegado a sus intensas
encarnaciones, vivo en este mundo
de mi país oyendo la nostalgia
de sus susurros, ciego a la existencia
de otras tierras más vastas, de otros nidos
donde también el hombre se estremece.
Sangre, raza, país, os he adorado
cual si fuerais el cuerpo de la vida,
sus formas más perfectas, las intactas
criptas donde el Señor se recostaba
para dormir su sueño milenario.
¿Mas tanto amor no pide el sacrificio
¿Cómo romper los lazos sensuales
que líganme al dolor de la belleza?
de una separación? ¡Idolatría!
¿Cómo no desangrarme en tus arcanos
al intentar decirte, como a un muerto,
pegado a tus mejillas sonrosadas,

¡adiós, adiós!>? Mas oigo que me llaman,
algo que no conozco y que no tiene
sabor ninguno, un viento favorable,
una temprana luz toca en mis sienes
con voz impersonal y melodiosa,
alguien que me mostrara en el sepulcro
que El ya no está, que el tiempo se ha vestido
con ardor y fragancia incomparables.

ANALOGIAS ENTRE LA ARQUITECTURA Y LA MUSICA

Por *Héctor VELARDE*

PODRÍAMOS principiar en forma decisiva y violenta probando que desde la más remota antigüedad la música se consideraba y era como el alma de la arquitectura. Bastaría con recordar que los muros de Tebas se levantaron al compás de la lira de Amfión y que los de Jericó fueron derrumbados a fuerza de música. . . Podríamos comenzar, en forma más suave, diciendo que cuando se ve y se oye con el espíritu, la música parece resolverse en una arquitectura etérea y la arquitectura parece cuajarse en una música eterna. . . Pero no conviene ni uno ni otro sistema.

Mostrar brusquedades o afirmar cosas del alma provoca siempre reacciones. Hagamos mejor una clasificación sobre las analogías de la arquitectura y de la música. La existencia de esas analogías y la posibilidad de clasificarlas es ya una prueba suave y profunda de que la verdad planea sobre nosotros.

Primero.—Consideremos las analogías de orden estético.

Segundo.—Las de orden científico.

Tercero.—Las de orden histórico.

Esta clasificación, como se comprende, no tiene nada de absoluta, además ninguna clasificación es absoluta, pero si son posibles, resultan casi siempre útiles; la nuestra, en todo caso, nos abre un camino que seguiremos con prudencia, ayudados por la arquitectura y perdonados por la música.

Veamos las analogías de orden estético.

La primera analogía que se presenta es la de origen, a pesar de todo lo que se ha dicho en contra. Muchos filósofos han clasificado la arquitectura como un arte inferior, por considerarla salida de la choza, de la utilidad, afirmando que no es un arte libre porque depende de una necesidad material. Ni

Platón ni sus discípulos pensaron seguramente en forma tan rotunda, pero ya Aristóteles y sobre todo los grandes modernos, como Kant y Shopenhauer, manifiestan que la arquitectura nace y depende de la vivienda, de lo útil. Mientras tanto, antiguos y modernos no dudan sobre el origen límpido y libre de la música.

Nosotros sostenemos, y no aisladamente, porque entre muchos nos acompaña Pitágoras, por ejemplo, que la arquitectura tiene su origen tan independiente y puro como la música.

En arquitectura se trata sencillamente de hacer arte, de crear belleza con formas espaciales, justamente puras, libres, abstractas, que no tengan nada que ver con las formas usuales de la naturaleza aparente ni con las formas representativas del hombre, expresadas en la escultura o en la pintura. Estas características de formas nada más que espaciales, están ya indicando la analogía profunda con las que se realizan en el Tiempo para crear la música. Luego, ¿cuáles son las únicas formas espaciales que pueden estar fuera de la representación del hombre y de la naturaleza aparente, es decir, las formas conceptuales por excelencia? Son las formas constructivas, estructurales. La arquitectura actúa con esas formas; ese es su material artístico, del mismo modo que la música actúa con sus formas sonoras que deben ser igualmente constructivas para que sean musicales. . . Ahora bien, aunque el primer material que haya encontrado el hombre para hacer arquitectura, para definirla, para crear arte puro, sea la construcción problemática de su choza, esto no tiene nada que ver con el pretendido sentido utilitario de la arquitectura. El hombre, para hacer música, no encontró seguramente, al principio, sino su voz, que le era muy útil, que debió ser muy tosca y que fué tan necesaria para la música como lo fué la choza para la arquitectura. Y si la música se ha independizado de la voz, la arquitectura también se ha independizado de la choza. Nosotros no vemos qué hay de común entre la utilidad de una vivienda humana y los magníficos trilitos de Bretaña, las pirámides de Egipto, los templos griegos, las catedrales góticas, los mausoleos, los arcos de triunfo y los monumentos conmemorativos en general. Sin embargo, allí está la arquitectura a solas, como está la música a solas en las grandes sinfonías. . .

Ambas, como artes abstractas, producen impresiones similares, sugieren, transportan, hacen soñar en lo eterno, en lo infinito y si les falta expresión directa, les sobra profundidad de concepto. Ambas envuelven al hombre y al mundo en una sola armonía.

Hay otra analogía de origen y de esencia.

Se cree generalmente que el concepto de la forma artística se produce independientemente de su realización. La materialización de la idea estética se hace después en cualquier material. Aquí vienen las envolturas de Platón, los fines útiles de Kant y las voluntades de Wolfflin. La materia debe ceder de todas maneras al impulso creador, al empuje espiritual o necesario de la imagen soñada. Esto está muy bien y se justifica en gran parte, cuando se trata de conceptos no puramente estructurales como son los escultóricos o pictóricos, pero las cosas cambian en la arquitectura que es toda hecha de formas estructurales. Aquí nos parece que la idea estética implica ya el material en que debe ser resuelta; aún más, creemos que ese material es parte íntima de la inspiración que hace surgir la imagen. En arquitectura, el concepto aparece ya cristalizado en piedra, en ladrillo o en concreto armado, y eso, justamente, es lo que da ritmo espacial a esos conceptos y lo que los diferencia. Este mismo fenómeno en el proceso de la creación estética surge seguramente cuando el artista siente en su alma el desarrollo de un edificio musical; el compositor debe oír su música interior ya realizada en cuerdas, en instrumentos de viento o en el teclado del piano. Las posibilidades físicas están latentes en la inspiración del músico. No es posible, por ejemplo, sentir, imaginar una melodía para violines y realizarla luego con trompetas o concebir una marcha grandiosa y hacerla tocar con cuatro flautas. Eso es lo mismo que pensar en una torre de cemento armado y pretender realizarla en adobe. No hay posibilidad material de hacerlo, por más voluntad que haya. En escultura, en pintura, en canto, en danza, puede el hombre tener un sueño cualquiera e imponérselo más o menos bien a la materia, pero en arquitectura y en música ese sueño no se realiza si no está ya hecho de la materia que le es propia. De ahí que las armonías estructurales de la arquitectura y de la música tengan la virtud de unificar al hombre con la naturaleza en una comunión de orden universal.

Parker en su *Análisis del Arte*, dice que la arquitectura expresa por medio del Espacio lo que la música expresa por medio del Tiempo: estados de alma, alegría, tristeza, gravedad, fuerza, todo provocado nada más que por sonidos o líneas que se suceden. Los sonidos se convierten en imágenes y las líneas en música.

La música invade el espacio como la arquitectura retiene, absorbe el tiempo. La arquitectura inicia ritmos, movimientos, ciclos de duración, de música. La música inicia ritmos, movimientos, ciclos de extensión, de arquitectura.

Al contemplar un templo, un palacio, un hermoso edificio, sentimos una música cautiva, constante, pura, que principia en cualquier parte, continúa, termina y principia de nuevo conforme recorremos la obra con la vista. Cuando oímos una sinfonía, sentimos una arquitectura que se oye, imaginamos un edificio maravilloso que no tiene lugar sino momento, presenciamos un milagro de realidad y de luz.

La arquitectura es geoméricamente espacial, pero espiritualmente, es decir, como existe, la arquitectura es musical. Las obras arquitectónicas aparecen como altos, como instantes, como duraciones mínimas de música eterna. La arquitectura emana del silencio creador, transporta nuestras almas y se fija como estrella vibrante. . . La arquitectura no espera sino que la contemplan para dejar oír su canto. Recorrer una obra hermosa con la mirada y con los pasos, seguir el movimiento de sus salientes, entrantes, vanos y molduraciones, pasear interiormente sus patios, galerías y salones, es ir sintiendo el desarrollo de una música infinita. . .

La arquitectura y la música llegan igualmente a confundirse en un mismo fin emotivo siguiendo otro camino; es el que nos sugiere Elie Faure con su bella idea sobre la evolución de la individualidad humana con relación al arte. Elie Faure declara, después de observar el desarrollo artístico de diferentes ciclos de la historia, que la arquitectura surge primero simbolizando en su cristalización al grupo humano, sin individualismos, compacto, ordenado y unido por una misma vida y un mismo ritmo. La arquitectura traduce la estructura, el organismo y la unidad de ese grupo. Luego, aparece la escultura, que en sus relieves expresa el individualismo cuando se destaca del grupo y se desprende de él en la estatuaria com-

pleta. Después, viene la pintura que ilumina el individualismo con la luz de la personalidad y de la independencia. Por último, la música deja sentir su plenitud cuando el individualismo llega al aislamiento y a la soledad. Su voz se oye entonces como un llamamiento al grupo inicial, lo evoca y funde su espíritu nuevamente en la arquitectura básica y primera para tornarla en música. El ciclo del movimiento estético en la historia de un pueblo se cierra. Las formas equilibradas y puras de su arquitectura coinciden con las formas equilibradas y puras de su música a través del individualismo que asoma, se afirma, se ilusiona y canta.

Cuando la arquitectura está sola, estructural y orgánica, dominando y reteniendo en su seno a la escultura y a la pintura, es decir, al ritmo individualista humano, esa arquitectura tiene el desarrollo y la ascensión de la música. Asimismo, cuando la música se independiza, se establece y vuela fuera del ritmo sentimental humano de la voz y de la danza, la música se convierte en estructura neta, en construcción bella, en arquitectura.

Stravinsky en *Las crónicas sobre mi vida* armoniza con estos conceptos diciendo:

"El fenómeno de la música nos es dado con el único fin de construir un orden de cosas, comprendiendo, en primer término, un orden entre el hombre y el tiempo. Por consiguiente, para ser realizado exige necesariamente una construcción.

Una vez la construcción hecha y alcanzado el orden, todo ya está dicho. Sería inútil buscar o pedir otra cosa. Precisamente, este orden alcanzado produce en nosotros una emoción de un carácter muy especial que no tiene nada de común con nuestras sensaciones corrientes y nuestras reacciones debidas a las impresiones de la vida cotidiana. No se podría precisar mejor la sensación producida por la música que identificándola con la que provoca en nosotros la contemplación del juego de las formas arquitectónicas. Goethe la comprendía bien cuando decía que la arquitectura es una música petrificada. . ."

Vemos pues, que no exageramos al afirmar que cuando la música está por encima de las emociones corrientes que la ligan al sentimentalismo humano, la voz o la danza que retiene su vuelo, esa música se torna en arquitectura eterna. Del mismo modo, cuando la arquitectura se libera de la expresión humana

que la diluye en los relieves de la escultura o en las figuraciones de la pintura, la arquitectura se levanta como un himno o se extiende en un ritmo infinito. . . La música del fuego, la música del agua, la música del viento, la música del alma, están fuera del ritmo humano. A ellas corresponde la arquitectura profunda de la naturaleza y del cielo. La arquitectura gótica y la arquitectura árabe son las que más se acercan a la musicalidad pura porque en ellas no hay la medida humana que impone. Son como dos inmensas ilusiones de agua y de fuego.

El fuego les dió calor y luz a los hombres rubios del Norte en medio de los bosques oscuros y del frío intenso de la noche. El fuego fué divino para ellos. Al fuego lo adoraban en oración exaltada y el alma seguía el curso imperioso, ascendente y continuo de las llamas hacia el cielo infinito. En ese fuego se anunciaban ya, estiradas y fundidas, las catedrales góticas con sus ventanales rojos. . .

El agua quitó la sed y refrescó el cuerpo de los árabes morenos en medio del sol y del desierto de arena ilimitado y monótono. El agua fué esperanza de vida para ellos. El agua era la más pura y buena de las delicias. Al agua la contemplaban con encanto y la escuchaban caer y correr, como vengándose del desierto. Seguían su curso dulce y caprichoso hasta llegar con la fantasía a maravillosas grutas de estalactitas llenas de brillos, de sombras acogedoras y de mujeres suaves e indolentes. En el agua movediza, que al repetirse siempre es nueva y sorpresiva, en sus burbujas y en sus luces celestes, aparecían ya extendidas y cristalizadas las alhambras con sus azulejos. . .

El fuego vertical, espiritual, místico, violento y serio, está en la arquitectura gótica. El agua, horizontal, perezosa y coqueta, está en la arquitectura árabe. Ninguna de las dos es arquitectura de expresión humana. La arquitectura gótica es música que se convierte en humo y la absorbe el cielo. La arquitectura árabe es música que se desliza entre los dedos y la absorbe la tierra".

Cuando la prueba de un fenómeno no puede ser hecha por las matemáticas, se hace, en general, por ensayos poéticos. . .

Veamos ahora algo más tangible: las analogías de armonía y de ritmo entre la arquitectura y la música.

Pitágoras da los principios numéricos de la armonía musical demostrando que las consonancias fundamentales dependen de la división exacta de la cuerda sonora en mitad, dos tercios y tres cuartos. Así se define en el sonido, la octava, la cuarta y la quinta, formándose la primera gama. Los griegos llamaban *sinfonía* a esas consonancias básicas y aplicaban la misma palabra para definir la proporción arquitectónica. . . La maravillosa y simple relación musical de los cuatro primeros números por medio de divisiones espaciales en la cuerda sonora, indicaba que las notas que creaban consonancias, eran en sus tonos directamente proporcionales al largo de las divisiones correspondientes que producían esas notas en la cuerda sonora. Esta proporcionalidad entre la extensión y la música, indicaba que la armonía espacial dependía igualmente de la relación simple y maravillosa de los cuatro primeros números, y, que, por consiguiente, la arquitectura y la música eran expresiones de un mismo ritmo.

Podríamos, pues, decir que la arquitectura nació de las cuerdas de una lira. . .

Era tan natural entre los griegos considerar la música y la arquitectura como artes similares, que tenían las siguientes equivalencias: música correspondía a arquitectura; intervalo o acorde, consonante o disonante de dos notas, equivalía a la relación de dos líneas, superficies o volúmenes; acorde completo o combinación de tres o más notas, equivalía a la proporción; la armonía musical equivalía a la simetría arquitectónica, al orden. En cuanto a la eiritmia melódica, era del mismo orden que la eiritmia arquitectónica.

No hace mucho que un ingeniero griego emprendió el trabajo de aplicación de estos hechos y conceptos con las columnas del Partenón. Demostró que sus distanciamientos y dimensiones eran proporcionales a la extensión de cuerdas sonoras, que haciéndolas vibrar en orden correspondiente al de las columnas, producían una armonía musical. Esto equivale a decir que el Partenón era como una inmensa arpa de mármol que exhalaba música con tan solo el contacto de la luz, del aire, de las tardes doradas de Atenas. . .

El arte de encadenar las notas o acordes sucesivos en una frase melódica es, por definición, la armonía de los sonidos. La analogía con la armonía arquitectónica es evidente, pues se

logra por el encadenamiento, no puramente simultáneo como se cree con frecuencia, sino sucesivo de correspondencias y proporciones de líneas, superficies y volúmenes.

El problema de la armonía lo expuso Platón en forma definitiva.

Desde entonces sabemos que la armonía es la unificación de lo variado y la concordancia de lo discordante. Las armonías generales de consonancias sonoras o de proporciones espaciales producen la euritmia perfecta que se percibe subjetivamente en la arquitectura de la misma forma que en la música. Esto es lo que procura la música platónica de los volúmenes. . .

La solución de un acorde o de una proporción, consiste en encontrar entre los términos dados, uno o varios términos intermediarios que, con los términos iniciales, tengan una relación definida. Estos principios eternos de la armonía expuestos en la *República* y en el *Timeo* los generaliza con belleza el Conde Ghyka en su célebre obra *El Número de Oro*. Dice así:

"Intercalar el término medio en un silogismo, lanzar un puente entre dos islas del conocimiento, ligar por el relámpago de la metáfora dos imágenes aisladas, unir por la euritmia, que tiene por base la analogía de las formas, las superficies y los volúmenes arquitectónicos, son todas operaciones paralelas y similares a la creación de la armonía musical".

Pasemos a las analogías del ritmo.

El ritmo se define generalmente, como la división de tiempo hecha por fenómenos sensibles en períodos cuyas duraciones totales son iguales entre ellas y que se repiten según una ley simple. Este concepto del ritmo puede traducirse al espacio directamente por medio de la noción psicológica de Bergson sobre el tiempo; las duraciones son intervalos de espacio y el ritmo nos parece como una sucesión de vacíos y de llenos en la extensión. También si recordamos a Pitágoras, es el número, sólo el número, el que da cuerpo al ritmo, a un mismo ritmo en música y en arquitectura. El ritmo se ordena, hilvana y corre en el número y por el número en su camino de vida y liberación. Entre el todo y cada elemento aparece el ritmo vibrante de sonoridad o de luz. El ritmo puro sólo está en las relaciones numéricas, escuetas, netas, de las formas

de Tiempo y de Espacio, es decir, en la música y en la arquitectura.

Es la intensidad, la duración, la repetición o supresión del ritmo lo que produce las profundidades tanto sonoras como espaciales, los silencios de la extensión y los vacíos del tiempo, la superficialidad de un momento o el instante de una línea, la explosión musical o la brillantez resplandeciente de una estructura arquitectónica.

Ocho siglos después de Platón, San Agustín hablaba como un ateniense al decir que "la música es el arte de los movimientos armónicos". ¡Qué traducción más directa, sencilla y plástica del ritmo del tiempo al ritmo del espacio!

El ritmo liga las formas semejantes que se aman y que están separadas por el silencio o por el vacío. Cuando hay silencio, el ritmo es musical. Cuando hay vacío, el ritmo es arquitectónico.

Paul Valéry, ante uno de estos vacíos dice:

Esa luminosa rotura
hace soñar a un alma que yo tuve
En su secreta arquitectura. . .

"El ritmo fecunda el mundo sonoro", pensaban los antiguos. Hubieran podido completar esa idea, y seguramente así lo pensaban, agregando que el ritmo fecunda también el mundo espacial. El ritmo lo fecunda todo. Produce el encanto y el éxtasis. La magia de ciertas músicas y de ciertas arquitecturas, como la árabe, de la que ya hemos hablado, se produce por la repetición sabia e infinita de un mismo ritmo.

El hombre se identifica con el ritmo. En este fenómeno reside casi toda la psicología arquitectónica de Wolfflin.

La identificación se hace de la siguiente manera: Vemos formas u oímos ruidos que aparecen en intervalos más o menos regulares, entonces nosotros ordenamos esos intervalos, los dividimos en series de igual importancia; en una palabra, intervenimos con nuestro propio ritmo que termina repitiéndose en forma clara y perfecta con el ritmo inicial.

Los ritmos del canto y de la danza como los de la escultura y pintura, son de orden natural y humano. Los ritmos de la arquitectura y de la música son ritmos que salen y vuel-

ven del silencio o del vacío aparente de las cosas. Envuelven el espíritu todo.

Wolfflin estudia la impresión rítmica de esfuerzo y de reposo que provocan las formas sucesivas de la arquitectura y de la música. En arquitectura se oponen sentidos verticales y sentidos horizontales de estructura para formar el equilibrio; los verticales dan la impresión del esfuerzo y los horizontales la impresión del reposo. Esto equivale en música, y así lo sentimos, a los motivos lentos y graves que representan los sentidos horizontales, el reposo, y a los motivos vivos y agudos que representan los sentidos verticales, el esfuerzo. El hombre sigue estos ritmos con su espíritu, embrigándose en el desarrollo de la euritmia. . . Platón, el eterno Platón, nos habla, nos cuenta, que las Musas nos dan la armonía no sólo como placer, sino como una aliada de nuestro espíritu, para que corrija y ponga orden a sus movimientos periódicos que se han desarreglado en nosotros. Igualmente el ritmo nos lo han dado con ese mismo fin. El ritmo es un compañero, un amigo del espíritu que armoniza nuestros movimientos y nos da medida, soltura y gracia. Los ritmos arquitectónicos, como los musicales, son pues aliados nuestros. Nosotros los seguimos hasta en nuestra marcha y respiración. No gustar de la música o de la arquitectura es como carecer de corrección interior. No sabemos qué filósofo griego decía que una persona que caminaba sin ritmo se encontraba en estado inferior a algunos animales. . .

"Como el gran Ordenador del Tímeo, escribe nuevamente al Conde Ghyka, el arquitecto divide, junta y desarrolla el cortejo de sus formas, liga y armoniza sus proporciones, llena sus intervalos, y si, en un momento de pasión creadora, su ritmo late al unísono de un ritmo superior, universal, eterno, habrá obtenido la gran consonancia, la sinfonía que hace vibrar los templos griegos y las catedrales góticas, hasta hacerlas cantar. . .

Para completar estas analogías del ritmo debemos oponernos a la idea que tienen varios estetas sobre la naturaleza del ritmo musical y del ritmo arquitectónico. Se afirma que ambos ritmos son de naturaleza distinta. La diferencia estaría, sobre todo, en que el ritmo musical pasa, tiene un principio y un fin y no puede ser reversible; mientras que el ritmo

arquitectónico queda dibujado, permanece estático, pudiéndose recorrer en ambos sentidos y siendo, por consiguiente, reversible.

Nosotros creemos que esta diferencia no se encuentra en el ritmo musical y arquitectónico precisamente, sino en esos ritmos con relación a nosotros, en nuestra manera de observarlos. Si bien es cierto que el ritmo musical pasa, es porque nosotros permanecemos fijos, estables, oyendo que pase ese ritmo que, además, podemos hacerlo pasar varias veces. Mientras que el ritmo arquitectónico se manifiesta, no de naturaleza distinta sino más bien en forma opuesta. Somos nosotros los que pasamos, los que recorremos cuantas veces queramos el ritmo arquitectónico que permanece fijo, que está plasmado. Ambos ritmos actúan en el fondo del mismo modo, puesto que en este último caso existe también duración, aunque sea mínima, para recorrer el ritmo arquitectónico que se desarrolla en una música casi instantánea. Ambos ritmos tienen por consiguiente un sentido bien determinado. Ciertamente es que podemos recorrer con la vista el ritmo arquitectónico en su sentido inverso, puesto que está plasmado, pero eso no quiere decir que el verdadero sentido de ese ritmo pueda ser invertido, reversible, en la arquitectura misma. Eso equivaldría a poner de cabeza una catedral gótica, por ejemplo, y así considerarla como ascendente y bella. Es tan absurdo como oír una música al revés.

Seguimos, pues, creyendo que el ritmo musical y arquitectónico si no tienen una misma naturaleza, por lo menos la tienen muy parecida.

VEAMOS ahora las analogías entre la arquitectura y la música que llamaremos de orden científico. Abordamos la segunda parte de nuestra clasificación. Se trata sobre todo, de dividir estos conceptos en grupos para tener cierto método en nuestra exposición, pues, en el fondo, la ciencia apenas deja percibir su luz sobre estas cuestiones de estética. Siempre serán la armonía y el ritmo los que nos guiarán, pero a través de ciertas formas susceptibles de medida y de ciertos fenómenos fisiológicos.

La experiencia indica que tanto en música como en arquitectura, la belleza está en la analogía de las formas. Toda la

teoría de Thierson se basa sobre esta observación. En música, son los motivos y temas análogos los que se repiten, se suceden, disminuyen, aumentan, se separan, se responden y se contrarrestan. En arquitectura este hecho se verifica igualmente; son también motivos y temas espaciales que se repiten en diferentes planos, en perspectivas variadas, oponiéndose, continuándose, respondiéndose. . .

Servien dice: "En todas las partes del dominio musical los elementos se responden como imágenes. La música aparece cíclica, crea disimetrías, luego las reúne y encuentra el reposo. Un figura musical puede sufrir varias transformaciones sin que deje de ser reconocida por ella misma".

Servien estudia la homotecia de las formas musicales, sus transformaciones "proyectativas" y las describe como equivalentes a las formas geométricas y análogas que crean la arquitectura.

Estos elementos y figuras musicales son los motivos y los temas.

La definición del motivo musical es la siguiente según Collaer: "Dos notas sucesivas, determinadas por su duración y altura, forman el más pequeño elemento que pueda caracterizarse. Esta unidad es indivisible, si se divide desaparece. Este elemento de melodía musical es el motivo, en el mismo sentido que se dice un motivo decorativo arquitectónico. El motivo musical se compone siempre de un número reducido de notas. Por la repetición o simetría con que aparece constituye la base para el desarrollo formal de la obra musical".

Como veremos, no puede haber nada más similar a los motivos que constituyen el desarrollo de la obra arquitectónica. Pongamos como ejemplo la superposición ordenada y ascendente en el estilo gótico del motivo ojival, determinado sólo por dos segmentos de círculo que se encuentran en ángulo agudo, con peralte constante e indivisible en su estructura.

Consideremos ahora la definición del tema musical por el mismo Collaer: "Este, es engendrado generalmente por muchas repeticiones de un mismo motivo, por yuxtaposición, simetría o contraste de esos mismos motivos. El tema presenta un sentido general, susceptible de varias interpretaciones. De aquí que el tema se acomode a la superposición de otra figura melódica. Esta simultaneidad es característica de la música



... el Partenón era como una inmensa arpa de mármol...



Templo de Afaia en Egina.

contrapuntística. No solamente el tema es iluminado de diferentes maneras por el tema contrario, sino que se presta fácilmente a deformaciones".

Esta definición del tema musical puede ser la misma para el tema arquitectónico. Observemos, por ejemplo, el templo de Afaia en Egina, que es uno de los más armoniosos. Tenemos dos temas principales y opuestos. El de las columnas y el de los arquivas. El tema vertical y el horizontal. El tema de las seis columnas y de sus cinco espaciamentos se repite en los once triglifos del friso, que a su vez, se repiten transformados en los once dioses del frontón. El tema opuesto interviene sucesivamente en el estilóbato o base general, en los capiteles, en los arquivas, en la cornisa y en el cimacio del frontón que corona y cierra la armonía.

Fauré en su obra *Arquitectura-Música*, establece un sistema racional de proporciones con relación al tiempo y al espacio que contribuyen a darles más luz a estas analogías.

Goller contribuye asimismo a completar estos estudios con sus teorías de las "hileras". Dice que las hileras están formadas por "partículas de tiempo" y que, estéticamente, el espacio no existente en arquitectura sino el tiempo que se toma en recorrer sus líneas.

Borissavlievitch en su científica obra *Teorías de la Arquitectura* le da la razón a Goller con una simple experiencia: "Si a una recta la dividimos matemáticamente en dos partes iguales, esas dos partes las veremos efectivamente iguales; pero si a una de las mitades la subdividimos en varias partes, esa mitad así subdividida nos parecerá más larga que la otra. ¿Qué ha pasado? Que al recorrer con la vista las dos mitades, hemos tardado más en recorrer la mitad subdividida, por el obstáculo o tropiezos que esas subdivisiones oponen a nuestra vista".

Este fenómeno generalizado a superficie y a volúmenes determina una ley que nos parece fundamental para nuestras analogías. Borissavlievitch dice que "el tamaño de un objeto es proporcional al tiempo que tomamos en contemplarlo". Se comprende que si ese objeto es una obra arquitectónica, es decir, armonía espacial, ese tiempo sea lógicamente música. . .

Borissavlievitch inventa la perspectiva óptico-fisiológica que consiste en el estudio de las imágenes tal como nuestra

vista las trasmite al cerebro. Esta perspectiva, prueba que las formas bellas de la arquitectura están en armonía, es decir, se adaptan de manera natural a nuestras posibilidades ópticas, movimientos de los ojos, límites de distancia, ángulos visuales, etc., y que, justamente por eso, esas formas son bellas.

Lo que más interesa de esta teoría en relación a la música, es que si se observan los monumentos de arte de la arquitectura según las reglas precisas de la perspectiva óptico-fisiológica, descubrimos que la belleza de esas obras consiste, ante todo, en que los rayos visuales en su recorrido, van encontrando sucesivamente formas análogas, mismos motivos, mismos temas que se repiten desde las bases a las cumbreras y, horizontalmente, dando vuelta y unificando así la armonía perfecta del edificio. Esto puede decirse que constituye una prueba científica de las analogías de Thiersch.

Este hecho lo llama Borissavlievitch el "perspectivismo" de las formas, que produce, al recorrerlo con la vista, una musicalidad evidente. Se ha verificado, mediante esta nueva técnica, que una de las obras más perfectas de perspectivismo o musicalidad es la célebre Villa Rotonda de Paladio. El genio de Paladio es hoy comprobado científicamente. . .

Según estos principios, así como hay formas agradables para los ojos, expresamente bellas porque se adaptan de modo natural a nuestra fisiología visual, así también existen formas gratas de música porque están de acuerdo con la fisiología de nuestro sentido auditivo. El día en que la acústica y el oído sean estudiados, quién sabe si se podrán encontrar formas de música y de arquitectura rigurosamente equivalentes, que puedan dar con toda exactitud las mismas impresiones de agrado, de intensidad, de medida y hasta las mismas sugerencias.

Continuando estos principios fundados en la fisiología aparece la identificación del hombre con el arte en forma concluyente. Esto es lo que los estetas llaman "einführung" y que está a la base de todas las investigaciones modernas sobre estética.

La identificación es más aparente cuando se observan las variaciones en el movimiento de la marcha, de la circulación sanguínea, de la respiración, etc., con relación a ciertos ritmos y formas de la música y de la arquitectura.

Se sabe que el ritmo preferido en música es el de la circulación sanguínea. Sería interesante conocer el ritmo equivalente en arquitectura. En todo caso, los ritmos que más nos parecen naturales en arquitectura corresponden al ritmo de tres tiempos que está de acuerdo con la marcha normal del hombre.

Se verifica, por ejemplo, que la altura de un edificio está en relación con la profundidad de la aspiración al respirar y que el ancho de una masa constructiva está en relación con lo que dura un movimiento respiratorio. En música el fenómeno es más visible. Aspiramos profundamente con las notas agudas y ascendentes, acompañándolas aún con el cuerpo y respiramos lentamente, reposadamente, cuando se oyen las notas graves.

La expresión de que al mirar un rascacielo nos "quedamos con la boca abierta" o "sin habla" es un hecho comprobado.

Todos tenemos la sensación de elevarnos al contemplar una columna, identificando nuestro cuerpo con la forma de la columna. Del mismo modo las formas que sostienen y las formas que son sostenidas en arquitectura, nos dan sensaciones de esfuerzo o de reposo. Estas sensaciones se producen análogamente en música. Las masas pesadas, cerradas, compactas, de una cárcel, por ejemplo, corresponden, a través de nuestra fisiología, a los adagios, a los largos y graves en música. Del mismo modo a las masas abiertas, recortadas y leves de un pabellón de fiesta corresponden los alegros y los vivaces. . .

Wolfflin define la línea ondulante como correspondiente al trémolo musical, la línea recta es la nota seguida, continua, los ángulos agudos se traducen en sonidos estridentes.

Wund establece las mismas analogías en los colores. Los oscuros, las sombras, son los sonidos graves. Los claros, son sonidos agudos. Ruskin en su *Lámpara de la Arquitectura* indica las mismas analogías.

Las similitudes y equivalencias de las formas arquitectónicas y musicales son numerosísimas y no es extraño que una ciencia estética se establezca determinando las exactas relaciones de esas dos artes pues, ya la anatomía y la fisiología nos revelan que el oído es también el órgano del sentido espacial, del equilibrio y de los movimientos coordinados gracias a la

presencia de los canales semicirculares en el conducto auditivo. Podremos, pues, afirmar que la arquitectura se oye puesto que ella es todo espacio, equilibrio y movimiento coordinado. . .

No hay que creer que la identificación humana con las formas arquitectónicas sea puramente fisiológica. No. Es ante todo poética. Y es la poesía lo que, en último análisis, transforma la arquitectura en música. Veamos como ejemplo una traducción de unos versos en francés sobre la columna jónica. Dice así:

Es una niña silenciosa
 Que medita;
 Sueña con la pureza,
 Se torna geometría,
 La forma de sus senos se convierte
 En volutas altivas.
 Es digna,
 Es grave.
 Es una niña inmóvil
 Que medita.
 Es de mármol su cuerpo
 Y es de música eterna
 El alma de la niña. . . .

Antes de pasar a la tercera categoría de nuestra clasificación, a la histórica, nos queda una analogía que no deja de tener sus aspectos reales. Se trata de la analogía del proceso constructivo de la obra musical y de la obra arquitectónica.

El plano de distribución, de fachada, y posibilidades constructivas de un edificio corresponden al esquema de la composición musical que generalmente el compositor esboza en el piano. Luego, los diferentes planos de construcción y de detalle para los albañiles, carpinteros, plomeros, decoradores, pintores, electricistas, etc., corresponden a las diferentes "particellas" definidas para los violines, violoncellos, bajos, contrabajos, flauto con disciplina y con dirección única. En el desarrollo de la obra arquitectónica, todo tiene su tiempo e interviene a su tiempo con disciplina y con dirección única. En el desarrollo de la realización musical, cada instrumento y cada grupo de instrumentos tiene también su tiempo, interviene a su tiempo, la dis-

ciplina es puramente rítmica y el director es uno. Se puede decir que el arquitecto es director de su orquesta constructiva y que el director de orquesta es el arquitecto de una realización musical. Podemos ir más lejos y declarar que, cuando la obra arquitectónica se construye con la intervención individualista de la escultura suelta o de la pintura representativa, esto corresponde en el conjunto de la orquestación musical al destacamiento de solistas, cantores, o virtuosos, que brillan aisladamente acentuando ciertos momentos del concierto y formando parte de él.

La diferencia está en que cuando se ha llegado al fin de la realización musical o arquitectónica, la música se esfuma y la arquitectura queda. Por eso con la arquitectura se debe tener un poco más de cuidado. La música mala se olvida. La mala arquitectura tiene la permanencia de una maldición.

HEMOS llegado a la tercera categoría de analogías, las de orden histórico. Hagamos un rápido recorrido de la evolución de la arquitectura y de la música.

Sabemos que en la antigüedad griega la música fué monódica, es decir, compuesta de una sucesión más o menos simple de sonidos, tendiendo así una armonía lineal, horizontal, ondulante y puramente melódica. Esta música era ante todo de canto o de danza.

No sabemos mucho más sobre el particular pero es suficiente para comprender la analogía de esa música con la arquitectura griega, que está hecha del ritmo horizontal de sus columnatas, de sus capiteles, de sus metopas, acompañada por la escultura y por la policromía, que son como la danza y el canto de la arquitectura, simple en la sucesión de sus elementos y de silueta rigurosamente lineal. La arquitectura griega con sus frontones amplios es como una onda clara y sonora en la melodía del paisaje. . .

La analogía de esta música monódica con la arquitectura romana se comprende igualmente si se piensa que las melodías de origen griego y oriental aumentaron en volumen, en intensidad, llegando el pueblo romano a apreciarlas en formidables espectáculos que duraban varios días y en los que, por ejemplo,

tocaban cien trompetas a la vez en un desfile de elefantes. . . Esta música traducía la arquitectura ampulosa de Roma igualmente salida de Grecia y de Oriente, los ritmos inmensos y horizontales de sus arcadas, la melodía gigantesca de sus columnas, las explosiones sonoras de sus cúpulas y la brillantez de sus estatuas doradas.

Es interesante observar que la música de la antigüedad se componía según una gama descendente, es decir, partiendo de las notas aladas para llegar a las bajas, contrariamente a lo que se produjo en la Edad Media, que nos dió la gama ascendente actual. Esta particularidad que limita la altura del canto y que lo hace bajar como si su propio peso lo llevara a la tierra, está traduciendo la arquitectura de aquella antigüedad, arquitectura que baja, que reposa y sueña. . .

La Edad Media heredó la música monódica, como heredó la arquitectura greco-romana y oriental por medio de Bizancio. La música, los cantos llanos, el gregoriano. En arquitectura, las basílicas cristianas, el estilo románico. El peso ya no se siente tanto. Hay un deseo de elevación que lleva hacia un infinito de horizonte; y, el canto, de ritmo libre, sigue la melodía que sube, baja y planea con la majestad del vuelo de un ave. En la basílica cristiana, inmensa, horizontal y profunda. Son vastas melodías de arcos y de color que llevan al altar por una avenida triunfal.

El gregoriano se eleva, la gama ascendente se acentúa, las amplias melodías sucesivas parecen equilibrarse entre el cielo y la tierra. Es el templo románico que sube con la esperanza de sus pilares y de sus bóvedas, pero que se detiene porque su melodía es también la melodía de la piedra que pesa. . .

El gótico en arquitectura corresponde a la polifonía en música. Así como los sonidos se pierden en su vuelo, así como la música combina varias voces y melodías simultáneas, así como el contrapunto le permite construirse en sí misma, apoyarse en su propia naturaleza, dejando la medida del canto y de la danza para elevarse sin trabas, con violencia, a la armonía total y celeste, así la catedral gótica se alza de golpe, sosteniéndose en sus propias melodías ojivales, simultáneas, rápidas, para llegar pronto hacia arriba. La escultura y la pintura quedan sobre la tierra.

El gótico es todo estructura, armonía y pureza. La piedra se ha transfigurado en luz. Su realidad tiene la transparencia y la ascensión prodigiosa de la música.

Con el Renacimiento viene el apogeo del contrapunto, la conciencia constructiva musical adquiere la independencia y la libertad de una técnica perfecta que se aplica al hombre, a la naturaleza, a las nuevas melodías y armonías de la inteligencia y del alma. Esta música constructiva y humana es recuerdo, variación y vida nueva. Así principió la arquitectura del Renacimiento en que Brunelleschi levanta sobre una planta gótica la cúpula de Santa María de las Flores, de razón luminosa y de melodía infinita.

En el siglo xvi la ciencia musical llega al rigorismo. Orden, medida, simetría, ritmos precisos, encanto de equilibrio y claridad absoluta. Es el camino de Lasso y de Palestrina que muchos han comparado con los arquitectos magnos del Renacimiento. Ellos cantan el siglo xvi, con el mismo compás sobrio, digno y categórico de Bramante, con la misma audacia, fuga y potencia de Miguel Angel o con la poesía llena de gracia, superior y pitagórica de Paladio.

Así como en el Renacimiento la estructura arquitectónica va cediéndole el paso a lo orgánico, a la estatuaria suelta y a la gran pintura, en su curso hacia el barroco, así la música se va tornando toda polifónica, colorida y con relieves, el contrapunto se ablanda y la armonía humana, sensual del canto y de la danza se mezcla nuevamente a la música que se convierte en un espectáculo brillante.

El siglo xvii es el barroco. El arte pasa de Italia a Francia. El espectáculo de la música tiene su equivalente en el espectáculo de la arquitectura. Es la época del ballet y luego el momento de la ópera. El ballet es música, pero es música con declamación, con baile, con canto, con relatos, con literatura y con telones. Es música de gran aparato, de numerosos instrumentos, de brillo, donde el acompañamiento se subordina completamente a la melodía. Es la época de Lully. Es el "bel canto" los remates angustiosos y las exquisiteces.

La arquitectura de Versalles que corresponde a esta época es todo ella un inmenso ballet, disciplinado, magnífico, donde la gran línea melódica del castillo está acompañada por ma-

ravillosos jardines de parada, ninfas y amores que declaman, fuentes de mil voces que cantan, lagos geométricos y protocolares, trofeos gigantescos que coronan el edificio y que marcan ruidosamente el compás preciso de ese espectáculo único y pomposo.

Viene el siglo XVIII y así como la arquitectura es toda gracia, nitidez, refinamiento, pureza, cadencia, razón sin profundidades y ternura sin patetismo, Rameau compone su música de encanto, fina precisa, amorosa y diáfana. El Triánón y Bagatelle se vuelven música en Francia.

La arquitectura ampulosa del barroco italiano y del siglo XVII francés resulta artificial y sin fondo en Alemania. El rococó importado adquiere una exuberancia inusitada en la corte de Sajonia, pero no penetra en lo profundo del espíritu germano.

Desde el románico, desde el gótico de ascensión formidable en Worms y Colonia, desde los municipios renacentistas la arquitectura en Alemania no aparece propia, fuerte, genuina. La melancolía y el saber estructural de la raza germana esperan el siglo XVIII para reemplazar con la arquitectura del sonido, la arquitectura de piedra propia y pura de que careció tres siglos. Bach es el genio de la arquitectura del sonido. Revive los claustros románicos, las naves góticas, los equilibrios radiantes del Renacimiento, lo abarca todo y levanta un edificio musical gigantesco con el cual Alemania hace vibrar al mundo desde el siglo XVIII.

Mozart es la poesía, el perfume, de esas estructuras profundas e infinitas.

La arquitectura se esfuma al principiar el siglo XIX. Es el romanticismo. Es el individualismo que canta una estructura perdida, añorada. Son los suspiros y sollozos impuestos por el destino que indica una ruta donde no se percibe aún esa estructura que es hecha de esperanza. Esa es la congoja de Beethoven y la melancolía de Schubert.

Con Wagner la arquitectura soñada se torna inmensa, única, fantástica, simbolizando todas nuestras aspiraciones de fe, de amor y de gloria.

Luego, un compás de espera. A fines del siglo XIX la música parece repetirse con más o menos acentos y originalida-

des como se repitió anteriormente la arquitectura hasta llegar al vacío. Se diría que Offenbach se burla de los ensayos arquitectónicos de esa época que culminó en la aberración del "Art Nouveau".

Debemos esperar la música contemporánea. Ella anuncia en cierto modo a la nueva arquitectura. Con Debussy sobre todo, tenemos cambios de estructura musical, materiales sonoros novísimos y sorprendidos, luego la pureza y transparencia de una aurora. La arquitectura acompaña de lejos este nacer musical de matices, nitideces y contornos, lo acompaña con sus blancuras y sus formas inéditas y finas que le prestan el acero y el cemento.

Si pensamos en hoy, en mañana, si miramos y oímos, tenemos que admitir todas las posibilidades de la música y de la arquitectura. Sólo en Stravinsky encontramos todas estas posibilidades. Por algo lo han llamado el Picasso de la música. Veamos lo que se dice de él: "Es música que asombra, polifonías de fuerza primitiva, frases melódicas que se arman unas sobre otras, que se repiten infinitamente sin modulaciones ni desarrollo propio. El ritmo se desenvuelve con incessantes cambios de medida. Los acentos no coinciden con los tiempos y precipitan el vuelo de la música en un dinamismo irresistible. Todo esto da una impresión de barbarie espléndida, de algo a la vez primitivo y refinado. Los oídos se rasgan por los efectos armónicos en los que todas las notas de la gama se juxtaponen en bloques sonoros". . .

¿Quién no está viendo en esta música los rascacielos, brutales y finos, desconcertantes, de ascensión abismal y de superposiciones infinitas?

¿Quién no ve en el atonalismo musical de un Schoenberg, en esa música matemática pero hecha sin sujeción a las leyes clásicas de la tonalidad, lo angustioso, lo inquietante y lo puro de la arquitectura moderna cuyos equilibrios parecen no tener ninguna escala de referencia, ningún tono que pueda retenerla?

Esta es la música moderna y esta es la arquitectura moderna. Asombrosas, limpias y de vitalidad incontenible como todo lo que nace original y trascendente.

LA TENTATIVA DESESPERADA DE JAMES JOYCE

Por Arturo USLAR PIETRI

EN la corta calle gris que remata en el frente carcelario del Teatro del Odeón, en París, está la librería "Shakespeare and Co" que es el santuario del joycismo en Europa.

La librería es un "book shop" muy inglés, con muebles de madera amarilla, cueros patinados y un dorado silencio que casi huele a mostaza. La patrona y sacerdotisa es Silvia Beach, una inglesa de flacos y enérgicos rasgos, vestida de oscuro y llena de afabilidad.

En las paredes de la trastienda hay retratos de Joyce, en los estantes libros de Joyce, y en un fonógrafo, pariente cercano de aquellos altos taxis de Londres, discos en que la voz instrumental de Joyce interpreta de modo inimitable la sinfonía telúrica de "Anna Livia Plurabella".

"Anna Livia Plurabella" era para aquellos días la primicia madura y ejemplar de la vasta obra ilimitada en elaboración, cuyo título provisional y simbólico era "Work in Progress".

En Anna Livia, dos lavanderas dialogan banalmente desde ambas márgenes del Liffy, riachuelo de Dublín. Su diálogo es la sustancia simultánea de un poema de la más extraordinaria riqueza verbal e intuitiva. En la hilación de las frases, y sin estar escritos separadamente, pasan, como un rumor fluvial, los nombres de más de trescientos ríos de la tierra, invocados y convocados para honrar al magro Liffy.

En la voz de Joyce el recitativo llega a adquirir casi el valor de un ensalmo, de una de esas monótonas y guturales salmodias con las que los magos árabes encantan a las serpientes.

En suspensión en las palabras, o quizás mejor en el eco de las palabras, ruedan vagas reminiscencias y fantasmas de



Sylvia Beach y James Joyce.

otras palabras que se superponen y llegan por momentos a equilibrarse en el sentido de la frase o a proponer, con igual derecho todas, uno de los múltiples sentidos que ofrece aquel oscuro y rico resonar de gran bordón.

POETAS muy intuitivos, sutiles y mágicos han sentido, en ocasiones, la condición precaria de las palabras y el estigma que en ellas pone el uso vulgar y ordinario, que oculta y mata sus valencias poéticas latentes.

La materia de la música es sólo de la música y no puede servir para otra cosa, pero las palabras del más bello verso del Dante, los vocablos de Shakespeare o de Góngora, prescindiendo de la ordenación y del sentido, que son en gran parte esotéricos y extrínsecos, están diariamente en la boca de las más opacas unidades de la muchedumbre, sirviendo para todos los usos y desgastándose como una moneda vil.

El culteranismo español buscó una escapada estéril refugiándose en una sintaxis de fatigosa elaboración y en el empleo de voces que, por excesivamente cultas e inusitadas, resultaban tan apagadas, inexpresivas y pobres como las más borradas por el manoseo.

No fueron nunca felices esos ensayos de crear un instrumento propio para la poesía, una materia poética y solamente poética.

En nuestros días James Joyce ha renovado el intento con un aliento y una ambición desmesurados. "Ulises", su primer gran ensayo sinfónico, es un vasto poema informe, medio Ramayana y medio novela naturalista y psicológica, que agoniza en la creación de un ambiente, de una técnica, de una sustancia y de un lenguaje exclusivamente poéticos.

El tema es el de cualquier novelista del siglo XIX. Las formas más corrientes de vida de la clase media en una ciudad irlandesa. Sin embargo, ya desde el esbozo mismo de la obra asoma la audacia de la concepción y de la técnica escogida. En un millar de densas páginas se narran los ordinarios sucesos que en las veinticuatro horas de un día cualquiera ocurren a un miembro de la baja burguesía. Caminatas, charlas, encuentros, lecturas, monólogos, comidas, defecación, recuerdos, sueño. El libro está narrado con la poderosa libertad e

imprevisión de la vida. La rica materia fluye, se condensa, pasa y se dispersa como en el más elaborado canto épico. Y por ello, esta sección plana de una existencia rutinaria, puede llamarse sin humorismo Ulises. Es decir, el eco, la correspondencia de las mil fantásticas aventuras mitológicas de Odiseo en el mundo homérico.

Así como el dato real y el suceso ordinario se transmutan en epopeya fabulosa, también la lengua se sale de sus ataduras sempiternas para empezar a ser otra cosa, libre de la sintaxis y de la ortografía, para transformarse en un eco, en una huella, en una evocación de vocablos conocidos, pero que ya no son ellos mismos y pueden, por lo tanto, cargarse gratuitamente con todas las significaciones.

La obra de Joyce es un clima o una crisis. Nada en ella corresponde a las formas tradicionales del arte literario. Su sensación y su mensaje son más del tipo de los que provoca la música, que de los que engendra la literatura; todas las notas y los matices son pretextos para la evasión de la consigna preceptiva.

Toda la obra trasuda el empeño agobiante y heroico de alcanzar lo imposible, eludiendo con recursos mágicos las imposiciones y las leyes del método, de la lógica y de la expresión. Si por su similitud con algún estilo artístico pudiera definirse su tentativa, estaríamos inclinados a llamarlo barroco. Es barroco su esfuerzo por dominar el espacio, torturar las formas y extraviar los sentidos. Es barroco su propósito de inventar una suma de emociones, sensaciones e intenciones infinitas e indefinidas. Es barroca la impresión de fraude, de vano encantamiento, de "trompe l'oeil", que sentimos al volver de su clima irrespirable y apasionante.

Joyce cierra y concluye la estéril desesperación de una época tortuosa del arte literario, en que florecen con inusitado esplendor el surrealismo y la novela policíaca. En que el cine ha ocupado en gran parte el sitio y la función social y estética de la novela. Y en que una poesía desmesurada e informe, intuitiva y morbosa, ha abandonado su curso tradicional para invadir las más inesperadas formas de expresión y actividad del hombre.

Su obra, que termina en sí misma, contribuirá a perfeccionar los medios técnicos del novelista y quedará sola y

dramática en la vasta sala del museo literario, como la pintura de Uccello en las galerías del Renacimiento.

JOYCE ha debido someterse a un terrible trabajo interior de limpieza, de purificación, de higiene. Ha debido arrasar y destruir todos los tabiques, todas las barreras, todos los ídolos de yeso que habían levantado dentro de él la tradición, la cultura, el estudio. James Joyce ha tenido que deseducarse por entero para poder ver como ha visto. Volver a nacer adulto con un ojo sabio y recién nacido. Ha tenido que hacer el enorme esfuerzo cartesiano de olvidar todos los libros, todas las lecciones, todas las reglas, para poder realizar ese milagro de ver de nuevo, pura y simplemente. De ver de pronto al hombre con unos ojos que no fueran los ojos de los otros. De descubrirlo un día, en una calle de Dublín, y tratar de verlo y comprender que había encontrado a Ulises.

PARA Joyce, como para los dioses, no existe lo obscuro. Los creadores saben que un hombre se compone de todas sus partes. Sólo que cada quien ha tomado la parte que le agradaba para fabricar su muñeco. Unos han escogido los buenos pensamientos y han construído fantechos puros. Otros, nada más que las bajas inclinaciones, la parte terráquea del cosmos humano, y han modelado espantables abortos. Pero dentro de la vida, la verdadera y perdurable vida, andan holgadamente ambos extremos. Los radios del espíritu y del vientre se describen con simultaneidad en el existir; quien haga un corte transversal en él, y Joyce ha pasado una tajante hoja al través de un día del existir, encontrará el existir: espíritu y vientre, y otras cosas, y todas las cosas.

Lo obscuro es un concepto morboso. Para quien vive verdaderamente no hay cosa obscuro, para quien vive perdurablemente no hay cosa indigna. Todos nuestros órganos nos expresan. Nuestro sexo es como nuestros ojos o como nuestra inteligencia. Bueno es repetir con Terencio o con Whitman que todas las partes del cuerpo son dignas del canto.

Nuestra cultura está llena de cosas y regiones tabú. Tanto hemos ido apartando y poniendo de lado, hemos prescindido de tanto, consciente e inconscientemente, que ya, en cier-

to modo, lo que llamamos vida no es sino una parte limitada de la vida, lo que llamamos mundo es una fracción del mundo, lo que conocemos por espíritu, y, en el sentido pauliano por señor, es apenas una faz del espíritu. Ya señalaron los surrealistas, aleccionados por Freud, varios de esos reinos perdidos y partieron en pintorescas expediciones a su reconquista. Está allí el reino de los sueños. El arte, la ciencia, casi toda la experiencia humana, han sido inventados en la vigilia. Sin embargo, en la vida onírica se alteran las leyes naturales, las condiciones del espacio y el tiempo varían y la noción del límite se aleja. Otro tanto habría que decir de la lógica, que es una máquina, un artificio, una regla de juego, una puerta estrecha por donde no cabe toda la infinitud de los conceptos ilógicos, tan ricos, aquellos que suele encontrar el "ladrón de fuego" que conoció Rimbaud. La escritura automática de los surrealistas intentó penetrar en ese soterrano caudal.

Ulises, que es un intento de reconstrucción total del hombre y que por eso hace su periplo por la temerosa geografía de los reinos perdidos, lanza al abismo astrolabio y brújula.

LA transmutación de la vida en mito es la tentativa de Homero. La dilución, la traza del mito en lo cotidiano, el eco y la forma del antiguo heroísmo en la existencia de la burguesía, el reflejo de las vastas soledades pobladas de oscuras armonías en la estrecha soledad del habitante de nuestras ciudades, es la tentativa de Joyce.

Ulises y sus compañeros llegan a la tierra de los Lotófagos, "gentes que, sobre no hacerles ningún mal, los regalaron con lotos para que comieran. Tan pronto como hubieron gustado el fruto, dulce como la miel, se olvidaron de sus diligencias y ya no pensaron en tornar a la patria, antes bien, llenos de olvido, querían quedarse con los lotófagos".

Ulises-Dédalus llega a la tierra de los libros. Son los grandes alimentos de la evasión y del olvido. En aquellos estantes silenciosos yace un riesgo mortal semejante al que encontraron en la playa los compañeros del astuto Odiseo.

Stephen Dédalus está en la biblioteca. La biblioteca del bibliotecario cuáquero. Está en la biblioteca entre los lomos de los libros absortos.

Stephen Dédalus siempre ha estado en la biblioteca. El es el hombre libresco por excelencia. Surge espontáneamente de un halo de olorosas hojas impresas. Sus ojos no han visto paisaje, sus ojos no han visto sino la letra tremenda de los viejos manuscritos, y las góticas de los incunables, y las elzevirianas de los tratados del Renacimiento. Sus manos saben acariciar bien las viejas vitelas amarfiladas, y si algún día sus ojos se han de llenar de sombra, él sabrá distribuirla en menudas islas de letras.

Stephen Dédalus no está en su ambiente sino en la biblioteca, y en ella él habla de las cosas más librescas, de esas cosas que sólo han sido pensadas para dormir en el silencio yacimiento del libro.

Habla de los viejos libros, de los hombres que escribieron con rumorosa pluma los viejos libros, de las cosas que están dormidas en los viejos libros. "El arte no debe revelarnos sino ideas, esencias espirituales desprendidas de toda forma. Lo que importa por sobre todo en una obra de arte es la profundidad vital de la que ella ha podido surgir". John Eglinton ríe. "Espíritu puro, Padre, Verbo y Espíritu Santo. El Padre Universal. El hombre dios. Hiesos kristos, mágico de belleza, el Logos que sufre en nosotros a cada instante". El huevo dorado de Russell. "Las gentes no sospechan hasta que punto las canciones de amor pueden ser peligrosas. Hamlet ou le distraît. Pieza de Shakespeare". En este concierto de sombras de hombres y de sombras de libros calza bien la invocación de Hamlet. Hamlet, el hijo por antonomasia de la sombra. "Hamlet, yo soy el espíritu de tu padre". Dédalus habla de Hamlet, que es buen tema para narrar, reflejada, la propia peripecia intelectual. Habla de Shakespeare. De Hamlet Shakespeare "que murió en Stratford a fin de que viviera para siempre aquel que llevaba su nombre". El relato es siempre autobiográfico. Nunca hallaremos nada mejor que nosotros mismos, y, como quien llena botellas, iremos llenando cuerpos vacíos con nuestra propia alma, y los pondremos a amar con nuestros amores, y a odiar con nuestros odios y a justificarse con nuestras razones. Nuestra pesquisa no puede llegar más allá de nosotros mismos. Goethe lo sabía y Byron; Stephen Dédalus lo sabe y lo sabe James Joyce. "Vuestra madre es la reina culpable, Ana Shakespeare, antes Hatha-

way". Nuestro tino consiste en acertarnos a nosotros mismos siempre. "Un hombre de genio no comete errores. Sus errores son voluntarios y son los guías del descubrimiento". Dédalus habla, Eglinton sonríe. Bloom vendrá a consultar los diarios para copiar los avisos. "Cordelia. Cordoglio. La más solitaria de las hijas de Lear". El espíritu no puede hallar mejor objeto que dispersarse, que perderse para tener, a cada instante, la dicha de hallarse de nuevo enriquecido. Que nada quede sólido en nosotros, como, por lo demás, nada está sólido en ninguna parte. Que cada idea sea una abeja autónoma y nosotros no sintamos sino la vibración del enjambre viajero. "Así como nosotros, o Dana nuestra madre, tejemos y destejemos en el curso de los días la trama de nuestros cuerpos, así el artista teje y desteje su imagen. Y como el lunar de mi pecho derecho está aún donde estaba cuando nací, a pesar de que mi cuerpo se haya tejido y retejido múltiples veces, así al través del espectro del padre sin reposo la imagen del hijo sin existencia mira. En el intenso instante de la creación, cuando el espíritu, dice Shelley, es una brasa próxima a extinguirse, lo que fuí es lo que yo soy y lo que, en potencia, puedo llegar a ser". Estamos sin consistencia en medio de las cosas sin consistencia. A cada segundo haciéndonos y deshaciéndonos. Nunca hechos. Nunca terminados. Somos humo en el aire, aire en el vacío, corriente de agua sobre movible arena. Dentro de nosotros todo se construye para ser destruído. "Es sin duda todo en todo en todos nosotros, caballero y carnicero, y sería chulo y cornudo si no fuese porque en la economía del cielo, predicha por Hamlet, no habrá más matrimonio, el hombre glorificado, ángel andrógino, siendo su propia esposa". Solo, inmóvil, ante los hombres absortos, ante los hombres parlanchines de espíritus absortos, bajo la presencia misteriosa de los libros, hace danzar las invisibles ideas, y como habla de él, habla al mismo tiempo de todos nosotros. "Nosotros caminamos al través de nosotros mismos encontrando ladrones, espectros, gigantes, ancianos, mozos, esposas, viudas y cuñados villanos. Pero siempre encontrándonos a nosotros mismos".

Vuelven al mar los compañeros de Ulises. Azotan con los remos las espumosas aguas. Con el ánimo afligida, Dédalus también regresa de los libros a la calle. Los compañeros de

Ulises van hacia la tierra de los soberbios cíclopes, "gentes sin ley, que confiados en los dioses inmortales, no cultivan los campos ni labran las tierras".

El muy Reverendo John Connicee, S. J., de la iglesia de San Francisco Javier, Upper Gardiner Street, sale a la calle. Insólita aventura para el que sabe bien mirar, derrotero lleno de sucesos inagotables que no será posible desentrañar totalmente jamás. Un hombre que camina por las calles de una ciudad, el Padre Connicee que anda por las calles de Dublín, es tan abundante tema poético como Marco Polo. Esos cuantos instantes de una vida pueden estar tan llenos de acaecimientos interiores como lo están de aventuras exteriores los setenta años de Casanova.

El Padre Connicee halla a una señora amiga, habla a los escolares, observa los edificios, hace comentarios sobre la necesidad de una línea de tranvías. Su pensamiento no reposa. Todas las cosas son pretextos para el discurso. "Bajo los árboles del paseo de Charleville, el Padre Connicee vió una barcaza de turba amarrada, un caballo de sirga con la cabeza baja, un hombre a bordo con un sombrero de paja sucio, fumando, mientras fijaba una rama de álamo por sobre su cabeza. Todo muy pintoresco, y el Padre Connicee pensaba en la bondad del Creador que había puesto la turba en los pantanos para que los hombres pudieran extraerla, distribuirla en las ciudades y aldeas y dar calor en el hogar de los humildes".

Toma el tranvía, "esa ágora de las pequeñas gentes". Le asaltan todos los menudos pensamientos que puede sufrir un ser en quien la acción intelectual no ha llegado a adquirir un desarrollo suficiente como para destruir el equilibrio del espíritu. Piensa en los negros, en los mulatos, en los amarillos. Piensa en ellos porque el señor Stratton, que le ha sonreído, tiene los labios oscuros. Las almas negras, mulatas y amarillas no lo inquietan sino desde el punto de vista de si ganarán el paraíso o no. El ha leído un libro con ese tema, lo recuerda y hace un comentario banal.

Baja del tranvía. Recuerda el buen tiempo viejo. Mira las huertas. Se quita los guantes. Lee su menudo breviario de cantos rojos.

Y AHORA Ulises ha muerto. Después de su desesperada tentativa al través de los seres, de las islas y de los lances del oscuro mar de las palabras. Ha muerto Joyce entre un hondo ruido de lluvia. Sin luz en los ojos. Extenuado del inmenso periplo agotador.

Desde el canto épico la novela había bajado hasta la crónica. Desde el sagrado tumulto de Homero había palidecido la forma del mensaje sobre la vida de los hombres hasta languidecer en las alcobas del señor Bourget. Joyce regresa a contarnos la aventura de Ulises. Pero ya no la del griego salpicado de espuma y sangre, porque eso no habría pasado de ser un alarde arqueológico, sino la odiseica aventura presente del ser humano ante las mil formas de la circunstancia.

Joyce se pone a escribir una epopeya. Una epopeya contemporánea. Como Homero que narra una guerra reciente. O el juglar Taillafer. No más alejado del suceso que canta de lo que estaba Per Abat de "la barba vellida". Va a cantar descomunales hazañas y extraordinarios hechos. Polifemo, los Cíclopes, las Sirenas, los odres de Eolo, los bueyes del Sol, los pretendientes de Penélope, desfilan y se entrecruzan en la densa materia de su canto.

Pero su canto no va a quedar prisionero y yerto entre los rígidos límites de las palabras. Junto con la tentativa de la epopeya, va a acometer la empresa de darles a las palabras el don que es de la música. Hacerlas capaces de contener una expresión innominada e ilimitada, y todos los mensajes simultáneos que la emoción del hombre quiera encontrar en ellas. Aladas palabras.

Esta fué la tentativa de Joyce. Ante la piedra de su tumba muchos hombres habrán de inclinarse con hondo recogimiento como ante los despojos de un héroe.

VICTOR REBUFFO Y EL DESTINO DE LA XILOGRAFIA EN ARGENTINA

Por *Jorge ROMERO BREST*

I

¿QUE HA SIDO LA XILOGRAFIA?

Si el historiador que profetiza no quiere correr el riesgo de hacer falsas profecías, debe vislumbrar el porvenir desde lo hondo del pasado. Un arte puede tener momentáneos o dilatados desvíos y hasta traicionarse durante largo lapso; no conviene, pues, detenerse en esas etapas cuando se quiere descubrir lo que constituye su verdad esencial —lo que es y lo que debe ser— sino contemplarlo en su completa secuencia histórica, para tener así una noción clara de sus recursos y configurar su destino. ¡Cuántos serían los errores en que incurriría si pretendiera vaticinar el destino de la xilografía basándose solamente en su pasado inmediato y en su presente!

Son muy modestos los orígenes de este arte de grabar, tanto como los de todas las artes en verdad. Instrumento de propaganda religiosa en el Lejano Oriente, donde probablemente se hicieron los primeros ensayos, y en Occidente a punto de expirar el Medioevo, o medio de ingenua ilustración, entendida esta palabra en su recto sentido, esto es, como medio de "dar luz al entendimiento", en el grabado en madera encontró la imaginería popular el espejo de sus emociones y se sintió confortada con él; lejos de serle nociva la plebeyez de sus orígenes, esa estrecha vinculación de urgentes necesidades vitales y espirituales lo definió desde la primera hora. Las estampas sueltas o en serie sobre motivos piadosos, los juegos de naipes y los primeros libros ilustrados, ingenuamente representativos y dogmáticos en sus acentos, perduran todavía como ejemplos de un ideal que se olvidó demasiado rápidamente; más madu-

ras en su técnica, de inspiración naturalista y sobriamente decorativas, resueltas en un juego sutil de trazos livianos y tintas planas, las estampas japonesas del Ukiyoye no son menos ejemplares; en unas y otras se afirmó el destino popular de la xilografía.

Si el grabado en madera se perfeccionó en Alemania y allí surgieron los más grandes xilógrafos, fué porque la todavía no ennoblecida burguesía de sus ciudades, centro de la vida espiritual y principal mecenas del arte, sólo tuvo exigencias comunes; hasta el mismo tipo de humanista que germinó en ellas —un Hartmann Schedel, un Ulrico Hutten, un Wilibald Pirckheimer— se caracterizó por la feliz conjunción de los más nobles ideales del pensamiento y las aspiraciones más populares. Durero no tuvo inconveniente en volcar su alma y poner la destreza de su mano, sobre todo en los grabados en madera, al servicio de los temas que el pueblo requería con afán: el Apocalipsis, la Pasión y la Vida de la Virgen. En busca del paradigma, pues, hay que retornar a la xilografía germánica: ella nos enseña que los temas deben ser accesibles e inteligibles para no exigir esfuerzos intelectuales al espectador y que conviene el empleo de la ingenua alegoría.

Es necesario distinguir, claro está, entre el grabado sobre madera de veta, trabajado con útiles primarios y gran coraje expresivo, el que posee noble tradición, y el grabado sobre madera de punta, que se elabora de modo similar al de cobre. Es el primero el que interesa, el grabado en relieve, que sólo emplea el blanco y el negro, con escasas vibraciones del gris, de modo que su concepción es planista o tímidamente espacial, vigorosos los trazos y las superficies, rudos y francos, nobles en la directa relación que se establece entre el material y el alma del artista a través de la mano diestra. El trazo blanco —surco en la madera— y el trazo negro —filete entre dos surcos—, únicos elementos de que puede valerse el xilógrafo para individualizar las formas en las superficies claras u oscuras, o para sombrearlas de manera elemental, no se prestan para exquisiteces del sentimiento, ni para la expresión conceptual profunda, ni para buscar la belleza canónica, sino para representar el carácter, la dinámica esencial de la vida. "El arte de la madera grabada a cuchillo es una síntesis —ha escrito ese enamorado de la xilografía que fué Maurice Busset—; llegar con

algunas líneas y algunas manchas simples a sugerir la naturaleza, he ahí cuál debe ser el fin del artista". Y como si fuera ex profeso, para que tenga más carácter popular, ningún otro material permite la reproducción multiejemplar de igual modo; sólo los procedimientos modernos del grabado de imprenta han podido superarlo.

Pero el grabado en madera dejó de ser popular en Europa desde el siglo xvi. El Humanismo renacentista le asestó un golpe casi mortal al exigir aristocracia en la expresión, formalismo plástico, riqueza tonal e ilusión espacial. ¿Hubieran podido responder a esas exigencias los modestos xilógrafos, manejando el cuchillo y la gubia sobre tacos de nogal, cerezo o peral? El mismo Dürero, a pesar de su genio, incurrió en el error de querer aproximarse en sus maderas a la riqueza tonal de sus cobres cuando abordó la representación de la Vida de la Virgen; después de él se multiplicaron los esfuerzos para obtener el volumen por el modelado y el claroscuro mediante tallas entrecruzadas, suprimidos los blancos y los negros absolutos, hasta que el camafeo, forma bastarda de la xilografía, produjo la ansiada ilusión del relieve. Es cierto que en el siglo xix, por obra del espíritu romántico, volvieron a recobrar prestigio las estampas populares, como las famosas de Epinal, pero al mismo tiempo el grabado en madera de punta permitió la más verosímil representación naturalista, tal como la cultivó Gustavo Doré en un estilo flojo y retorcido, matando "en los grabadores toda precisión y justeza", como bien ha dicho Louis Dimier. Y aunque la reacción se hizo sentir casi en los albores de nuestro siglo y nuevamente se volvió a los procedimientos antiguos, hacia el trazo franco y el grafismo negro sobre blanco, la moderna era de prosperidad ha sido más aparente que real, a causa del rechazo de las emociones populares.

II

¿QUE HA SIDO Y QUE ES LA XILOGRAFIA EN ARGENTINA?

AL incorporarse tardíamente Argentina al concierto universal del arte, el desarrollo del grabado se realizó en sentido opuesto al europeo. En lugar de haberse iniciado como gra-

bado en madera, ya que una estampa con la Virgen del Rosario (1796) no denuncia un oficio artístico en formación, fueron el cobre y la litografía los procedimientos que predominaron desde el comienzo, especialmente el segundo durante casi todo el siglo XIX.

No es difícil comprender las razones del fenómeno. Los primeros grabadores extranjeros que pisaron el país, cuando todavía no se podía pensar en artistas autóctonos, trajeron las técnicas imperantes en Europa, enamorada entonces de la litografía; Bacle, Pellegrini, Morel, Desmadryl, Palliere, la explotaron como una industria, proporcionando retratos y representaciones documentales del paisaje y de la vida costumbrista. Hubo también una más honda coincidencia espiritual que lo justificó, ya que las artes plásticas nacieron en el país bajo el signo del naturalismo romántico y para ajustarse a él fué más propicia la litografía que la xilografía. Ni siquiera el grabado en cobre, iniciado en tiempos de los jesuitas (hacia 1700) y cultivado esporádicamente durante los siglos XVIII y XIX, tuvo mayor arraigo; recién a fines del segundo y comienzos del XX, con el despertar de sentimientos, más maduramente estéticos, comenzaron a expresarse los grabadores argentinos modernos, entregados entonces al descubrimiento del aguafuerte y sus técnicas derivadas con emocionante afán de aprendices.

Resulta extremadamente curioso que la xilografía haya cobrado prestigio precisamente cuando el grabado se independizó como obra de arte, contrariando así la tradición, en el momento que los artistas descubrieron que el material los favorecía en el intento de lograr formas puras y con tendencia a la abstracción. Más que de historia puede hablarse, pues, del presente y del destino del grabado en madera en Argentina, quizás más aún de éste que de aquél.

No se puede decir que la estampa xilográfica haya perdido su carácter popular en Argentina, puesto que ella no existió, pero cabe en cierto modo la afirmación si se la entronca en el pasado universal. Desde su iniciación se ha transformado en artículo de lujo y de expresión individual, en competencia con el grabado sobre cobre y hasta con el óleo pequeño y la acuarela. Ha dejado de ser también ilustración de libros, a pesar del gran auge de este género en nuestro siglo, prefirién-

dose aun ahora el grabado en cobre y la litografía. Y como lógica consecuencia ha dejado de basarse en temas populares y en formas accesibles por su alegoría o su estructura técnica, salvo contadas excepciones. La xilografía ha seguido, equivocadamente a mi juicio, el mismo camino que la pintura, sin que sus cultores hayan advertido que desdeñaban así lo que ella tiene de más puro y eficiente. No menos importante es que haya dejado de ser arte de reproducción multiejemplar: las copias xilográficas se venden como si fuesen cuadros y a ningún grabador le interesa la propaganda que es menester para una venta en grande, quizás por exceso de amor propio y exacerbado individualismo, a causa de los cuales les parecería menoscabar la nobleza del mensaje; y en cuanto a las revistas y diarios, allí domina el dibujo, que es más ágil e incisivo, especialmente en la polémica y la caricatura, u otros procedimientos más industrializados y menos costosos, como la zincografía y el linóleo.

Dentro de las limitaciones apuntadas, hay excelentes xilógrafos en Argentina, especializados algunos, pintores y escultores otros que no han podido dejar de probar fortuna en la madera grabada: Octavio Pinto —fallecido hace pocos años— espíritu inquieto que llegó en sus andanzas hasta el lejano Oriente para recibir una vigorosa lección, capaz de extraer emociones auténticas del contraste entre el blanco y el negro con los recursos más sanos; Gustavo Cochet, voluntariamente rudo, más amigo del trazo robusto que de la violencia de las tintas, alegórico y a su manera populista, al que prefiero como aguafuertista; Adolfo Bellocq, naturalista y pintoresco, enamorado de los humildes y dolientes, desnudo del sentimiento épico necesario para lograr la evocación a que aspira; Juan Antonio, preciso y pulcro, que desdeña los grises, con una suave entonación mística; Agustín Zapata Gollán, místico exacerbado en cambio, deformador sensual como ninguno, pero sin hondura a pesar de la potencia de sus negros; Alberto Nicasio, inerte, frío y estático, poseedor de una fantasía a la que está vedada la sugestión del misterio que se propone expresar, honrado en el oficio; José Planas Casas, que dignifica el sentimiento en formas preñadas de reminiscencias poéticas, sin rehuir la emoción superrealista; Víctor Delhez, el mago de las calidades, que ha encontrado apoyo en Baudelaire, los Evan-



REBUFFO. El verdulero. 1929.

gelios y Dostoievsky para realizar una magistral tarea de paciencia y de acentuada pasión intelectual; Pompeyo Audivert, grabador fantástico, coherente y sobrio en sus formas empero, como si su imaginación tuviese el contralor permanente de su mentalidad, el artista en quien se conjugan sueño y realidad a través de temas que va construyendo con su emoción, rico de medios expresivos hasta parecer un sinfonista y tan fino en su técnica como para confundir sus xilografías con grabados en cobre; Sergio Sergi, desprovisto de virtuosismo a diferencia de los dos últimos, de trazo vigoroso e incisión plena y certera, irónico y satírico de la mejor calidad. Y ¿cómo no citar a Clément Moreau, aunque haya preferido el linóleo a la madera, el dibujante de intención política certera, el artista de la más alta calidad por la fuerza de su dibujo y de sus tintas, el que ha logrado, virtud sólo de los grandes, fundir la excelencia de la forma en la excelencia de los contenidos existenciales?

III

EL PASADO DE VICTOR REBUFFO

CUANDO se contempla el panorama de la xilografía argentina se comprende que, aun sin saberlo y sin demasiada culpa quizás, los grabadores vienen traicionándose a sí mismos. Otro destino les aguarda; la meta deseable no es la alcanzada. Víctor L. Rebuffo es, no obstante, el que está más cerca de cumplir con ese destino y por eso lo elijo como ejemplo en este ensayo. Aunque sin duda he de referirme al valor intrínseco de sus obras, quiero extender el juicio hacia el futuro.

Víctor Rebuffo nació en Italia (1903), pero ha vivido en el país desde la edad de tres años y aspira naturalizarse argentino. Aunque pueda parecer extraño, en vista de su juventud, su obra fecunda y la extensión de su mensaje por América —poseen estampas suyas el Riverside Museum de Nueva York y otras pinacotecas de Estados Unidos de Norteamérica, Colombia, Chile y las de Buenos Aires (Museo Nacional y Municipal), La Plata, Córdoba, Tucumán, Rosario, Santa Fe, Mendoza, Tandil— así como la repentina maduración de su



REBUFFO. Barrio obrero. 1935.

espíritu y su técnica, ocurrida en los últimos años, permiten hablar de su pasado, muy próximo por cierto, ya que empezó a grabar en 1928.

Creo en el destino favorable del grabado de Rebuffo porque de manera aproximativa por lo menos ha cumplido con el requisito de accesibilidad e inteligibilidad del tema que es menester, expresándose generalmente mediante simples alegorías. Rechazadas éstas con justísima razón en otras artes plásticas, mantienen su vigencia en la xilografía, porque son los medios seguros de llegar fácilmente al espíritu del espectador medio. Por eso no le ha interesado el retrato, ni la figura animal aislada, ni el paisaje de naturaleza, nada feliz en ocasiones; puede decirse que es la imagen del hombre o del animal incluída en el paisaje natural o de ciudad, cuando no sobrepuesta, el gran tema de su expresión, que se presenta así como un mundo completo y cerrado de vida, con su atmósfera y sus articulaciones propias. Rebuffo ha comprendido sagazmente la importancia de la anécdota en la xilografía, y no la ha desechado; por el contrario, en todas sus composiciones vive un drama —movimiento, pasión— de contenido épico-social, descargado de ironía empero y sin acentos líricos. El drama del suburbio y la fábrica, del campesino y el niño, del interior obrero, del bajofondo de cafetines, puertos y hoteles de ínfima categoría, del desposeído y el desesperado, constituyen los temas permanentes de sus grabados, sin ningún oscurecimiento patético y sin absoluta neutralidad también. Es una actitud de amor hacia los hombres la que denuncian sus grabados, de amor pero no de enajenación; de crítica dolorida y hasta de amarga rebeldía, pero no de corrección dogmática.

Lo característico de la expresión en el grabado en madera es la impersonalidad, porque debe actuar en forma inmediata y procurar la adhesión total y sin dilación alguna del espectador. Así lo ha comprendido Rebuffo. Si predominara la expresión psicológica en sus personajes, si insistiera demasiado en la proyección de sus sentimientos individuales, ganaría en hondura lo que perdería en extensión. El ideal reside en la unión de la impersonalidad, que es como decir el sentimiento universal, con la personalidad, zona de los mutuos intereses humanos, sin rebajar ni una ni otra. Por eso Rebuffo



REBUFFO. Albergue nocturno. 1936.

expresa el sentimiento de sus figuras más por las actitudes de las mismas que por las fisonomías, por el movimiento, piedra de toque de su expresión y no por el carácter pintoresco, y así ha hecho vibrar las fibras de la sentimentalidad superficial sin hacer concesiones peligrosas, elevándola más bien a un plano de emoción general merced al empleo de medios plásticos puros. Sus figuras nunca están quietas, ni siquiera en el paisaje urbano, como los demás elementos de que se vale, aunque sean muros o techos, y así crea el clima total de la emoción en lugar de la circunstanciada emoción individual.

Puesto que es inútil luchar contra el material para lograr formas naturalistas en el grabado sobre madera de veta que cultiva, ha renunciado a ellas y buscado en cambio otros fines más acordes con aquél. Por una parte, la renuncia a las formas naturalistas le ha permitido dejar en libertad a su rica fantasía, para concebir sus alegorías, siempre de fondo vivamente humano —a una lavandera la llama Verónica proletaria—, para combinar los objetos más variados según una técnica de sobreposición que se acerca al fotomontaje del cinematógrafo, y para establecer novedosas e inesperadas relaciones entre las cosas. No es la suya una alegoría trivial, aunque pueda parecerlo a veces, sino una forma simple de trasposición del mundo real al poético determinada por una fecunda imaginación creadora que no lo traiciona. En algunos grabados se debilita su sentido de la alegoría, cuando son el fruto de una presencia quizás demasiado viva de la realidad humana, pero siempre conserva un vínculo de trascendencia temática y el espectador no se engaña, porque sabe que se alude a otra cosa distinta de la que ve. Si no poseyera ese fecundo sentimiento del tema, no le hubiera quedado otro recurso que luchar vanamente para obtener efectos pintorescos, lo que rebajaría su arte, o lanzarse a la conquista de formas abstractas, lo que los habría desnaturalizado. La imaginación vigilante, más aún, actuante de manera permanente, deforma, suprime, vincula, destruye, hasta crear esa síntesis ideal de que hablara Busset, esquemática, porque no puede dejar de serlo la xilografía, pero plenamente sentida.

Sabiamente ha preferido a la acumulación de detalles, tras los cuales se diluye una forma en la xilografía, el esquema sobrio que la valoriza y la hace expresiva. Casas como cubos,



REBUFFO. Dársena. 1938.

escaleras que se transforman en espirales, figuras humanas o animales incluídas, tal es la palabra justa, entre grandes y significativos trazos, árboles sin hojas que semejan masas recortadas o retorcidas, componen sus grabados. Mas, lejos de esquematizar racionalmente, lo que le habría llevado a formas frías e inertes, esquematiza sensorial e intuitivamente y hace de la deformación su arma más eficaz de expresión. Hasta pudiera decirse que en sus deformaciones —gruesas e hipertrofiadas manos, una abultada espalda, hinchadas o alargadas formas humanas— y en sus arabescos se esconde un *fauve*, si no fuera que hay demasiada impersonalidad en ellos.

En sus primeros grabados tanto el esquematismo como la deformación eran por demás ingenuos y primitivos, vigorizados sin embargo por un sentimiento acendrado que actuaba como motor en la creación; luego ha ido depurando uno y otra hasta llegar a obtener formas significativas, las únicas en que puede basarse su alegoría temática. En este equilibrio reside, a mi modo de ver, el gran problema que plantea un tacho de madera al grabador, ya que sabe de la imposibilidad de lograr una forma absolutamente significativa y también comprende que debe por lo menos sugerirla con el menor número de elementos. En muchos grabados de los últimos quince años, Rebuffo ha resuelto satisfactoriamente ese problema.

Si ha rechazado tanto la perspectiva aérea como la geométrica es porque ha comprendido que en el grabado en madera no debe haber ilusión especial y sólo cabe el espacio imaginativo, tal como lo representaron algunos cineastas de vanguardia, que reconocieron como punto de partida la bidimensionalidad de la pantalla. En otras artes plásticas, la pintura, el tejido o la cerámica, por ejemplo, la existencia del espacio ficticio obedece más a un problema de fines que de medios, en tanto que para el grabado sobre madera de veta sólo existe el último y sin solución posible; lo sensato, en vista de ello, es no forzar los recursos y tratar de obtener el máximo de eficacia expresiva manteniéndose en el inevitable planismo original. Tal es lo que ha realizado Rebuffo, multiplicando puntos de vista aparentemente perspectivos, deformando los objetos, enlazándolos merced a un movimiento a veces forzado, en lugar de perseguir el quimérico ideal del espacio. Abunda la perspectiva en sus estampas, bien es cierto, pero es una



REBUFFO. Pastoral. 1941.

perspectiva de imaginación que no exige, como lo natural, precisiones formales y tonales imposibles de lograr en el grabado en madera.

Toda su técnica se ha ajustado a los caracteres primarios de la xilografía popular. Sin duda hay diferencia entre los rasgos tallados de sus primeros trabajos, extremadamente duros en el límite de las formas y en los sombreados, y los de estampas posteriores, en las que demuestra haber adquirido una mayor flexibilidad y dinamismo y una mejor obediencia de la mano a las exigencias de la emoción; pero ella no ha afectado el carácter general de los mismos, que se han mantenido en una línea sana de franqueza y decisión. El dibujo logrado con esas tallas, no siempre es expresivo sin embargo: Rebuffo es algo repentista en su manera de trabajar y por ello sus estructuras de dibujo se resienten a menudo de falta de meditación y en más de un buen grabado se las advierte débiles, aunque se disimule esa debilidad con la fuerza del clarooscuro. "Yo bendigo el azar que me ha obligado a dibujar—escribía a fines del siglo pasado el ilustre grabador francés Auguste Lepère—; sin el dibujo no hubiera sabido ver la naturaleza". Si Rebuffo pudiera decir otro tanto ¡qué grado de pureza emotiva alcanzaría!

Obtener un negro por tallado de un fragmento de superficie que queda en relieve, rebajada por sus bordes, o un blanco por ahuecamiento de la madera, es tarea sencilla y fácil, pero lograr que uno y otro adquieran resonancia expresiva, fuerza tonal, mediante el fino juego de oposiciones y relaciones, es verdaderamente difícil; el dibujo sólo limita las formas, es el contraste entre el blanco y el negro el que las anima. Rebuffo posee la habilidad de contrarrestarlos y, lo que es mejor, la emplea al servicio de su emoción, con una vibración interior que está lejos de mostrar en el dibujo y tallado de rasgos; son sonoros sus blancos, rítmicamente enlazados merced a un esquema de distribución absolutamente abstracto, y profundos sus negros, entre los cuales nunca se ahogan las figuras o los objetos, como es legítimo en el aguafuerte, conservando así la necesaria precisión formal del lenguaje xilográfico.

Si el dibujo debe ser sintético, con mayor razón la encarnación colorística de las formas a través del blanco y el ne-



REBUFFO. El camino del silencio. 1942.

gro, no siendo admisible el enriquecimiento tonal exagerado por medio de *calidades*—variaciones del blanco al negro que se obtienen mediante tallas de diverso grosor, tamaño y dirección, puntos, círculos, cruces, etc., que sólo diluyen las formas y les quitan precisión. Rebuffo ha sabido renunciar a esa tentación en cuanto mero ejercicio virtuoso del oficio, pero no ha desdeñado el recurso dentro de los límites impuestos por la madera. Igualmente sobrio se ha manifestado en la composición, generalmente estática en contraposición a los temas dinámicos; si recurre a veces a los ejes oblicuos, paralelos u opuestos, o a las curvas, cuando los motivos de imaginación lo requieren, no deja de ordenarla según un esquema claro y definido. La fuerza de los arabescos no confunde ni empequeñece las formas, ni crea la percepción del misterio más que en la superficie.

IV

EL PRESENTE DE REBUFFO

AUNQUE ciertos caracteres se manifestaran tímidamente en grabados anteriores, el cambio que justifica hablar del presente de Rebuffo se hizo evidente hacia 1940-1. No se registran mayores modificaciones respecto a los temas—en cierto modo parece estar usufructuando del pasado—; ellas existen, empero, y son más importantes de lo que parecen a primera vista, porque las condiciona una actitud estética diferente: así como antes se inclinaba hacia la trasposición poética, ahora lo hace hacia el verismo naturalista, tanto en la figura como en el paisaje, limitado claro está por los escasos recursos de que dispone el xilógrafo. La pérdida del sentido alegórico en muchas composiciones—en algunas por el contrario ha llegado a ejecutar alegorías extremadamente complejas, difíciles de descifrar—por lo menos con sus notas ingenuamente primitivas, resultado de un debilitamiento bien marcado de su fantasía creadora, obedece a la nueva tendencia, así como el trueque de la concepción planista, en la que se había mantenido hasta entonces, por la concepción espacial, el tono verídico



REBUFFO. Pastor de sombras. 1945.

de las figuras humanas, que comienzan a poseer alma, el abandono del violento esquematismo, suavizado ahora en sus aspectos deformantes y con evidentes toques de elegancia, el naturalismo de los movimientos, menos rudos en sus acentos, y la mayor riqueza de los arabescos. ¿Cómo extrañarse de que ahora le interese el paisaje de naturaleza y el paisaje urbano se haga más verosímil?

Todavía en *El Camino del Silencio* (1942) se mantiene puro en el empleo de los medios plásticos artificiales, en el ritmo de los blancos por ejemplo, y en la deformación de una figura de primer plano, pero ya la concepción total del grabado obedece a un nuevo ritmo y a una nueva emoción, que se expresa cabalmente, a mi juicio, en *Pastoral* (1941), a pesar de ser anterior. Bastaría solamente comparar los árboles de este grabado o el sauce llorón del otro con los esquemáticos y rudos árboles de los grabados anteriores, para comprender el acento romántico-naturalista de su nueva manera de expresarse, enriquecidos aquéllos por una más sabia valorización de negros, blancos y grises, y una dinámica interior más viva. En lugar de la sujeción al plano, que había respetado hasta entonces, aunque sin ceder demasiado todavía a la tentación de agujerear el taco con ilusoria profundidad perspectiva, el espacio señorea en los últimos grabados, ganando en verismo naturalista lo que pierden en sugestión dramática y haciéndose más triviales y comunes. Por eso ha abandonado también en buena parte de aquéllos la técnica de la sobreposición de la figura al paisaje y ahora la incluye en éste.

No ha de negarse que la modificación conceptual apuntada se ha producido paralelamente al enriquecimiento de sus medios técnicos. La talla es más fina y obedece ahora con mayor fidelidad a un dibujo menos cerrado y más emotivo que antes; el aumento de *calidades* es por demás evidente, hasta el punto de que en muchos grabados casi desaparecen los habituales contrastes entre blancos y negros, menos profundos y sonoros, base de su expresión poética anterior.

Si por una parte puede decirse que Rebuffo madura a ojos vistas, dominando la técnica sobre todo, por otra no pueden dejarse de señalar los peligros que lo acechan. El verismo naturalista, quizás necesario para intentar la faena de popula-

rización de la xilografía que propugno, entraña un grave peligro al superficializar la expresión; en la pintura es menos evidente, porque el artista tiene el recurso de volcar su emoción en las cosas materiales que representa, a través de las cuales y de una factura trabajada pone en evidencia su concepción de la vida traspuesta en términos de poesía, pero en la xilografía no existen tales recursos y cuando el grabador pretende valerse de los que se acercan a ellos —las *calidades*— quita todo vigor a sus imágenes. Esa misma actitud, cuando no obedece a un profundo misticismo panteísta, del que no hallo síntomas en Rebuffo, en unión con la comodidad de oficio que siente un grabador después de muchos años de trabajo, puede arrastrar a la pérdida de la prístina emoción que es menester y transformar el esquema plástico en un juego trivial y monótono de formas, líneas, planos y tonos, frío y carente de emotividad. Tal cosa le ha ocurrido últimamente en buena parte de sus estampas, en las que su propensión a concebir un grabado como si fuese un cuadro, constreñida en las anteriores, ha encontrado terreno propicio para desarrollarse. Puesto a ilustrar los Evangelios (Editorial Peuser) no ha sabido dar a las figuras y al paisaje la ingenua expresión mística que requieren y malgrado así una magnífica posibilidad.

A menudo las palabras traicionan al escritor. No siempre es fácil hallar las que son justas cuando quiere expresar más bien un estado de ánimo o prevenir un peligro que señalar hechos concretos y definitivos: no ha de interpretarse, pues, esta caracterización del presente de Rebuffo como una negación de su pasado, sino como un toque de atención. El fenómeno es por demás frecuente para que se pueda esconderlo: entre los cuarenta y los cincuenta años, al llegar a la madurez, todo artista se halla siempre en una encrucijada —entre los caminos recorridos hasta entonces, a partir de las puras emociones juveniles uno y del afán de perfeccionarse en el oficio otro— cuando se dispone a iniciar la senda real de su auténtica expresión. Rebuffo se encuentra a los cuarenta y dos años en esa encrucijada; de la manera como sea capaz de hallar su senda real dependerá su destino.

V

DESTINO DE LA XILOGRAFIA EN ARGENTINA

TANTO Rebuffo como los demás grabadores argentinos debieran pensar en el momento en que se inicia la mayoría de edad de la xilografía, no sólo en los medios de perfeccionarla, actitud en extremo legítima, sino también en la manera de proporcionarle vigencia actualista, emocional y social. Esta última palabra ha adquirido en los últimos tiempos tales equívocas resonancias como para temblar antes de usarla; no soy de los que creen en la existencia de un *arte social*—expresión a todas luces inapropiada—manifestado por la preponderancia de ciertos temas, ciertas actitudes o ciertos sentimientos, a menudo totalmente falsos en quienes los emplean, por otra parte; creo más bien que el contenido vivo de la realidad social se vuelca, a través de los más variados e imprevisibles temas, pero siempre conforme a una tónica emocional de lo común, ya que la excelencia del arte no es sino la sublimación en formas universales de la melodía infinitamente viva de lo vulgar. No es mi propósito, por eso, señalar en este ensayo, como colofón, las recetas, ni siquiera los principios rectores, que permitirán a los xilógrafos argentinos cumplir el destino prefijado al arte que cultivan—pecado de ingenuidad y soberbia sería—sino mostrar modestamente las inmensas posibilidades que se abren para éste.

No creo apropiado el grabado en madera para decorar a manera de cuadro el ambiente interior de una casa. Es absurdo, a mi juicio, enmarcar una estampa xilográfica, porque ella no posee, ni puede poseer, los refinamientos formales que invitan a una tan dilatada como amorosa contemplación, y tiene su fuerza en la adhesión inmediata a sus imágenes, menos sugeridoras que impositivas; una vieja estampa cuatrocentista o una del Ukiyoye, en efecto, actúan por presencia inmediata, y por eso a nadie se le ocurriría referirse a ellas con el lenguaje de íntima emoción que sería oportuno para comentar un aguafuerte de Rembrandt por ejemplo, torturado y profundo, pleno de irradiaciones infinitas, simplemente porque apuntan hacia otro plano de emoción. En cambio me parece insuperable para la ilustración de libros, revistas y dia-

rios, ante todo por la virtud de adhesión inmediata mencionada, gracias a la cual se puede poner en valor un texto literario con mayor eficacia que cualquier otra forma de grabado. En un artículo recientemente publicado en *Nova* (Nº 3) he analizado la crisis del libro ilustrado en sus causas profundas y aparentes. "¿Podemos extrañarnos de que el xilógrafo, ilustrador modesto en sus orígenes, haya buscado el camino de su liberación agrandando los tacos, independizándose en la elección de temas y ajustándose a las leyes propias de la plancha?" —escribí. No dejé tampoco de destacar las dificultades que debe superar el ilustrador, al tener que manejar medios tan diferentes a los literarios, pero señalé la xilografía como una de las pocas artes plásticas que puedan realizar la aventura con éxito, solamente superada por el dibujo cuando se trata de representar la acción.

Más que en el libro ilustrado, a pesar de lo antedicho, el grabado en madera tiene un magnífico campo de desarrollo en la ilustración autónoma, ya sea en la historieta o en la polémica política, ya sea en la evocación histórica o costumbrista, con tal de que los artistas sepan descubrir, sin necesidad de violentar sus convicciones estéticas más arraigadas, el tono emotivo de la figuración plástica que es menester para interesar y apasionar al lector. Bien está que no se rechacen los temas que emanan directamente del diario convivir y que no se busque la expresión demasiado refinadamente espiritual, como hace Rebuffo por ejemplo, pero no está bien que se trivialice la estampa haciendo concesiones al grueso público, como es frecuente en algunos grabados. Al xilógrafo, como al dibujante político, le está permitido una adecuación de los contenidos vitales a las formas plásticas, que le está vedada o por lo menos extremadamente dificultada a los pintores y grabadores en cobre, y no debe desaprovechar esa magnífica posibilidad. Ya tuve ocasión de señalar ese carácter de la xilografía y el dibujo político en el prólogo de un libro sobre trabajos de Clément Moreau: "A propósito de la pintura o de la escultura —dije entonces— se hacen las distinciones más sutiles y arbitrarias entre contenido y forma, lo que ha dado lugar a la elaboración de una "estética de la forma", retomando viejas direcciones del pensamiento filosófico. A propósito del grabado multiejemplar ya no es posible

la distinción, porque una y otra están a tal punto interpenetradas que fuera temerario separarlas". Y por otra parte—como también hice notar— las mismas conquistas expresivas y técnicas que el público corriente no justifica en obras pictóricas o escultóricas, son admitidas en cambio en los grabados en madera, porque en éstos, a diferencia de aquéllas, se encarnan en formas vivas de inmediata reconancia sentimental.

La imprescindible actualidad de los temas en la xilografía popular —piénsese hasta qué punto fueron actuales los temas de la imaginería popular cristiana que representaron los viejos grabadores en madera— debe ser equilibrada con la pureza de expresión de los medios plásticos. Una alegoría histórica de vigencia moderna o un hecho político, un relato o un tema descriptivo, han de cargarse, a mi juicio, de impersonal emoción al ser transcriptos al plano de la madera en blanco y negro; por eso no creo conveniente la búsqueda de la espacialidad perspectiva, el detallismo naturalista, la individualización psicológica, el virtuosismo de las calidades, conquistas sólo aparentes que transforman la estampa xilográfica en un cuadro y le impiden cumplir con su destino popular.

El problema está rectamente planteado en la fecunda obra de Rebuffo; sólo es menester que él madure en la síntesis buscada con afán ejemplar y *se decida a luchar por la xilografía*, olvidando su condición de artista individual y lanzándose sin temor a la conquista de la comunidad, es decir, de lo común. Otros le seguirán sin duda.

LA ISLA DEL PELICANO *

Por *Francisco ROJAS GONZALEZ*

EL sol iniciaba su carrera, cuando en los ojos de los kunkaaks se metió el azul del mar; del Mar Bermejo, que se precipitaba tierra adentro, en oleadas ligeras. La playa se prolongaba, hasta confundir sus arenas en las del desierto y hacer un páramo con las llanuras de San Juan Bautista. En la lejanía, la Sierra Seri, contemplaba la nueva aventura de sus hijos.

Bordearon los hombres la playa, dejando tras sí la huella de un éxodo histórico.

Ancianos y jóvenes, mujeres y niños, aspiraban a bocanadas del aire salobre, del que les quedaba un bienestar tan sólo experimentado por ellos y por los animales anfibios, cuando se reintegran a su ambiente vital, tras de verse privados mucho tiempo de él.

Pronto se les interpuso la lagunilla de La Cruz, vaso de aguas tranquilas y prolongación de la Bahía Kino, nidal de pesca y repetido asiento de los trashumantes kunkaaks. Frente a la punta de la tierra que valientemente entraba a la mar, desafiándola con su espinazo de roca, brillaba, fantástica gema, la isla del Pelicano, de costas casi inaccesibles, por los peñascales que la contorneaban. Sobre la superficie del islote, un hirviente manchón blanco, del que saltaban, de vez en vez, partículas albas también, que remontaban a buena altura, para desprenderse dramáticamente, sobre el lomo de las olas, de donde surgían tras de un chapuzón. Eran los pelicanos o alcatraces, que habían entregado su nombre a la isla, a cambio de que ésta les diera hospitalidad a ellos y a sus nidos incrustados entre el roquerío.

* De la novela inédita, *Lola Casanova*, en que se pintan las costumbres de los "seris", tribu sumamente primitiva y que tiende a desaparecer, del Estado mexicano de Sonora.

La voz de los guías detuvo la caravana; habían llegado al punto que el consejo de ancianas, señaló, semanas antes, como final de la caminada. Estaban frente al mar y entre ellos y los hombres blancos se encajaba la reseca cuña del desierto. El sitio, pues, era ideal para rehacerse e ir construyendo, poco a poco, el instrumento de la venganza.

Al detenerse la peregrinación, se hizo un recuento de la gente: faltaba la matrona Flor de Biznaga, en quien se había ejercido la implacable ley de los abuelos. No estaba presente tampoco Buey Gutiérrez, aquel viejo simpático y festivo, que animó durante varios días a la masa andariega, con palabras oportunas y gritos de aliento. Este Buey Gutiérrez, había tenido que luchar muchos años contra la tirria de todos: el color de su piel, diferente a la de los demás y su pelo ensortijado, decían a leguas que su sangre estaba mezclada con la despreciable sangre de los "yoris". Pero Buey Gutiérrez amaba al pueblo de su madre. Servicial e inteligente, consiguió ser admitido por cuñado, dentro de uno de los más rancios grupos familiares: el de Puma Herido, aquel anciano guerrero y guía viejo de los seris, que "tragó el sueño" bajo las pezuñas de las bestias que arrasaron Misión Felipe. Buey Gutiérrez sacó en esa ocasión una herida honda, que se hizo más tarde nidal de asesinas queresas. Durante los primeros días de la marcha, el mestizo supo ocultar su grave estado; fué a la par que todos, no sin lanzar de cuando en vez su alegre alarido, que tenía la virtud de animarlo a él, a la vez que de excitar a los demás, para no dejarse vencer por el cansancio. Sin embargo, dos días después de que Flor de Biznaga había sido devorada por el desierto, Buey Gutiérrez amaneció muerto, con la sangre ennegrecida. Los kunkaaks se flagelaron entonces las carnes con varas correosas de "palo verde", hasta sangrarlas. Después se cubrieron el pelo con tierra y, en torno del cadáver, se dieron a ahullar en coro. El tétrico rumor, fué una nueva voz de la inmensidad.

El cuerpo de Buey Gutiérrez mereció la distinción más señalada que la tribu concedía a sus muertos de calidad: fué envuelto en una suave piel de caballo y depositado en la cumbre de un solitario "sahuarò". Allí quedó para alimento del sol, como lo fué Flor de Biznaga para el desierto.

Poco antes de llegar a la playa, ocurrió otro incidente: Zorra Prieta, robusta mujer de Nopal, se apartó del grupo breves instantes. . . A poco, se volvió a incorporar; pero no venía sola: traía entre sus brazos a un desnudo recién nacido. Sin que la marcha mudara su ritmo, la nueva madre tomó el trocillo de todos, mientras mostraba sonriente, a los que querían verlo, el fruto de sus entrañas.

LA vida volvió a triunfar sobre la muerte y cuando los afañosos recién llegados se dieron a disponer campamento, se pensó sólo en lo venidero, dejando que el sol y el desierto, saborearan en calma el preciado don que los kunkaaks les habían hecho, en las carroñas de dos de sus amados veteranos. En cuanto al hijo de Zorra Prieta, ya se encargaban el calor y la brisa de tornarlo, pronto, en sagaz cazador y un bravo guerrero.

BAJO aquellos auspicios, los hombres partieron a explorar la costa y a buscar entre la maleza las embarcaciones, que los pescadores tenían siempre dispuestas para sus correrías.

Las mujeres, por su parte, fueron hacia los matorrales a la búsqueda de tallos de "ocotillo", que doblaron en arco, para hacer con ellos la estructura de sus chozas; de aquellos jacales tan pequeños, que para pasar al interior, era menester que hasta los niños se pusieran en cuatro pies. Luego hicieron techos con láminas de esponja y a manera de adorno, los salpicaron con caparazones de tortuga y conchas multiformes. Mientras terminaban la tarea, las hembras cantaban a coro una tonada con aires litúrgicos, áspera, como los vocablos de que estaba rociada.

Pronto quedó la playa llena de chozas chaparras, descubiertas, todas, por el lado donde el sol sale.

El menaje era paupérrimo: conchas filudas para destazar los cuerpos aun calientes de los animales pescados o cazados; agujas con púas de maguey, de las que pendían hebras de la fibra del mismo agave; grandes piedras para macerar carnes y machacar huesos o triturar semillas; arpones de "palo fie-

ro"; canastos burdos, tejidos por mano de mujer; cacharros para guardar agua. . . y, en sitio prominente, los útiles de tocado: peine en forma cilíndrica, de madera bravía; escobetas de fibra de yuca; pinceles de pelo humano y conchas llenas de tinturas, para embijar los rostros de las mujeres, de acuerdo con los diferentes clanes que integraban la tribu.

El fuego, elemento vital de todos los hogares de la tierra, faltaba casi en las moradas de los seris, porque ellos, comedores de carne cruda y sangrante, no lo necesitaban, ni aun para alumbrarse bajo aquel cielo que prolongaba sus crepúsculos, hasta confundir la luz solar con la del véspero.

Los hombres retornaron, portadores de peces y mariscos frescos; entonces los dientes filudos y parejos de todos, se dieron a desgarrar la carne blanca, todavía temblorosa.

Después, cuando un resplandor inefable brotó de las olas, como epílogo de la tarde, empezaron el simple aparejo de las piraguas; esas balsas de líneas largas y ligeras, tajantes como hojas de acero, construídas con débiles carrizos atados entre sí con fibras de mezquite. Miserable estructura aquella, si se compara con las hazañas que realizan los primitivos navegantes, que con la promesa de un banco de sardinas o ante la perspectiva de una aleta de tiburón joven, son capaces de navegar hasta las costas de la península de California.

Tendidos en la playa, los no activos miraban la maniobra previa al embarco de la tribu. Para los muy jóvenes, eran novedad todos aquellos aprestos, ya que su prolongado alejamiento por tierras distantes del mar, les hacía desconocer la osada aventura, que disponían los más fortachones. Los viejos, en cambio, con el chispazo en la mirada, palpitantes las aletas de la nariz y con los músculos tensos, desesperaban por iniciar aquella empresa, dueña de tradiciones venerables y de promesas amabilísimas, para su goloso desenfreno.

El consejo de ancianas, reunido en pleno, resolvió facultar al elocuente Cuernicabra, para que recordara al pueblo la trascendencia del intento y el ceremonial que debería revestirlo.

El viejo rastreador, avezado en el efecto que hacían las palabras sobre aquel pueblo tan propenso a las artes oratorias, habló cuando el cabrilleo de la luna se afiligranaba sobre el arenal playero:

"Vive allá, sobre el lunar de tierra, el hermano mayor de la tortuga: el alcatraz, descendiente de aquel poderoso hacedor, con perlas escogidas, de las islas de Tassne y del Tiburón. El gran pelicano, también creador —sólo que no con perlas de bello oriente, sino con el polvo lamoso y vil de la concha— del desierto, de la montaña y de todas las tierras de los yoris y de los pápagos, de los pimas y de los apaches. . . Iremos hasta su casa, para recibir las mercedes de su sangre, que calmará la sed y aflojará los nervios cansados de los kunkaaks y el obsequio de su piel emplumada y grata, que servirá de abrigo a los cuerpos atormentados de sus hijos. Probaremos de su carne, para ser como el gran alcatraz: cariñosos padres, hábiles pescadores y astutos navegantes. Iremos todos los kunkaaks, menos aquellas mujeres que padezcan la roja tarascada de la comadre luna. . . Ellas aguardarán aquí el regreso de sus hermanos, para que su impura presencia no haga tender el ala y alejarse para siempre al hermano mayor de la tortuga, al gran pelicano, donador de su piel, de su carne y de su sangre".

"Disponeos, pues, todos los kunkaaks, para resbalar sobre el cuero arrugado de la mar y para subir los pedregales de la isla, antes de que la comadre, de tan baja, ya nos alumbre. . ."

"Mas cuando hayáis regresado, oh juventud fogosa, huid tres días del contacto de las hembras, como pobre reverencia al magnífico hermano mayor de la tortuga, que se ha dignado recibirnos y obsequiarnos en su casa hecha con perlas. Purificad también vuestros cuerpos, antes de que el sol aparezca, en las aguas profundas donde vive la aguilu y nada la cabrilla".

A poco, una flota de piraguas bogaba, como manchón de gaviotas, sobre la superficie argentina.

En la popa remaban las mujeres con enérgico aliento. Sobre el tajamar, fabulosos mascarones, se adelantaban los troncos de los hombres, al husmo del rumbo.

Frente a las olas, mirando con melancolía a los que se iban, un grupo de mozas, las impuras, agitaban en alto sus manos.

La Isla del Pelicano se interpoló entre los navegantes y el horizonte. Con cautela asombrosa y sin producir ni un ruido ajeno al martilleo de las olas sobre la escarpa, los seris des-

embarcaron, arrastrándose viperinamente entre las algas y la lama orilleras. Luego treparon por las rocas, hasta encumbrarlas. En los pechos de los jóvenes latía el frenesí; los viejos remozaban su corazón con aquella empresa llena de evocaciones y el sorprendente instinto de los niños estaba alerta, como si se tratara de una manada de lobatos en andanzas de iniciación.

Frente a los indios apareció un tupido manto blanquísimo, que cubría todos los picachos. En otras latitudes, aquello podría confundirse con una gruesa capa de nieve, de las que nacían irradiaciones nacaradas. Un graznido o un aleteo amodorrados, destruían la ilusión nívea, pero atizaban la inquietud de los cazadores.

Una anciana, porque así lo indicaba la tradición, inició la cuenta experiencia: con bellaquería de raposa, echó mano a un gran pelicano, al que acogotó diestramente. El ave apenas si se debatió un instante, porque el tajo de una astilla de concha, prendió en su ampo pecho la flor escarlata. Los que rodeaban a la cazadora, contemplaron estremecidos los principios del ritual. La sacerdotisa bebió en la herida, hasta extraer toda la sangre del palmípedo que agonizaba entre sus dedos nudosos y anudados. Luego bajó sus ojos hacia el suelo, para volver la bocanada tibia y acre; después, con su pie desnudo, cubrió de arena el manchón renegrido. Tras de cumplimentar con la tierra —amada y amorosa abuela—, la matrona tornó la vista hacia la "comadre" y su cohorte de luceros, que se derretían, en la medianía del cielo, entre sus propios destellos. Rápidamente, la anciana practicó un corte sobre el pecho de su víctima y arrancó, entera y con maestría inconcebible, la plumosa piel. Aquello fué la señal de que todos empezaran la degollina.

Las aves adormiladas se dejaban atrapar impunemente y antes de que el grito de agonía despertara la inquietud, ya los labios golosos les habían succionado la mitad de su caudal circulatorio. Claro que la impetuosa maniobra perdió pronto prudencia y los alcatraces advirtieron la cercanía de la muerte. Las bandadas se alzaron entre un estrépito de alas. Pero pronto, una hoguera encendida oportunamente, encandiló a los retrasados. Los enormes palmípedos volvían en picada hacia la tierra, atraídos por el brillo de la lumbrada y, entonces, los hombres no tenían más que tender la mano para cogerlos.

Luego, con ferocidad inaudita, tajaban la carne con sus largas uñas y bebían, dejando escurrir buena parte del líquido sanguíneo, hasta empaparse el pecho alterado por la exaltación. Pronto llegaron a estar todos ahitos. Las aves supervivientes, acabaron por volar mar adentro, en atropellada huida.

Alrededor de la hoguera, los viejos bostezaban en silencio, mientras los mozos extendían cuidadosamente las delicadas pieles descarnadas, para hacer con ellas flojas y voluminosas balas que fueron trasladadas a bordo de las piraguas, como el más preciado fruto de aquella fantástica cacería a la luz macilenta de "la comadre".

AL concurso de ancianas fué llevada, prendida de una oreja y entre gritos de furor y dolencias, una rapaza sangrante desde la boca hasta el pecho, recuerdos del hartazgo reciente. Había sido pillada mientras saqueaba un nido de pelícanos.

A nombre de la tribu consternada por aquel hecho, Cuernicabra reprendió a la ladronzuela:

"El gran pelícano se entrega todo a los kunkaaks, todo para hacerlos tan sabios como él mismo. En la merced va comprendido su sacrificio: el gran alcatraz perece, pero su espíritu queda vivo. . . El espíritu vigila, embarrado en el más alto de los peñascos, porque su especie no acabe, para beneficio de los kunkaaks. . . Entonces, destruir los cascarones donde se cuaja la carne o matar a los polluelos desnudos, es falta atroz, que el espíritu del hermano mayor de la tortuga, castiga con la muerte del que la cometa y al resto de los cazadores con granos y postillas hediondos e incurables. . . Para evitar la ira del ave bienechora, debe desagraciarla la audaz joven Nube Blanca, sometiéndose gustosa, al castigo que la sabiduría de nuestras ancianas dicte: ¡Vosotras, venerables matronas, tenéis la palabra!"

Una vieja acercó sus labios al oído de su vecina; ésta movió la cabeza en señal de asentimiento y, a su vez, habló a la que tenía a su vera; sólo que entonces el vocablo se escuchó preciso:

"Puya".

A su turno, una tercera en voz alta:

"Puya".

Y otra más dijo a gritos, con su rostro desfigurado por la rabia fanática:

"¡Puya!"

Luego todos los presentes, repitieron al unísono y a voces estruendosas, que lograron opacar por instantes el ronco rugir de las olas azotadas contra los peñascos y confundir al chiflido del viento desenfrenado:

"¡¡Puya, nanitas; puya, puya!!"

Cuernicabra hizo callar el estrépito humano, cuando sin pronunciar palabra, señaló a tres vigorosos muchachos y a una doncella.

Nube Blanca, en medio del círculo que se había hecho en su alrededor, permanecía trémula, con la desgredada cabeza caída sobre el pecho.

Los tres mancebos derribaron sin mayor esfuerzo a la culpable; dos de ellos le abrieron sus piernas en compás, mientras que el tercero, sostenía los brazos rudamente retirados por atrás de la cabeza. La doncella verdugo, cruzó el círculo con pasos solemnes. En su diestra llevaba cinco púas de maguey, dispuestas en forma de abanico. Cuando estuvo cerca de Nube Blanca, se arrodilló, pescó entre sus dedos el lóbulo de una oreja de la víctima y pinchó, hasta atravesarlo. Dos lágrimas brillaron en los ojos entrecerrados de Nube Blanca y corrieron por las sienes; pero no hubo otra demostración de dolor.

"Puya, puya, puya. . ." —volvió a repetir el terrible coro.

Y una segunda espina rasgó la piel y la carne de la otra oreja, sin lograr más que un solo lamento débil y trémulo.

"Puya, puya, puya. . ."

Entonces la ejecutora se montó fieramente sobre el cogote de su víctima y a golpes de rodilla logró desbaratarle las mandíbulas; pudo asir la lengua entre sus dedos, para clavar en ella la púa más gruesa y áspera. Nube Blanca se retorció entre las manos que la sujetaban y rugió salvajemente.

"Puya, puya, puya"— dijeron los seris enardecidos por la increíble entereza de la culpable.

La verdugo, con crueldad apenas comparable con la energía de la ajusticiada, llevó una espina hasta el párpado de aquélla.

Los espectadores miraban la prueba suprema en silencio.

De pronto una voz horrible, ensordecida por el ahogo y el dolor, dijo trabajosamente:

"¡Perdón!"

Rápido, Cuernicabra levantó su diestra para contener a la ejecutora, que había sofrenado sus ímpetus en espera de órdenes:

"¡Perdón!"— repitió la voz dolorida.

"¿En nombre de quién?" —preguntó gravemente el anciano.

"En nombre de los polluelos del gran alcatraz", dijo la voz doliente y trabajosa.

"En nombre de ellos estás perdonada y así lo estemos todos, por lo que pudo salpicarnos, oh inexperta Nube Blanca, tu horrenda falta".

Las mujeres levantaron caritativamente a la joven y la incorporaron a su grupo.

Un rumor batió el espacio. Los seris se doblegaron temerosos, hasta tocar la tierra con sus frentes. Casi rozando con sus alas las espaldas de los prosternados, pasó un enorme pelícano blanco, que dejó en el alma de los hombres un profundo sentimiento de terror místico y un pensamiento erguido sobre su fe renovada.

Arriba, la "comadre" contemplaba atónita.

Cuadernos Americanos

Alternando con los números de la revista ha publicado los siguientes libros:

- 1.—*Ganarás la luz...*, por LEÓN-FELIPE.
- 2.—*Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra*, por ANTONIO CASTRO LEAL.
- 3.—*Rendición de espíritu*, por JUAN LARREA, Vol. I.
- 4.—*Rendición de espíritu*, por JUAN LARREA, Vol. II.
- 5.—*Orígenes del hombre americano*, por PAUL RIVET.
- 6.—*Viaje por Suramérica*, por WALDO FRANK. (7 pesos).
- 7.—*El hombre del buho*, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.
- 8.—*Ensayos Interamericanos*, por EDUARDO VILLASEÑOR.
- 9.—*Martí escritor*, por ANDRÉS IDUARTE. (7 pesos).
Homenaje al héroe en el cincuentenario de su muerte.

Precio por cada volumen (excepto los Nos. 6 y 9):

MEXICO. 5.00 pesos
OTROS PAISES 1.20 dólares

OTRAS PUBLICACIONES

- La revolución mexicana en crisis*, por JESÚS SILVA HERZOG. 1.00 peso.
El Surrealismo entre Viejo y nuevo Mundo, por JUAN LARREA. 3.00 pesos.
Sugestiones para la Tercera República Española, por MANUEL MÁRQUEZ. 1 peso.
Un Ensayo sobre la Revolución Mexicana, por JESÚS SILVA HERZOG. 2.00 pesos.

REVISTA

SUSCRIPCIÓN ANUAL PARA 1946:

(6 números)

MEXICO. 20.00 pesos
OTROS PAISES 5.00 dólares

Precio del ejemplar:

México 4 pesos
Otros países 0.90 dóls.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Sergio Bagú* Argentina, realidad revolucionaria.
Javier Márquez Conveniencia y peligros de la industrialización.

Nota, por Ezequiel Martínez Estrada.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

- Joaquín Xirau* Tres actitudes: Poderío, Magia e Intelecto.
Francisco Romero El feminismo trascendental de E. Bergmann.
Alfonso Reyes En memoria de Antonio Caso.
Samuel Ramos La filosofía de Antonio Caso.

Notas, por José Gaos y Norberto Rodríguez Bustamante.

PRESENCIA DEL PASADO

- Silvio Zavala* Sobre la política lingüística del imperio español en América.
José Ferrer Hostos humano.
Mariano Picón-Salas El Quijote en la nueva Caballería.
Eugenio Imaz Historia, y lo demás son cuentos.

Notas, por Julio Caillet-Bois, Luis Santullano y Salvador Toscano.

DIMENSION IMAGINARIA

- Juan Gil-Albert* La edificación del alba.
Héctor Velarde Analogías entre la arquitectura y la música.
Arturo Uslar Pietri La tentativa desesperada de James Joyce.
Jorge Romero Brest Víctor Rebuffo y el destino de la xilografía en Argentina.
F. Rojas González La isla del Pelicano.